



Nuestro cielo más brillante

SARA B. GREEN



*Nuestro cielo
más
brillante*

SARA B. GREEN



Primera edición digital: abril de 2024
Título Original: Nuestro cielo más brillante
©Sara B. Green 2024
©Editorial Romantic Ediciones, 2024
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Romantic Ediciones
ISBN: 978-84-19545-85-5

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

*Para María José y Manuel,
que me enseñaron
que hay amores que trascienden
al tiempo, los recuerdos, las tormentas, la vida...*

Prólogo

Hubo un tiempo en el que parecía imposible vivir sin él.

La atracción fue rápida, directa. El amor paciente y comedido. Como las galletas cociéndose en el horno a fuego lento, desprendiendo aromas dulces y azucarados. Su sonrisa sincera y el tiempo detenido en un segundo. Un café a media tarde. Sábados enredados entre las sábanas. Noches de paseo entrelazando los dedos bajo las estrellas londinenses...

Los recuerdos de una época más amable siempre se aferraron con una fuerza apabullante a mi corazón. Parecían demasiado recientes y reales a pesar de los años.

Nunca fue fácil aceptar aquella fatídica tarde.

Ese coche derribando nuestras barreras de seguridad. El mundo boca abajo. Nuestra vida sobre los suelos y tu alma desprendida, en un abrir y cerrar de ojos, de tu cuerpo.

Como si no fuese nada, nadie.

Sonaba *Crazy* de *Andrade* en la radio y él tenía la voz perfecta para cantarla. Su música había conquistado cada rincón de mí misma. Adoraba esa canción y en un segundo, la detesté enormemente mientras se perdía en los resquicios de aquel coche volcado.

Ni siquiera tuvimos la oportunidad de volver a intentarlo. De volver a ser nosotros.

Lo peor, sin duda, vino después.

Un hueco ausente y despiadado en cada cena. Una voz ahogada entre un grupo de amigos. El compadecimiento aferrándose a cada mirada. El silencio de los paseos a medianoche. La falta de café. El rincón de música, vacío. Ausente. Desgarrador. Como si nunca hubiese existido. Como si jamás hubiese sido lo suficientemente importante como para quedarse un poco más.

Y a pesar de todo, aún en contra de mis deseos, el tiempo pasó inexorable, ayudándome a recomponer cada trozo roto, desaliñado, de mí misma. Y un día, las sonrisas sinceras volvieron. Como el arcoíris al despuntar el sol entre las nubes de esponjosa lluvia.

Tenía buenos amigos que me recordaban, a cada paso, la importancia de vivir el presente. Lo afortunada que era porque seguía siendo muy joven para conquistar el mundo.

Guardar y proteger los recuerdos más preciados de aquellos días con él, en el fondo de mi corazón fue difícil, pero no imposible. El dolor poco a poco empezó a sentirse más mullido, más apaciguado. Como un colchón que se vence lentamente entre sueños con el paso de los meses, de

los años.

Sentí que debía buscar nuevas experiencias. Disfrutar del mundo, en su honor. Sin él y al mismo tiempo, acompañándome en cada instante del camino. Incluso, la música, regresó paulatinamente a mi vida. Después de todo, era lo que Daniel hubiese deseado.

Al igual, que hubiese querido verme avanzar en el amor.

Era imposible olvidar el día en el que sentí de nuevo un mariposeo rugiendo en mi estómago. Los nervios, el frenesí en la garganta.

Era imposible olvidar el día en el que sus ojos verdes se cruzaron con los míos.

Aquel verano fue muy caluroso. La temperatura era lo suficientemente alta como para desear refrescarme la garganta con un buen batido helado, así que entré en aquella bonita cafetería de Paddington con sus paredes de ladrillo visto y sus toques dorados, brillantes, vintage. Daba la sensación de que podía transportarte en el tiempo con su ambiente, su jazz pausado y su olor a café recién molido.

Caminé con paso firme hasta sentarme en un taburete frente a la barra. Sonreí al chico que me preguntó qué deseaba tomar.

Un batido helado de vainilla con mucho hielo. El preferido de Daniel.

Nada más tener el pedido frente a mí, contuve el aliento, sorbí un poco de aquel refrescante líquido y me perdí en las notas de la música de ambiente, ahora sonaban los *Beatles* con *Here comes the Sun*.

Y entonces...

—Chocolate.

La voz de un chico me sacó momentáneamente de mis pensamientos, de mi mirada ausente sobre la nata y la vainilla. De inmediato, alcé la mirada hacia él. Sonreía amplio a la vez que colocaba justo delante de mí, un trozo de tarta de chocolate.

—No he pedido...

—Hay miradas que rompen el silencio. Y yo habría deseado un poco de chocolate ese día, también —advirtió alejándose, sin apartar aquella sonrisa que insinuaba mil cosas y que sería capaz de conquistar a cientos de corazones rotos y deshilachados.

Como el mío.

Sin poder remediarlo, sentí un fuerte tirón en la boca del estómago al segundo. Fue inesperado y emocionante. Como una chispa descontrolada. Mis mejillas se sonrosaron por inercia y me

descubrí siguiéndole con la mirada mientras volvía de nuevo al trabajo. Parecía comprender que aquel batido no era un simple antojo. Regresé la vista hacia el trozo de tarta y agradecí el detalle con los latidos del corazón retumbándome, con una energía desbocada, en el pecho.

Ese verano, ese día...

Habían pasado cinco años desde el accidente.

Me mordí el labio sintiendo un nudo en la garganta, un temblor en la nuca. Como el repelo del airecillo revolviendo mi piel de punta a punta. Y en un instante, le busqué de nuevo con la mirada por pura necesidad. Una que llevaba demasiado tiempo dormida.

Y entonces, mi mundo se deshizo en un segundo cuando observé que el rostro de aquel muchacho parecía vacío, triste y melancólico, aferrado a una lucha interior que se me escapaba de las manos. Sin embargo, en cuanto uno de sus compañeros le mencionó algo entre risas, su sonrisa brillante y atrevida regresó a sus labios como si nunca hubiese existido una expresión desesperante en su gesto.

¿Quién era aquel chico de cabellos oscuros y despeinados? ¿Cómo había podido comprenderme, sin conocerme de nada, hasta aquel punto dulce que tenía frente a mí?

—¡Perdona! —llamé su atención armándome de algo que no tuve muy claro si llamarlo valor. Él acabó de decorar con nata montada un batido de fresa que se le había antojado a cualquier otro cliente y me miró con sus ojos verdes como la hierba clara—. Gracias.

Sonreí con el pulso acelerado y supe que algo había cambiado en mí.

Capítulo 1

Había un enorme misterio sin resolver en él.

Solía fumar a escondidas en un callejón solitario mientras leía en su tiempo libre. Sonreía para cada cliente que atendía. Su voz era grave y sonaba alegre y reconfortante. Pero a pesar de esa alegría visceral que no intentaba eludir, algo parecía no encajar.

Era como si tuviese una personalidad genuina reservada solo para él. Solo para sus pensamientos. Sus propias emociones. Había una mezcla de nostalgia que disimulaba muy eficientemente con una inigualable melancolía.

Se dice que alcanzar la máxima felicidad es imposible. Que el dolor forma parte del cambio, de la evolución de uno mismo hacia lugares mejores dónde encontrarnos. ¿Pero hasta qué punto la tristeza podía transformar realmente a una persona? Tal vez, provocara estancamiento, retroceso, en vez de prosperidad. Dina había permanecido estancada en ese punto durante mucho tiempo. Se había sentido sola, hundida, frustrada. Como si el mundo estuviese en su contra. Como si no deseara volver a pertenecer a él. Después de todo, ¿por qué debía de evolucionar?

¿Por qué nadie debía ser feliz si había perdido lo más valioso que había tenido?

El chico de la cafetería, al igual que ella, formaba parte de aquella incongruente incógnita. ¿De verdad podía alguien aparentar aquella dicha y ser infeliz al mismo tiempo?

Tal vez, solo le daba demasiadas vueltas. Ella siempre había sido así. Una atribulada combinación entre la vainilla más dulce y el café más amargo. Tenía que dejar de pensar tanto o se le achicharraría el cerebro en cualquier descuido.

Como aquel.

—Así que por fin puedo decir que he encontrado tu motivo para venir todas las semanas a esta dichosa cafetería —Dina salió de sus pensamientos y, de inmediato, con un vuelco en su corazón aletargado por el aura de aquél, desvió sus brillantes ojos azules hacia su amiga.

—¿Qué?

—Es demasiado joven para ti.

Melissa era directa y despiadada. Al momento, había captado la curiosidad de la propia Dina sin pestañear. Se subió las gafas con decisión mientras le plantaba delante su taza de café y un trozo de tarta que traía en una bandeja.

Amargo y dulce, cómo no.

—Deja de decir tonterías —sonrió solo para disimular mientras movía nerviosamente la pierna derecha bajo la mesa—. Y deja de quitarles el trabajo a los pobres camareros.

—Yo tengo dos manos con las que puedo sostener una bandeja. Suficiente.

Melissa se sentó frente a ella.

—Además, es un estudiante de nuestra universidad —continuó. De inmediato, Dina contuvo el aliento. Lo sabía. Era consciente de ello. Y también de la fama que tenía aquel chico de cabellos oscuros rizados y revueltos, entre las estudiantes. Se había informado un poquito, o tal vez, más de lo que hubiese sido normal.

—Estás viendo algo que no existe —concluyó la peli blanca removiendo su café.

—Perfecto, me quedo más tranquila, amiga —Melissa sonrió ligeramente. Nunca lo había hecho ni con un mínimo de efusividad.

Dina negó suspirando con cierta resignación sin poder apartar ni un ápice su genuina sonrisa de labios color fresa y en ese instante, de reojo, vio que él se acercaba hacia ellas de frente, sin reparos, con una bandeja en la palma de su mano derecha. Parecía tener la intención de servirles algo, pero entonces arrugó la nariz, sutilmente pensativo, un segundo, miró de nuevo el tique y se desvió hacia otra mesa dónde colocó un par de tazas con la sonrisa más maravillosa del mundo y...

—¡Eh! —Melissa chasqueó los dedos frente a ella un par de veces para que dejara de seguirlo con la mirada—. Es un niño, Dina. Es un estudiante. ¿Has leído el reglamento? ¿Quieres que te acusen de acoso? —su amiga arqueó las cejas amenazadoramente. Era cierto. Parecía una hostigadora. Así que, renegando de sus propios instintos, tuvo que regresar a su merienda sin contención.

—Deja de decir ese tipo de cosas. No estoy haciendo nada malo —se llevó una cucharada de tarta de chocolate a los labios y la saboreó con gusto. Sus mejillas, incluso, se sonrosaron—. Como sigas así, alguien te oirá y se lo acabará creyendo, mujer.

—Es mejor que lo tengas en cuenta a que te desvíes del camino correcto.

—¿Y tú decides cuál es el camino correcto? —Melissa asintió con decisión tomando sorbitos cortos de té verde. Dina resopló ante aquella firmeza. Era como si le hubiesen salido pequeñas estrellas a su alrededor de lo orgullosa que se sentía de sí misma—. En cualquier caso, deja de pensar que existe nada extraño. Parece que no me conoces. Solo me llama la atención el carácter de ese chico. Cambia con una facilidad apabullante entre la sonrisa y la seriedad. Me da curiosidad pensar... —respiró hondo evitando por todos los medios, volver la vista hacia él—, qué hay detrás de todo eso...

Así que Dina se quedó obnubilada observando un punto fijo más allá del asiento de enfrente, el tiempo suficiente como para que Melissa la mirase como si acabase de decir una terrible barbaridad.

—Das miedo, amiga.

—¡No lo estoy persiguiendo! —susurró la otra en grito, alarmada.

—Y por eso vienes a este café dos veces en semana, al menos —resolvió Melissa con el tono de voz y la mirada más sospechosa del mundo.

—Me gusta en general. Esta cerca de casa. No lo hago por él. Si lo llego a saber no te hubiese traído —se defendió sacándole la lengua como si fuera una cría y Melissa se echó a reír por fin.

Era difícil hacerlo. Ni en sus mejores sueños, cuando eran niñas y jugaban juntas o iban a clase, había imaginado que sería capaz de hacer reír a la seria, recta e indiferente Melissa Hanlin. Sin embargo, ella siempre había sido de armas tomar. Cualquier propósito, solía acabar culminándolo con mejor o peor resultado.

Esa tarde continuaron con su café y su conversación hasta que, de pronto, al caer poco a poco el sol, el cielo comenzó a oscurecerse y al cabo de unos minutos, empezó a llover a mares. Ambas observaron las gotas de agua incipientes tras las cristaleras, bajo la luz tenue de las lámparas repletas de cristales del techo. Aquella decoración la había fascinado desde siempre.

Dina sonrió sintiéndose en paz. Adoraba la lluvia. El café. La música que parecía sacada de una película en blanco y negro. El otoño.

El local se había ido vaciando lentamente. Aquel frío viernes parecía tocar a su fin. Y justo entonces, Melissa miró la hora en su reloj de mano y al segundo, se escandalizó.

—¡Maldición! Llegaré tarde a esa dichosa reunión familiar si no me marchó ya —chistó levantándose al tiempo que se colocaba el abrigo y la bufanda alrededor del cuello—. ¿Te llevo? —se colgó el bolso.

—Pues sería una buena opción, pero estás a casi media hora de casa y con la lluvia y el tráfico...

—No voy a dejarte aquí —la apremió con la mano libre. Dina se levantó enfundándose en su abrigo verde militar con gorro.

—No te preocupes. Cogeré el autobús justo enfrente. Serán un par de paradas. Como te he dicho estamos muy cerca de casa —señaló a través del cristal. Esa idea convenció del todo a Melissa, que parecía que echaría a volar en cualquier instante.

—Bien, nos vemos el lunes —Dina asintió colgándose una pequeña mochila de piel marrón

oscura, tras la espalda.

—Espero que acabes con todo el fajo de papeles que tienes que rellenar —sentenció Melissa, seria, y la vio marchar a toda prisa mientras se despedía de ella con los dedos.

Dina caminó despacio por lugar casi vacío hasta llegar a la barra. Por curiosidad, y sintiéndose libre de hacerlo esta vez, buscó con la mirada al chico que animaba sus intrigas y se dio cuenta de que se había esfumado. Tal vez, estaba terminando de recoger dentro antes de acabar su turno o quizás, se había marchado sin más.

Sin remedio, pagó lo que tenían pendiente y suspiró. Llegar a casa ese viernes sería deprimente teniendo en cuenta que le esperaba la soledad más absoluta de su sala de estar y cualquier película mala. No había nada más triste que estar completamente sola un fin de semana.

Habría hecho cualquier cosa, lo que fuese, por una pequeña aventura. Hacía años que no salía a bailar o veía la luz del amanecer. Años que no paseaba bajo la lluvia sin preocupaciones. Sin sentir que le faltaba algo a todo lo que hacía. Sin pensar que una vez más, él no estaría allí para invitarla a una copa o para escucharle cantar. Hacía años que no oía los acordes de la guitarra de Daniel en un pequeño local oscuro a media noche.

«El tiempo pasa inevitablemente y demasiado deprisa», pensó filosofando.

Sonrió para sí con tristeza mientras el recuerdo de aquel chico que la había conquistado en su juventud susurraba las notas de su canción bajo el lluvioso cielo de Londres.

«Te echo de menos».

Nada más salir a la intemperie, bajo el toldo de la cafetería, contuvo el aliento. Había sido terriblemente complicado seguir adelante sin él. Y aun así...

Buscó el paraguas en la mochila navegando entre sus propios recuerdos, y se dio cuenta de que no lo llevaba encima. De inmediato, lo dibujó en su mente a un lado en el asiento trasero del coche de Melissa. Resopló molesta consigo misma.

«¿No querías una dichosa aventura?»

Dina comenzó a caminar. Se mojaría sí, pero si llegaba pronto a la parada del autobús tal vez no fuese para tanto.

Echó a andar y justo cuando cruzaba el callejón entre la cafetería y las vallas de unas bonitas casas adosadas, sintió un ruido, el rechinar de unas ruedas, un fuerte frenazo. Del susto, Dina tropezó con la acera al intentar subiese a ella de espaldas y, de repente, se encontró a sí misma sentada sobre el suelo completamente empapada. Su cabello blanco como la nieve y largo,

comenzó a coger un volumen extraño.

—¡Eh, idiota! ¿Te has vuelto loco?! —protestó sintiendo que el agua le calaba cada prenda de ropa.

El tipo de la motocicleta se bajó de inmediato, alterado.

—¡Tienes que mirar antes de lanzarte a la vía, imbécil! —se quejó ella, de nuevo, soltando un gruñido.

—Perdone, ¡lo siento muchísimo!, ¿se ha hecho daño?

El conductor se quitó el casco con visera hasta la altura de los ojos, y le tendió una mano custodiada por unos mitones negros de piel. Dina alzó la mirada hacia él y, de pronto, sintió que los latidos de su corazón se paralizaban. Un extraño brillo, como el del sol entre la lluvia, pareció amanecer de fondo, entre las densas nubes tormentosas.

Una casualidad. Una oportunidad. Oír su voz dirigida hacia ella, por primera vez, sin formar parte de su clientela habitual.

El arcoíris se abrió paso en el cielo. La luz. El color en medio de su propia oscuridad. El vuelco se afianzó en su pecho. Parecía que el tiempo se había paralizado repentinamente. Dina volvió a morderse el labio por inercia.

Aquellos ojos verdes. Ese cabello negro como la noche, rizado, revuelto y desordenado. Su sonrisa torcida. Culpable. Preocupada. Real.

—Lo lamento —el muchacho tiró de ella incorporándola y Dina se dio cuenta de que era más alto de lo que le había parecido desde el principio—. No pensaba que nadie fuese a salir corriendo bajo la lluvia sin paraguas con este repentino temporal.

Él llevaba un chubasquero de un gris muy oscuro. Las gotas de agua comenzaron a detenerse un poquito.

—Pensaba que no me mojaría tanto con una pequeña carrera —respondió, sin más. Como si el susto de minutos antes no hubiese existido jamás—. Pero se acaba de ir el autobús —resolló agotada viendo como el vehículo que la llevaría a su casa se alejaba sin remordimientos—. No te preocupes. Vigilaré más mis pasos la próxima vez.

Él amplió su sonrisa haciéndola temblar como una hoja a punto de caerse del árbol.

—Y yo, intentaré estar más atento —Dina asintió—. Para compensarla —parecía haberse fijado en lo mojada que estaba después de la caída—, podría acercarla —señaló su *vespa* amarilla con las luces encendidas, pero el motor apagado, ofreciéndose con muchísima amabilidad—. Si quiere.

—¿Montarme en eso con un desconocido que ha estado a punto de atropellarme saliendo de un callejón oscuro? —Dina arqueó las cejas con toda la ironía posible—. ¿Crees que soy estúpida?

—Creo que tiene problemas para ir a donde quiera que vaya y que pillara un buen resfriado si no se cambia de ropa pronto —bromeó.

Y sonrió. Sonrió de nuevo como si fuese un maldito sueño hecho realidad. Con ese aire desenfadado y esas comisuras curvándose con la naturalidad más sincera del mundo. Aquella humedad rizándole el cabello aún más. Esa mirada... ¿Por qué tenía un aura tan terriblemente atractiva? Dina se sentía abrumada. Demasiado, incluso para lo que debería.

«Piensa en la cárcel, Di», se dijo para volver a pisar la tierra con firmeza.

—Puedo esperar —sin querer había alzado la voz. Los restos de lluvia parecían embotarle los sentidos. ¿O tal vez fuese él? Negó a toda prisa.

—¿Segura? —el chico volvió sobre sus pasos subiéndose a la moto. La arrancó con un ruidoso trastabillar—. No sea cabezona y suba. Me siento culpable por haber intentado acabar con su vida, sin querer —bromeó—. Prometo ir despacio y dejarla lo más cerca de su destino, dónde decida. No me bajaré ni por asomo. Puede estar segura. No le haré daño.

Dina se llevó un mechón de cabello blanquecino y mojado tras la oreja, pensándose. Sería una locura inmensa hacer aquello. Sin embargo, solo de mirar la solitaria parada de autobús al otro lado de la acera y el tráfico que parecía acumularse en la avenida cada vez más, se dio cuenta de que, posiblemente, pasaría demasiado tiempo a la intemperie mojada con la firme intención de acabar cogiendo un buen resfriado. Y empezando el curso escolar, no se lo podía permitir.

Resopló.

«Solo está siendo amable. No seas paranoica...».

—¡Bien!

Dina se aproximó, cogió el casco que el chico le ofrecía y se lo colocó. Era el suyo propio y nada más ponérselo, percibió que olía a él. A una fragancia masculina única, con un toque demasiado señorial, incluso, para la edad que seguramente tendría aquel camarero. ¿Quién demonios era?

Se subió a la moto y sintió pánico a la hora de decidir dónde debía de agarrarse.

«¿Qué estoy haciendo? Podría llevarme a cualquier parte sin que...»

—¿Hacia dónde?

El moreno adelantó la motocicleta hacia la avenida. Por instinto, Dina aferró las manos a la cintura de su conductor. Tragó saliva y se dio cuenta de que temblaba ligeramente.

—Disculpe...

—Dina Pook —le susurró acercándose a su oído. Le vio ampliar su sonrisa al confesarle su nombre. El mariposeo de su estómago se hizo más imperante.

—Muy bien señorita Pook, ¿hacia dónde vamos? —Dina se aferró a él. La calidez que desprendía su cuerpo incluso con toda aquella humedad, con el frío...

Y a pesar de ello, algo seguía sin encajar.

Ella sabía que era extraño. Lo había advertido en su forma de hablar decidida y alegre y en la falta de palabras cuando secaba tazas de café. En sus gestos animados y en la mirada ausente y distante que tenía mientras se ponían en marcha por la carretera.

Desde el primer día, había sido todo un misterio. Uno que ella estaba dispuesta a descubrir.

Capítulo 2

Ella parecía tan excéntrica como muchas con las que se había cruzado.

Aquel carácter ligeramente infantil poco pegaba con la edad que, seguramente, tendría. Aunque no podía obviar que el color de sus ojos era impresionante. Y esa tonalidad de pelo tan poco natural...

Soltó el humo de su cigarrillo al viento helado de aquella tarde de domingo. Y se preguntó en qué momento había decidido fijarse en esas cosas. A pesar de que tenía la cafetería a rebosar de chicas cada vez que tenía turno, nunca se había preocupado realmente por observarlas o prestarles atención más allá del trato educado y amable que debía de tener con sus clientes. Él podría salir con cualquiera, ¿no? Tenía el don de las palabras oportunas y el perfil de alguien que conquista con una simple mirada. Siempre había sido sencillo. Realmente simple.

Sin embargo, era la primera vez que le dedicaba tantos pensamientos a una total y completa desconocida.

Una calada más.

—Archie —su nombre resonó tras él—. Vete a casa si tienes examen mañana.

El dueño, le revolvió el pelo enérgico entre risas como si fuese un niño. Él resopló asintiendo. Estaría agobiándole hasta la saciedad si no se iba ya.

—Te espero el martes —le advirtió esfumándose por la puerta de atrás del local. La que daba justo al callejón donde tenía su vespa aparcada.

Archie sintió la luz del atardecer que se abría paso anhelante hacia la oscuridad del pequeño rincón sin salida en el que se encontraba. La casa de al lado había puesto el muro más alto posible para que nadie molestase su intimidad. Menudos ególatras, pensó.

Y justo entonces, en medio de aquel mar de reflexiones sin importancia, el recuerdo de sus manos sosteniendo su cintura, la sonrisa de la chica de ojos azules al bajarse del vehículo..., se aferró a su mente como un flashback delirante, emocionante. Sintió un repentino vuelco en el corazón y se llevó una mano al pecho, impresionado.

Sonrió, riéndose de sí mismo. Estaba perdiendo los papeles.

En cuanto acabó con el cigarrillo, volvió dentro para quitarse el mandil azul oscuro que llevaba a la cintura. Se enfundó en su abrigo y, despidiéndose de sus compañeros, salió al imperturbable otoño londinense.

Había dejado de llover, pero el tiempo en aquella ciudad cosmopolita era imprevisible. Nunca se sabía cuándo caería una buena tormenta. Así que Archie supuso que lo mejor que podía hacer era irse a casa y cumplir con su deber de buen estudiante universitario.

Exhaló agotado, aun así, subiéndose a la moto y arrancó sin saber que esa misma tarde su mundo, su existencia, daría uno de los mayores vuelcos desde que salió de Inverness, hacía muchos años, intentando encontrar un modo de vida mejor.

Recorrió las calles circundantes de Paddington con la intención de llegar a casa antes de que el sol se esfumase. Llevaba una velocidad constante. La cabeza repleta de pensamientos. Sobre la universidad, sobre tareas pendientes, cosas de casa que hacer. Pensamientos. Sobre su cabello nevado deslizándose bajo la lluvia, ondulándose imprevisiblemente, o el agarre de sus finos dedos sobre los suyos.

Chistó. Un nuevo mariposeo se aferró a su estómago. ¿Cómo podía sentirse así por ella, sin conocerla, sin más?

Y entonces, de repente, sin previo aviso, sin esperarlo siquiera, el coche que circulaba justo delante de él colisionó con un fuerte golpe contra otro que se había detenido de improviso en un semáforo con un frenazo inesperado.

A otros más le ocurrieron lo mismo en distintos carriles. Los coches de la vía justo en frente que se cruzaba con ellos, habían empezado a avanzar rápidamente provocando más encontronazos.

Para él, sin embargo, todo sucedió como si fuese una película a cámara lenta durante unos segundos.

Archie intentó frenar por todos los medios sin resultados y sintió un fuerte golpe en el hombro al salir despedido de su propio vehículo que chocó sin remedio contra un coche. Al notar el porrazo en la espalda al rodar, perdió el aire, se mareó y el suelo fue cobijo de la suerte que había tenido al no caer de una manera más aparatosa.

De fondo, a la vez que intentaba recuperar su vista obnubilada por la caída, escuchó el tronar de más colisiones de metal contra metal. En un abrir y cerrar de ojos, la calle se convirtió en un auténtico hervidero de coches siniestrados los unos contra los otros.

La gente de las aceras, que se había refugiado ante el aparatoso accidente, salió en busca de heridos y formas de ayudar. Una mujer se acercó hacia una señora que intentaba escapar de un vehículo afectado a duras penas, al tiempo que llamaba a emergencias.

Archie se palpó el brazo siendo consciente de que se lo había fracturado e incluso, parecía haberse salido de su sitio.

«Maldita sea...», chistó sentándose sobre el asfalto, apoyando la espalda en uno de los coches siniestrados.

El golpe había sido terrible. Al menos una decena de vehículos afectados que él pareciera intuir. Plena hora punta. El sol cayendo en el horizonte.

Arrugó la nariz, quitándose el casco y echando la cabeza hacia atrás sobre una de las puertas de metal negro del coche a su espalda. Exhaló, sintiendo unas terribles nauseas aferrarse a su garganta. Respiraba entrecortadamente. Al menos el casco le había protegido de un impacto mucho peor.

Echó una ojeada al ambiente. Tenía que ayudar. La gente gritaba. Iba y venía a toda prisa. Escuchó las sirenas de ambulancias y policías enturbiadas por su propia conmoción. Chistó cerrando los ojos, intentando apaciguar el dolor agudo del abdomen. ¿También se había dado ahí?

De pronto, en medio de su propia encrucijada, vio a alguien atrapado entre el coche de delante y el de atrás. Había reducido centímetros del capó y del maletero quizás, demasiado. Le resultaría muy complejo salir por la puerta. Quizás por la ventanilla...

El conductor hacía aspavientos moviendo sus cabellos..., blancos.

Archie abrió los ojos de par en par. Su corazón latió deprisa, acelerado, ahogándole. Se quedó paralizado unos segundos. Y en entonces, la sonrisa de la mujer de ojos azules, bajo la lluvia aquel viernes por la tarde, hizo mella en sus pensamientos, en su alma, otra vez...

«No. No podía ser ella. No podía serlo.»

Al ver que nadie iba a ayudarla, se levantó cómo pudo apoyándose sobre el coche hasta erguirse para empezar a caminar. Le temblaron las piernas nada más dar un par de pasos. Ni siquiera había sentido la necesidad de preocuparse por su motocicleta. Solo quería llegar a ella de alguna manera.

Aún estaba viva y parecía encontrarse bien a pesar de su propio agobio y ansiedad por escapar.

«Por todos los dioses, tiene que estarlo...», arrugó la nariz preocupado y justo en ese momento, se notó un enorme raspón a la altura del mentón que le escocía a horrores.

Nada más llegar hasta la chica y a la ventanilla que ella intentaba por todos los medios abrir, Archie se dio cuenta de que no era la mujer con la que se había cruzado hacía un par de noches. No obstante, se parecía tanto...

Ella, agobiada, pidió ayuda a gritos a través del cristal cerrado. Lo aporreaba angustiada, con

lágrimas surcando sus mejillas ennegrecidas, enrojecidas.

Archie buscó alguna forma de romper el dichoso cristal, pero si lo hacía, existía la posibilidad de que le hiciese daño al hacerlo añicos. Frunció el ceño con cierta desesperación. Vio que los bomberos acababan de llegar. Los heridos se acumulaban por segundos. ¿Cómo había aparecido tan de repente aquel caos?

Intentó forzar la puerta con su brazo bueno, sin éxito. Gruñó enfadado. Y entonces, ella pareció encontrar la forma de bajar, por fin, la ventanilla. Con un atisbo de batería al arrancar, le dio tiempo suficiente como para hacer ceder el cristal lo máximo posible.

Archie asomó el cuerpo hacia dentro.

—¿Te has quitado el cinturón de...?

Y allí estaba.

Una herida terrible en el estómago, tal vez más arriba. Parecía hundido o algo así y tenía la sensación de que le estaba obstruyendo los pulmones y algunos órganos vitales. Notó, de inmediato, un fuerte nudo en la garganta.

—Gracias, gracias, gracias... —ella le miraba como si él fuese su salvación.

—Es mejor que llame a un bombero y a asistencia médica para que nos ayude. Moverte puede ser peligroso —Archie sabía que mover a los heridos en una situación como aquella no era una buena idea.

No obstante, y a pesar de que su primer instinto tuvo la intención de alejarse para buscar ayuda, ella le sostuvo de la manga de su abrigo a duras penas antes de que se marchara.

—Por favor...

Su mirada suplicante le apartó todo atisbo de duda.

—¡¡Ehhh!! —gritó a cualquiera que pudiese oírle, haciendo caso omiso al dolor de todas sus heridas mientras tiraba de la muchacha para intentar sacarla por la ventanilla con el mayor cuidado que le permitía la situación—. ¡¡¡Hay una chica herida aquí!!! ¡Necesito ayuda!

La joven se aferró a él con todas sus ganas, aún con lágrimas en los ojos. Tenía que dolerle a rabiar la herida que tenía.

—¡¡¡Necesitamos ayuda!!! ¡¡Por favor!!

Vio de reojo a unos médicos de urgencias intentar llegar hasta ellos. Un bombero que se había percatado se unió al rescate.

—Me duele... —se quejó.

—No te preocupes —Archie la sostuvo por la espalda tirando con suavidad a través de la ventanilla. Algo estalló al fondo asustando a todo el mundo. Un fuego se alzó sobre el asfalto—. Vas a ponerte bien, ya lo verás.

Ni él mismo era capaz de terminar de creérselo y a pesar de ello, con todas las energías que le quedaban, asió a la chica hasta casi sacarla del vehículo colisionado. El bombero que arribó al cabo, le ayudó a tumbarla sobre el suelo. Él se arrodilló a su lado.

Llegaron los médicos.

—Tiene hundido el tórax —advirtió uno de ellos analizando la herida y confirmando lo que él mismo había advertido minutos antes—. Habrá afectado a la capacidad pulmonar —encendió una pequeña linterna y le abrió a la joven los párpados que parecía cerrarlos a cada instante del propio cansancio—. Además ha perdido muchísima sangre.

—¿Y qué se puede hacer? —Archie, que sujetaba su mano ensangrentada, se sintió tan sumamente frustrado e inútil que...

—Di... —susurró la joven con un hilo de voz que solo él pareció escuchar.

Sus ojos se volvieron hacia ella, espantados.

Y de pronto, se quedó completamente quieta. Pálida. La mirada perdida en un cielo negro repleto de estrellas, despejado. El agarre firme y fuerte sobre la mano de Archie se desvaneció.

Uno de los médicos soltó un largo suspiro agotado, rendido. Dejando a un lado los utensilios de primeros auxilios que había empezado a sacar de su maletín.

—Hora de la muerte...

El nudo de Archie se encogió en su estómago. Se había echado a llorar con desesperación sin siquiera percatarse. La veía a ella, segundos antes, intentando salir del coche muy consciente de todo lo que estaba pasado y ahora, de repente..., se había desvanecido.

Sin más.

Como si nunca hubiese respirado, oído o hablado. Su voz de auxilio se había esfumado con el viento. Y él no había podido hacer nada por evitar perderla. Al igual que una vez ocurrió con su pobre hermana.

Pensó en ella. En la última vez que la vio. En todo lo que había supuesto dejarla ir.

De pronto, las náuseas fueron imparables, se echó a un lado y vomitó. Se sentía vacío, completamente hueco por dentro. Con esa agonía que siempre le había acompañado durante toda su vida. Esa incapacidad incesante de poder ayudar a los demás. De saberse completamente

ajeno a cualquier mal que pudiese acontecer a su alrededor.

Ni siquiera estudiar medicina estaba sirviendo realmente para que pudiese superar la presión, las náuseas que sentía al pensar en una niña, su hermana, aferrándose a la nada sin poder sostenerla.

Intentó contener sus emociones como otras veces. Archie lo intentó de verdad. Pero el dolor era asfixiante. Llevaba demasiado tiempo fingiendo ser una persona sin un pasado demasiado destructivo para cualquier niño. Y, en un abrir y cerrar de ojos, se derrumbó.

Oyó, como si estuviese hundiéndose en el mar, a los sanitarios intentar frenar su repentino ataque pánico, de ansiedad. Sin embargo, lo único que sintió a su alrededor fue una oscura y terrible nada.

Cuando abrió los ojos, exaltado, horas después, estaba en el hospital.

—¡Está despierto! —escuchó la voz de una mujer a su derecha—. Llamad al enfermero o al médico de inmediato, ¡rápido!

Hubo jaleo. Murmullos como si fuesen agujas finas, que se clavaban en sus oídos o un ruido fuerte tras una noche bebiendo. Todavía sentía un leve pitido en ellos. Parpadeó ante aquella luz blanca tan desagradable.

—¿Cómo te encuentras?

Entre la neblina atinó a distinguir a un joven castaño de ojos azulados. Un amigo del alma. Daiki Shinto.

—Archie...

—Dejad de atosigarme... —susurró con el tono de voz rasposo—. Solo quiero dormir un poco más... —se notaba la boca pastosa y, a pesar de que probablemente llevase durmiendo horas, su cuerpo sentía que necesitaba más.

Esos sedantes y analgésicos habían sido milagrosos, aunque no totalmente efectivos. Aun le dolía todo el cuerpo. Y peor aún, el alma... Algo que parecía imposible de sanar con un simple calmante.

—¿Pero te duele algo? —a su derecha, Nyrai, con aquellas mechas rosas sobre su cabello rubio, colocó una mano sobre su frente—. No parece tener fiebre.

Archie chistó.

—De acuerdo —hizo el amago de incorporarse sobre la cama y de inmediato, Daiki le ayudó.

Nyrai acomodó algunos cojines en su espalda y él pudo, por fin, recuperar la nitidez de la vista.

Al fondo, apoyando las manos a los pies de la cama del hospital, Gary, aquel rubio de mirada oscura y brillante, le sonreía de oreja a oreja.

—Eres de piedra, amigo —bromeó haciéndole sonreír.

—Tiene la cabeza dura como una desde luego —apuntó Nyrai haciendo reír a Gary.

Sus amigos estaban allí. Reunidos en cónclave para juzgar sus actos.

«Cómo no».

—¿Qué hora o día es? —preguntó desorientado. Y en ese instante, justo antes de que Nyrai pudiese contestar, Rachel Evans seguida de Holly, otra de sus amigas, y un enfermero, entraron por la puerta de la habitación como si estuviese a punto de morir.

—Todos fuera de inmediato —ordenó. Y el chequeó comenzó a regañadientes de todos sus amigos que, siendo conscientes de la hora que era, se fueron a casa a dormir.

El sol ni siquiera había salido. Apenas eran las cuatro de la mañana.

—Todo está correcto —le dijo aquel muchacho joven con el uniforme verde propio de un sanitario—. Mañana podrás irte a casa, con suerte. Tienes que tomarte, de todas formas, esos calmantes. Una semana. Solo media pastilla. Y ya veremos qué ocurre en la próxima revisión —Archie asintió por inercia—. Descansa.

El chico se esfumó y él se acomodó entre los almohadones quedándose completamente a solas con sus pensamientos.

¿Qué habría sido de su moto? ¿Habrían despejado la calle después de aquella tragedia? Contuvo el aliento. Miró a un lado. Sobre la mesilla tenía su móvil. La pantalla había estallado en mil pedazos como si fuese un puzle imposible de recomponer.

Lo cogió con la mano libre. El otro brazo lo tenía escayolado. Recordaba vagamente el dolor de cuando alguien se lo había recolocado en su sitio en algún momento de la noche.

Empezó a investigar noticias sobre el accidente y lo que encontró fue devastador. Un choque múltiple por una vía del centro. Unos veinticinco vehículos implicados. Tres fallecidos y muchos heridos. Demasiados.

Archie fue leyendo la noticia hasta que dio con la fotografía del rostro de la joven que se había desvanecido entre sus manos, identificándola como una de las fallecidas. Contuvo el aliento. Le picaron los ojos y el corazón se le resquebrajó.

«Mierda...»

Sin embargo, lo peor no fue ver su rostro, sino el nombre completo de aquella chica: Hona Pook.

Y oyó un susurro al segundo, «Di...»

De inmediato, conectó cada vacío al que su mente intentaba adherirse para no aceptar una cruda realidad como aquella. Pook. Esa mujer de cabellos blancos se apellidaba como...

«Dina Pook».

Escuchó la voz de la de ojos azules en su oído hacía apenas un par de días, mientras se subía en la vespa tras él. Era un familiar. Probablemente, su hermana.

Archie cerró los ojos, aferrado a una agonía sin igual. La impotencia y la frustración hicieron mella en sí mismo. Y en ese instante, una pastilla entera de aquel calmante supuso la mejor victoria para su dolorido corazón.

Capítulo 3

Dicen que apenas hay que sentirse vivo para poder morir algún día.

Que el tiempo que pasas con las personas más queridas se convierte en algo efímero en un abrir y cerrar de ojos. Pensar que todo es poco, que los años compartidos no fueron suficiente... El tiempo se queda corto. Siempre es demasiado corto.

Con él fue apenas un suspiro. Con Hona una larga exhalación.

Y, aun así, aunque hubiesen vivido mucho más, hasta la vejez, siempre parecería demasiado breve. Nunca seremos capaces de acostumbrarnos a levantarnos una mañana y que falte alguien importante en nuestra vida. Sería imposible no sufrir por una voz perdida, un olor evaporado o una sonrisa desaparecida. Y, aun así, nos empeñamos en seguir adelante, en adaptarnos. Paso a paso. Sin dudar.

Y aceptamos que no vivimos de esa manera por elección sino por aquello que llaman, destino.

Esa mañana volvía a llover.

Una cantidad desbordante de personas se presentaron en la iglesia y luego en el cementerio para ofrecer sus respetos hacia ella.

Su única hermana había sido muy querida. Además, era joven. Un hecho terriblemente trágico para la sociedad, que alguien hubiese fallecido por un problema eléctrico en pleno centro de Londres.

Por eso había tantas personas congregadas en aquel lugar, en realidad.

Dina, sin mencionar palabra y solo asintiendo a cada uno de los pésames de amigos y compañeros, pasó el día sin más. Tratando de buscar la razón, el motivo por el que todas las personas importantes de su vida perdían la propia en accidentes de tráfico.

Primero él. Luego ella.

¿Estaría gafada? Contuvo el aliento cuando sus pasos comenzaron a alejarse de aquella tumba fría e impersonal repleta de flores.

Y en ese instante, mientras recorría el sendero de piedra, sintió que parte de sí misma se quedaba atrás. Odiaba la idea de dejarla allí, bajo tierra, completamente sola y abandonada. Se preguntó si tendría frío, si estaría cómoda. Si la lluvia le llegaría filtrándose a través de la hierba húmeda del suelo. Si era justo que ella se fuera a casa a cobijarse entre las mantas con un té caliente dejándola allí a su suerte mientras todo tuviese que recomponerse sin más.

El mundo no dejaría de girar porque Hona ya no estuviese a su lado. Era duro y a la vez, en cierto modo, reconfortante. Esa idea significaba que podría recuperarse algún día. Otra vez.

Se había convertido en una experta en eso de reconstruir cada parte de sí misma para no desfallecer por completo. Sin embargo, a pesar de ello, un enorme y conocido vacío se apoderó de su corazón.

Frenó sus pasos y tomó aire. El dolor era tan intenso que parecía asfixiarla. Se llevó una mano al pecho y, en ese momento, sintió un paraguas cubrirle la cabeza alejándola de aquellas gotitas que la mojaban calándole hasta los huesos.

—No creo que sea buena idea que te resfríes —la sonrisa sincera de Tom su compañero de profesión y gran amigo se coló a través de sus retinas al alzar el rostro.

—Ha sido un duro golpe —Melissa se acercó hasta agarrarla de la mano que sostenía en su pecho—, pero estamos aquí para lo que necesites, ¿lo sabes verdad? —Dina asintió notando que sus pupilas volvían a llenarse de pequeñas lágrimas.

Ella sabía, a la perfección, lo que había significado perderle a él hacía tantos años. La conocía mejor que cualquiera. Incluso, a veces, más que a sí misma. Era una amiga de esas que son capaces de filtrarse en tus pensamientos, de comprenderte como ni tú misma, a veces, eres capaz de hacerlo.

—Quizás lo mejor sea que te tomes un descanso, Dina —sus esferas azules se clavaron en el hombre que dirigía la universidad quién le miraba tristemente empatizando con sus sentimientos.

—Será lo más adecuado —apoyó Melissa.

—Además, no te preocupes por nada. Me encargaré de los chicos —escuchó a su izquierda la voz de Ryan otro de sus compañeros y admirador de su trabajo.

Suspiró. Si se tomaba ese tiempo podría no salir de él nunca más. Sin embargo, la simple idea de volver al trabajo la atosigaba y agobiaba a partes iguales. No sería capaz de sonreír. No sería capaz de ser tan enérgica como siempre.

Necesitaba aquel receso por mucho que su mente le dijese que no debía de hacerlo.

—Tómate el tiempo que necesites... —murmuró Sam su amigo de la infancia, con una sonrisa entristecida.

Y así lo hizo.

Capítulo 4

Daiki solía contener mucho más todas sus miradas. Tanto aquellas que demostraban afecto, como las que estaban destinadas a regañarle. Era un buen amigo. Ambos habían viajado desde su adorada Escocia a tierras inglesas para poder estudiar en una buena universidad. Pero si él pudiese vivir en Edimburgo, algún día, para siempre...

—Es una locura —le oyó decir sacándolo de sus pensamientos.

A pesar de que solía aguantar, aquella mirada fue dolorosamente significativa.

—No puedes hacer algo así. ¿Sabe siquiera cómo te llamas?

Archie contuvo el aliento sentado sobre el sofá en la sala de estar de su apartamento. La cabeza echada hacia atrás en el respaldo. El brazo escayolado sobre un cojín. Su postura relajada amenazaba con esfumarse.

Daiki se sentó en un sillón mullido y blanco justo al lado del sofá, colocando una taza de té sobre la mesita baja. Archie resopló.

—¿Lo ves? Sería una completa estupidez por tu parte que llamas a su puerta con la intención..., ¿de qué exactamente? —se llevó una galleta de almendras a la boca, saboreándola con gusto y, a pesar de ello, fue incapaz de desfruncir el ceño.

—Esa mujer murió por mi culpa, Dai.

—Tenían que sacarla de allí de todas formas. No fue una maniobra tan descabellada como crees. Sobre todo, en un momento tan estresante. El instinto siempre puede más. Ya nos lo han dicho muchas veces —insistió el castaño—. ¿Crees que cuando el bombero la hubiese sacado si no lo hubieses hecho tú, habría sido diferente? Probablemente solo podía respirar bien lo que le quedaba de vida en la posición en la que se encontraba. Es...

—¿Lógico? —Archie le miró consternado arqueando las cejas, sin comprender absolutamente nada de sus argumentos—. Por supuesto que no lo es. Esa chica tenía toda la maldita vida por delante. No es lógico que muera sin más. Tendría que existir una mejor opción para...

—Archie —Daiki le interrumpió a sabiendas, señalándole con otra galleta—, no fue tú culpa. Vas a ser médico. Vas a encontrarte con casos y situaciones terribles y, por desgracia, si es lo que deseas, deberás aprender a dejar a un lado tus emociones cuando cosas de este tipo ocurran. Me temo que es la única opción si quieres seguir por el camino que has elegido.

Sus palabras fueron contundentes y él mismo quiso creerle con todas sus fuerzas. Su parte más razonable le gritaba que tenía toda la razón del mundo. Sin embargo, su corazón no pensaba lo mismo. Él necesitaba ese tipo de redención. Como pedir disculpas a una madre cuando el hijo había roto su jarrón favorito. Deseaba soltar aquello que le ahogaba día y noche para intentar seguir con su vida. No lograría nada si solo dejaba pasar el tiempo.

Su abuela le había dicho, después de la enfermedad de su hermana, que nunca podía rendirse. Que tenía que luchar por encontrar su propio lugar en el mundo, por ser mejor.

No había podido salvarla, pero estaba precisamente en esa atestada ciudad cargada de gente y humo, porque deseaba no volver a pasar por aquello que vivió cuando apenas era un niño. Y ahora, lo de esa mujer... Respiró hondo intentado serenarse. No lograría nada con otro ataque de pánico más.

—Rachel dice que la ha visto por el campus —advirtió su amigo, de repente, llamando de inmediato su atención—. Por lo que ha investigado, da clases en psicología.

—¿Es psicóloga? —Daiki se encogió de hombros.

—Se supone —le dedicó otra mirada significativa sin ningún apuro—. No obstante, lo único que me dice eso es que te saca unos años.

—¿Y qué? Estoy hablando de pedirle disculpas.

—Archie, removerás cosas que tal vez no desea remover —sentenció su amigo—. Sé que a ella le gusta ir a la cafetería muy de vez en cuando, pero eso no significa que debas hacer nada. Ella es una profesora. Tú un alumno. No debes inmiscuirte en su vida por muy terrible que sea ahora —insistió—. Será contraproducente.

—Siento que eres muy cruel cuando dices esas cosas Dai —el de ojos azulados suspiró—. Yo..., solo intento ser mejor.

—¿Seguro que lo haces solo por redimirte? —el castaño insistió y Archie dejó escapar una pequeña sonrisa—. Vamos, por lo que me dijiste, esa mujer va a verte trabajar cada semana.

—Se llaman clientes habituales —el de ojos azulados le miró escandalizado con su taza de té de porcelana rocambolesca en entre sus dedos que doblaban, prácticamente, su tamaño. Se veía ridículo con ella y hacía que sus preocupaciones pareciesen poco más que estúpidas. Aun así, Archie hizo todo lo posible por escucharle.

—La has pillado mirándote disimuladamente en más de una ocasión. ¿Cómo puede parecerte ligeramente atractivo algo así? —pero no pudo evitar echarse a reír definitivamente—. ¿Y si está loca?

—¿Y si simplemente soy misterioso? —usó ese tono de voz meloso que empleaba con las mujeres y Daiki arrugó el ceño todo lo que, probablemente, estaba en su mano. Un gesto que le hizo reír aún más destensando la situación—. Escucha, no pasa nada. Tal vez, le gusto.

—Tal vez. Esperemos que sea eso y que no quiera saber cómo puede meter los pedazos de tu cuerpo en una bolsa de basura del tamaño de su cubo.

—Eres un paranoico —le reprochó entre sonrisas—. Yo también la miro.

—¿Ah sí? —Archie asintió y el propio Daiki pareció contener sus pensamientos un tanto—. ¿Mucho?

—¿De verdad tenemos que hacer un gráfico con todo esto?

Shinto soltó un largo suspiro.

—Bien. De acuerdo. No me meteré en esa manera tan extraña que tenéis de acosaros — Archie sonrió agradecido por el detalle—. Sea como sea, quizás la universidad sea el lugar más neutral posible para una conversación de ese calibre, si es que finalmente decides que esa locura es apropiada —su amigo se acomodó en el sillón—. Y, aun así, no puedes disculparte por no poder hacer nada, Archie. No la abandonaste. Eso es lo más importante de todo.

Capítulo 5

Dina recordaba ese momento como si fuese ayer.

El punto exacto en el que la cordura y la propia locura podían difuminarse mezclándose en un abrir y cerrar de ojos. El instante más triste. La nostalgia aferrándose a cada poro de su piel, destruyéndola lentamente.

Y una vez más, el silencio.

El día en el que entró en el apartamento de Hona en pleno Camden Town a pocas manzanas del suyo propio, sintió que el alma se le partía en mil pedazos.

Anduvo, temblando, topándose con todas sus cosas.

Un abrigo sobre el sofá. Las llaves sobre un platito, que ella misma había hecho en sus clases de cerámica, decorado con flores amarillas sobre un aparador de la entrada. Una taza de café vacía al lado de un libro sobre la mesita baja del salón. Decenas de vasos de colores y formas distintas apilados en un mueble de cristal de la cocina de concepto abierto. Las pegatinas sobre un espejo del pasillo. Su perfume a medio acabar en el baño. Su cepillo de dientes esperando volver a vibrar.

La cama revuelta. La ropa acumulada sobre ella. Su maquillaje sobre el tocador medio abierto, medio cerrado. Las fotografías. Suyas. De ella. Con sus amigas. Con el mundo. Todo.

No pudo contener el nudo, la presión sobre su pecho, mientras más avanzaba por aquel pequeño lugar cargado de recuerdos memorables.

Esa vez resultaría mucho más difícil. Cuando él desapareció, su madre tuvo a bien conservar todas sus cosas. En cambio, el apartamento de Hona tenía que ser desalojado para que el banco pudiese quedárselo cuánto antes.

Y a pesar de ello, ese día no pudo más que llorar fundiéndose con aquel abandono. Cada objeto estaba en su lugar, tal y como ella las había dejado. Todas sus cosas parecían esperar pacientes a que Hona regresara con su alegría desbordante, para darles vida y color una vez más. ¿Qué derecho tenía nadie de hacerlas desaparecer? ¿Cómo iba a quitarlas sin más? ¿Cómo iba a alejar cada resquicio de su hermana de aquel rincón del mundo, tan suyo? Toda una vida no podía guardarse en cajas, donarse o tirarse... Tenía que existir algo más. Lo que fuera.

«Tú. Estás tú para recordarla. Para cobijar vuestros recuerdos, sueños e ilusiones en tu corazón».

Dina se sentó en el sofá y se llevó, entre lágrimas silenciosas, la manta que había sobre el respaldo a la nariz. Su aroma. El olor de su hermana. De su casa. De su hogar. De la única familia que le quedaba en el mundo.

Ahora, estaba sola.

Gimió hundiéndose en su propia tristeza al tiempo que se tumbaba sobre los cojines, al tiempo que el sol abandonaba el cielo de Londres. Al tiempo que un día más, pasaba como si nada. El mundo seguiría su curso. La gente trabajaría de nuevo al día siguiente. Saldrían con sus amigos. Soplarían las velas de otro cumpleaños. Viajarían, se refugiarían de la lluvia que caería a la mañana siguiente. Todo sería igual. Todo menos ella.

Dina había decidido detenerse, al fin. Había decidido parar. Refugiarse en su dolor. En su soledad. Buscar una explicación. Había decidido dejar de ser porque ya no le quedaban motivos para volver a esos días en el que todo parecía sencillo, simple, si es que alguna vez lo había sido para ella.

Daniel habría odiado verla así otra vez. Hona le habría regañado por ser tan tonta como para quedarse al borde del precipicio esperando el momento oportuno para saltar. Pero Dina sentía que el silencio se adueñaba de nuevo de su vida, que la música la abandonaba, que el color desaparecía.

Había pensado en evaporarse junto a ellos, ¿qué necesidad tenía ella de seguir allí viendo como nada cambiaba y cómo su mundo se deshacía en un millón de recuerdos y un apartamento vacío? Habría sido fácil, como antes.

Y la oscuridad de la noche, el amparo de la luna menguante y las estrellas, la acogió mientras meditaba a conciencia cuál sería la mejor forma para no acabar definitivamente, marchitándose.

Capítulo 6

Habían pasado tres semanas.

Era tiempo suficiente como para intentarlo. Si lo dejaba más, Archie era consciente de que acabaría auto destruyéndose con los dichosos calmantes. Tenía que hablar con ella y debía de hacerlo cuanto antes. Así que esa mañana, subió a su departamento y llamó comedido a la puerta de su despacho.

Rachel y él habían investigado, esa última semana, todo lo posible sobre ella como docente en la universidad así que encontrar su espacio personal cuando no estaba frente a una clase, no fue muy complicado. El campus era lo suficientemente grande como para tener edificios independientes para cada una de las carreras universitarias que allí se impartían. Así que lo más probable era que nadie, si estaba en edificios diferentes, se encontrase por los jardines de los alrededores con facilidad.

Al menos, si alguien no se fijaba con detenimiento en los demás como siempre le había pasado a él. Solía esperar que fuese el resto quiénes sintiesen la necesidad de acercarse a su persona y no al contrario. Si tenía amigos en quiénes confiar era gracias a Daiki cuya personalidad difería mucho de la suya.

Llamó y llamó, sin embargo, a pesar de su insistencia, Dina no respondió. Archie intentó abrir la puerta y se dio cuenta de que estaba cerrada con llave. Suspiró. No iba a ser tan sencillo hablar con ella como Daiki había insinuado.

—Todavía está de baja —escuchó la voz de un hombre tras él. Archie se giró de inmediato, con un extraño tamborileo en el estómago. Como si estuviese haciendo una buena fechoría y le hubiesen pillado a medio camino de culminarla—. ¿Eres un alumno suyo? —asintió. No era cierto, pero a ese profesor no debería de importarle quién era o sus intenciones.

—Quería ver cuándo podía atenderme para una tutoría —se excusó. El hombre, que tenía toda la pinta de ser un compañero del mismo departamento, sonrió amplio. Parecía terriblemente amable así que preguntó sin más—. ¿Se sabe cuándo volverá?

—No lo sé —exhaló—. Pero la echo muchísimo de menos. Espero que sea pronto —volvió a sonreírle antes de avanzar por el pasillo con unos andares demasiado confiados y una carpeta bajo el brazo. Aquella última oración le resultó chocante, ¿sería su novio?

Arrugó la nariz, frunció el ceño e inconscientemente, sintió una desagradable picazón en la boca del estómago solo de imaginarlo. Ella no tenía pinta de salir con tipos como él. Sin

embargo...

Se mordió el labio viendo al profesor esconderse tras la puerta de su despacho seguido de un grupo de alumnos que parecían haberle esperado bastante tiempo.

—No deberías de pensar en ella así —se susurró.

Hacía días que una extraña fuerza y unas emociones pocos comunes parecían acelerarle el corazón cuando se trataba de aquella mujer con la que solo había compartido palabras y un par de frases.

El día en el que le ofreció aquel trozo de tarta había sentido su propio dolor en su piel. Había empatizado de una manera abismal. Y desde entonces, parecía no ser capaz de dejar de pensar en ella por un motivo u otro. Cuando pisaba la cafetería se sentía aliviado. Cuando pasaban días sin verla aparecer, era como si su angustia creciese porque parecía que el mundo se la había tragado. Inconscientemente, la había perseguido con la mirada tanto o más que ella a él.

Contuvo el aliento. Él no era así. No era de sentimientos a largo plazo. De compromisos cerrados. Pero, la veía, y todo parecía cambiar en sí mismo. El chico que conocía se desvanecía cuando cruzaba sus ojos azules con los de él. ¿Cómo era posible sentirse así con alguien a quien no conoces?

Por instinto, Archie desvió la mirada de nuevo hacia la puerta blanca de madera del despacho de Pook. A su lado, en aquel pasillo estrecho con focos blancos en el techo, todos los despachos eran idénticos a excepción de la plaquita de metal con el nombre del docente y su especialidad. A cada lado, un tablón informativo.

«Tal vez la semana que viene. Puedo volver entonces, ¿no?»

Respiró hondo. No, no podía esperar tres, cuatro o siete días más. Dina no había pisado el centro, pero tampoco había acudido a la cafetería. Así que pensó en otras opciones.

El único lugar donde podría encontrarla sería el mismo en el que la había dejado la noche en la que se subió a su moto. Ese era su hogar.

No era lo correcto. No era la mejor opción ir a su casa, invadir su intimidad y soltar todo lo que sentía con respecto al día del accidente. Ella era una profesora. Él un estudiante. No debía inmiscuirse en su vida hasta ese punto. Sin embargo, él se había percatado del brillo de sus ojos antes, incluso, de saber el tipo de relación que tendrían.

¿Cómo iba a abandonar esa necesidad imperiosa de ella que tenía de repente solo por un par de títulos? Además, debía disculparse con ella o sus pensamientos no le dejarían descansar.

Así que, probablemente, en contra del mundo, Archie la buscó, pero esta vez no lo haría bajo

los acordes lentos de una bonita canción de amor mientras fumaba un cigarrillo en la soledad de su apartamento, no lo haría con los ojos cerrados, imaginando cómo sería tener algo más que un encuentro fortuito y un par de miradas sutiles.

Archie la buscó, en el fondo, con una intención muy sutil de disculparse, pero con otra mucho más real de abrazarla y hacerla sentir lo suficientemente importante como para tener que regresar a la vida, que seguramente, había desechado.

Capítulo 7

Si quería salir a flote, Dina sabía que tenía algo trascendental que hacer. Algo que cambiase su rutina. Su forma de vivir.

Así que había hecho las pesquisas necesarias para comprar el apartamento de Hona. Nunca le tuvo especial cariño al suyo. Primero porque pensaba que estaba pagando un alquiler desorbitado y segundo, era demasiado oscuro. La luz entre callejones era imposible y el sol de la mañana se fugaba en un abrir y cerrar de ojos.

A pesar de aquel pequeño proyecto, seguía siendo consciente de que su soledad era asfixiante.

Desde que Hona no estaba, se había dado cuenta de que nadie la esperaba en ningún lugar. Tras la huida de su familia debido a las actividades delictivas de su padre en Japón, siendo ambas unas niñas, no se habían separado en ningún momento. Y ahora, de repente, no tenía un hogar al que volver.

Su escasa familia había acabado desapareciendo. Para ella, de algún modo, era la última de la saga de los Pooks. Su auténtico apellido. El de su madre.

Respiró hondo aferrándose a la almohada. Había toda clase de pañuelos alrededor de las cajas que estaba empaquetando. Cada vez que guardaba algo soltaba alguna lágrima. La idea de no volver a ser feliz como cuando las personas más importantes de su vida estaban presentes, era horrible.

Dina se sentía aletargada, somnolienta. Llevaba días sin dormir bien, sin comer bien. Cogió su teléfono móvil para escuchar, una vez más, la voz de su hermana en todos esos audios que de vez en cuando le había enviado contándole cualquier cosa.

Sonrió. Oírla, tan alegre y viva era reconfortante y a la vez desolador.

—Te quiero... —susurró con un hilo de su propia voz cuando los segundos se esfumaron. Una que llevaba mucho tiempo sin escuchar. Parecía ausente y desgastada y, aun así, parecía increíble oírla de nuevo.

En ese instante, se dio cuenta de que, como tantas otras mañanas, había empezado a llorar una vez más a moco tendido.

Soltó una larga bocanada de aire de entre sus labios. Estaba agotada y sumida en una oscuridad de la que no sabía exactamente cómo iba a escapar o si quería realmente hacerlo. Un callejón sin salida. Un mar inmenso y tenebroso, sin final. Una angustia desmedida, rota.

Y entonces, el timbre sonó.

Capítulo 8

La soledad había sido su mejor compañera durante el duelo. Era necesaria. Dolorosa, pero necesaria.

Sin embargo, a veces, había ciertas personas que no creían en ese requisito. Ellos solían pensar que hablar y hablar, desahogaba más, que hundirse en la cama hasta saciar cada lágrima por nuestra propia cuenta. Ella, no obstante, odiaba hablar en aquellas circunstancias. Lloraba tanto que apenas se la entendía y prefería recuperarse por sí misma que verse obligada a oír tópicos sobre seguir adelante.

Tan solo deseaba que el tiempo pasase. Tan solo quería pasarlo consigo misma. Con sus recuerdos. Con su dolor.

Dina había dejado muy claro a todas sus amistades, incluso a Melissa, que deseaba estar sola. Así que, ¿quién demonios llamaba al timbre con tanta insistencia?

Al principio ignoró aquel par de toques revolviéndose entre las sábanas, pero a los pocos minutos cerró los ojos ofuscada cuando, quién esperaba tras la puerta, siguió llamando sin tener en consideración su estado emocional de completa ausencia.

Molesta y al mismo tiempo agotada, se levantó del colchón y anduvo por el largo pasillo hasta llegar al salón arrastrando su cuerpo a duras penas. Tendría un aspecto terrible y rezaba para que, quién hubiese ido a verla, saliese corriendo nada más verla con aquella sudadera de andar por casa, el pelo revuelto y las ojeras de quién lleva demasiados días sin dormir bien.

No obstante, como en tantas otras ocasiones, esa vez, tampoco se saldría con la suya. En cuanto pisó su entrada, con un infinito suspiro, abrió la puerta de par en par.

Y en ese extraño momento de completa enajenación, sus ojos se toparon con los suyos. Verdes como la hierba más clara de todas. Estaban tristes y abrumados.

Era él.

Sintió su corazón repicar en su pecho al segundo. El tiempo detenerse. Un vuelco. Un mariposeo en el estómago.

—¿Qué...?

—Había una vecina que... —él, con su voz grave y esa vez, rasposa, señaló a su espalda con el brazo que no llevaba atado al cuello—. Lo siento. No quería asustarla. Ni invadir su espacio, yo... —el moreno contuvo el aliento azorado. Era la primera vez, desde que se había fijado más

en él durante sus visitas a la cafetería, que parecía no saber realmente qué decir. Aunque tampoco es que hubiesen cruzado demasiada conversación jamás más allá de pedir la cuenta.

Y en ese momento, Dina analizó el estado del chico. Aquel brazo en cabestrillo. El enorme rasguño cicatrizando lentamente en su mentón. ¿Acaso él había estado ese día implicado en...?

—¿Puedo empezar de nuevo?

Dina miró nerviosa a su alrededor y, aun así, asintió sin dudar. Él se aclaró la garganta.

—Soy Archie Green. Debí decírselo la primera vez.

—¿Y...? —Dina no encontraba el tono de voz apropiado. Aferró con fuerza, inquieta, su mano al marco de la puerta.

—Verá... —el moreno se revolvió aquella maraña de cabello oscuro rizado, desordenado. Fue tan natural que Dina se sintió obnubilada. Con la capacidad de perder la barrera que les separaba entre lo desconocido y lo necesario—. La he buscado porque necesito disculparme.

La miró a los ojos y dio un paso hacia delante. Dina alzó la mirada hacia la suya. Aquellos penetrantes ojos verdes...

—¿Disculparte? —no tenía ganas de aquel tipo de conversación. No era el dichoso momento. Sin embargo, como siempre le había pasado desde aquel trozo de tarta de chocolate insignificante, no podía apartar la mirada de él.

—Estuve allí.

Dina se mordió el labio.

—Esa tarde.

De repente, las notas del piano del apartamento contiguo se alzaron entre las paredes del pasillo invadiendo la entrada a su salón. Una melodía demasiado alegre incluso para la conversación que se avecinaba.

—La vi a ella —Archie contuvo el aliento. Se le quebró la voz y a ella, las lágrimas. Deslizándose silenciosamente por sus mejillas—. Pensaba que era usted. E..., hice acopio de todas las fuerzas que me quedaban tras mi propio accidente para poder llegar hasta el vehículo colisionado. No podía pensar siquiera, no ayudarla.

La peli blanca con sus cabellos enredados en un horrible moño, entrecerró sus labios notando las punzadas de dolor en su estómago, en su garganta. El nudo. La angustia comprimiendo su pecho.

—Yo..., debí de hacer algo más...

Archie le apartó la mirada. Ella se sorbió la nariz. Y justo en ese instante, a pesar de llevar encima tan solo una sudadera muy lavada con unos buenos calcetines de lana, Dina tiró de la mano libre del chico para hacerle pasar. Cerró la puerta tras de sí, pero fue incapaz de soltar sus dedos.

Eran cálidos. Suaves. Y le reconfortaron el alma mucho más que cualquier palabra típicamente pronunciable.

—La saqué de allí dándome cuenta de que no eras tú... —siguió hablando, dejando a un lado esa extraña y ajena forma de hablar entre desconocidos—. Parecía lúcida cuando lo estaba haciendo —el moreno arrugó la nariz. Acarició con el pulgar sus nudillos. Cerró los ojos, respirando hondo. Contuvo su propia ansiedad.

Ella deseaba seguir allí, sosteniendo su mano mucho más a pesar de lo que había ido a contarle. Deseaba aferrarse a él todo el tiempo posible. Sin comprenderlo, se dio cuenta de que su sola presencia le arrancaba el dolor de cuajo. ¿Qué..., qué le estaba pasando?

De inmediato, asustada consigo misma, se retiró de Archie.

—¿Quieres algo de beber? —la pregunta salió completamente sola de sus labios. Fría. Robótica. ¿Qué debía de responder, de decir, a todo lo que el chico estaba confesando?

Dina le llevó hacia la cocina abierta a la pequeña sala de estar. Allí, sobre la encimera, colocó un vaso de agua justo a su lado. Archie lo miró unos segundos, indiferente.

—La dejé ir —Dina se apoyó sobre el mármol, se abrazó a sí misma. Lloró sin poder contenerse. Sin querer hacerlo—. Podía haber esperado a que alguien hiciese algo. Podía no haberla movido, pero ella...

Archie se acercó a la de ojos azules. Se sentía la persona más horrible del mundo.

Después de su hermana, pensaba que había superado el largo trecho que separaban sus acciones de las muertes de otras personas. Sin embargo, allí estaba. Ahogándose en una culpa desmedida de la que no sabía cómo iba a librarse si ella no le perdonaba. O si al menos, no decía algo. Lo que fuese.

—Perdóname —repitió aproximándose un poco más—. Por favor...

Dina lanzó un largo resoplido antes de apartarse las lágrimas de sus ojos enrojecidos, con poco éxito.

—Si hubiera sido más fuerte, si hubiese sabido qué debía de hacer o si hubiese sido más rápido..., quizás las cosas habrían tenido un final mejor —ella sollozó partiéndole el alma en mil pedazos. Odiaba verla rota, con el corazón desgarrado a pesar de que, ni tan siquiera la conocía

—. Siento si te incomoda lo que voy a decirte, pero no puedo soportar la idea de no verte sonreír una de cada tres tardes mientras te tomas un café con leche y mucha espuma o saboreando tu dulce favorito en la cafetería. No sé por qué vas siempre. Hay cientos de lugares mejores. Sin embargo, por algún motivo, te encuentro allí. Y me doy cuenta. Me doy cuenta de muchas cosas, y por eso..., no puedo con ello —Dina sonrió ligeramente entre aquellas dolorosas lágrimas—. No puedo, sabiendo que está aquí escondiéndose del mundo rota de dolor por mi culpa...

—Intentabas ayudarla. Querías que viviera... —murmuró con la cabeza gacha, al fin.

Archie se sintió aliviado solo por escucharla hablar, de todo corazón.

—Sostuve su mano hasta el final. Fueron apenas unos segundos, pero sé que no sufrió.

Dina se encogió sobre sí misma y, aun así, él siguió hablando.

—Y...

—¿Y? —la peliblanca se volvió hacia él aun con las manos agazapadas sobre sus brazos. Sentía escalofríos.

—Pronunció tu nombre antes de irse...

La joven clavó su mirada sofocante en él y justo en ese momento, avanzó lo suficiente como para enredar los dedos en su espalda. Resguardándose en su cuerpo como si fuese lo único que la consolaría. Archie correspondió a su abrazo con tan solo una mano. Esa que había salido ilesa del accidente. Ella se deshizo en lágrimas sobre su abrigo y él la sostuvo sin pensárselo. Hundió la frente en su hombro.

El aroma de Dina embriagó cada parte de su ser.

Era una locura.

¿Abrazar a un desconocido en su casa a solas? Su hermana la regañaría por aquella terrible imprudencia. Sin embargo, una parte de Dina sabía que le conocía mucho mejor de lo que cualquiera pensaría.

Las miradas son espejos del alma, de las palabras que no son capaces de salir de los labios, de los gestos contenidos, del pulso acelerado. No importaba que solo se hubiesen cruzado. Ni siquiera que no hubiesen sabido sus nombres hasta hacía unos días, unos minutos. Sus ojos, ya hablaban por ellos mismos desde hacía meses.

Y sus brazos eran tan reconfortantes..., mucho más de lo que nunca llegó a imaginar.

Respiró hondo deshaciéndose lentamente de las lágrimas. Apoyó la frente contra las telas del abrigo de Archie. Aspiró profundamente oliendo cada parte de él mismo. Sonrió aliviada. Por

primera vez en días, había sido capaz de sonreír un poco a pesar de todo.

—No... —negó entrelazando sus dedos con los cordones del gorro de su abrigo marrón oscuro de felpa—. No fue culpa tuya —alzó la mirada buscando sus ojos—. Fue un accidente. Hiciste todo lo que pudiste para que se sintiese a salvo. La consolaste. La acompañaste. Por desgracia, nada se podía hacer y, aun así, la ayudaste aun con tus propias heridas. Soy yo quién debe darte las gracias —se sorbió la nariz cuando una pequeña gotita se deslizó por su mejilla. Archie la interceptó haciéndola desaparecer con los dedos.

—No, eso sería... —Archie negó soltando un largo suspiro—. No puedes darme las gracias por algo así. Es injusto y despiadado.

—Y, aun así, pienso hacerlo.

Archie sonrió con dulzura embriagándole el alma al instante.

—Tienes que volver. Sé que es complicado. Que la fuerza se escape por la boca, pero debes hacerlo. Por ti, por ella —aquella voz dulce, aterciopelada, grave...

Dina se mordió el labio sin poder apartar ni un segundo sus ojos de los suyos. Era tan alto. Tan guapo. Tan perfecto, más allá de todas sus propias imperfecciones. Y lo más importante de todo, la había serenado. Había llegado hasta allí con la culpa y el dolor aferrados a su rostro buscando apaciguarla como fuese posible.

Y de un modo u otro, lo había acabado consiguiendo.

—Déjame invitarte a un café —susurró—. Por esta vez.

—¿Segura? —Archie arqueó las cejas con curiosidad—. No quiero que se sienta incómoda —él regresó a la formalidad que le correspondía como estudiante y profesora. Ahora que sabía que esa era su profesión—. No nos conocemos señorita Pook.

—Pues, quizás... —Dina se alejó de él sacando las tazas de una caja que ponía «Cristal. Frágil». Luego relleno la cafetera con los granos molidos de café—, puede ser un buen momento para comenzar a hacerlo de verdad, a pesar del motivo.

Archie sonrió deshaciéndose de su bufanda, que guardó a medias en uno de sus bolsillos, y del abrigo con la mano libre. Dina lo sostuvo justo antes de colocar la cafetera sobre la vitrocerámica. Caminó hacia la entrada y lo colgó en una percha.

Nada más girarse, él se había vuelto de espaldas para poner el café a calentar y ella se fijó por entero en sus hombros anchos y su cuerpo definido, probablemente, bajo aquella sudadera azul oscura que llevaba puesta.

Se sonrojó al segundo y pensó en las pintas que tenía en contraposición. Antes de acercarse, se

rehízo el moño en el espejo de la entrada. Las ojeras no podía hacerlas desaparecer, pero al menos, no estaría hecha un completo desastre en todos los aspectos.

—Me siento mejor —reconoció Archie sin mirarla, cuando regresó tras la pequeña península de la cocina que separaba el salón de esta—. Espero poder recuperar poco a poco el hilo de la vida.

—No debes saltarte clases o te perderás —le recomendó, sacando el azucarero de un mueble.

—Pienso lo mismo de usted.

—Así que has investigado... —Archie vertió el café sobre las bonitas tazas. El olor embriagó cada rincón del apartamento. El corazón de Dina pareció recomponerse un poquito más. Sentía sus ojos todavía enrojecidos por todas aquellas lágrimas, pero ahora era capaz de contenerlas un poco mejor.

—Tengo una amiga que estudia periodismo y se le dan de miedo esas cosas —la de ojos azules echó la leche sobre el café mientras Archie esperaba con un azucarillo en la mano. Era como bailar coordinados, sin pisotones. Como si llevarsen años preparando café juntos cada mañana al despertar. Un engranaje perfecto.

—¿Y también fue ella la que te dijo cuál era mi apartamento exactamente? —Dina le observó expectante subiéndose a la encimera para sentarse sobre ella. Removió con tranquilidad su café con una cucharita de acero lacado.

—Ese ser despiadado ha sido tu buzón —Dina sonrió intentando no echarse a reír. Todavía no podía llegar a ese punto. ¿Por qué ella debía divertirse mientras su hermana se hundía bajo tierra? Prefirió contenerse. Su razón se lo pedía a voces—. Lo siento.

Dina le miró atentamente. Él se había apoyado sobre la otra encimera, de pie, relajado, dándole pequeños sorbos a su taza de café. Su cabello rizado era una confusión perfecta y sincronizada. Hipnotizante.

—No habrías podido llegar a mí de otra manera, ¿no? No tenía la intención de salir en, al menos, un par de semanas más.

—Ojalá eso cambie —la de cabellos blancos se estremeció perdiéndose en su rostro sonriente. Hasta que sintió que debía parar.

—¿Y qué estudia señor Green? —Archie dejó la taza a un lado, la miró apoyando la mano sobre la encimera de mármol blanco.

—Medicina.

—Eso es muy ambicioso —él asintió—. ¿Cuántos..., años?

—¿Tengo?

—Lleva estudiando medicina —se corrigió al darse cuenta de la extraña tensión que había generado su última pregunta. Contuvo el aliento siendo consciente de que debía de haber especificado correctamente lo que quería decir.

—Este es el tercero. También llevo un par trabajando algunas tardes en la cafetería para poder pagar mis gastos como ya sabe. Y tengo veintitrés años —bebió de nuevo, con una mirada sagaz.

Una parte de la peliblanca soltó un largo suspiro repleto de consuelo. No iría a la cárcel. Menos mal. Melissa tendría que comerse sus palabras. Y aun así..., era tan joven...

—Yo soy profesora, como parece saber. Es mi cuarto año dando clases. Tengo veintinueve —dijo sin pensar e intentando compensar su metedura de pata. Él amplió la línea curva de sus labios al sentirla tan directa, tan transparente y Dina sintió un nuevo escalofrío recorrer su piel.

—Se conserva bien —bromeó Archie. Ella arrugó la nariz.

—Odio ese tipo de cumplidos. No soy tan mayor...

Él rio y el mundo pareció detenerse como si nada malo hubiese ocurrido jamás.

—Y, aun así —siguió sacándola de su repentina ensoñación—, me acosa con miradas intempestivas durante mi jornada laboral como si fuese una abuela pervertida.

Las mejillas de Dina se sonrojaron al segundo. Abrió sus ojos de par en par. Ese comentario había sido terriblemente inesperado.

—Yo... —empezó sin saber muy bien qué decir a eso—. Lo siento. Es solo que...

—¿Por qué lo hace? ¿Le gusto? —Archie fue directo al grano y su corazón dio un vuelco.

Gustarle. ¡Claro que le gustaba! Era increíblemente atractivo y enigmático. ¿A quién no le gustaba alguien así? Sin embargo...

—No es eso —la peliblanca negó a toda prisa con el rostro haciéndole reír de nuevo. Aquella carcajada vibrante, enamoradiza...—. Es solo que me llamaba la atención la buena relación que tenías con los clientes, esa forma abierta y divertida de tratar con los demás, y a la vez, la capacidad de comprenderme aquel día. La primera vez que fui —le miró expectante—. El trozo de tarta.

Quizás, Dina esperaba que no lo recordase, pero Archie parecía saber de qué hablaba con exactitud.

—La vi sonreír como suelo hacerlo yo —confesó el de ojos verdes—. Haciendo como si no pasara nada, recomponiéndote, intentando no darle importancia, pensar que no es el momento de

estar triste y al mismo tiempo, siendo consciente de que no puedes sentirte de otra manera... —le apartó la mirada. Suspiró. Y Dina se preguntó si algún día le haría partícipe de aquella compleja tristeza.

—Supongo que tanto enigma por tu parte, me llama poderosamente la atención —él regresó a sus ojos, volvió a sonreír. De una forma u otra, todas aquellas sonrisas eran únicas y auténticas, reales. Nada que ver con las que le mostraba a un público entregado mientras trabajaba.

Y esa idea, la reconfortó aún más. Ser la responsable de esa sinceridad hacia sí mismo y hacia ella, le resultó extraordinaria.

—Es psicóloga. Debería de ser muy buena advirtiendo sus propias emociones... —Dina exhaló. En realidad, en algún lugar muy profundo de sí misma, sabía por qué no había podido apartar la mirada de él, realmente. Y eso respondía a su anterior pregunta.

Archie le atraía. Lo hacía como si fuese su perfecto polo opuesto.

—A veces, sonriente y otras, ausente por completo del mundo. Eres como una incógnita —resolvió obviando por completo aquella vaga e hipotética posibilidad—. Solo iba porque pensaba que descubriría algo crucial en ti, que te conocería un poco mejor. Suena muy muy raro dicho en voz alta, teniendo en cuenta que soy una desconocida para ti —confesó entre sonrisas culpables—. No era mi intención que te sintieses incómodo.

—Te buscaba igual de inconsciente y al mismo tiempo, todo lo contrario.

—¿Por qué? —Susurró la joven. Sus miradas volvieron a encontrarse. La tensión entre ambos aumentó.

—Me encantaría poder resolver esa pregunta.

Archie dejó a un lado la taza vacía. La de Dina apenas llevaba la mitad.

—Así que, si le parece bien, podríamos..., hablar de vez en cuando. No solo con las miradas, ¿sabe? No solo con adivinanzas y suposiciones. Hablar en vez de hacernos una idea de cómo podría ser el otro. Podríamos tener una relación diferente al acoso a media distancia —Dina sonrió con dulzura ante aquella broma.

—¿Querías?

—Sé que llevo esperándolo desde que la invité a esa tarta de chocolate, señorita Pook.

Archie contuvo el aliento y se tomó unos segundos para admirarla fijamente mientras pensaba en ese detalle que acababa de sacar a relucir. Había sido un descuido. Un error de cálculo.

Odiaría la idea de que ella se sintiese cohibida por él.

Sin embargo, a pesar de las advertencias y las miradas furibundas de Daiki, por alguna compleja razón que desconocía, deseaba pasar con ella todo el tiempo que pudiese ese día. Tal vez así, la ayudase a aliviar su dolor o quizás, sucumbiera al deseo de su corazón de estar a su lado más de lo necesario simplemente por la satisfacción de hacerla sonreír...

Capítulo 9

Tras aquel extraño fin de semana, Dina sintió que necesitaba volver a ser ella misma poco a poco. Sin prisa, pero sin pausa. Era el momento de salir a la calle e intentar disimular las ojeras y volver a sonreír poco a poco. ¿Y qué mejor que volver al trabajo?

Después de una larga ausencia, el campus le pareció el lugar perfecto para empezar a recuperarse. Enfrascarse en nuevos proyectos e ideas. Disfrutar de la compañía de sus amigos. Distraerse hablando con sus estudiantes de lo que más le gustaba: el desarrollo de la mente humana.

Nada más bajarse del autobús hacia medio día, con sus vaqueros y su enorme chaleco de un verde militar, bajo un abrigo camel, soltó un largo suspiro. Sonrió sintiéndose menos culpable que hacía unos días. El corazón le retumbaba en el pecho. Estaba nerviosa. Les daría una buena sorpresa a todos.

Anduvo por los jardines saludando cuando se encontraba con algún conocido. Se alegraban de tenerla de vuelta y de que, además, estuviese mucho mejor. Caminó y caminó hasta desviarse por un pequeño sendero hacia el edificio contiguo al suyo.

Medicina.

Todavía no comprendía cómo era posible que nunca se hubiese cruzado con Archie por allí. Después de todo, muchos pasillos conectaban las aulas y despachos, en las que ella daba clases de tarde, con la universidad de medicina.

Dina admiró el enorme complejo de paredes de ladrillo visto y ventanas con entramados azules. Por algún motivo, volvió a sonreír y se apresuró. Tenía que ver a Melissa de inmediato. Ni siquiera la había avisado de que regresaría ese día. Su amiga daba clases en enfermería y, de vez en cuando, viajaba hacia su edificio a través del pasillo común que compartían ambos equipos docentes entre facultades.

A medida que recorría cada recoveco de la facultad de medicina, deseó encontrarse con él. Tenía unas ganas terribles de demostrarle lo que había conseguido gracias a su visita. Ese día, habían pasado la tarde hablando de lo tontos que habían sido al no dirigirse la palabra desde aquella primera vez que se vieron hacía ya, meses.

A pesar de que se sentía ligeramente entusiasmada, el dolor no había desaparecido. La herida seguía abierta, reciente. Picaba mucho más de lo que aparentaba y no había sido capaz de dejar de llorar. Sin embargo, también comprendía que necesitaba seguir adelante poco a poco.

«Hona lo hubiese deseado así...»

Subió un par de plantas y de repente, se encontró con Melissa saliendo de un aula. Nada más verla, la rubia chillando de felicidad, se lanzó a sus brazos a pesar de lo seca y distante que siempre había sido. Las muestras de cariño no eran su punto fuerte, así que Dina aceptó aquel abrazo con todo el amor y el agradecimiento del mundo echándose a llorar una vez más.

El descanso para el almuerzo había llegado, al fin. Por algún motivo, ese día tenía mucho más apetito que todos los anteriores, así que estaba deseando poder hincarle el diente a...

—¡Archie!

La voz de una chica que conocía como la palma de su mano, se alzó tras él. Sus ojos se volvieron hacia ella que, entusiasmada, llevaba unas fiambreras entre sus dedos.

—Hace muy buen día, ¿vienes? —el moreno les dirigió a sus amigos un gesto cargado de remordimientos. Desde que no comía tanto, solía pasarse los almuerzos fumando en soledad, pensando en sus cosas. Y por una vez que podían ir a la cafetería juntos cuadrando todos los horarios...

—Pues...

—¡Claro que irá! —le empujó Nyrai con total descaro. Había deseado buscarle una relación estable con una mujer desde que le había conocido. Solía andar diciendo que no podía seguir con líos de media tarde y citas de una noche. Sin embargo, él siempre había estado en contra. Tenía la edad y el tiempo perfecto para dedicarse a cuántas mujeres le apeteciera. No iba a sentar la cabeza aún, simplemente era imposible. ¿Cuántos años pensaba que tenía? ¿Cuarenta? Ni que fuese un solterón empedernido.

A su lado, Rachel suspiró, diciendo a gritos silenciosos: «otra vez ella». No se llevaba nada bien con Sally Dean y eso que ni siquiera compartían clase o estudios como lo hacía él. Por lo visto, esa relación tan nefasta tenía que ver con una fiesta o algo así, aunque no estaba del todo seguro, nunca se interesaba o escuchaba atentamente aquel tipo de «anécdotas».

—¡Nos vemos luego, Archie! —Gary se despidió con una sonrisa socarrona apoyando la treta de Nyrai y Daiki se encogió de hombros.

Así que tuvo que conformarse desapareciendo con Sally hacia los jardines.

Cuando pisaron las zonas verdes justo en el centro del edificio, Archie se dio cuenta de que, sin duda, hacía un día soleado y maravilloso de otoño para disfrutar, a pesar del frío. Sally tenía razón.

Con su nueva sonrisa entusiasta puesta, sus ojos describieron cada uno de los rincones de aquella maravillosa escuela en la que llevaba tres años trabajando duro para conseguir su adorado sueño. Y admitió que, a pesar de sus propios demonios, le encantaba aquel sitio.

Era algo así como su hogar.

—¿Nos sentamos allí? —señaló Sally, la esbelta morena de piel oscura, un banco libre bajo un árbol. Él asintió y la siguió.

Nada más comenzar a almorzar, la conversación fluyó sin más. Hacía bastante, casi desde el segundo semestre de primero, que Sally se había atrevido por fin, tras la insistencia de todas sus amigas, a hablar con él y ahora parecía incapaz de soltarle. Con menos timidez que en aquella primera ocasión, había llegado a tener una confianza en él que superaba, con mucho, la que podría tener con cualquiera de sus amigas. Sally hablaba sobre cualquier cosa con toda la sinceridad del mundo y eso era algo que Archie, sin duda, valoraba por encima de muchas cosas.

Eran amigos. Y tenían ciertos privilegios de vez en cuando. Muy de vez en cuando. El caso era que ambos se divertían juntos sin compromisos añadidos. Una relación lo suficientemente sana como para pasar el rato sin que hubiese ningún tipo de reproche. Y eso era lo verdaderamente importante, algo que nunca se rompería entre ellos dos.

Había una conexión enorme entre ambos y una complicidad fuera de lo común tanto bajo las sábanas como fuera de ellas. Green había encontrado en Sally una de las chicas más especiales con la que jamás hubiese pensado coincidir.

Sin embargo, esa atracción física, últimamente, parecía alejarse paulatinamente. Él tenía alguien más en quién pensar y empezaba a no darle miedo reconocérselo a sí mismo, a pesar de lo que significaría para ambos. El centro que adoraba, su vida de estudiante..., nada complicaba más las cosas que los roles que tenían él y..., Dina.

Pero nadie había hablado aún de sentimientos más profundos que los que Archie compartía con Sally Dean. O eso pensaba.

—Y entonces, me dijo que no tenía ni la más mínima intención de invitarme.

Archie le dio un bocado a su sándwich de queso untado, salmón ahumado y aguacate. Escuchaba, divertido, la última cita que Sally había tenido el sábado pasado. Todo un fracaso al parecer y para colmo, ella no había tenido contención con el pobre chico.

—Qué despiadado —ironizó riendo con sus tobillos entrecruzados y el brazo atado al cuello. Cada vez se notaba más movilidad. Con suerte, esa sería su última semana con la escayola puesta, tal vez.

—¿Verdad? —ella asintió confiada, como si la ironía no le hubiese llegado de ninguna manera—. Me entraron ganas de gritarle que estábamos saliendo.

—No estamos saliendo.

—Y, aun así, tuve toda la intención de gritárselo —Archie sonrió divertido—. Pero le dije que...

Un piso más arriba, Dina escuchaba atentamente a su amiga relatar cada uno de los estropicios de sus estudiantes durante el último examen que habían realizado. Se preguntó si a los suyos propios les habría ido mejor.

Por inercia, mientras la oía, sus esferas azules como el mar, dieron un rápido vistazo a través de los enormes y modernos ventanales que tenía el pasillo.

Y en ese instante, le vio.

Sentado a lo lejos, Archie charlaba y reír alegremente con una preciosa chica delgada, alta y morena, mientras comían algo. Parecían realmente cercanos. Íntimos, incluso.

Nada más toparse con esa entrañable, sintió un vuelco en el pecho y un nudo en la boca del estómago. Se mordió el labio y, en ese instante, dejó de escuchar a Melissa. Solo podía verlos a ellos allí sentados, intimando con la mayor complicidad y confianza del mundo.

Y por algún motivo que desconocía, notó una intensa desazón en el corazón. Quizás, en el fondo, no había ningún misterio por descubrir. Simplemente era así. Y esa era, seguramente, una manera de comportarse con todas por igual. ¿Cómo había pensado ella siquiera que él...?

De inmediato, negó interrumpiendo aquellos oscuros pensamientos. El chico era estudiante de aquella universidad después de todo. Había un protocolo terriblemente estricto que prohibía toda relación fuera de lo común con él. Incluso, aunque fuese mayor de edad. Además, no estaba en esa sintonía con él. La edad, las amistades, el recorrido que ella tenía en comparación con él, los problemas que supondría todo lo que conllevaba siquiera pensarlo...

Era imposible. Lo sabría hasta el más estúpido de todos.

Y, no obstante, sentía un agudo dolor en la garganta solo de verle con otra. ¿Acaso él tenía razón? ¿Le gustaba? ¿Le gustaba más de lo que jamás hubiese pensado? Daniel se sentiría poco convencido, y al mismo tiempo, la animaría. Habría deseado que volviese a encontrar el amor. Pero hablar de amor con Archie era..., una tontería. Confesaba que le gustaba, pero no era algo especial y profundo, ¿verdad?

—¿Dina? —Melissa la nombró y ella salió momentáneamente de sus pensamientos ajenos a

cualquiera de sus tramas universitarias—. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres descansar un poco? — en ese instante, la joven agachó el rostro y exhaló.

—No lo sé —susurró abatida con una fuerte presión en el estómago. Respiró hondo. Melissa que la miraba preocupada, apoyó una mano sobre su hombro para intentar reconfortarla.

—¿Quieres hablar?

—No te preocupes. Creo que solo necesito estar a solas un momento y tomar el aire.

—¿Segura?

—Sí, segura. No empiezo las clases hasta dentro de una hora. Me despejaré. Nos veremos arriba más tarde, ¿de acuerdo? —Dina le dedicó una bonita sonrisa para tranquilizarla.

—Bien —Melissa se conformó.

—No le digas nada a Sam. Quiero sorprenderle —le rogó con las manos unidas.

—Tampoco se enteraría de nada —soltó secamente la joven subiéndose las gafas. Dina arrugó la nariz con gracia. Aquellos dos amigos suyos siempre estaban igual.

Y alejándose de ella, en busca de la paz más absoluta para intentar apartar aquellas sensaciones tan extrañas de su mente y de su alma, recorrió toda la escuela hasta que encontró una bancada entre los jardines bastante apartada, donde se sentó a darle vueltas al asunto.

Una vez en medio de la nada, cerró los ojos, respiró muy hondo y enredó los dedos de sus manos relajando la espalda. Soltó una larga bocanada de aire y pensó...

Desde esa tarde en la cafetería, cuando él le regaló, en su día más gris, un trozo de tarta de chocolate era consciente de que había empezado a sentir cosas por Archie que estaban fuera de lugar. Emociones demasiado fuertes relacionadas con la intriga que suponía su persona. El querer y a la vez, obviar unas palabras de más, las miradas furtivas...

Suspiró sabiendo que no se trataba de un instinto normal. Nunca había mirado o se había interesado por un alumno hasta ese límite. Todos parecían infantiles en cierto modo, pero él, no. Era tan distinto, tan maduro incluso, que la asustaba. Le daba pavor todo lo que era capaz de provocar en ella con un simple gesto y, aun así, había deseado intercambiar palabras con él decenas de veces a pesar de que nunca acababa haciéndolo.

Por una razón completamente ajena a cómo era ella, había empezado a adorar esa calidez que Archie desprendía debajo de sus pequeñas bromas y su alegre carácter. Ese que llevaba consigo, solo a veces, y siempre frente a los demás.

Chistó. Todo se estaba trastocando y sin querer, desde que apareció en su casa mostrando

aquel arrepentimiento tan humano y humilde hacia un par de días, había empezado a percibir que esas emociones se le estaban escapando de las manos.

No había podido dejar de pensar en su frente sobre su hombro mientras le abrazaba sintiéndose refugiada, protegida. Sonrió un tanto. Ella creía tener más experiencia que él en ese campo y aun así..., Green tenía el valor suficiente como para enfrentarse a ese mal, pedir disculpas por algo innecesario y hacer todo lo posible porque volviera a ser la de siempre.

Por ella. Una completa desconocida.

Dina se preguntó si el encontronazo con su moto al salir de la cafetería, si la idea de subir a su apartamento coincidiendo con el terrible desastre de su hermana, si esos momentos en los que parecían conectar últimamente de alguna forma, eran parte del destino o quizás, se estaba obsesionado. Después de todo, tenía una edad para sentir esas cosas por...

—¿No llegará tarde? —de repente, la voz de aquel en quién estaba pensado la dejó completamente congelada.

Abrió los ojos y esbozó una línea curva con los labios intentando que su sorpresa pasase desapercibida a toda costa. Archie la observaba como si fuese lo más enternecedor del mundo y ella sintió otro vuelco en el corazón. «Mierda...», maldijo.

—¿Cómo has...?

—He salido a fumar y su tono de cabello es inconfundible —señaló alzando la cajetilla del tabaco y su melena larga y suelta. Dina sintió que su corazón danzaba repleto de nervios y curiosidad al mismo tiempo—. Es increíble que lleve años pasando por aquí, no la haya visto jamás y en un par de días conversando... Parece estar en todas partes señorita Pook.

—Ya... —no tenía muy clara la excusa que debía de exponer a eso—. Casualidad.

Archie le sonrió. Parecía realmente complacido y orgulloso de verla allí.

«Pero hace unos minutos estaba con esa chica, recuérdalo».

Él entrecerró los labios con la intención de decir algo más cuando ella, inquieta por el simple hecho de estar frente a él tras dar tanta rienda suelta a sus pensamientos, se levantó con la intención de marcharse.

—Será mejor que me vaya —se colgó al hombro el bolso cogiendo su maletín.

—Suerte —el susurro grave y aterciopelado de Archie llegó hasta sus oídos, estremeciéndola de arriba abajo—. Por cierto.

De pronto, Green la agarró del brazo, reteniéndola. Dina sintió que todo su mundo se detenía

en un instante. Se mordió el labio sin dudar girándose lentamente, intentando controlar su respiración.

—¿Sí? —él la soltó en cuanto se encontró con sus ojos. No paraba de sonreír de esa forma capaz de pararle el corazón.

—Me alegra mucho que haya decidido volver, señorita Pook, de verdad —amplió la dichosa línea curva de sus labios y Dina sintió una calidez desmedida en su interior.

—Gracias.

Sin pensarlo más, Dina se marchó de inmediato con las pulsaciones aceleradas mientras Archie la observaba alejarse de su lado con el recuerdo de un vuelco en el pecho. El chico exhaló con la intención de regresar a clase cuando, sin querer, le dio una patada a algo.

En ese instante, se puso pálido al darse cuenta de que se trataba del *busca* de Dina. Lo cogió entre los dedos y esperó que estuviese intacto sin ningún tipo de rasguño después de aquel enérgico golpe.

—Archie —la voz de Sally le sacó de sus pensamientos—. ¿Te apetece vernos después de clase? ¿Qué es eso?

—Un *busca* —sonrió observando ensimismado el aparato—. Tengo cosas que hacer Sall. Mañana te llamo.

Capítulo 10

Prácticamente atardecía cuando Dina acabó de recoger todas sus cosas para volver a casa. Había sido una tarde intensa de clases, saludos y abrazos. Sus estudiantes la adoraban y ella a ellos mucho más de lo que admitía.

Observó el ramo de flores que le habían regalado y que había colocado en un jarrón de cristal con agua sobre la mesa de su despacho. Sonrió. En el fondo y a pesar de todo, era afortunada.

Hubiese deseado que Hona estuviese allí, en el mundo, a su lado, pero si no podía estarlo, al menos se sentía conforme con llevarla consigo a todas partes en su corazón. Ella habría disfrutado de ese regreso tanto como la propia Dina.

La peli blanca rozó delicadamente el pétalo de una flor perdiéndose en su tacto suave y ligero. Los ojos verdes de Archie, se aferraron a sus pensamientos. Aquel abrazo. Las emociones a flor de piel.

—Tú me habrías dicho que estoy loca... —susurró pensando en él—. Pero aun mantengo un pequeño muro en alto. Así que, no me juzgues y deséame suerte, hermana.

Salió del despacho y del edificio. Con suerte todavía estaría a tiempo de alquilar una bicicleta frente a la universidad para llegar a su apartamento antes. Odiaba coger el autobús o el metro en hora punta y desde el accidente de coche que vivió en su propia piel, había rehusado por completo en volver a coger uno. Ahora que Hona se había desvanecido por la misma causa, coger de nuevo un coche estaba más que descartado.

Así que prefería tomar un poco de aire fresco antes de cenar, aunque todavía tenía cajas que faltaban por hacer. Cuando decidió mudarse al apartamento de su hermana, nunca pensó que tendría tantas cosas que guardar. Si todo iba bien, en un par de semanas, quizás tres, estaría instalada. Le apetecía mucho encontrarse con ella allí, a pesar de todo.

Salió al patio que daba a la puerta principal y caminó sintiéndose orgullosa de sí misma. Había superado el primer día con más éxito de lo esperado. Ojalá todo volviese a fluir, pensó. Y entonces...

—Señorita Pook —una vez más, él.

Y al segundo el sobresalto en el pecho. Se volvió hacia el moreno con el ritmo cardíaco más acelerado que nunca y se preguntó, durante un segundo, si sus mejillas estarían sonrosadas.

—Perdone —Archie se acercó a ella. Su respiración agitada le indicaba que había llegado

hasta ella a toda prisa—, pensaba que estaba arriba todavía. Menos mal que la he alcanzado... —tomó aire alzándose.

—No deberías correr con el brazo así —le aconsejó preocupada—. ¿Qué es...?

—Ah, se dejó esto en los jardines —Archie abrió su maleta colgada hacia un lado sobre su hombro derecho y sacó el dispositivo de Dina. Se lo tendió mientras los ojos celestes de la chica se fijaban en todos sus gestos con demasiado interés.

Sonrió tierna y agradecida al ver su rostro con un agobio fuera de lo común dada la situación. Agarró el aparato y antes de soltarlo...

—Gracias, Archie —susurró completamente embelesada. Y de inmediato, se arrepintió. ¿Acababa de llamarle por su nombre?

Archie la observó confuso, asombrado.

Era la primera vez que Dina pronunciaba cada sílaba de su propio nombre. Había sido, una revelación para sus propias emociones. ¿Por qué no podía obviar que lo hubiese hecho? Normalmente usaban su nombre más que su apellido. No obstante, sus pupilas se fijaron en ella sorprendidas por el inesperado arranque de proximidad. Que le llamase por su nombre le puso aún más nervioso, pero por supuesto, no lo aparentó. Al contrario, sonrió amplió.

Dina aceptó el *busca* con movimientos casi robóticos, lo guardó y parecía que intentaba por todos los medios escabullirse de lo que acababa de decir, sin embargo, él era más avisado.

—La próxima vez ten más cuidado, Dina... —murmuró siendo consciente de lo que hacía. Esperando provocar en ella cierta reacción. A pesar de su propia inquietud, seguía siendo el chico descarado de siempre.

Durante unos segundos la miró fijamente a los ojos, expectante.

Dina entrecerró los labios anonadada al oír a Archie pronunciar su nombre por primera vez, con un tono susurrante y singular. Misterioso, abrasador, romántico. Le salía tan natural, tan suyo...

De pronto, notó que la tensión entre ambos se afianzaba, que sus sentimientos despertaban con más energía arrebatándole la respiración.

Esa mirada expectante.

Ese gesto plagado de confianza y seguridad.

Esa sonrisa hipnotizante, mágica, seductora...

Su corazón aleteó como nunca y se mordió el labio sin dudarlo deseando que la llamara por su nombre de pila, una y otra vez. Pero no debía ser así. Desde que habían empezado a comunicarse, todo estaba cambiando demasiado rápido entre ellos. Y Dina sabía que no era buena idea.

—Desde luego —asintió apartándole la mirada, intentando controlarse.

Se trataba de un maldito alumno, tenía siete años menos. Esa atracción podía considerarse un estúpido delito en su profesión, ¿en qué demonios estaba pensando? ¿Se quedaría sin trabajo, sin amigos! Sola y abandonada, además de todo contra lo que estaba luchando últimamente...

Seguro que sería la primera docente que terminase en la cárcel por tener pensamientos impuros con un estúpido muchacho de sonrisa provocadora. Una mancha en su historial. No podía permitirse algo así, pensó mientras su rostro se llenaba de dudas y presión.

Inclinado ligeramente hacia ella, Archie observaba risueño y sonriente cómo Dina se debatía interiormente consigo misma. Sin poder evitarlo, se echó a reír. Había conseguido un buen movimiento.

—¿Se encuentra bien? —Pook se sobresaltó saliendo de su encrucijada.

—Por supuesto —se giró—. Márchese a casa señor Green. Es muy tarde —la joven empezó a caminar saliendo de la facultad cuando se dio cuenta de que él la había alcanzado descaradamente.

—Su barrio está a un par de manzanas de mi apartamento, ¿le importaría? —preguntó y Dina respiró hondo intentando relajarse. No estaba haciendo nada malo. En realidad, si aceptaba, solo caminaría con un alumno por la calle con calma y a una distancia prudencial. Tampoco había que ser alarmistas. De manera que, sin remedio, asintió.

Otro día cogería esa bicicleta.

Capítulo 11

Era la primera vez que Archie se fijaba realmente en los colores del otoño. Aquellos marrones, naranjas, esos matices amarillos, ocres. Sonrió.

St. Jame's Park estaba repleto de niños jugando y deportistas empedernidos que no deseaban perder su buena forma. Las señoras con sus elegantes abrigos paseaban a sus mascotas y el olor a humedad invadía el ambiente. El cielo del atardecer se oscurecía poco a poco entre nubes grises y un sol que intentaba, por todos los medios, no despedirse con tanta facilidad.

Sus ojos viajaron desde el apacible ambiente hacia el perfil de la joven de cabellos blancos que caminaba justo a su lado. Se dio cuenta de que aferraba la mano a su mochila con demasiado ímpetu y que intentaba alejarse de él con toda la intención del mundo. El silencio invadía el agradable paseo.

Lo comprendía. Archie entendía esa distancia que Dina parecía marcar. Había cosas más importantes que custodiar antes que su relación con un desconocido como él.

Suspiró alzando la mirada hacia la nariz y sus mejillas sonrosadas. Amplió la línea curva de sus labios. Dina era preciosa.

—¿Hemos perdido nuestro toque discreto? —preguntó de repente, sobresaltándole. De inmediato, Archie se echó a reír.

—Pensaba que habíamos superado ese nivel.

—Es arriesgado, ¿no cree? —ella le miró, contra todo pronóstico, tan sonriente como él mismo.

—¿Por qué lo sería? Estamos paseando —se encogió de hombros metiéndose la mano libre en el bolsillo del abrigo.

—Piensa si alguien nos viese.

—Puedo alegar que somos vecinos y que, por supuesto, usted empezó primero —Dina abrió los ojos de par en par, casi tanto como la boca, de la propia indignación.

—Eso no es cierto, usted puso ese dulce delante de mí con intención y alevosía.

—Y le pareció una idea estupenda cuando se lo zampó entero sin remordimientos —bromeó el chico haciéndola suspirar resignada. Estaba claro, que Pook no vencería en ese juego.

El silencio regresó unos segundos más mientras abandonaban el parque. Archie empezó a reconocer las calles por las que comenzaron a caminar. Estaban muy cerca de su destino. Se

mordió el labio, pensando lo poco que le apetecía dejar de disfrutar de su compañía.

—¿Cómo ha ido el día? —preguntó con un interés real.

—Mejor de lo esperado. Creo que ha sido buena idea, volver —Dina alzó la mirada hacia él—. Me sentía hundida, destrozada. No iba a regresar con tanta facilidad.

—Puedo imaginarlo. Perder a alguien tan querido es desolador —Archie pensó en su hermana, en el olor a analgésicos y hospital. Su sonrisa desapareció al segundo.

Y ella se percató al instante.

—¿Fue difícil?

—Sí. Aún lo es.

—Ojalá pudiésemos tener todo el tiempo del mundo con ellos, siempre —Archie contuvo el aliento y se dio cuenta de que los ojos de Dina se perlaban, llorosos.

—El cielo nos envidia —murmuró—. Quiere ser el más brillante de todos.

—Y se lleva a nuestras estrellas más preciadas. —acabó ella.

Por un instante, una inexplicable conexión se abrió paso entre ambos, esa vez, al mirarse a los ojos. Tan cercana, tan conocida y al mismo tiempo, tan distinta a esas rápidas ojeadas furtivas que solían dedicarse.

Se sonrieron, cómplices, por desgracia, de sus propias tragedias.

—¿Sabe? hubo algunas lágrimas, al entrar en clase —Dina regresó a la pregunta inicial—, pero fueron emocionantes —asintió al recordar el momento en el que se había sentido muy arropada por sus estudiantes—. Y a pesar de que me encantaría volver a meterme debajo de la almohada para no salir jamás, me he dado cuenta de que el mundo sigue girando para bien o para mal. No puedo permitirme parar, aunque sea lo que más quiera.

—De todas formas, si lo necesita en algún momento, parar digo, hágalo. No se fuerce más de lo que sus emociones le permitan. No es malo apaciguar el dolor poco a poco.

—Gracias... —Dina le miró—. Por todo, de principio a fin —desvió sus ojos perlados hacia el cielo anaranjado con un azul profundo al final. La noche.

Las nubes oscuras, se arremolinaban con más ahínco.

—Ojalá hubiese podido darme las gracias por otro motivo o en otras circunstancias —Archie alzó el gesto hacia el mismo cielo. Su mano libre agazapada en el bolsillo de su abrigo.

—Estuviste. No nos conocíamos y, aun así, ese día —por algún motivo, Dina se había relajado

tanto que hablaba con la misma pretensión y honestidad que la tarde en la que Archie fue de improviso a su casa—, estuviste.

—Yo te conocía, en realidad —al oírle, la joven volvió a su gesto, sorprendida, aunque él no lo hiciera—. Te veía en la cafetería cada semana, sonriendo y al mismo tiempo, envuelta en un halo de melancolía que no lograba comprender. Pensaba que había algo en ti tan roto como en mí mismo. Era como verse reflejado a través de un espejo. Luchando contra el mundo y a la vez, con unas ganas terribles de esconderse en un armario para siempre.

Contuvo el aliento, sobrecogida, al escucharle.

—Eres como yo, Dina.

Archie había dejado a un lado el formalismo de aquellos que no se conocen.

—Única. Genuina. Triste y alegre. Las dos caras de la misma moneda. Soy igual que tú. También tengo un pasado triste y doloroso, y a pesar de ello, me obligo a sonreír.

Pook regresó la mirada al frente. Su corazón martilleaba furiosamente en su pecho.

—No somos dos desconocidos. Es solo que...

—No hablábamos —respondió por él. Archie afirmó con el rostro.

—Tal vez, fuese necesario. Habríamos llegado a este punto de otra manera.

—¿Qué punto? —la joven arrugó la nariz confusa. Y en ese instante, Green decidió cambiar por completo de aire.

—¿Sabes una cosa? —matizó—, me sorprendió que aparecieras hoy por la universidad.

—No puedo estar huyendo eternamente de mi sufrimiento... —se sinceró—, así que me he animado a enfrentarlo un poco. Tal y como dijiste —en ese instante, Dina le dedicó una preciosa sonrisa repleta de aprecio y él se sintió muy satisfecho consigo mismo.

—Habría ido antes, pero Daiki me frenó un poco. Pensaba que me estaba metiendo donde no me llamaban, incluso.

—Pues no estoy de acuerdo. Creo que, gracias a eso, a la locura de presentarte como un acosador en mi casa —bromeó—, me diste el empujón que me faltaba para continuar con mi vida —Dina parecía feliz y quizás, un poco más reconfortada que la última vez. Archie se sintió terriblemente aliviado—. Y ahora siento que soy mucho más... —ambos se detuvieron frente a un portal—, fuerte.

El vientecillo del anochecer les revolvió el pelo.

Archie avanzó un par de pasos hacia ella, quién se había girado hacia él antes de adentrarse en

su edificio.

—Siempre lo has sido. Algo me dice que es así —la observó desde arriba notando que su corazón latía con más presteza cuando sus preciosas pupilas azules se fijaron en él, de repente, con un brillo diferente. Era fugaz, atrevido y cargado de unas emociones que escapaban por completo de sus manos. Era hipnotizante. Tanto así, que fue incapaz de apartar la mirada de aquella mujer que tenía frente a él.

Reconocía y llegaba a la conclusión, de que no había ni una sola cosa que no le gustase de ella.

Dina entrecerró los labios sintiéndose terriblemente vulnerable en cuanto él se aproximó tanto a su cuerpo, por pura inercia. Respiró hondo para intentar tranquilizarse sin conseguirlo. Algo en su interior necesitaba abrazarle como aquella tarde, pero su voz la sacó de inmediato de sus pensamientos.

—Ya estás en casa, a salvo —murmuró el moreno. De reojo, ambos observaron el destino al que habían llegado. Con la charla, el camino había sido demasiado volátil—. Así que no debes preocuparte. A partir de ahora —Archie alzó sus dedos para rozarle ligeramente la mejilla. Ella se sintió temblar—, todo irá bien, Dina.

Aquella sutil y efímera caricia la desarmó por completo. El mundo se detuvo en seco y no pudo resistirlo ni un segundo más.

Sus impulsos, sus sentimientos, se desbocaron.

Con las pulsaciones aceleradas, Dina le agarró del abrigo que llevaba y, prácticamente, le arrastró hacia dentro del portal.

Allí, pegó a Archie contra la pared al lado de los buzones. Ocultos en el rellano con el anochecer venciendo en cada recoveco de sí mismo.

Dina le miró a los ojos fijamente cuando las luces de la calle empezaron a encenderse. Decidida, se alzó de puntillas y, sin soltar el agarré de sus pequeños dedos sobre su ropa, cerró sus preciosas esferas celestes y le besó.

Fuera, empezó a llover.

Capítulo 12

Archie siempre fue consciente de lo irrefrenable que era su pasión. Había intentado controlarla en cientos de ocasiones y, aun así, a veces, era incapaz de obviar complacer a otra persona.

Sentir que era el origen de ese placer, era fascinante.

Impulsado por su boca, que sabía a dulce caramelo, Archie la sujetó de la cintura atrayéndola hacia él, profundizando el beso y abriéndose paso entre sus labios para disfrutar al máximo de cada resquicio de su pequeña aventura.

Que ella hubiese dado aquel primer paso que él había deseado desde hacía días, le sorprendió y a la vez, le encantó. Dina era espontánea, atrevida y maravillosa. Nunca había estado, a pesar de su corta edad, con una mujer igual. Ella era distinta a todas esas que solo buscaban pasar un buen rato con él. Dina tenía buena conversación, era divertida y su sonrisa era digna de admirar.

—Creo que deberíamos parar... —susurró la joven cuando se dieron un pequeño respiro. Archie sonrió asintiendo. Prefería ir a su ritmo que avanzar demasiado deprisa y no saber en qué momento se pasaría de descarado.

Deseaba conocerla y avanzar lentamente en lo que fuera aquello. Su propio corazón deseaba pasar con Dina todo el tiempo posible y no que echase a correr a la primera de cambio así que, a pesar de que hubiera dado cualquier cosa por retenerla entre sus brazos, se alejó de su lado tan solo unos centímetros. Los necesarios para dejarla suspirar.

Dina tenía las mejillas sonrojadas. Se sentía exaltada, abrumada. Aquel beso la había avivado como nunca. El sabor de lo prohibido. Sus labios fundiéndose en un amasijo de emociones demasiado difíciles de controlar. Era una completa locura y, aun así, no podía dejar de ser consciente del error que había cometido.

—Lo siento —se disculpó intentando controlar su propio aliento—. No..., no debí acorralarte. Ni hacerlo —se llevó los dedos a los labios agobiada—. Está totalmente fuera de lugar, no comprendo qué me ha ocurrido, yo...

—Lo deseabas —la voz de Archie la interrumpió sonsacándole un vuelco al corazón. De nuevo, clavó sus ojos en él y sus latidos se aceleraron frenéticamente como si estuviese empleándose a fondo en la carrera de su vida—. Y yo también —Archie sonreía con la mayor calma del mundo mientras ella solo pensaba en el lío en el que se estaba metiendo por culpa de un desliz, de un capricho.

—No puede ser. Es una tontería —se negó—. No podemos.

—Lo sé —Dina contuvo el aliento, inquieta, desviándole la mirada. Se llevó un mechón de cabello tras la oreja, sostuvo con más ímpetu el asa de la mochila sobre su hombro y buscó las llaves de su apartamento a toda prisa.

Archie, que analizaba todos sus nerviosos y azorados gestos, amplió la línea curva de sus labios con cariño, empatizando con cada una de sus incertidumbres. Probablemente, Dina nunca se habría dejado llevar de esa manera y mucho menos con alguien como él. No sería fácil para ella tener un arrebató así con un estudiante y todo lo que ello iba a implicar.

Exhaló. Tal vez, se estaba volviendo completamente loco sin pensar. Ella tenía razón. Esa relación apenas tendría una pequeña oportunidad de éxito. Sin embargo, Archie odiaba la idea de no intentarlo siquiera.

Algo en su interior, había despertado y hasta ese preciso momento, no había sido del todo consciente de lo que era. Una atracción irrefrenable. Un mar embravecido que estaba dispuesto a navegar, aunque aún no fuese exactamente consciente de por qué.

Sentía que la lluvia no dejaría de caer incesante, atormentándolo, torturándolo en su propia oscuridad, en su horrible pasado, si no existían sus rayos de sol para iluminar su camino. Y, aun así, podría caer para siempre en ese profundo vacío solo si con eso, ella era feliz. Si deseaba alejarle, lo consentiría.

O eso creía.

El día en el que creyó que era Dina quién moriría sepultada entre metales, Archie se había dado cuenta de demasiadas cosas difíciles de confesar y sobre todo, demasiado incompatibles consigo mismo, tal vez.

—Dina.

—¿Sí? —al oír su nombre, de inmediato, la susodicha alzó sus ojos hacia él. Con aquellos labios entrecerrados y el alma en un puño a punto de escapar.

—No debes preocuparte. No voy a decir nada si eso es lo que piensas —Pook se mordió el labio—. No haría nada que te pusiera en un compromiso jamás. Ni a ti ni a tu carrera. Lo que ha pasado...

—No ha pasado —ella negó cortándole—. Nunca —Archie contuvo el aliento sintiendo un dolor agudo aferrarse a su garganta. Iba a alejarle. Eso haría—. Debes olvidarlo, por favor —nada más dar con la llave adecuada, avanzó hacia las escaleras y al llegar al segundo peldaño, se detuvo volviéndose hacia él. Archie seguía totalmente quieto en mitad del rellano—. Debes

olvidarme.

Quería. Si ella se lo pedía explícitamente, la arrancaría de su vida. Pero ¿podía hacerlo? Todo había ido demasiado deprisa, era demasiado complejo. ¿Cómo iba a ser capaz de deshacerse del nudo que, de repente, parecía sujetar cada cabo suelto del ovillo que componía su vida?

¿Cómo aceptar, simplemente, alejarse de ella?

Antes de que Green pudiese decir nada en contra de aquello, Dina subió a toda prisa evaporándose de aquel portal hasta que llegó al primer descansillo del edificio. Una vez allí, detuvo su carrera, se llevó una mano a su agitado corazón y respiró profundamente cerrando los ojos.

—¿Cómo se te ha ocurrido? —se regañó en un susurro—. No deberías de estar pensando en líos y enamoramientos. No es el momento. Hona está muerta y tú estás completamente chiflada.

En ese instante, abrumada, sintió unos pasos tras su persona. Con el pulso aleteando en su pecho, se giró encontrándose con él a mitad de las escaleras.

—No puedo —soltó como si tal cosa—. Perdóname, pero no puedo hacerlo. No puedo olvidarte.

—Archie...

El chico avanzó un par de peldaños más a pesar de su reticencia y ella no supo qué decir o hacer para detenerle. Una parte de sí misma deseaba que siguiese subiendo hasta el final, anhelando otro abrazo, otro beso.

—Eres la mujer más fabulosa, loca y divertida que he conocido jamás. Me perdería para siempre en tus miradas furtivas y en tu sonrisa embelesada, o en cualquiera de tus conversaciones. Eres inteligente, fuerte y tenaz —avanzó uno más—. Como un rayo de luz alejando cada resquicio de mis propios miedos. Eres un alivio para mi alma. Disfrutar de tu compañía es fascinante. Descubrirlo ha sido increíble a pesar de las auténticas circunstancias —respiró hondo, nervioso. Y no dejó de hablar—. No quiero dejar de pensar en ti. Nunca me había ocurrido algo parecido con nadie —Archie avanzó hasta que, bajo la atenta mirada emocionada y el temblor de Dina, llegó justo frente a ella—. Pero si eso es lo que quieres, si deseas que te olvide... —continuó, dejándola totalmente descolocada, sin voz, sin reacción—, eres profesora, ¿no? Pues enséñame cómo hacerlo. Enséñame a olvidarte. A hacer como si no me importaras nada. Enséñame a decirte adiós. Yo solo..., no sería capaz.

En un abrir y cerrar de ojos, las dudas de Pook se esfumaron por completo.

Estaba loca por él. Loca por aquel muchacho que le susurraba todas aquellas cosas bajo las luces tenues de unas escaleras cualesquiera.

No eran desconocidos. Hacía tiempo que no lo eran. Sus miradas habían dicho mucho más de lo que nunca llegó a imaginar en ambos casos.

Y en ese instante, Dina contuvo el aliento aproximándose hacia él y sosteniendo las solapas de su abrigo una vez más, se alzó lo suficiente como para volver a besarle.

Sin prisa.

Sin pausa.

Sin remordimientos.

La joven saboreó aquel beso que, al contrario, tal vez que el primero, estaba repleto de emociones, de sueños, de anhelos. No deseaba echarse a correr como una niña asustada de sus propios sentimientos. Ella había elegido ir a esa cafetería todas las semanas solo por verle, por descubrir que había tras su sonrisa, tras su mirada misteriosa cargada de tristeza.

Y ahora estaba más cerca que nunca de Archie. Deseaba disfrutar y detener el tiempo para siempre en aquellos peldaños, rodeados de amor. Uno que se había estado fraguando sin que ella lo persiguiera.

Allí, ocultos en la oscuridad y la intimidad de la escalera, solo rebajada por la escasa luz que entraba por la ventana y el olor a humedad de la suave llovizna, Dina aclaró, por fin, qué le pasaba con aquel chico de pelo oscuro rizado y ojos verdes.

No sabía qué era lo que él deseaba o lo que sentía. No comprendía por qué Archie hacía todo aquello o hasta donde quería llegar, pero de lo que sí estaba totalmente convencida, era de que ella se había enamorado por completo de él.

Capítulo 13

Él era, sin duda, el chico más descarado con el que jamás se había topado.

Siendo un buen estudiante, de sonrisa brillante, mirada arrebatadora y un *conquistador* nato, la popularidad de Archie Green no tenía límites incluso para ella.

Sobre todo, cuando su atrevimiento era aún mayor después de aquel encuentro tan poco apropiado en su portal.

—¿Segura? —el moreno arqueó las cejas mostrando un interés innato y ella sintió un vuelco en el corazón.

Aun así, sus ojos celestes agotados se volvieron hacia él y su expresión divertida.

—Está claro que no sabe cuál es realmente su posición en este momento, señor Green —le apuntó con un bolígrafo que llevaba en la mano deteniéndose en mitad del pasillo de la facultad. Aquella respuesta complació a Archie pues su increíble sonrisa ladina no se hizo esperar.

—Solo soy un mero mujeriego, señorita Pook. De manera que no me importa proponerle algo así. No tengo ningún tipo de escrúpulos —Archie, bromeando, se acercó a ella tanto, que la joven pensó que, en cualquier momento, la atraparía contra la pared de atrás y volvería a besarla con pasión como había hecho hacía unos días.

De tan solo fantasear con aquello, sintió un hormigueo en su bajo vientre.

Sin embargo, haciendo acopio de la madurez de la que siempre había hecho gala, ante tal desvergüenza y confianza por parte del estudiante, Dina abrió sus esferas de par en par, totalmente anonadada. Le había dicho que aquel beso robado en su portal hacía unos días había sido producto de la tensión del momento y por supuesto, de todas esas palabras dichas con un sentimiento demasiado profundo como para medirlo. Aunque Archie no se había creído ni un ápice su excusa.

Cómo no. Siempre se le había dado terriblemente mal mentir.

—Por todos los dioses señor Green, estamos en horario escolar —recalcó desviando la mirada a un lado y a otro del pasillo para comprobar que no había nadie cerca que pudiese verlos y mucho menos escucharlos—. Y ya le he dicho que el momento, me superó. Estaba sensible y soltó todo aquello...

—¿No le gustó? —las mejillas de Dina se encendieron ante su mirada curiosa.

—Hum, ¿lo hiciste para que me gustara?

—Lo hice porque lo sentía. Porque quería decírtelo —murmuró solo para ella, aproximándose a su cuerpo un poco más. Aquella tensión...

—No puede ser. Lo sabes mejor que nadie —insistió Pook mirándole desde su altura. No era especialmente alta, pero con el calzado adecuado podía conseguir lo que se propusiera—. Uno de los dos saldrá perdiendo. No puedo permitir que no cumplas con tus sueños.

—Y, aun así, insistiré —el chico parecía decidido a hacerla flaquear.

—¿Por qué? Ha sido una tontería. Si nuestros roles fuesen de otra manera, tal vez, sería distinto.

A pesar de sus continuas negativas, solo de pensar en aquellos dichosos labios sobre los suyos... Parecía que el muro se desvanecería sin más. Sobre todo, si la miraba de la forma tan avasalladora y fija con la que lo hacía en aquel instante. Era bueno seduciendo para ser un crío. Era terriblemente bueno.

—Lo mejor será que no insista —Dina intentó por todos los medios poner tierra en el asunto. Después de todo, y a pesar de sus propias emociones era consciente de que Archie se trataba de un alumno, aunque cuando iba a la cafetería el trato fuese diferente. No podía perder el norte. ¿Qué pasaría con ella si todo se salía de control?

¡Qué desastre!

Al ver su convencimiento y la seriedad que había adquirido su tono de voz, el de ojos verdes supo que iba en serio con su idea así que lo dejó estar. Pero eso no significaba que no intentase un último movimiento, como siempre.

Aún tenía tantas preguntas que hacerle...

Archie se aseguró de que no hubiese nadie alrededor, se aproximó acercando sus labios al oído de la peli blanca, susurrando con su voz grave y ronca:

—En *Denny's* a las seis.

Nada más oír aquel tono, Dina sintió que esa química, ese deseo contenido que intentaba evitar a toda costa, regresaban con más fuerza que nunca. Su corazón latía desbocado como el de una adolescente, reconociendo, que ese chico tenía un poder sobrenatural en ella.

Archie se retiró de su lado y la miró como si fuese la persona más deseada y maravillosa del mundo. Y Dina, con sus labios entrecerrados y las mejillas más encendidas que nunca, le observó

obnubilada alejarse poco a poco hasta que se perdió escaleras arriba.

Con una sonrisa tonta, ahora que no podía verla, cerró los ojos por un segundo en aquel pequeño momento de soledad y aspiró aire profundamente.

—A las seis —expresó sintiendo a Hona regañarla más que nunca y al mismo tiempo, celebrando que volviese a sonreír de aquella manera.

No lo hacía con tanto ahínco desde que lo había perdido a él.

—Espero que a ti también te parezca bien.

Ese frío atardecer, él estaba allí.

Iluminado por el rótulo de una de las hamburgueserías más famosas de Londres, Archie Green analizaba algo en su teléfono móvil mientras, despreocupadamente, disfrutaba de un buen cigarrillo.

—¿Eres consciente de que serás médico algún día verdad? —Archie soltó el humo bajando el rostro hacia ella—. No deberías fumar.

Archie miró lo que le quedaba al tabaco y, sin pensárselo, lo apagó en un macetón de la entrada al local.

—Nunca imaginé que algún día me saludaría con una regañina —bromeó.

En ese instante, él, ataviado con un pantalón vaquero negro y una *bomber* verde militar bastante calentita, le dedicó una de esas sonrisas inolvidables, obviando el pequeño encontronazo. Sus rizos oscuros se escapaban entre los pliegues de su gorro de lana. Estaba increíblemente atractivo. ¿Lo haría de manera intencionada o siempre era así?

—Pensaba que no vendría —la joven suspiró mirándole a los ojos con decisión. Después de todo, no era una niña. Era consciente de lo que estaba haciendo y del lío que podría suponer. Aun así..., su corazón la había obligado llegar hasta allí por razones inevitables.

—Insististe demasiado —le culpó haciéndole reír.

—Me alegra haberlo hecho en ese caso. Ha valido la pena incluso si sale mal, por verte con esas pintas —la profesora con aquel look de medias de rejillas negras, sus deportivas altas y un buen chaleco ancho sobre la falda y bajo el abrigo, sonrió divertida.

—¿Pensabas que era una sosaina? —se cruzó de brazos con un gesto orgulloso.

—No me atrevería. Y eso que puedo compararte con la chica modosita que viene a espiarme cuando trabajo —Archie sonrió resistiéndose, en contra de su propia naturaleza, a besar aquellos

labios teñidos de rojo oscuro. Ella rio.

—Bien —asintió la joven quitándose el gorro nada más entrar en *Denny's*, tras él—. Además, lo he hecho así porque vengo de incognito. ¿Y si me encuentro con algún conocido? —murmuró divertida.

—Te camuflas con la noche vestida así, eso es una realidad —apuntó el otro ante su atuendo cuyo color predominante era el negro—. Aunque deberías de hacer algo con tu melena —el camarero los llevó hacia una mesa bastante apartada y Dina se dio cuenta de que Archie ya había reservado un lugar discreto antes de que ella siquiera pensara llegar hasta ese punto con él—, y con tus ojos —se detuvo unos segundos antes de sentarse para observarla, encantado—. Estás preciosa, Dina.

De nuevo, su nombre. Su voz susurrante aterciopelando cada sílaba...

Esa forma de mirarla.

Esa manera de devorarse mutuamente sin decirse nada.

El silencio, la química...

—Creo que deberíamos sentarnos. El camarero parece que tiene prisa —mencionó negando a toda velocidad mientras pasaba de largo por su lado evitando seguir perdida en aquellos ojos tan claros, tan verdes. Si continuaba así, acabaría perdiendo de nuevo la razón. Sin embargo, a pesar de su propia contradicción, dibujó una nueva sonrisa maravillada sin que él la viese.

Una vez sentados, ambos pidieron de beber y el camarero salió volando hacia otros clientes que requerían de su atención. Mientras tanto, se dedicaron a devorar la carta con la mirada. Todo parecía riquísimo. El local tenía música jazz de ambiente y sus paredes decoradas al estilo Hollywood lo hacían terriblemente acogedor.

—La hamburguesa de ternera *gourmet* está exquisita —escuchó que Archie hablaba al percatarse de que se sentía más relajada—. Deberías probarla o es... ¿demasiado grande? —la forma de preguntar aquello último la calentó.

—¿Grande? —titubeó momentáneamente. Green asintió, sonriendo pícaramente.

—Por supuesto que no, mientras más grande mejor —le dio el toque inocente a la situación como pudo, aunque sin conseguirlo demasiado—. Más buena está seguro —intentando hacer caso omiso a la manera en la que seguía observándola, Dina sentenció que aquel chico no era un niño ni mucho menos. Menudos veintitrés años—. Además, no soy un pajarito, tengo mucha hambre.

—Pues no se hable más —Archie llamó al camarero, hizo el encargo y el servicial hombre les

trajo las bebidas.

La cerveza refrescó la garganta de la peli blanca haciéndola sonreír de puro placer, tres minutos más tarde.

—¡Está deliciosa! —a Archie le encantaba el entusiasmo que le ponía a todo lo que la rodeaba.

—Tiene una pinta extraña —él la analizó torciendo el gesto y arrugando el ceño con un mohín que a Dina le pareció de los adorable.

—¿Fumas y nunca has probado la cerveza? —Archie movió el rostro afirmativamente.

—Claro que la he probado. No soy un niño. Pero la inglesa jamás podrá superar a una buena cerveza escocesa. Lo siento en el alma, pero los estirados ingleses no saben lo que es hacer una buena cerveza con el sudor de su frente. Lo del té no te lo discutiré jamás, pero la cerveza no es cosa vuestra. Prefiero beberme un refresco a perderme parte de la diversión por una cerveza mala —dijo sin más llamando la atención de la joven. A Pook le gustaba aquel tema de conversación.

—¿Y cómo es la escocesa? La última vez que fui, hace años, no pude catar ni un buen plato típico de allí debido al trabajo. ¡Imagínate una cerveza! —soltó un largo resoplido haciendo sonreír al de rizos negros alborotados.

—Tiene más espuma, es menos rubia y más densa. Es genial. Solo volveré a beberla cuando regrese, algún día —Archie se relamió pensando en la cerveza de la que era su tierra natal y por un segundo, sintió cierta nostalgia al recordar el país que le vio nacer—. Aunque he de confesar que he cometido ciertas imprudencias con respecto a ella a pesar de mi juramento —sonrió recordando las salidas que hacía con todos sus amigos por la ciudad londinense—. En Camden, tu barrio, hay un pub que se llama *Dream Team*, donde ponen música en directo los viernes y los sábados. Solemos ir por las tardes después de las clases para charlar y beber cerveza escocesa.

—Suenan divertido —Dina sonrió. Hacía años que no iba a un buen pub. Aunque escuchar música en directo, tal vez fuese demasiado para su amedrentado corazón...

Por un segundo, perdió la mirada más allá de su propia bebida imaginando el instante en el que, hace años, entró en aquel bar de paredes oscuras y ambiente íntimo mientras las notas de una guitarra rompían un silencio ensordecedor. Tras pedir algo de beber, había alzado la mirada, un segundo, entre el público embelesado por la melodía y el tono aterciopelado de su voz, cuando le vio por primera vez.

Daniel tenía una sonrisa brillante. La más bonita que había visto jamás. Los ojos oscuros y el pelo castaño revuelto. Era guapísimo. Había sido un chico de ensueño, espectacular.

—¿Dina?

Al oír su nombre, la joven negó alejándose de aquellos recuerdos, poniendo los pies sobre la tierra.

—Perdona —sonrió intentando apartar la nostalgia que la invadía.

—¿Estás bien? —la mirada preocupada de Archie la abrumó.

—Sí —se llevó un mechón de cabello tras la oreja—. Solo pensaba en..., que hace mucho tiempo que no salgo a oír música o a divertirme de esa forma. Y a veces, me pregunto si sería capaz de hacerlo de nuevo... —murmuró soltando una larga exhalación.

—En ese caso, cuando estes lista —Archie recorrió la mesa con sus manos hasta encontrar las tuyas. Las entrelazó sin pensarlo. Sonrió—, te llevaré al *Dream Team* y a Escocia para que puedas probar la cerveza de verdad —ella rio admitiendo que tenía unas ganas enormes de echarse a llorar, aunque se contuvo. Debía de hacerlo por los dos. Deseaba disfrutar de la compañía que tenía delante más allá de los recuerdos que la perseguían sin compasión.

Dina le sostuvo con fuerza aquellas enormes manos cálidas y suaves hasta que una de ellas viajó hasta apoyarse en su rostro. Le miró risueña cuando él le guiñó un ojo con cierto aire fanfarrón.

—Eres un idealista, Archie.

—Ni te imaginas hasta dónde puede llegar mi capacidad para sorprenderte.

Dina se sintió extasiada. Él era fabuloso. No había nada que no le llamase la atención, que no le gustase de él. Y eso que aún tenía cierto misterio que resolver.

—Así que eres escocés —Archie asintió—. Tienes un aire bucólico —él se echó a reír.

—¿Enserio?

—Escocia parece sacada de un cuento de hadas. Es maravillosa. ¿Edimburgo?

—Inverness —Dina sonrió—. Te encantaría ver esa ciudad.

—Ojalá me llesves, entonces. Tal y como has dicho.

Dina tuvo la intención de seguir con algunas de sus indagaciones, pero en ese instante, las hamburguesas caseras llegaron a la mesa y ambos se pusieron a comer como si fuese lo último que harían en la vida.

El silencio acogió la cena unos minutos hasta que Dina, desbordada por la curiosidad que llevaba martirizándola desde el principio de la noche, preguntó algo que le había estado rondando la cabeza desde el día en el que le besó en su portal por primera vez y luego ocurrió todo lo demás, claro.

—Green... —las preciosas esmeraldas claras del moreno se alzaron hacia ella—. ¿Estás saliendo con esa chica?

Archie arrugó la nariz, confuso.

—¿Qué chica?

—El otro día te vi almorzando con ella en la universidad. Parecía muy unidos.

—Ah, Sally —Dina afirmó con el rostro con las pulsaciones aceleradas y la expectación contenida bajo la piel. Había conocido en aquellos últimos días la fama que tenía Archie con las mujeres. Nadie le había visto en una relación más o menos estable jamás. Y Clare, una de sus profesoras, afirmaba que había conocido la cama de la mitad de las chicas de su clase. A Dina le pareció una exageración de primera, pero no estaba de más investigar un poco sobre el tema—. No estamos saliendo —sonrió mojando las patatas fritas en mostaza antes de comérselas—. Tenemos una relación de amistad, íntima.

—¿Amistad, íntima? —Pook bebió—. Llámame anciana, pero no sé qué es eso.

Archie rio. Green se acercó a ella en la mesa para susurrar:

—Era una forma delicada y sutil de llamarnos folla amigos —el rostro de Dina se descompuso. Sabía que se había puesto roja como un tomate. Archie se echó a reír un instante y ella suspiró, sintiéndose como una niña.

—Ohm... ¿Es muy formal?

—Para nada —Archie regresó a su hamburguesa desinteresadamente como si no hubiese dicho aquella barbaridad. Ella solo había tenido novios estables. Nunca había probado aquello de los líos de un par de noches. Se sentía muy estúpida en ese área y a la vez, se veía incapaz de controlarla. Quiso preguntar, al momento, la cantidad exacta de chicas con las que actualmente tenía ese tipo de encuentros, pero para llegar a ese punto, necesitaba una buena copa de alcohol antes de desinhibirse.

Sin embargo, esa idea le llevaba a otro pensamiento para nada halagüeño.

—Y si tienes a alguien como ella, entonces... —Archie volvió a sus ojos, intrigado, curioso—. ¿Por qué yo?

—¿Tú? —ella asintió convencida con su duda.

—¿Se trata de un capricho? Todo esto... —expresó—. Nos estamos jugando muchas cosas y me pregunto si tan solo soy..., una amiga íntima más.

—Nos estamos conociendo verbalmente, Dina. Hace meses que tan solo nos mirábamos

furtivamente, dos o tres días a la semana —respondió a sus inquietudes sin ser todo lo específico que ella hubiese deseado.

—Lo sé. Pero...

—No pasa nada si hubieses decidido no venir hoy —la interrumpió—. Es lógico que te sientas dubitativa si es la primera vez que haces algo como esto. Digo, algo como estar sentada frente a alguien que solo te ha mirado demasiado de vez en cuando —Dina respiró hondo—. Además, jamás me habría enfadado.

—Bueno, la curiosidad me matará como a un gato de todas formas tarde o temprano —sonrió y en cierto modo, Archie también lo hizo.

Y entonces, él susurró algo más. Y no era muy consciente de lo poco preparada que estaba para escucharlo.

—Lo hago porque me interesas.

—¿Te intereso? —esta vez fue Pook la impresionada por su franqueza.

El chico asintió sin tapujos volviendo a mirarla de esa forma tan atrayente y ella contuvo sus acelerados latidos como pudo.

—¿Quieres que hable como un adolescente? —preguntó divertido—. Eres preciosa y me atraes como a un imán en todos los sentidos —dijo sin más.

—¿De verdad? —ella arrugó la nariz contrariada, incrédula y sonriente disfrutando de sus buenísimas patatas fritas—. Pero si soy un torbellino bajito y con poca gracia.

—Creo que te confundes al creer que sabes lo que pienso sobre la belleza femenina.

—Esa Sally es un espectáculo.

—Y las demás, por norma general, también lo son —apuntó él a su ironía—. Sin embargo, y admitiendo que no te tienes en tan alta estima como deberías, tienes algo que supera cualquier atractivo físico. Es una atracción distinta. Como algo que vas a comer y que a primera vista parece simple, pero tiene una explosión de sabores y recuerdos en su interior al dar el primer bocado.

—Así que estoy buena —bromeó y Archie no pudo evitar echarse a reír.

—¿Lo ves? Cada vez que dices algo, me preguntó qué será. Eres divertida, auténtica. Emocionante.

—También soy mayor —murmuró conteniendo sus propias emociones.

—No me importa la edad. Es solo un número que nos impide, en muchas ocasiones, fijarnos

más en lo que deseamos —esa respuesta la enmudeció unos minutos en los que amplió la línea curva de sus labios fascinada por la madurez de aquel.

—Aun así, seguro que algún día encuentras a alguien que tenga todo eso y que, además, sea más joven, más guapa y que, por supuesto, no sea profesora de la universidad en la que estudias —le aconsejó.

—Creo que se está tomando demasiado enserio mis intenciones —comentó Archie siendo consciente de lo que decía. Incluso, intentó no tutearla más jugando en cierto modo a ese papel de profesora y alumno que ella tanto repetía. Quizás para recordarle a él su posición o tal vez, para que ella misma no se sintiese tan culpable por lo que hacía, con el fin de mantenerse en su lugar—. No piense. Disfrute de la noche. Del momento. De mi compañía. Ha elegido venir a pesar de que ponían el *Diario De Bridge Jones* en televisión que estoy seguro de que le encanta. Así que simplemente páselo bien —esa ocurrencia la hizo reír algo que, para Archie, evidentemente, no pasó desapercibido—. Bueno, también hay otra cosa que me encanta de usted.

—¿Sí? —preguntó ella intrigada esperándose cualquier respuesta.

—Tiene la sonrisa más hermosa del mundo. Si adoro algo de ti, es eso —señaló, tuteándola esta vez.

Y el alma de Dina volvió a crepitar como el fuego más ardiente de todos.

Capítulo 14

Archie había recuperado, por fin, la movilidad total del brazo. Los huesos habían soldado bien. La herida del mentón prácticamente había desaparecido y la enorme contusión del costado estaba más amarillenta y mucho más chiquitita.

Así que esa noche se sentía lo suficientemente bien como para acompañarla a casa caminando, tras esa fabulosa cena en *Denny's*.

No era la primera vez que hacía aquello de invitar a una chica a cenar para luego dar un intencionado paseo hacia su casa. Hacía mucho tiempo que vivía solo y eso facilitaba bastante sus encuentros amorosos. Sin embargo, sí era principiante en aquello de pasear con alguien que empezaba a gustarle de una forma muy distinta. Archie sabía que no solo se sentía atraído por ella, sino que, además, era consciente de que haría cualquier cosa por mantenerla a su lado o por verla feliz.

Era egoísta. Siempre lo había sido.

En aquel recorrido por las frías calles de la ciudad. Dina hablaba sobre algo relacionado con el trabajo y él se limitaba a asentir perdiéndose en el timbre de su voz dulce y aterciopelada. Ni demasiado aguda, ni muy grave. El tono perfecto.

Sabía que todas las sonrisas o los esfuerzos por lanzarle una broma, solo eran el reflejo de su propia inquietud. Todavía estaba superando el horrible dolor de perder a su hermana. Y quizás, algo más. Algo que parecía ser el resultado otro final trágico.

Aun así, Archie pensaba que, si su relación seguía fluyendo de aquella forma, algún día estaría preparada y tendría la suficiente confianza como para contárselo.

—Tengo una pregunta comprometida —sugirió la chica, de repente, acabándose aquel gélido helado. Archie la observó sonriente sin comprender cómo podía comerse aquello con el frío que hacía.

—Dispara.

—Hemos hablado de esa tal Dean antes, pero ¿con cuántas chicas has estado en realidad? —le miró con una curiosidad e interés inauditos. Archie rio y de inmediato, se encogió de hombros,

sorprendiéndola.

—Te diré un secreto —ella asintió intrigada haciéndole gracia al segundo—. No suelo contarlas, me parece algo un gusto horrible. Pasar el tiempo con una chica interesante es demasiado agradable como para pensar que puede ser un número y fin. Sería incapaz de tener ese tipo de ideas a pesar de lo que pueda aparentar o decir la gente. Muchas son muy amigas mías, otras solo experimentaban como lo hago yo. Nos lo pasamos bien en general. ¿Qué más da? Cada uno tiene su vida y los rollos de una o de dos noches siempre son satisfactorios para ambas partes —esa respuesta la hizo afirmar con mucho interés sobre el asunto—. Además, tampoco es que vaya por ahí diciendo con quién salgo o no. Mi vida personal es mía y de nadie más. Así que siento decepcionarla señorita Pook, pero no tengo un número que ofrecerle —Dina sonrió.

—Se hace el interesante con mucha facilidad, señor Green. Estoy convencida de que a pesar de que no existe ese número, son muchas —Archie la observó rechupetear la cucharilla del helado con gusto—. ¿No es algo frío? —él arqueó las cejas con cierta curiosidad.

—¿Probar nuevas experiencias? —Dina asintió—. Bueno, para mí al igual que para ellas, no resulta frío, simplemente es gratificante. Tenemos en cuenta que es mejor así. Sin normas. Sin justificaciones. Solo disfrutar. El amor es..., complicado.

—¿Nunca te has enamorado de ninguna de ellas?

—He tenido mis favoritas —pensó en voz alta observando el bonito cielo estrellado que empezaba a cubrirse de nubes poco a poco—. Ellas no tienen reparo en decirme que también estoy en lo alto del *top ten* —bromeó—. Pero nunca me he enamorado, Dina. Jamás.

—¿Y haces esto siempre? —sin duda, ella pensaba en sí misma y en su relación con él—. Invitarlas a cenar. Dar con las palabras apropiadas para conquistarlas. Tener preparado el momento perfecto para acercarlas a ti mientras se sienten queridas.

—No suele hacer falta. Normalmente somos amigos y surgen ciertas circunstancias —la joven soltó un largo suspiro agachando el rostro apenado. Y él, sintió la necesidad de despejar esas inquietudes—. Cuando digo algo como lo del otro día en tu escalera... —murmuró llamando poderosamente su atención—, verás..., no es habitual en mí.

—¿Es porque soy distinta? —Archie la miró afable. Sonrió tierno, cercano. Afirmó.

Y ella contuvo a su lengua para no preguntar nada más. Probablemente, le daría un miedo atroz descubrir hasta qué punto él se sentía vulnerable junto a ella.

El silencio se abrió paso entre ambos hasta que se le ocurrió la idea de preguntar por sus relaciones. Tal vez, sacase algo en claro sobre su tristeza contenida o su mirada perdida en el vacío. Esa que le había sacado de su rutina mientras trabajaba, tantas veces.

—¿Y a ti? ¿Te espera alguien en casa hoy?

Por un segundo, la peli blanca pareció tensarse. Sin embargo, de momento, regresó a la normalidad.

—No deberías de preguntarle esas cosas a una profesora que tiene amistades entre tus altas esferas —Archie sonrió divertido.

—Es muy injusta tu respuesta.

—Lo sé —dijo divertida.

—De todas formas, si te esperase alguien, me sentiría decepcionado —indicó, metiendo el dedo, un poquito, en la llaga.

—Pues no te decepciones. Ese tren ya pasó por la estación hace tiempo—esa respuesta era idónea para seguir indagando.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hace tiempo que no estoy con alguien —resolvió sin desvelar nada más para desesperación de Archie. Aunque como en otras ocasiones, no se le notó en lo más mínimo.

—Bien —musitó sin más—. Mejor, porque me fascinaría tenerla solo para mí —al oírle, la chica sintió una fuerte presión en el pecho.

—Eso es muy acaparador.

—Soy acaparador.

—¿Y qué opinarán las demás de eso? —Archie la miró divertido.

—Cuando estoy con una mujer o deseo estarlo, ella se convierte en mi centro de atención a todos los niveles. Aunque sea para unos minutos, unos días o unos meses —esa respuesta llamó la atención de una Pook que cada vez le gustaba más y más hablar con aquel estudiante tan distinto al resto—. No sería capaz de estar metido en una relación sentimental propiamente dicha con más de una mujer a no ser que sea simplemente sexo. En ese caso, disfruto de mi libertad todo lo que puedo.

Y ahí estaba el tema que tanto calor y tensión les provocaba a ambos.

—¿Ah sí? —la de ojos celestes sonrió con picardía. Quería seguir preguntando. Ansiaba saberlo absolutamente todo de él, incluso llegados a ese punto, de aquellos temas candentes—. Y dime señor Green, ¿qué es lo más extraño que has hecho en la cama? —esa pregunta era una olla a presión, pero estaba claro que Dina deseaba ponerle contra la espada y la pared. Ver cómo reaccionaba. Sobre todo, en cuestión a comprobar si ella era otra de tantas o no. Además,

tampoco habría hecho nada muy disparatado según la edad que tenía.

No obstante, a pesar de sus expectativas, Archie se lo pensó y eso la intrigó todavía más.

—Bueno, no sé si es extraño, pero supongo que es llamativo —murmuró al fin—. Participé en una orgía hace unos dos meses —los ojos de Dina se abrieron de par en par, sorprendidos—. Un intercambio de parejas, una chica más y yo —especificó—. Fue morboso y disparatado, aunque reconozco que me encantó—. Archie se volvió hacia ella y su rostro pasmado.

Al segundo, Green se echó a reír.

—¡Me estás engañando!

—Claro que no —negó. Su expresión era todo un poema—. En la cafetería se conoce a mucha gente excéntrica y divertida. Un chico me invitó y acepté.

—¡Pero si eres un enano! —Dina parecía realmente escandalizada.

—¡Oye! No soy tan joven, cumplo veinticuatro en una semana —arrugó la nariz, pasándoselo en grande con su reacción—. Además, ¿qué tiene de malo que me guste experimentar esas cosas? —Archie le guiñó a Dina un ojo resuelto y ella sonrió negando con su bonito rostro redondeado.

—Eres una víbora —musitó.

—O un devorador —esta vez, fue Dina quién soltó una preciosa carcajada—. Bien, y ahora quiero cobrarme esa deuda, ¿qué es lo más extraño que ha hecho entre las sábanas Dina Pook?

Dina sintió un vuelco en el corazón.

—No he sido de ese tipo de citas nunca —confesó—. Y lo más extraño lo hice con... —miró hacia delante. Su expresión divertida se esfumó y Archie pensó que había metido la pata hasta el fondo.

—Oye, si no quieres...

—No, no perdamos el hilo. Nos estábamos divirtiendo —le sonrió sincera—. ¿Verdad? —el moreno asintió—. Fue con una pareja que tuve hace mucho tiempo y un amigo en común —soltó al fin. Archie arqueó las cejas, asombrado.

—¿Un trío?

—Un trío —declaró sorprendiéndose incluso a sí misma por acabar de contarlo sin más—. Además, he hecho algo —a medida que hablaba parecía bajar un poco la voz para que ningún viandante la escuchase—, al aire libre.

—¿Al aire libre? —Archie la miró impresionado— ¡Quién lo iba a decir! Parece más de cama

extragrande y blandita —se burló.

—Era joven y estaba loca —se excusó sonsacando una carcajada a Archie—. Y ni se te ocurra divulgarlo o te juro que te encontraré y me desharé de tu cuerpo inerte lanzándolo al mar —le señaló con el dedo índice, amenazante.

—De acuerdo. Borraré en cuanto llegue a casa el *post* que acabo de subir a las redes sociales contando tus travesuras —ella le dio un golpecito en el brazo con el puño cerrado mientras él no paraba de reír—. No, ahora enserio, ¿qué tal fue? Tengo curiosidad.

—Lo del aire libre tiene su encanto y su morbosidad. ¿El trío? Aburrido y extraño —murmuró—. No llegué a comprender cómo podía desenvolverse bien, realmente. Fue confuso —Archie sonrió sabiendo lo que podía significar eso cuando de una aventura más allá de dos, se trataba.

Así que, extasiado por el momento y por supuesto, por el tema de conversación soltó lo que pensaba sin más.

—Nunca te pasaría eso conmigo —de repente, el de ojos verdes, que caminaba un par de pasos por delante se detuvo justo frente a ella—. Sería capaz de guiarte en cada paso sin que te diceses cuenta mientras te pierdes de placer.

Se miraron. Se sonrieron.

Se tentaron.

Y entonces, justo en el momento en el que ella iba a decir algo, con sus mejillas encendidas, de pronto, a lo lejos escucharon un fuerte trueno, un par de relámpagos centellearon en el cielo oscuro y al minuto, comenzó a llover como si no hubiese un mañana.

Ambos, completamente empapados, permanecieron en mitad de la acera mientras, a su alrededor, la gente intentaba refugiarse de las gotas de agua que caían incesantes desde ese cielo gris, sin estrellas. Llovía con demasiada frecuencia en Londres.

Y a pesar de que sabían que debían resguardarse, una fuerza externa a sus cuerpos les impidió moverse.

En aquel instante, eran incapaces de no devorarse con ese nuevo lenguaje de miradas atrayentes y disparatadas que habían inventado tan solo escuchando el latir de sus corazones inquietos, expectantes.

Hasta que él avanzó un par de pasos con ímpetu acercándose a ella sin pensárselo más. El agua, que mojaba su cabello rizado, resbalaba por su rostro y, aun así, Archie sonreía como nunca. Dina pensó que no había nadie tan guapo como él.

Y si lo hubo en otro tiempo, ahora no importaba lo suficiente como para no pensar así de él.

Green atrapó las mejillas de la chica entre sus manos y deseoso de hacer lo que había imaginado al principio de esa noche con esos labios carmín, la besó.

Dina se dejó llevar por completo, extasiada. Nunca había experimentado una pasión tan desbordante, avasalladora y abrumadora. De la nada al todo. De cero a cien. Algo que estuviese relacionado con perder por completo la cordura.

Todo lo que él decía y hacía la dejaba conmovida, hipnotizada. El solo sentir su cuerpo empapado pegado al suyo ocultándola del mundo, cómo le arrebatava el aliento a cada paso, a cada mordisco... Archie sabía perfectamente lo que hacía y lo hacía de maravilla.

Hubo un segundo..., un tercero..., un cuarto...

Poco a poco, saboreando cada resquicio de su boca, fue llevándola bajo la lluvia y aquel beso plagado de ansiedad, de pasión, de necesidad, hasta un pequeño callejón oculto de miradas ajenas y allí, la atrapó contra la pared. En ese instante, la dejó respirar.

Se miraron, provocándose, con la respiración acelerada.

Dina se mordió los labios que, con los besos, habían perdido un poco su rojo intenso y él, obnubilado por ese simple gesto, se aproximó a ella para rozarle con ternura la nariz contra la suya. Esa caricia la enamoró aún más.

—¿Puedo ser franca? —Archie asintió desde arriba sin dejar de sonreír—. Te deseo.

—Seguro que no más que yo —Green se acercó lo suficiente a ella como para perderse en un nuevo beso más pausado. Siendo consciente de que si volvía a la fogosidad de hacía unos segundos, sería incapaz de controlar sus propios impulsos y no quería que su primera vez con Dina, si es que sucedía, fuese de esa forma tan poco convencional.

No es que no le tentase hacerlo allí, contra la pared de un callejón oscuro en medio de un aguacero en plena madrugada, pero ella se merecía algo más que un poco de placer rápido. Así que, contra todo pronóstico y más el de Dina, Archie se apartó un poco más de su lado.

—De todas formas y en contra de lo que desearía, creo que deberíamos de detenernos aquí por hoy —mencionó en contra de su voluntad—. Te arrepentirás y no podría soportar escuchar algo así de ti.

Dina, que aún sostenía entre sus dedos la tela de la *bomber* empapada del muchacho, respiró hondo sabiendo que él tenía razón. Todavía tenía que aclararse. Saber si estaba lo suficientemente segura como para llegar a ese nivel.

—De acuerdo —Green la dejó respirar definitivamente y la chica se recompuso sintiéndose, en

parte, decepcionada consigo misma. Su corazón habría llegado hasta el final incluso en aquellas circunstancias. Incluso sabiendo que estaba mal.

—¿Seguimos? —Archie la animó a continuar hacia su apartamento sin perder el ánimo—. Vamos a acabar con un buen resfriado si nos quedamos aquí —avanzó y ella, pronto, se incorporó a su marcha saliendo del pequeño y oscuro callejón.

Durante los minutos que duró el paseo hasta el portal en el que la dejó entre misteriosas sonrisas, una despedida larga y tensa, y un beso escondido más que obvió subir ciertas escaleras, la conversación se esfumó, pero con una pequeña diferencia. Archie Green se había atrevido a entrelazar sus dedos con los de ella durante el camino, afianzando lo que sentía y quería en aquel instante.

No sabía hasta qué punto, pero era muy consciente de que se estaba enamorando de aquella mujer. Y, al comprenderlo, las palabras de su amigo Daiki, se alzaron en su mente sin compasión.

«Cuando aparece la persona indicada los lazos, la conexión, surge sola y con una facilidad abrumadora. Lo sabrás en cuanto lo sientas».

Sonrió al pensar en la conversación que había tenido con ella antes, cuando le había preguntado si se había enamorado alguna vez...

Dina aceptó encantada sus dedos entrelazados sabiendo que había nacido algo terriblemente especial y a la vez peligroso entre ellos dos. Soltar su mano ese día fue más difícil de lo que nunca llegó a imaginar.

Esa noche, en la intimidad de su dormitorio mientras fantaseaba con sus dedos y sus besos sobre su piel en aquel curioso lugar donde la había acorralado se preguntó, qué pasaría después de esa cita donde había estado a punto de rozar..., el cielo...

Capítulo 15

Se había enganchado a él como a una droga.

Desde el instante en el que había jugado con su propio cuerpo pensando en él más de una noche, era consciente de lo peligroso y tentador que resultaba verle entre los pasillos, por los jardines, en la cafetería o cruzarse con él cuando menos se lo esperaba.

Todavía se sorprendía al pensar en lo poco que habían coincidido y en lo mucho que esa situación había cambiado desde hacía unos días. Era como si buscasen el momento idóneo para un encontronazo fortuito o un juego de miradas inesperado.

Y a la vez, era horrible pensar lo deseosa que estaba de acercarse a él para mantener algo más que una conversación trivial sobre los estudios y, sin embargo, saber que no podía hacerlo cuando estaban en la universidad. Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo... Era desesperante.

Esa prohibición la estaba desbordando. Alterando. Sabía que debía de alejarse y, no obstante, cada vez que le veía hablar o sonreír con aquellos dientes perfectos... Qué tentación para la vista sus manos y esa espalda ancha bajo las camisas y sudaderas...

Alzó la vista hacia un nuevo y pequeño ramo de flores sobre la mesa de su despacho. Junto a aquellos dulces aromas, una fotografía de su hermana y ella misma; el último viaje que habían hecho juntas a Francia. Sonrió nostálgica.

—¿Cómo me lo quito de la cabeza? —susurró en voz alta esperando uno de sus buenos consejos que ahora estaban vacíos de respuestas.

Contuvo el aliento cerrando los ojos intentando concentrarse en los registros de las clases de esa semana. Debía de trabajar y dejar a un lado sus pensamientos. Tanto los buenos como los no tanto.

Y entonces...

—El señor Green de medicina me pone histérica —Dina alejó la mirada de los papeles que estaba revisando y fijó sus ojos en la rubia que acababa de entrar como un torbellino en su propio despacho. Melissa acababa de sentarse frente a ella—. ¿Cómo puede tener la capacidad de enervarme cada vez que me lo encuentro en la biblioteca? Se lleva una lista de mil ejemplares y tiene a Jean ocupado la mitad de la tarde. ¿Cree que es el único que utiliza la biblioteca? Tendré que ir a la hora del almuerzo —chistó haciéndola reír para sí misma. Como siempre, Melissa se quejaba de todo aquel estudiante que, desde su único punto de vista, no fuese perfecto. De

pronto, Sam, especialista en idiomas, sonrió divertido desde el marco de la puerta.

Aquellos dos amigos suyos tonteaban con más ahínco de lo que pensaban desde hacía años. Desde fuera, verlos era como una declaración de intenciones.

—Pues en idiomas es un *crack* —le defendió—. Además, no te quejes Mel, esta vez solo se ha llevado un par de libros.

—Aun así, ¿qué los pide? ¿En chino? —Sam se echó a reír y ella se subió las gafas correcta e impecable como siempre. Dina asintió a esas palabras sin meterse en la conversación—. Si mostrase el mismo interés por no incordiar como lo hace con las chicas, sería un genio.

—Con esa edad las chicas siempre son lo primero —comentó Sam. Dina suspiró. Sabía perfectamente que Melissa deseaba incordiarla con aquel tema. Se había dado cuenta de que Archie era el chico de la cafetería al que solía mirar de soslayo y, por supuesto, no estaba a favor en absoluto de que lo hiciese. Cómo no.

Lo que no sabía era que esa relación de miradas y sonrisas se había transformado en algo que ni ella misma habría sido capaz de imaginar, meses atrás.

—Me pregunto para qué habéis venido.

—¿No te has dado cuenta de que hoy a almorzado de nuevo con Sally Dean? —Sam obvio su inquietud—. Esa chica de su clase —nada más oírlo, a Dina se le borró la sonrisa divertida del rostro al sentir un fuerte vuelco en el alma. Melissa se volvió hacia él escandalizada. Se había dedicado a sacar unos documentos de su carpeta para dejarlos en su mesa mientras hablaba.

—¿Sally Dean otra vez? ¡No puedo creerlo! ¡Acabará estropeándola! —Sam rio ante ese comentario tan propio de ella.

—Creo que ya han compartido dormitorio en más de una ocasión—. Dina se mordió el labio. Dejó de revisar trabajos. Sentía un desagradable pellizco en la boca del estómago solo de imaginar algo así. Melissa, que se dio cuenta de inmediato, se volvió hacia él para sacarlo de allí. Quería picarla un poco, pero no hasta ese punto.

—¡Sam! ¡Qué descarado eres! Como profesores no nos debemos meter en esos asuntos tan comprometidos. Si esos dos se acues...

Antes de que pudiese acabar la frase, Dina se levantó de su asiento arrastrando la silla con energía. Sus compañeros, justo frente a ella, la observaron sorprendidos.

—Lo siento. Tendré firmado todo eso para dentro de un par de días —se disculpó con una sonrisa fingida mientras recogía sus cosas. Había querido y pedido una forma de quitarse a Archie de la cabeza, pero evidentemente no así—. Creo que no me encuentro bien, así que lo

mejor será que me marche a casa.

—¿Y no vendrás a cenar? —la peliblanca negó disculpándose de nuevo.

Así que, cuando se colocó su abrigo marrón *oversize* y se hizo un moño alto para que el bufandón no se le enredase con el pelo, se echó la mochila al hombro y salió del edificio intentando no pensar mucho en nada de lo que había escuchado.

Ella sabía que él era un mujeriego. Ni siquiera lo había negado la última vez que había hablado con él sobre ese tema. Y definitivamente, ella debía de pasar página. Había decidido que no debía de seguir con aquel tiras y aflojas a pesar de lo que, realmente, sentía por él.

No podía permitirse algo así, por lo que el tiempo que pasase con otras chicas no era su problema o de su incumbencia. Después de todo, solo habían tonteado un poco y Archie no era nada suyo, ¿cierto?

Sin embargo, era incapaz de no sentir aquellos malditos celos que la carcomían por dentro imaginando, como en otras ocasiones, que era una más de esa larga lista de nombres.

«Me interesa».

Sus palabras y la forma que tuvo de mirarla mientras las pronunciaba, divagaron por sus pensamientos y ella, que iba a toda prisa hacia su hogar, frenó unos segundos en medio de la calle, cerró los ojos, respiró hondo para tranquilizarse y se dijo a sí misma mentalmente que debía comportarse como la adulta que era de una buena vez.

—Necesito hacer un poco de yoga en cuanto llegue —susurró para sí volviendo a la realidad.

Pero nada era tan sencillo en su vida desde hacía años.

Cuando llevaba un buen rato caminando, escuchando música con sus cascos inalámbricos, en aquella ocasión *Dancing with Myself* de *Billy Idol*, sintió un fuerte tirón del brazo e inexplicablemente, un vuelco en el corazón.

De inmediato, Dina se volvió hacia el causante que la había detenido en medio del camino y un fuerte cosquilleo se abrió paso en su garganta.

De entre las nubes de lluvia, pareció despuntar poco a poco, el Sol del atardecer.

—Archie... —se quitó uno de los auriculares.

—No huyas —sonrió sin soltarla.

—¿Huir? —Dina aún intentaba coordinar las palabras con sus pensamientos y, por supuesto, con la idea de tenerle allí delante.

—Llevaba llamándote un rato cuando te he visto y no me respondías. Pensaba que me estabas ignorando deliberadamente —Archie la regañó como si fuese una niña y en ese instante, la joven de ojos azules le mostró sus cascos de música.

—Es como si desapareciese con esto puesto. Lo siento. No pretendía hacerlo —susurró.

—¿Segura?

—De corazón, corazón —sonrió tanto o más que él—. ¿Qué haces por aquí?

—He salido del centro de salud. Parece que ya puedo dejar los calmantes —Archie arrugó la nariz sin estar del todo convencido con esa idea.

—Debes hacerlo o acabarás enganchándote —le advirtió con diversión al verle aquella expresión en el rostro.

—Qué elocuente es usted —ambos se echaron a reír.

Y Dina supo que era imposible obviarle. Era imposible olvidarse de todo, pasar página sin más. Lo que sentía se le escapa de las manos. Hacía años que no se encontraba tan a gusto con alguien, ni tan cerca de volver a ser ella misma.

¿Cómo iba a dejar pasar la necesidad de volver a sentirse querida? De ver que la vida aún le tenía planteadas mil emociones y experiencias. Que los accidentes de tráfico podían arrebatarle muchas cosas, pero no la capacidad de reponerse una y otra vez.

—De todas formas, la idea de ignorarme no es tan descabellada, ¿me equivoco? —últimamente lo había esquivado de más—. Me da demasiadas de arena y cuando aparece la cal, me deja sin corazón.

—Qué exagerado eres.

—Dina...

—Archie, es complicado —le reconoció—. Entiéndeme. No te enfades conmigo.

—No pasa nada.

—¿Seguro? —Green soltó un suspiro resignado y, aun así, asintió—. Pues mírame a los ojos y dímelo de nuevo. No quiero que estés molesto conmigo, de verdad. La universidad es un territorio peligroso —obedeciendo por puro instinto y esa atracción desbordante que sentía hacia ella, Archie fijó sus esferas verdes en las suyas con la intensidad que siempre le caracterizaba.

Y su sonrisa brillante apareció.

Durante unos segundos, se miraron buscando lo que ambos deseaban desde la última vez que se habían acorralado en un callejón lloviendo a mares.

Hasta que ella se apartó de sus ojos ligeramente. Mantenerle la mirada a ese chico era una misión imposible. Si seguía haciéndolo se tiraría a sus brazos en medio de la calle como si fuese una cualquiera, según hubiese especificado Melissa. Así que respiró hondo pensando de nuevo en el yoga.

—No estoy enfadado —murmuró Archie con ese tono de voz grave y tenue que usaba a conciencia en momentos de intimidad. Ese que le erizaba continuamente la piel—. De verdad —y a pesar de ello, le soltó el brazo—. Pero espero una compensación por daños y perjuicios hacia mi pobre persona —bromeó definitivamente haciéndola sonreír.

—¿Qué daño y perjuicio? —ella soltó una preciosa carcajada.

—¿Sabe lo complicado que es sentirse ignorado? No me había pasado jamás —Archie se llevó una mano al pecho dramáticamente. Volvía a ser el de siempre y esa idea, la relajó.

—Siento que haya sido una puñalada tan terrible para tu ego —Dina se cruzó de brazos con cierto aire pícaro.

—Por eso mismo, exijo que me invite a un café. ¿En su casa, por ejemplo? —él era más avisado que ninguno.

—Ni hablar —sentenció Dina riendo—. ¿Has hilado la conversación para acabar ahí? ¡Cómo te atreves! —le dio con cariñoso golpe en el brazo con el puño cerrado.

—Que negligente es señorita Pook. ¿Quién sabe la conmoción que me habrá causado? —Archie continuó con sus ideas descabelladas guiñándole un ojo con descaro.

—Aun así, no pisará mi casa de nuevo, señor Green —le miró risueña echándose a andar. Él se encogió de hombros resignado, antes de seguirla.

Pero no del todo.

—¿Y puede decirme por qué? —en ese instante, Dina se detuvo en mitad de la acera y le miró con una sonrisa pícaro en el rostro.

—¿De verdad quieres que te lo diga? —Archie asintió convencido—. Sabes perfectamente cómo acaban nuestros encuentros, no te daré la oportunidad de que llegues a nada más —el moreno arqueó las cejas impresionado.

—¿Está segura? —preguntó con cierto aire seductor. Le salía tan natural que a Dina aún la sorprendía y asustaba a partes iguales—. No sabe lo que se pierde.

—Definitivamente tendría que haberte ignorado al cien por cien —Dina, riendo, se acercó a su lado y juntos empezaron a caminar hacia sus respectivos hogares.

Durante el camino, deseoso de sentir contacto físico, Archie se aventuró a agarrarla de la mano de nuevo, sutilmente, y en cuanto ella aceptó entrelazando sus dedos con los de él, sonrió feliz.

En aquel agradable paseo, conversaron de todo lo que les había pasado durante el día y Dina observó que se saltaba ciertas partes que ella sabía, como el almuerzo con Sally Dean. Esa obviedad, en cierto modo, la molestó. Aun así, haría de tripas corazón solo para disfrutar de su agradable compañía un poco más.

—¿Qué estabas escuchando antes, por cierto?

—Algo de pop de los noventa. Seguro que es demasiado antiguo para ti —Pook le tendió, sonriente, uno de los cascos inalámbricos y esta vez, le dio a la siguiente canción de la lista sonando la maravillosa *Tiffany* con su *I Think We're Alone Now*.

—¡Me encanta esta canción! —Archie la miró repleto de entusiasmo—. Tengo buenos recuerdos de ella de cuando era un crío. Tenía una vieja amiga a la que le encantaba ponerla mientras horneaba galletas de jengibre —asintió feliz, recordando a la abuela de Daiki, Gillian.

—En ese caso debe de escucharse muy dulce —expresó Dina encantada solo de ver la expresión nostálgica de Archie en su rostro.

—Desde luego. Quiero comer galletas —como si de repente fuese un niño, Archie sonrió de oreja a oreja y ella soltó una melodiosa y bonita carcajada al ver como se marcaba un par de pasos de baile en mitad de la acera.

—¡Para de hacer eso! Van a mirarnos todos —rio la joven que observaba impresionada la buena coordinación que tenía aquel estudiante con la música que sonaba.

—¿Y no te pica el gusanillo? —Dina rio aún más moviendo el rostro de un lado a otro—. ¿No te apetece bailar? —hacía años que no bailaba.

La última vez había sido con él.

Los recuerdos de una salida nocturna veraniega y algunos chupitos de ron asaltaron su memoria. Daniel había adorado la música tanto como ella. Y, aunque la apartó de su vida durante muchos años, fue incapaz de no volver a las notas de una buena canción. Al menos, una vez más.

De repente, en medio de sus propias divagaciones, en mitad de la acera, Archie la sostuvo haciéndola girar sobre sí misma entre risas para luego acercarla a su cuerpo dando pasos balanceados de izquierda a derecha incapaz de dejar de mirarla con una ternura sin igual.

—Deberíamos parar —informó Dina con las lágrimas saltadas de la risa y en cierto modo, de la vergüenza.

—¿Tú crees? —le dio un giro inesperado más—. Vayamos a bailar esta noche —propuso sin

dejar de hacerlo mientras, a su alrededor, la gente les observaba y cuchicheaban a medida que caminaban.

—¿Eso es una cita?

—Claro que sí —de repente, embriagado por ese momento que había creado de la nada, Archie le rozó la nariz con cariño y, con descaro, le dio un tierno beso en los labios ralentizando los movimientos del baile. Poco a poco, fue subiendo sus manos hasta acaparar las mejillas sonrosadas de la peli blanca.

Dina respondió al beso con gusto, deseosa de probarlo y saborearlo lo máximo posible. Había querido perderse en su boca cada día desde que lo habían hecho bajo la lluvia hacia unas noches. Al separarse lentamente, embriagada por las sensaciones que el chico le hacía experimentar, caliente y con ganas de más, hizo una pequeña sugerencia.

—¿Y si nos acostumbramos a tutearnos siempre? Da igual donde estemos —Green la miró sorprendido y a la vez complacido—. ¿Te parece bien?

—Me parece algo perfecto, Dina —escuchar cómo pronunciaba su nombre siempre la había perdido por completo así que, confesó.

—Me encanta como dices mi nombre con ese tono de voz grave y profundo que tienes.

Una vez más, se miraron.

Una vez más, la tensión aceleró sus corazones.

Querían, deseaban, llegar hasta el final y él lo tenía más claro que nadie.

Acercándose con descaro a su oído que se ocultaba un poco con la bufanda, susurró...

—Yo también lo adoro Dina —la sintió temblar de arriba abajo mientras soltaba un largo suspiro que le hacía saber que ese nuevo ataque, había resultado factible en el corazón de la joven.

Pero, a pesar de todo lo que sentía, por desgracia, la realidad no era tan sencilla. Las cosas no eran fáciles en su situación. ¿Qué pensaría el mundo de lo que estaba haciendo? Su hermana se lo reprocharía sin dudar. A Melissa ya le parecía mal el simple hecho de mirarle y luego estaba él... Sería un completo horror para Archie que su relación saliese a la luz. Un simple descuido como aquel en una calle tan transitada y todo quedaría en nada. No podía permitir que nadie la viese o la reconociese. Así que tuvo que ponerse seria de verdad esa vez. Debía de ser racional. Una adulta.

—Archie, yo... —le miró—. Ojalá todo fuese diferente, pero no puede ser —agarró entre sus dedos las solapas de su informal chaquetón azul. Él apartó la sonrisa de su rostro.

—¿Ir a bailar?

—Y traspasar esa línea. Eso es...

—¿Qué es? —Archie se acercó un poco más, clavando sus ojos verdes, claros y maravillosos en ella. La miró como si no existiese nadie más en el mundo y su corazón aleteó de inmediato en su pecho—. Ambos queremos estar juntos ¿no es así? No hay nada de malo. Yo... —Archie sostuvo su muñeca aferrada a su abrigo abierto con la intención de decir algo terriblemente sentimental, algo que jamás le había dicho a ninguna chica con la que hubiese estado y que, no obstante, se guardó.

—Entiéndeme, por favor —Dina insistió a pesar de todo—. Esto no puede ser. Es una locura. Somos de mundos distintos. Tenemos edades muy diferentes. Podrías ser algo así como mi hermano —esa comparación le dolió al estudiante más de lo que hubiese imaginado nunca—. Si fuese, tan solo de otra manera, tal vez no sería tan complicado avanzar —Dina insistió y Green, al segundo, contuvo el aliento sintiéndose como un idiota. Nunca estaría a su altura, jamás. Nunca sería suficiente.

—Nunca lo será.

Sin decir nada más, claudicó devolviéndole el casco por el que aun sonaba su música favorita y se disculpó antes de avanzar en dirección contraria a la suya. Ella, al ver como se alejaba, quiso correr hacia él. Detenerle. Rogarle que no se fuese así, enfadado, dolido.

Pero no fue capaz.

Esa noche, tras el yoga y una ducha reconfortante, en la soledad de su apartamento, mientras veía en la televisión un buen drama coreano cenando un bol de cereales con leche caliente a media luz, Dina no pudo parar de pensar en él.

En el baile inesperado de aquella tarde, en su espontaneidad, sus ganas de hacerla reír sin parar, sus besos, su forma de ser abierta, directa, decidida... El simple hecho de creer que había perdido ese tipo de instantes con Archie hacía que el nudo de su garganta se aferrase con más fuerza a la misma.

A pesar de su corta edad, Archie la desconcertaba más de lo que ningún hombre había conseguido jamás. Incluso más de lo atónita que la había dejado Daniel en su momento.

Y no sabía si eso era bueno o malo, lo que sí estaba claro era que, si no podía dejar de pensar en él, era porque su corazón estaba sintiendo muchas cosas más cercanas al amor de lo estrictamente necesario. Cosas que se había ido negado a pesar de que sus impulsos se habían

dejado llevar.

Esa atracción fatal. Esa química. La forma de mirarse. Todo ese compendio de cosas que la acercaban irremediablemente a él...

Le necesitaba. Le deseaba. Y quizás, algo más...

Después de ese día estuvo convencida de ello. Así que, sin tapujos, cogió su teléfono móvil, buscó en su correo las fichas de los alumnos donde encontró el número del muchacho y sin pensarlo, lo agregó.

Conteniendo el aliento, observando el chat abierto, divagó durante unos minutos qué hacer. Después de todo, estaba convencida de que si se aventuraba no tendría salida alguna...

Él es la mejor versión de ti.

Escuchó, de pronto, decir a uno de los personajes de la serie que veía y sintió que esa era, precisamente, la señal que necesitaba para hacer lo que su corazón le dictaba. Así que respiró hondo, volvió al chat y escribió.

«Buenas noches, Archie, espero no interrumpir nada interesante.»

Sonrió divertida un segundo, al imaginar esa orgía en la que decía que había participado y siguió escribiendo.

«Siento mucho cómo ha acabado la tarde. No sé qué me pasa. A veces me cuesta reconocermé a mí misma. Y en realidad, ni siquiera sé porque dije todas esas cosas cuando es cierto..., que adoro pasar tiempo contigo. Perdóname.»

Tras releer el mensaje un par de veces le dio a enviar admitiendo que, a pesar de que era una mujer de ideas fijas, necesitaba tirar el móvil a un lado como si quemase.

—Ya está —respiró hondo llevándose las manos al rostro, sonrojada—. Lo he hecho.

Durante la espera, se paseó nerviosa por la sala de estar mirando de vez en cuando el teléfono mordiéndose las uñas y pensando si había hecho bien o no.

Y entonces, de repente, la pantalla se encendió vibrando. Dina desplegó el chat y leyó.

«¿Sally?»

Nada más ver ese nombre dibujado, sintió un vuelco en el alma y un desagradable nudo en el corazón. Poco a poco, con el rostro encogido de la frustración y una respuesta que no se esperaba, Dina pensó que, para él, ella era una más.

¿Cómo podía ser tan tonta? El interés de cualquier hombre siempre parecía limitarse a lo mismo. Nada cambiaba. Sin embargo, a pesar de esa idea tan horrible para sus emociones,

respondió.

«Dina.»

Al otro lado de la ciudad Archie, que estaba fumándose un cigarrillo en el callejón antes de irse a casa tras acabar su turno en la cafetería, leyó la respuesta del número desconocido que le había escrito en cuestión.

Y nada más leer su nombre, sintió una punzada en la boca del estómago.

—Mierda —esbozó enfadado consigo mismo. Acabó el cigarrillo y, agobiado por haberla confundido con Sally, Archie se revolvió el pelo rizado antes de responderle. Era un completo idiota.

«¿Estás acompañada? ¿Puedo llamarte?», tecleó a toda prisa.

Dina, en línea todo el tiempo, se hizo de rogar hasta que respondió:

«Puede ser».

Esa respuesta desconcertó al chico. ¿A cuál de sus preguntas respondía exactamente esa frase? Chistó arrugando la nariz. No le había entusiasmado su contestación y, aun así, obviando ese detalle, Archie marcó ese número desconocido y la llamó.

Dina, que le había dado una respuesta genérica digna de sacarle de sus casillas, no estaba segura de querer hablar con él ni un ápice. Por lo que la primera llamada lo dejó sonar hasta que Archie colgó. Sin embargo, consternada por sus propios sentimientos contradictorios, la peli blanca respiró hondo siendo consciente de que era ella la que había lanzado la primera piedra así que ahora tenía que apechugar.

La segunda vez que Archie lo intentó, descolgó.

—¿Dina? —su voz por teléfono sonaba melosa y atrayente.

Pook sintió un vuelco en el corazón.

—Sí —confirmó sus sospechas y Archie exhaló, preocupado e inquieto.

—*Lamento esa respuesta* —se disculpó, ofuscado.

—No pasa nada. Si esperaba que le escribiese la señorita Dean esta noche, está bien—. Dijo aquello con tranquilidad y guiándose por su papel, siendo consciente de que en realidad, odiaba que la hubiese llamado por el nombre de otra. Sin embargo, él no estaba conforme así que quiso

darle una pequeña explicación.

—*No esperaba su llamada, es solo que este medio día hemos discutido y pensaba que se trataba de su disculpa o algo así...*

—No tiene que darme una justificación señor Green. Ha sido un error —Dina se cruzó el brazo libre mirando a través del cristal de su balcón, aquella preciosa noche estrellada.

—*Dina...* —esa forma culpable y arrepentida de llamarla, la hizo suspirar.

—Si desea estar con ella...

—*No, escucha, escúchame* —la interrumpió el chico, revolviéndose el pelo más agobiado que nunca—. *Sally ha perdido el móvil hace un par de días y por eso creía que había buscado una forma de contactar conmigo* —Pook se mordió el labio siendo consciente de que Archie se sentía terriblemente mal—. *Lo siento Dina. De corazón, corazón* —que se disculpase de esa manera tal y como ella lo había hecho esa tarde con él, la hizo sonreír.

Archie era un cielo. Era maravilloso.

—De acuerdo —Green asintió a su sincera respuesta, más tranquilo—. Pues todo aclarado, ¿vale? Le dejo descansar.

—*Espera* —él la detuvo. Ahora que la tenía allí, pegada a su oreja, no quería soltarla con tanta facilidad—. *Dijiste que íbamos a tutearnos.*

Ella amplió la línea curva de sus labios.

—Puede ser. Sin embargo, ahora no me apetece del todo.

—*Pero lo dijiste* —al sentirla más tranquila, el moreno contuvo el aliento.

—No —negó la peli blanca resistiéndose a pesar de que deseaba con todas sus fuerzas perder la compostura—, es una ocasión en la que estoy enfadada con usted por llamarme como a otra mujer —Archie resopló abiertamente entrando en la parte trasera del local. Se quitó el mandil con la mano libre, abrió su taquilla y lo guardó.

—*Perdóname* —le oyó decir con la mayor dulzura y sinceridad del mundo—. *Si hubiese sabido que eras tú, habría dicho otra cosa completamente diferente, te lo garantizo.*

—¿Cómo qué?

—*Como que no he dejado de pensar en ti ni un solo segundo desde que te dejé en la acera de la calle esta tarde* —al escuchar esa respuesta, la joven sintió un sobresalto en su pecho. Sus pulsaciones se aceleraron solas y pensó, que no tenía sentido seguir fingiendo. Era imposible hacerlo si se trataba de él.

—Yo tampoco he podido pensar en otra cosa —Archie sonrió cogiendo el casco de su nueva motocicleta.

—*Por cierto, tengo muchísima curiosidad, ¿cómo has conseguido mi número?* —esa pregunta la tensó. Lo había buscado a conciencia, aun así, no iba a mentirle.

—Lo he encontrado en las fichas de los estudiantes mientras repasaba un par de asuntos —al menos, no del todo—. Y pensé..., después de lo que ocurrió esta tarde... —respiró hondo relajando sus facciones—. Pensé que te debía una disculpa.

—*Creo que ambos nos excedimos. Tienes razón. No debí ponerte en evidencia.*

—¿En evidencia? No, que va —ella negó—. Me apetecía mucho estar contigo desde la última vez que fuimos a *Denny's* la semana pasada, en realidad —admitió llevándose un mechón de cabello tras la oreja, haciendo que Archie se sintiese un poquito más pletórico—. Es solo que me dan pánico las consecuencias de todo esto, aunque sé que no debería de ser así.

—*No es malo ser precavida* —musitó Archie con calma al otro lado de la línea, saliendo del local.

—Pero me estoy convirtiendo en una persona terrible que solo te da vueltas y vueltas. No es justo en absoluto —protestó haciéndole reír—. Sin embargo, me aterran las consecuencias de todo esto.

—*Porque creo que lo tomas con un matiz excesivamente serio y formal.*

—No lo sé. Pero lo que sí sé es que necesito aclararme definitivamente así que no me odies, por favor... —pidió.

—*No sería capaz* —al escuchar su simpático tono, la culpabilidad de Dina comenzó a desaparecer—. *Oye tengo una idea. Dejemos de agobiarnos con lo que somos y esa supuesta etiqueta y disfrutemos del tiempo que pasemos juntos sea como sea lo máximo posible, ¿de acuerdo?* —ella afirmó con el rostro a su propuesta, aun así, tenía una duda más.

—Eso quiere decir... ¿que soy una más en tu larga lista de ligues? —inquirió celosa como una chiquilla y Green sonrió divertido ante tantas dudas.

—*Eso quiere decir... ¿qué te gustaría ser la única en todo momento?* —el corazón de Dina aceleró su ritmo ante tal pregunta. Pero estaba claro que ya no podía contenerse más. Era demasiado.

—Sí.

Su respuesta sorprendió al de ojos verdes con creces. Aquella mujer era todo lo contrario a las chicas con las que estaba acostumbrado a salir. Siempre intentaban complacerle en cada momento, pero Dina era fugaz y atrevida. No le importaba equivocarse, arrepentirse y luego echar por tierra todo su enfado con una simple afirmación. Archie sintió que su corazón empezaba a latir a toda prisa.

—Si es eso posible y no estás..., con Sally, claro.

—*Deja de preocuparte por ella solo es mi acompañante cuando nos dedicamos a jugar en la cama* —esa respuesta llamó la atención de la peliblanca.

—¿Tú acompañante? —Archie asintió—. ¿Quieres decir que te la llevas a tus orgías? —su tono, asombrado, le hizo reír. Era una exagerada.

—*Más o menos* —respondió divertido. Sentándose en la vespa con el casco aun entre los dedos.

—¿Y por qué has discutido con ella hoy? —quiso saber, intrigada.

—*No me apetecía quedar esta noche para pasar el rato. Hace tiempo que, además, Sally ya no me atrae. Creo que es mejor ser buenos amigos simplemente. Se lo he dicho algunas veces, pero ella no deja de insistir de vez en cuando* —confesó—. *Además...* —hizo una breve pausa—, *pensé que sería un buen día para vernos por fin, desde la última vez. Dijiste que..., hacía tiempo que no salías, así que quería llevarte a bailar.*

Las esferas de Dina, fascinadas, se abrieron de par en par. Detuvo las vueltas que le estaba dando a la mesita de la sala de estar entre la televisión y el sofá dándose cuenta de que su encuentro con el chico esa tarde no había sido fortuito. Y el baile en mitad de la acera, mucho menos.

La de ojos celestes se sintió de nuevo fatal.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—*No pasa nada* —la calmó—. *Me guardaré la invitación para otro día.*

—¿Por qué? —soltó sin pensárselo.

Deseaba de todo corazón hacerlo. Deseaba ser lo suficientemente fría como para dejarle ir a pesar de sus atenciones. Sin embargo, no podía. Había una parte de ella, demasiado grande, que ansiaba pasar los días junto a él desde que había perdido sus ojos en su mirada triste y apática. Así que decidió que no le importaba nada. Ni la opinión de sus amigos, ni su relación con la universidad, ni siquiera lo que podría haberle advertido su hermana, solo quería estar con él.

—Hoy es... Esta noche es un buen día —expresó atropelladamente.

Archie respiró hondo la oírla.

—*¿Estás sola en casa?* —preguntó atrevido y sin dudar.

—Sí.

De pronto, él colgó el teléfono, dejándola con la palabra en la boca y Dina supo lo que iba a pasar...

Capítulo 16

Esa noche, se desharía de las excusas. De todas esas trabas e impedimentos que se ponía a sí misma para evitar la felicidad. No hay nada más urgente en la vida que hacer todo cuanto esté en nuestra mano para alcanzar nuestros sueños.

No era cuestión de perder el control, sino de experimentar con calma, qué pasaría si diese el paso. Correcto o no, no se arrepentiría. En aquel instante, ella miraba por esa propia felicidad que sabía, en el fondo, que se merecía. Había perdido a su familia, luego a Daniel y hacía unas semanas a su única hermana. Estaba cansada de sufrir. Agotada de hundirse más y más en aquel abismo terrible que la vida le había puesto en el camino.

Deseaba, por una vez, solo por esa vez, ser ella quién tomase las riendas de algo que se había negado por el simple hecho de pensar que no se lo merecía teniendo en cuenta que todos cuanto faltaban a su alrededor no podían permitirse.

Ahora deseaba dar el paso. Deseaba arriesgarse. Equivocarse. Aunque le aterrorizaba volver a perderlo todo, esa noche, Dina necesitaba a Archie más que nunca.

Así que, nada más colgar, rápidamente, ordenó como pudo la sala de estar teniendo en cuenta que se mudaría en unos días al apartamento de Hona, por lo que hizo todo lo posible por apartar las cajas apiladas hacia un lado.

Fue a su dormitorio y buscó algo que ponerse encima que no fuese su cutre camiseta descosida para dormir. Con un calentito chaleco de cuello alto ajustado y una falda larga negra vaporosa se sintió lista para la acción. Un poco de perfume no pudo faltar. Se atusó el pelo como pudo desenvolviéndolo del moño alto de estar por casa que llevaba y se pintó los labios de un rojo muy oscuro.

Pero eso no podía ser lo único. Preparó el móvil con una buena lista de música, *KISS*, *Muse*, los *Rolling* o *Zeppelin* y todo tipo de canciones de distintos registros que le darían un toque especial al momento.

Adoraba la música. Daniel se lo había inculcado cuando salían hacía años y, a pesar de que hubo un momento en que llegó a odiarla debido a su pérdida, volver a ella fue reconfortantemente maravilloso. Era como perdonarse a sí misma. Nunca tuvo la culpa de que él

muriera, a pesar de todo.

Y entonces, en medio de aquel nerviosismo interno, se le ocurrió algo. Como si una bombilla se le hubiese encendido en la cabeza, abrió un mueble de su cocina sacando harina y jengibre. Luego buscó huevos y mantequilla y enseguida, una buena receta en el móvil siendo consciente, al leer cada paso detalladamente, que no le daría tiempo de hacer lo que quería.

—Maldita sea... —chistó.

Dina no era romántica, pero sí sabía conquistar. Sus detalles no tenían parangón. Así que, buscó la solución perfecta para su idea.

Se calzó a toda prisa sus *converse* bajas y subió a casa de Priscilla, la anciana que vivía en el apartamento justo encima del suyo. La mujer, con sus arrugas y sus gafas apoyadas sobre la punta de la nariz, nada más abrir la puerta, la observó desconcertada.

—¡Dina! ¿Qué haces aquí a esta hora, mujer? ¿Ha ocurrido algo?

—Un imprevisto. ¡*Nana* necesito galletas! —le imploró desesperada. La mujer, canosa, pero con un buen tinte azul, torció la expresión.

—Los hombres cada vez te piden cosas más extrañas mi niña... —ella se echó a reír.

Cuando tuvo lo que quiso, bajó a toda prisa con la bolsa de galletas entre los dedos, se asomó a la escalera cuidadosamente y al ver que Archie no había llegado aún, entró rápidamente en su apartamento. Intentando recuperar el aliento de la carrera se echó contra la puerta soltando un largo suspiro. Tenía el corazón a mil por hora.

—Relájate... —se dijo dándole al *play* de su lista. Y entonces, la canción de *Tiffany*, de esa misma tarde empezó a sonar de nuevo resultándole terriblemente conveniente sin querer. Sonrió divertida, se descalzó. Tenía ganas de gritar como una loca de la propia emoción.

Sin embargo, antes de hacerlo, el timbre de su puerta sonó.

Dina se adelantó con las galletas en mano y abrió.

Nada más hacerlo, la mirada tentadora y la sonrisa avasalladora de Archie la hicieron temblar. Contuvo el aliento. Sintió un vuelco en el alma. Un nudo en el estómago.

Sin saber qué decir al tenerle allí por fin, entrecerró los labios notando un hormigueo en su bajo vientre. El clima, se avivó al segundo.

Se miraron.

Se desearon.

Se encendieron solo de imaginar lo que podría ocurrir.

—Bienvenido.

Y en ese instante, Dina le mostró aquel pequeño paquetito con un lazo verde cuidadosamente atado y Archie, conteniendo las ganas que tenía de lanzarse contra sus labios, al ver el contenido repleto de galletas, no pudo aguantar ni un segundo más. La miró con el corazón bombeándole a toda prisa. Estaba preciosa. Era maravillosa.

Dina sonrió, con los ojos vidriosos de puro deseo, arrugando la nariz. La maldita nariz.

—Son...

—Ya lo sé.

Avasallándola como un animal en celo, Archie dejó caer el casco de la motocicleta al suelo, la aprisionó contra su cuerpo y empezó a besarla como si la vida le fuese en ello. Cerró la puerta con un golpe y la atrapó contra ella disfrutando de cada resquicio de su boca.

Perdiendo el sentido por la enérgica aparición, Dina, con las galletas en mano, se aferró a él cuando la levantó del suelo a horcajadas. Devorándolo y queriendo más, se movió sinuosamente agarrando con su mano libre los rizos negros que se esparcían revueltos por su nuca. Archie se encaminó con ella hacia la encimera de la cocina que fue con lo primero que, de reojo, se topó.

Nada más sentarla allí, Dina dejó las galletas a un lado, se deshizo del abrigo del moreno, de su sudadera y camiseta a toda velocidad. Archie hundió las manos en sus pechos buscando uno de ellos por debajo del sujetador tras arrancarle el jersey en un abrir y cerrar de ojos. Su boca se trasladó a su cuello.

Extasiada por la intensidad y energía de cada movimiento, Dina abrió las piernas para él encajando su cintura y perdió las manos en su espalda ancha en el instante en el que Green se deshizo de su ropa dejando a la vista su cuerpo semi desnudo.

Llevaban días conteniéndose y no pudiendo más, se devoraron como si no hubiese un mañana. La piel sedosa de Dina inundó sus labios y sus clamores y suspiros, sus oídos.

Y en ese instante, ella se fijó, con diversión, en que parecían no estar solos en su propia sala de estar al darse cuenta de algo que sucedía tras el cristal del balcón.

—Archie..., Archie... —le susurró extasiada viendo cómo el chico se desabrochaba el vaquero deshilachado—. Nos están mirando... —con una sonrisa que enloquecería a cualquier fémina del mundo, el moreno, acelerado, se dio cuenta de que con la poca luz que entraba a través del cristal, y los visillos no muy opacos, había un par de parejas en el balcón justo enfrente mirándolos con interés y alevosía.

—Que miren... —murmuró enloquecido por la excitación y el calor del momento,

deshaciéndose de los pantalones y subiéndole aquella falda por los muslos tras quitarle las medias y la ropa interior—. ¿No quieres...?

—La verdad es que me da igual... Solo voy a disfrutarte yo —Dina le miró a los ojos con la respiración entrecortada, azorada, ardiente y luego, los desvió hacia su enorme erección. Archie sonrió.

—¿Te gusta lo que ves? —la peli blanca se mordió el labio descendiendo su mano, atrevida, hacia su masculinidad. En cuanto le envolvió con sus dedos comenzó su vaivén mientras veía en Archie la expresión más caliente del mundo—. Vas directa al grano... —susurró entre suspiros roncós cuando tiró de su masculinidad dirigiéndola con la punta hacia su sexo.

Y empezó a sonar *the middle* de Jimmy Eat World.

—Quiero pasármelo bien... —rio volviendo a besarle mientras sus dedos se fundían con su pelo oscuro y en ese instante, extasiado, Archie se introdujo en ella con un golpe seco. Dina gimió tan alto que las parejas del edificio de enfrente casi gritaron de la propia emoción.

Los movimientos profundos y contundentes, rápidos y placenteros que Archie le dedicaba en cada embestida la volvieron completamente loca. No quería acabar. No deseaba que nada de aquel momento, se detuviese. Ese chico no hacía el amor de una forma normal. Era un maldito experto, ¿cómo era capaz de saber exactamente dónde estaban sus puntos débiles?

A cada golpe, se miraban a los ojos entre gemidos, devorándose, tentándose, seduciéndose...

Dina fue consciente de que, a partir de ese momento, sería incapaz de desengancharse de él. Su adicción. Su adorada adicción.

—Parece que se lo pasan bien... —Green se refería a los mirones.

—A nuestra costa... —musitó la joven entre jadeos, suspiros y sonrisas acompasando el movimiento de sus caderas a las de él.

—¿Te gusta que nos vean follar? —preguntó con aquel maldito tono de voz y esa mirada que hizo que llegase al primer orgasmo al segundo, completamente ida.

Mareada, pensó que perdería el aliento si seguía así. No obstante, respondió.

—Sí —se mordió el labio. Se mordió el maldito labio—. Me excita, me pone muy cachonda... —habló con la frescura que la caracterizaba y Archie sintió que su mente se volvía totalmente ciega de placer.

Ella era..., de otro mundo.

El chico, sonrió mostrando sus dientes blancos y brillantes, y totalmente complacido, se

hundió aún más en ella agarrándola de la cintura, aumentando la velocidad a cada movimiento. Dina se sujetó a su espalda en aquel vaivén sin sentido e intenso gimiendo sin parar.

Juró que nunca se había sentido tan terriblemente deseada por nadie. Ni siquiera con él. Todo era muy diferente a entonces. Había, entre Archie y ella, esa conexión, esa unión tan íntima, tan auténtica... Más allá del propio deseo.

Se estaba enamorado de él hasta los huesos.

Sonó *Falling* de *Harry Styles*. Dina adoraba aquella canción repleta de melancolía, de amor...

—¿Lo estás pasando bien? —Green le murmuró al oído jadeante.

Sudaban en la penumbra de la cocina.

Se acariciaban y miraban a los ojos, con un amor desmedido e incondicional. De pronto, la velocidad, los movimientos acelerados, empezaron a pausarse, a sentirse más íntimos, más suyos. Aferrados a unos sentimientos demasiado complejos, contradictorios e inexplicables.

—Adoro esta canción —confesó la joven entre sonoras exhalaciones.

—¿Es tu favorita? —inquirió Archie con una sonrisa genuina y ella asintió.

Se besaron una y otra vez. Se hicieron el uno con el otro sin detenerse. Sin pensar. Como si no existiese el tiempo, ni las restricciones, ni las consecuencias. Como si el mundo no importase lo más mínimo.

—Me encanta..., sigue..., sigue... ¡No pares! —un segundo orgasmo sacudió a la joven y a ese, le sucedió un tercero. Y eso era..., ¿un cuarto? ¿Seguidos? ¿Qué estaba pasando?

Era la primera vez que se deshacía por completo en los brazos de un hombre. Toda ella temblaba como una hoja de papel. Tan vulnerable y a la vez tan complacida.

Y él iba y venía...

Iba y venía...

Una y otra vez.

Si no perdía la consciencia de sí misma con todos esos movimientos sería un auténtico milagro.

Hasta que al final, encogiendo la nariz, mordiéndose el labio, extasiada de placer, arañando su espalda, recreándose en su firme trasero, Dina sintió que Archie llegaba al clímax.

Nada más sentirlo, todo su cuerpo se relajó al instante. Sonrió.

—Me vuelves completamente loco —ronroneó el chico en su oído haciéndola temblar.

—Ha sido alucinante —reconoció Dina, feliz y agotada.

Al otro lado de su bloque, sintió voces entusiasmadas cuando se dieron cuenta de que habían acabado. Esos malditos vecinos..., se dijo la peli blanca avergonzada.

—Por todos los dioses... ¿Qué les pasa?

—¿Quieres que saludemos? —Archie alzó la mano hacia ellos sonriente y Dina le dio un golpecito en aquellos abdominales tan bien trabajados.

—¿Qué haces...? —inquirió entre risas, intentando recuperar la respiración aún.

—Ha sido un público excelente —bromeó él entre sonrisas.

—Madre mía... Menos mal que voy a mudarme.

Dina rio con la respiración entrecortada apoyando la frente en el hombro desnudo de Archie, quién aun la sostenía agarrándola de la cintura. Pegándola a su cuerpo. Su risa, contagiosa, fue el mejor toque a un final que sin duda crearía entre ellos un vínculo indestructible para siempre.

Al fondo, en aquel ambiente un poco más distendido, sonaba *Something just like this* de Coldplay.

—¿Y ahora qué? —susurró la joven contra su piel.

—Vamos a bailar.

Capítulo 17

Con el paso de los días y tras aquel primer e íntimo contacto, sus movimientos fueron cada vez más cercanos, más deseados. Los besos entre bastidores, entre descansos. Ocultos. Efímeros. Llenos de anhelos, cargados de prohibición, eran la mayor delicia del mundo.

Llegó un momento en el que ella sintió que no sería capaz de vivir sin él y Archie se dio cuenta realmente, de lo que significaba crear vínculos, lazos tan fuertes que le habían obligado a hacer algo que nunca había hecho; enamorarse por primera vez.

«¿Sabes? Pienso en ti de vez en cuando... Supongo que creerás que me estoy volviendo loca dadas las circunstancias.»

Dina se mordió el labio dando vueltas por su nueva sala de estar al enviar aquel mensaje. Fuera había empezado a nevar en ese dulce noviembre.

«Lo pienso un poquito, pero me fascina...»

Respondió él con una sonrisa atrevida.

«Dime cuándo.»

Los ojos de Archie divagaron por la calle por la que caminaba, se colocó el gorro del abrigo. El frío era más latente de lo esperado. Se encogió bajo su bufanda sin dejar de andar. Ese día había tenido turno de mañana así que decidió, sonriente, que aprovecharía al máximo su tarde libre.

«En esos ratitos en los que algo me hace sonreír e imagino tu voz..., susurrándome lo mucho que te gusta que lo haga.»

La joven le dio a enviar notando que el corazón se le aceleraba a casa paso. Ansioso, Archie leyó su respuesta sintiéndose más querido que nunca. Ella era todo lo que siempre pensó que nunca sería para él. Una contradicción constante entre la alegría y la tristeza, entre el sí y el no. Un sinsentido para sus instintos, una necesidad para su abandonado corazón.

«Eso quiere decir que ahora, ¿sonríes?».

La picó con descaro.

«Solo de imaginar que estás ahí, cerca..., de alguna forma...»

Y Dina le siguió el juego.

«Puedo estar todo lo cerca que quieras...»

«Eso sería extraño, ¿no?»

Era cierto. Si alguien se enteraba de aquella esporádica relación las consecuencias podrían ser fatales. Sin embargo...

«¿No te gustaría?»

«Me encantaría.»

Dina se estremeció solo de pensar en sus ojos analizando cada poro de su piel o en sus manos venciendo a cualquier duda sobre su cuerpo. Con suerte, a partir de ahora él sería solo suyo, aunque fuese en secreto de momento.

«Ven.»

«Ya estoy aquí.»

Y de repente, el timbre del apartamento de Hona sonó. Dina alzó sus ojos hacia la puerta, consternada. ¿Cómo había llegado allí tan pronto? Caminó dubitativa hacia las maderas blancas y sintió que el corazón se le iba a salir del pecho cuando abrió la puerta y le vio apoyando uno de sus brazos en el umbral por encima de su cuerpo ligeramente inclinado con la sonrisa más increíble y brillante del mundo.

—Esto es una total perversión —expresó la joven—. Si se enteran...

—¿Quién podría enterarse? —Archie amplió aquella línea curva seductora que tan bien le salía. Dina no supo que responder salvo...

—A Sally no le gustará que lo hagas —bromeó la de ojos celestes haciendo que Archie pusiera los suyos en blanco al tiempo que resoplaba.

—Nunca dejarás de torturarme. Eres terriblemente malvada —el moreno encogió la nariz curioso y dio un par de pasos adentrándose en el apartamento felinamente cerrando tras él, la puerta. Dina anduvo hacia atrás alejándose de su persona. Conteniendo lo que tantas ganas tenía de hacer desde la primera vez que la había tocado.

Juguetón, con el deseo de tentarla, Archie le siguió el juego sin dudar.

—Es cierto. A Sally no le hará gracia. Ni a Mary, ni a Colette, ni a Alisa... —fue nombrando, sin compasión, a todas con las que había compartido un almuerzo a los que ellas mismas le había invitado en los últimos meses—. Ni a Maily...

—¿Enserio? —Dina arqueó las cejas un tanto indignada al escuchar tantos nombres.

—Por supuesto, ¿por qué iba a mentirte? —él se acercó aún más, sin embargo, Dina retrocedió hasta toparse con el respaldo del sofá.

—Para agobiarme —en ese momento, Archie esbozó una expresión repleta de intriga y ella sonrió sabiendo a ciencia cierta cuáles eran las intenciones de él.

—Algunos sentimientos son volátiles —se encogió de hombros.

—¿Ah sí? —inquirió intrigada, riendo un tanto. El chico la acorraló colocando sus manos enguantadas a ambos lados de su cuerpo sobre el respaldo del sofá.

—Por supuesto. Puedo elegir con quién almorzar, pero no de quién me enamoro, por ejemplo —susurró voraz siendo consciente de lo que estaba diciendo.

Ese día, en aquel momento, sabía que podía ser capaz de decirlo por fin, sin más.

—¿Y de quién te has enamorado? —preguntó Dina que le miró comiéndoselo con los ojos mientras se mordía el labio. Después de todo, ella había empezado con aquel tiras y aflojas entre ellos, una tarde en la que le había besado por primera vez descontrolado sus impulsos, hacia algunas semanas.

—¿No está claro? ¿Sabes el frío que hace fuera hoy? —señaló fingiendo sentirse indignado con su pregunta—. ¿Me obligarás? —Archie arqueó las cejas sorprendido.

—Posiblemente será —Pook se subió sobre el respaldo del sofá sonriendo con evidente atrevimiento. Iba a insistir hasta la saciedad si fuese necesario para poder saber y comprender, por fin, los sentimientos de Archie hacia ella—, la primera y la última vez que digas algo así teniendo en cuenta cómo eres —se recogió el cabello tras la oreja, simpática e intentando no perder el equilibrio de caer hacia atrás. Archie suspiró sin apartar su propia sonrisa.

—¿Y cómo soy?

—Alguien que no se enamora a la ligera. Alguien que necesita saber que esta completamente seguro de algo para dar un paso de ese calibre. Así que —sonrió—, ¿cómo podría desperdiciar cualquier chica una oportunidad como esta?

—Nunca me he enamorado de nadie, es cierto —reconoció—. Pero eso no significa que no haya sentido muchas cosas por personas muy especiales para mí.

—¿Cómo Sally? —Dina se dio cuenta de que, poco a poco, aquella conservación bromista y carente de seriedad, iba transformándose en todo lo contrario.

—Sí.

Archie era sincero. Lo era hasta la saciedad. Odiaba cuando la gente mentía, aparentaba o

pensaban que podían ser más listos que él.

Nada más oírle, Dina apartó su sonrisa de la cara.

—Escucha, sé que puede sonar horrible pero siempre he ido de frente en lo que respecta a sentimientos en cualquier relación.

—¿Y? —la mirada desconsolada de Dina parecía expresar lo que su mente probablemente auguraba desde el principio. Ella había insistido enormemente en no ser una chica como las demás para él. Y no lo era. Archie tenía ese punto muy claro, aunque no tanto los demás. Así que tenía de decírselo. Sabía que podía perderla, que podía tener todo el derecho del mundo de echarle muchas cosas en cara o incluso obligarle a desaparecer de su vida, pero, aun así, él tenía que ser claro.

—No puedo decir que este enamorado de ti hasta ese punto, Di —confesó siendo consciente de lo que eso podía significar para ella. Archie era consciente de que Dina sí sentía todo ese amor incalculable hacia él. Se lo notaba en cada roce, en cada gesto, en la forma que tenía de mirarle o de sonreírle, de ser con él en cada palmo de aquel viaje que habían emprendido juntos.

Y ella le volvía loco. No había ni un solo instante, últimamente, en el que no pensase en Dina. En todo lo que suponía su compañía. En las cosas que le hacía pensar, desear, sentir. Sin embargo, el amor hasta ese punto..., se le atragantaba.

—Pero eso —Archie se aproximó hasta sostenerla de la cintura mientras las piernas de la joven rodeaban sus caderas a cada lado. La miró fijamente a los ojos, —no significa que no pueda ocurrir.

—Ya —ella fue más seca que nunca, apartándose al instante de sus ojos.

—Dina...

Ella se retiró de él, bajándose del sofá. Archie soltó un largo suspiro y chistó viendo cómo la chica se alejaba de su persona.

—Es complicado —la persiguió—. No suelo..., no sé crear vínculos de ese tipo. Nunca se me ha dado bien esa parte. No quiero hacerte daño y...

—¿Y por qué hemos llegado hasta aquí? —Dina se giró hacia él, molesta, con las mejillas arboladas del propio enfado y los ojos vidriosos, interrumpiendo su penoso discurso—. ¿Piensas que esto es un juego? ¿Qué no tengo nada que perder? ¡¿Enserio?!

Archie encogió la nariz, culpable.

—¿Por qué has insistido conmigo, entonces? ¿Por qué dices que no eres capaz de olvidarme?

Las preguntas, las respuestas, empezaron a asfixiarle las ideas. Agobiado, la vio llorar sin saber muy bien qué debía contestar. Se revolvió el pelo ofuscado. ¿Por qué tenían que haber sacado el dichoso tema?

—No lo sé. Estoy tratando de averiguarlo. De verdad. Dame tiempo.

Dina se cruzó de brazos con la expresión más decepcionada del mundo mientras intentaba dejar de llorar sin mucho éxito.

—¿Y no sientes nada?

—Sí que siento. Muchas, muchísimas cosas. Pero...

—¿Pero? ¿No es suficiente? Nos hemos acostado. Yo no soy de las que se acuestan con cualquiera a la ligera. No soy como tú —una flecha dolorosa y terrible se clavó en el corazón del moreno. Sabía que daba esa percepción, esa imagen, pero escuchar esas palabras de ella...

Le apartó la mirada como el cobarde que era cuando había que llegar hasta el final en ciertos asuntos. Por un instante, recordó la viva imagen de su hermana hacía muchísimos años expresando la misma decepción y se sintió agonizar.

Fue justo dos días antes de que perdiera la vida. Él era un crío egoísta que no comprendía, a veces, por qué le había tocado crecer y madurar tan de golpe. Así que había optado por ir a esos partidos de fútbol con sus amigos antes que pasar tiempo con ella en aquel dichoso hospital. Y no se había arrepentido de nada, aunque después...

—Siento no ser lo que esperabas.

Dina se sorbió la nariz, llorando aún más.

—A lo largo de mi vida, he vivido una decepción tras otra, una pérdida tras otra. Así que no te permito que hagas esto. No puedes ofrecerme el cielo sin ninguna estrella. Me has dado pie a creer..., Archie.

El chico regresó a sus ojos conteniendo el aliento. Y esta vez, no los apartó. Deseaba comprenderse. Saber por qué era incapaz de darle todo cuanto tenía. ¿Por qué no podía hacerlo cuando para ella era tan simple?

—No te creo —siguió—. No creo que no tengas nada que decir —el nudo en la garganta de Archie se volvió más fuerte, más tenso.

Y durante unos segundos que le parecieron horas, intentó ordenar en su mente y en su corazón todas y cada una de las emociones que salían a flote cada vez que pensaba en estar a su lado. Cada vez que sentía que no podría volver a vivir sin verla, oírla o tocarla.

—Tengo mucho que decir —susurró de pronto—. Pero no sé como hacerlo.

Dina le dio la espalda soltando un largo resoplido con la intención de desaparecer de la sala de estar, sin embargo, él, un poco más rápido, la sostuvo del brazo reteniéndola.

—Solo sé, que el tiempo que paso contigo es el mejor momento del día, de la semana. Que cuento las horas para poder verte, aunque sean solo unos minutos. Que te busco inconscientemente cada vez que voy a trabajar. Yo..., siento algo muy fuerte por ti. Algo que sobrepasa el deseo, pero no me pidas que lo ponga en pie hasta ahí—la de ojos celeste se volvió hacia él conteniendo, esa vez, sus lágrimas, a pesar de que aún le temblaba el labio inferior—, todavía. Por favor.

—No quiero ser un juego.

—No eres un juego.

—Ni un capricho.

—Ni me lo había planteado.

Archie alzó sus dedos para rozar con tiento sus mejillas, alejando cada pequeña gotita que pudiese haber sobrevivido en su llanto.

—Ten paciencia conmigo. Por favor —le pidió una vez más.

Dina se mordió el labio.

—Nunca he llegado hasta este punto con nadie y quiero dejarme llevar. Sé que necesito saber..., por qué no puedo dejarte ir a pesar de que el mundo me lo grita día sí y noche también.

—Pues cuando llegue el momento —Dina sostuvo las solapas de su abrigo sin dejar de mirarle a los ojos—, quiero ser la primera en saberlo todo —sonrió. Y aquella sonrisa le dio luz verde para pensar que cedería un poquito a su propio enredo emocional. Así que se permitió el lujo de bromear.

—¿Y qué me darás a cambio? Mis palabras son muy valiosas... —Archie ronroneó en su oído a conciencia. Ella tembló de arriba abajo y, aun así, siguió resistiéndose.

—Te daré las gracias —Dina rio soltando un largo suspiro intentando recomponer en sus pensamientos aquella extraña conversación.

Y de pronto el silencio.

—Oye, ¿estamos bien?

—Supongo que sí —se encogió hombros y, a pesar de que parecían volver poco a poco a la normalidad, a Archie se dio cuenta de que había dejado demasiada tensión entre ambos. Sabía

que, tal vez, Dina no se conformaría solo con esperar así que, dio rienda suelta, un poco a lo que sí había averiguado sobre él, sobre sus emociones.

—Quizá, podría intentarlo ahora de todos modos —un atisbo de luz y emoción apareció en los ojos celestes de la chica.

—No tienes que forzarte si no...

—Lo siento, así que lo diré igual —el moreno contuvo el aliento.

—De verdad que no, Archie —a pesar de lo que su expresión gritaba, Dina tenía claro que, si él no estaba preparado, no debía de hacer o decir nada de lo que pudiese arrepentirse después y, aun así, él quiso quitarle tensión a la situación como fuese.

—Bien, en ese caso, has perdido tu oportunidad —le advirtió entre sonrisas. Ella chistó sin poder evitarlo y él se echó a reír—. Sabía que te morías de curiosidad.

—No seas injusto. Es solo que necesito saberlo.

Archie, respiró profundamente y justo en ese momento se dio cuenta, en realidad, de cuánto la quería. Lo había sabido desde el instante en el que pensó que era ella la que moriría en aquel accidente de tráfico y ese sentimiento se había ido afianzando con el tiempo a medida que habían empezado a conocerse más y más. Sin embargo, aunque la emoción apabullante lo acompañaba con gusto, decirlo en voz alta era otra cosa. Él nunca había tenido una relación seria, mucho menos una basada en el amor.

—¿Por qué? —Archie sacó la cajetilla de tabaco y entreabrió una ventana, frente al sofá. Encendió un cigarrillo y dio una larga y complaciente calada soltando el humo hacia el frío panorama de fuera.

—Porque necesito poner esta relación en pie. Yo..., dudo de todo. Después de tantas cosas, no puedo hacerlo si no hay nada. Necesito saber qué diablos somos —Dina se sentó sobre el sofá, rendida. Archie, en cambio, arqueó las cejas desconcertado.

—Dijimos que no íbamos a ponernos etiquetas. Que no nos agobiaríamos con eso.

—Lo sé.

—Eres la única, Di —él dio una calada más—. Para mí. Te lo dije. Tienes que confiar en mi palabra. Es lo único importante en una relación además de la comunicación; la confianza.

—Yo confío en ti —aseguró ella mirándole a los ojos—. Pero..., tengo miedo.

—¿De qué?

—De que no seas capaz de lanzarte a la piscina o de mojarte tanto como yo —Archie la

observó sintiendo que su corazón danzaba arrítmicamente en su pecho—. Estoy loca por ti — confesó ella—. He hecho cosas que la Dina de hace unos meses ni siquiera se plantearía e incluso se horrorizaría de ellas. Sé que no lo tienes claro, lo comprendo. Somos diferentes. Tú necesitas unas cosas, yo otras —la joven se tumbó en el sofá entrelazando los dedos sobre su estómago. Su cabello blanco se deslizaba por los cojines con gracia. Archie fumaba sin poder apartar la vista de ella, analizando cada gesto, cada palabra—. Pero...

El chico suspiró acabándose el cigarrillo mientras un silencio tenso y desagradable se abría paso en aquella conversación entre los dos. Dio la última calada, apagó el tabaco en una maceta y cerró la ventana entrando de nuevo en la sala de estar.

—Dina —ella le miró—. He estado toda mi vida persiguiendo a aquellos que de alguna forma brillaban más que yo. Gente que fuesen amigos leales y sinceros y no meros partícipes de mis espectáculos amorosos. Unos a los que no deseo regresar porque, de la nada, has aparecido tú. Haciéndome sentir muy diferente a como siempre he sido. Perfeccionando todos los vínculos que siempre he buscado y he querido crear —el chico se sentó sobre la alfombra, al lado del sofá y entrelazó su mano derecha con la de ella—. Puede que sea una locura, que esté mal, que nos llevemos mil años y, aun así, sin la necesidad de confesar amor eterno, sé que mi corazón siempre te elegirá a ti por encima de todo.

Dina contuvo el aliento al oírle. Le miró. Tenía razón. Lo importante es que estaban juntos. Pasando los días, el duelo, las risas, los cafés, algunas cenas, juntos...

—Lo siento —le desvió la mirada por inercia, respirando hondo.

Y en ese instante, Archie sonrió.

—Te quiero, Di. Muchísimo. Más que nada o nadie. No sé si es enamoramiento hasta lo que deseas oír, pero tal vez, te compense algo de lo que esperabas de mí.

Nada más oírle, la joven alzó sus esferas celestes hacia él. Sorprendida. Anonadada. No esperaba en absoluto que, finalmente, él confesara...

—No ha sido para tanto, ¿verdad? —le dijo. Archie rio—. Yo..., estoy enamorada de ti como creía que nunca lo volvería a estar de nadie. Es amor a raudales. No puedo no decírtelo, aunque te sientas fatal porque no es igual para ti.

—No seas malvada. Ten paciencia. Ya he dicho algo que jamás pensé que diría, ¿sabes lo cotizado que ha sido ese te quiero? —bromeó y Dina se echó a reír sin poder evitarlo.

—Dímelo otra vez.

—Ni hablar.

—¡Venga! Es por asegurarme.

Archie la miró fija y concienzudamente sin poder apartar ni un ápice la sonrisa del rostro. Ella alzó sus dedos para rozarle con cariño la piel de su mejilla, del cuello. Sus dedos siempre habían sido suaves, pequeños y delicados. Pacientes y decididos. Y hacían que se sintiese aterrorizado solo de imaginar que existía la posibilidad de no volver a notar su tacto algún día.

—Quédate conmigo... —le susurró él, como si no desease que personas ajenas a ellos dos escuchasen ese ruego.

—Siempre —ella sonrió arrugando la nariz, haciendo que el pulso se le acelerase al segundo.

—Me gustas mucho, Di.

—Te quiero de todo corazón, Archie.

Atontado por lo que acababa de oír, fue incapaz de reaccionar hasta que ella le atrajo agarrándole del chaleco y se hundió, por fin, en ese beso que había deseado robarle desde que había empezado a escribirle esa tarde.

Él se dejó llevar hasta el punto en el que la lentitud y el romanticismo parecieron quedarse en un segundo plano cuando Dina, con ímpetu, se bajó del sofá para sentarse a horcajadas sobre él y le quitó el chaleco sacándoselo por la cabeza, revolviéndole el pelo sin querer. Sonrió con diversión ante tal despropósito. Archie negó intentando recolocárselo sin éxito antes de que ella volviese a atrapar su boca con una ansiedad desmedida.

Le desabrochó la camisa. Y sintió la calidez de su cuerpo entre sus dedos, al segundo.

Sin dejar de besarle, como si la vida le fuese en ello, se sostuvo entre sus piernas y apretó las rodillas a sus caderas cuando sintió que Archie hacía fuerza para levantarse de allí. El chico se dio la vuelta con ella en brazos con la intención de tumbarla en el sofá cuando Dina susurró algo que le puso los vellos de punta.

—Deja aquí el sofá —le miró deteniendo el contacto unos segundos—. Vamos a la cama.

Archie sonrió ampliamente.

—¿Estás segura? Aún no hemos cruzado esa línea —arqueó las cejas, complaciente, sabiendo que nunca había atravesado la puerta que iba hacia el pasillo de los dormitorios. Solo se había «acostado» con ella sobre la encimera de la cocina de su antiguo apartamento. Una vez. Nada más.

Para su sorpresa, Dina asintió con seguridad.

—Puede que no puedas sacarme de ahí después —bromeó el chico entre besos obedeciendo a

cada una de las peticiones de la mujer que sujetaba en brazos.

—Me arriesgaré de todas formas —Pook sonrió besándole, devorándole, con ansias. Enredando sus dedos en su pelo oscuro y rizado.

Nada más entrar en la habitación, Archie la tumbó sobre la cama con maestría y, acelerado, se deshizo de la poca ropa que le quedaba encima mientras se la comía a besos sin parar. Dina se sentó sobre la cama desabrochándose a toda prisa los botones del vestido en unos segundos de pausa entre aquellos mordiscos que parecían no tener fin. Sentía su corazón más acelerado que nunca y los pómulos le ardían solo de notar de nuevo las manos de Archie sobre su cuerpo haciéndola estremecer.

Green la miró a los ojos, desafiante, excitado, con su maravillosa sonrisa ladina colgando de las comisuras de sus labios y cuando le dejó entrever la fina lencería negra que ocultaba sus secretos más íntimos, no pudo contenerse más.

Deslizó por sus hombros la tela y, sobre las frías sábanas, la de esferas azules se tumbó mientras él descendía sus besos por su cuello, por su escote, acariciando la piel suave y delicada de sus pechos. Deleitándose en ellos. Llenándola de placer. En cuanto sintió un mordisco en uno de sus endurecidos pezones, Dina arqueó la espalda y soltó un tenue y sutil gemido. En ese instante, Archie se alzó para mirarla a los ojos. De rodillas sobre las sábanas blancas y la colcha de rayas negras, el moreno respiraba con dificultad.

Durante unos segundos la contempló memorizando cada resquicio de aquel cuerpo, de aquella piel que le parecía absolutamente impecable.

—Eres preciosa, Di —susurró y ella amplió la línea curva de sus labios hasta que notó sus manos deshacerse de sus medias.

En ese momento, sus dedos subieron poco a poco por el interior de sus muslos hasta llegar hasta su punto más cálido y la sintió tan húmeda, que Archie supo que, posiblemente, no podría curiosear mucho más tiempo con el resto de su ropa interior puesta. Así que, descendió saboreando su vientre y le quitó las bragas para hundir la lengua en su sexo. Pook gritó de placer apretó las sábanas entre sus dedos y con la mano libre instó al de ojos verdes a seguir con aquellos círculos que dibujaba sobre su apretado clítoris. Tensó las piernas. Arqueó la espalda y sintió, tras unos segundos, un orgasmo tan intenso que pensó que no sería capaz de moverse nunca más. Una vez libre, intentó recobrar el ritmo normal de su agitada respiración, sin mucho éxito.

Satisfecho, Archie se incorporó y Dina se acercó al borde de la cama para deshacerse de la ropa interior del chico. Los ojos de la joven se posaron en su masculinidad sin vergüenza y luego

subieron por aquel cuerpo maravilloso repleto de músculos, hacia sus ojos. Sonrió repleta de lujuria.

Le deseaba.

Le amaba.

Quería cada parte de aquel hombre tan incondicional solo para sí misma. Quería que solo tuviese ojos para ella, que no pudiese vivir sin pasar una sola noche sin ella. Deseaba que nunca fuese capaz de olvidarla.

Y, sin pedir permiso, abrió la boca llevándose su erección a los labios. Su lengua y el movimiento de sus dedos fueron más que suficiente como para que, tras unos minutos, Archie no pudiera contenerse más.

—Si sigues... —encogió la nariz al notar esa chispa de placer recorrerle de punta a punta todo el cuerpo con cada movimiento. Jadeó complacido—, puede que te decepcione... —sonrió al sentir que ella se detenía.

En aquel momento, ambos se miraron.

Se devoraron sin tocarse ni un ápice.

El fuego más puro y la pasión más pausada, les envolvió.

Archie rozó con sus dedos la piel de su brazo, subió hasta su hombro y le apartó los mechones de cabello blanquecino que se perdían por su pecho. Al contacto, Dina notó un escalofrío. Con la respiración aun entrecortada, pero con menos prisa, se subió sobre la cama tumbándose de nuevo en ella. Archie, la imitó y..., de rodillas, le abrió las piernas y fue acercándose poco a poco hasta que se hundió por completo en ella con un contundente empujón.

Dina cerró los ojos aferrando sus dedos a las sábanas y al oír su gemido un poco más exagerado de lo normal, Archie se detuvo arrugando la nariz.

—¿Estás bien? —la miró desde arriba—. ¿Te he hecho daño? —Dina negó envolviendo sus manos en el pelo revolucionado de su nuca acercándolo a ella abriendo, a la vez, aún más sus piernas para sentirlo dentro lo máximo posible.

Archie contuvo el aliento al notar que las paredes de su sexo se encogían en torno a su endurecida erección.

—Parece que esta postura nos encanta —susurró atrevida y él, sin dejar de sonreír complacido, comenzó con el vaivén sobre su cuerpo sin ser capaz de apartar la mirada de sus ojos ni un solo segundo.

A veces las palabras, sobraban sin más.

La habitación se llenó rápidamente de un aroma caliente, excitante, cargado de sexo. Lo que en un principio había empezado suave y de la manera más romántica del mundo, se volvió una completa locura. De pronto, toda lentitud se esfumó convirtiéndose en el momento más salvaje y placentero que ambos había experimentado jamás. Y dejándose llevar por todo lo que estaba sintiendo, Dina se aventuró a confesar algo más.

—Archie..., hay algo más que quiero decirte —musitó entre suspiros y quejidos placenteros mientras se movía sentada sobre él. Ambos sudaban, a pesar del frío que hacía fuera, eran incapaces de respirar con normalidad y estaban totalmente perdidos en los ojos del otro. Absortos. Embriagados.

La peli blanca se detuvo y él, la acercó aún más a su cuerpo agarrándola de la cintura.

—¿Qué más...? —preguntó rozando con los dedos libres la piel de su rostro.

—Quererte tan solo, se queda terriblemente corto...

Archie sonrió.

—¿Ah sí? —Dina asintió.

—Estoy tan, tan enamorada de ti... —al oírla, la mirada del chico se llenó de un cariño y una ternura irreal. Todavía intentaba comprender cómo podía haber llegado hasta ese punto con ella. Cómo era posible sentir que no sabía del todo hasta donde era capaz de quererla si jamás se había sentido tan feliz—. Y te deseo tanto que no quiero parar... —contuvo la respiración cuando notó que, sosteniéndola con energía, Archie la tumbó sobre la cama y empezó a moverse de nuevo sobre ella—. Detengamos el tiempo aquí y ahora.

—Probemos... —siguió él con una sonrisa en los labios—, tenemos toda la noche por delante.

Y en ese momento, cuando él aceleró hundiéndose con más energía entre sus piernas, su rostro se contrajo de placer. Cerró los ojos y se arqueó ligeramente bajo su torso.

—Sigue... —susurró sintiendo aquel inmejorable orgasmo—, sigue..., no pares...

Aquella noche fue indescriptible, sin embargo, cuando sonó la alarma del despertador de Dina, excesivamente temprano a la mañana siguiente, Archie chistó.

Apenas habían dormido unas cuatro horas. Estaba molido.

La joven alzó la mano, apagó la alarma y se acurrucó de nuevo contra él tapándose hasta la nariz. Archie sonrió complacido y sonriente agarrándola con más ímpetu de la cintura para

susurrarle al oído:

—Buenos días, señorita Pook...

—Dioses... —musitó ella adormilada y con el cabello alborotado—. Hasta recién levantado tienes esa voz terriblemente sexy, ¿no te cansas de ser tan atractivo? —esa oración hizo reír al chico que se incorporó para darle un beso en la mejilla antes de continuar con su melosidad.

—No, sobre todo si eso te excita... —Archie perdió su mano entre las sábanas, le separó los labios e introdujo un dedo en su húmeda feminidad. Dina cerró los ojos soltando un suspiro arrebatador. Se mordió el labio.

—Vamos a mimarnos antes de darnos una ducha, ¿quieres? Te invito a un café después —ronroneó, atrevido, dándole un bocado en su hombro desnudo. Ella sonrió asintiendo.

Y una vez más, Archie se subió sobre ella para hacerse el amor.

Es cierto eso que dicen de que los pequeños detalles son los que marcan la diferencia, los que llegan al corazón. Un abrazo en un momento complicado o repleto de felicidad. La sonrisa de alguien querido un día gris. Abrir los ojos una mañana cualquiera de lluvia y encontrar a esa persona con la que nunca habías imaginado acabar...

Dina deseaba atesorar esos momentos únicos e irrepetibles. Instantes, miradas. Aromas, gestos. Todo.

Así que, no se sintió tan loca cuando, nada más aparecer por la cocina, se quedó un ratito observando a Archie moverse por ella preparando el desayuno como si llevase toda la vida haciéndolo. Ahora sentía que nada volvería a ser igual sin él.

—Huele de maravilla —el chico alzó la mirada hacia ella con esa sonrisa deslumbrante que la había encandilado desde el principio. Su cabello rizado, húmedo revuelto. Las manos manchadas de café y azúcar glas. Sus ojos verdes brillando a pesar del día oscuro que hacía fuera.

—Hago lo que puedo.

Tortitas. Nada mejor después de una de las mejores noches que había pasado en años.

Dina se sentó en la pequeña mesa de madera de la cocina y echó un par de terrones de azúcar en su taza de porcelana celeste.

—Y aún así, pienso invitarte a pasar la noche más veces aquí si me encuentro con un festín así.

—Se me da bien la cocina —confesó encendiéndose un cigarrillo y abriendo un poquito la ventana.

—Lo tendré muy en cuenta —Archie rio mientras ella se llevaba a la boca el primer bocado de

aquel delicioso manjar caramelizado.

—¿A qué hora os vais mañana?

—Excesivamente temprano según Holly —respondió el moreno lanzando un largo suspiro.

Noviembre llegaba a su fin y ese sería el primer fin de semana de diciembre. Archie iba a celebrar su cumpleaños con sus amigos. Todos llevaban planificándolo una eternidad así que sabía que no tendría forma alguna de evadirlo.

—Nos veremos el lunes, entonces —Dina asintió sirviéndose la tercera tortita. Era excesivamente golosa y estaban de diez, ¿cómo resistirse?

—Me encantaría pasar el día de mañana contigo —él se acabó el cigarrillo, cerró la ventana y se sentó frente a ella para comenzar a desayunar.

—No seas tonto —Archie la miró—. Llevas días muy ausente con todos ellos y como sigas así, empezaran a sospechar. Shinto es muy avisado —ambos sonrieron siendo conscientes, en realidad, del problema que eso supondría. Así que era mejor claudicar, al menos por esa vez—. Lo ideal es que pases un buen fin de semana con ellos y disfrutes de tu tarta de cumpleaños —Pook amplió la línea curva de sus labios contagiándosela al chico quién, acercándose a ella, le dio un suave beso en los labios.

—Pues el lunes nos veremos por la cafetería. Tengo turno de tarde.

—Genial. Allí estaré. Intentaré no ponerte demasiados ojitos —bromeó la peli blanca haciéndole reír. Archie se acabó el desayuno al mirar su reloj y caer en la cuenta de lo tarde que era.

—Por favor, no sé si seré capaz de resistirme —fue hacia la puerta, se colocó el abrigo colgado en el perchero, la bufanda y se ató las botas altas. Dina le siguió, café en mano.

—Seguro que no —Archie se acercó para darle un beso más en los labios—. Pórtate bien.

—Eso ni siquiera puede dudarlo señorita Pook.

—Por si acaso, señor Green.

A la mañana siguiente, mientras observaba el paisaje de montaña a través de la ventana del autobús, Archie sintió el bolsillo del pantalón vibrar y, de inmediato, supo que se trataba de ella.

«¡Felicidades! Menudo madrugón. Disfruta del fin de semana y de tu cumpleaños. Te quiero, aunque tú aún no tanto».

Archie sonrió como un estúpido, suspirando al mismo tiempo. Le habría encantado pasar su

cumpleaños con ella, pero ya se escabullía demasiado y necesitaba centrarse un poco en sus amigos o empezarían a hacer preguntas incómodas sobre el tema.

Sin embargo, las harían de todas formas.

—¿Quién te escribe a estas horas?! —la voz de Rachel, sonriente, se coló entre los asientos del autobús, despertando a un Daiki dormido a su lado que se incorporó sobresaltado llevándose una mano al pecho.

—¡Por el amor de los dioses! —Shinto contuvo el aliento—. ¿Qué pasa?! —en los asientos de al lado, Nyrai no pudo evitar echarse a reír al ver la cara del asustado pecosito.

—Archie tiene novia —canturreó sacándole una sonrisa socarrona a Gary sentado justo a su lado.

—¿Qué tienes novia? —Daiki fijó sus ojos en él, perplejo—. ¿Desde cuándo? ¿Cómo es que no lo sé?

—No empecéis. No tengo novia. Aunque sé que os morís de ganas —sonrió el moreno echándose sobre su asiento eludiendo todos aquellos comentarios.

—¿Y quién puede escribirte a las ocho de la mañana un sábado, entonces?

—Alguien que odia dormir —bostezó Holly respondiendo a la pregunta de la castaña. Nyrai volvió a reír.

—Dejadlo ya —intervino Gary—. Lo mismo es Sally Dean y se arrepiente de ello.

—¿Sally? ¿Enserio?, ¿aún estáis liados? ¿No hay nadie más en el mundo a parte de ella? —Rachel arrugó la nariz contrariada con esa información y Nyrai volvió a sonreír con diversión pasando un par de páginas de aquel libro que llevaba días devorando.

—No es Sally.

—Pero es alguien —insistió Daiki con una sonrisa ladina y entrecerrando sus ojos sospechosamente, con el antifaz de dormir sobre la frente, al ver que su amigo no se negaba a ello.

—Ya os he dicho que no hay nadie —repitió el de ojos verdes—. Sois los amigos más cotillas de toda la tierra —rio.

—Bueno, bueno..., dejémosle —Gary se asomó a través de Nyrai.

—Gracias —Archie reconoció el apoyo con su impoluta sonrisa.

—Puede que solo sea un rollo como siempre —siguió especulando Gary—. Seguro que si alguna vez tiene una relación con alguien en serio nos lo dirá, ¿verdad? —Archie asintió.

—Lo sabremos sin duda —susurró Holly adormilada—. Todas las solteras de Londres estarán de luto.

Y los seis se echaron a reír.

En medio de la montaña, en aquel precioso pueblo, los árboles con escarcha y el lago completamente helado al pie de las faldas nevadas, era todo un espectáculo. En cuanto llegaron a la casa rural en la que compartirían un buen fin de semana, juntos, con la excusa del cumpleaños de Archie, se repartieron las habitaciones y las tareas antes de salir a patinar sobre el hielo durante buena parte del día.

Archie era consciente del bien que le hacía volver a pasar tiempo con sus amigos. Los conocía desde hacía años y últimamente entre los estudios, el trabajo y su nueva relación, apenas había tenido unas horas para estar con ellos. Dina tenía razón. Ese fin de semana le vendría genial.

Observó el atardecer sentado en el porche de aquella bonita casa de madera y colores otoñales en sus alfombras y cortinas, fumando un cigarrillo. El paisaje era sobrecogedor. Un remanso de paz y naturaleza en estado puro. La brisa mecía con gracia los mechones de su cabello oscuro bajo el gorro de lana y el humo del tabaco se fundía con el frío de su aliento mientras el sol se ponía entre montañas nevadas en el horizonte. El pueblo más cercano estaba a unos quince minutos andando así que, no había sido tan descabellado no llevar coche hasta allí. Todo a su alrededor rezumaba paz, calma, tranquilidad. Se sentía pletórico.

Sonrió al divisar a un lado de la casa a Gary y a Daiki intentar cortar leña sin mucho éxito mientras discutían la mejor forma de hacerlo. Si sus amigos seguían así, no habría chimenea que calentase el hogar aquella noche, probablemente.

Y en ese momento, absorto en el ambiente y en sus pensamientos, desbloqueó el móvil para releer de nuevo el mensaje que Dina le había enviado esa mañana temprano pensando qué debía de contestarle cuando...

—Feliz cumpleaños señor Green.

Esa voz.

Los ojos de Archie se alzaron hacia el atardecer y fue justo en ese instante, cuando la vio frente a él con una radiante sonrisa y ese maravilloso brillo en sus preciosos ojos celestes. Sintió un vuelco en el corazón. Sus pulsaciones se aceleraron. Entreabrió los labios, anonadado. No solía sorprenderse con facilidad, sin embargo...

Era ella.

Estaba allí, en aquel recóndito lugar del mundo, con aquel simpático gorro y su par de orejeras, su pelo trenzado y su buen abrigo acolchado verde oscuro. Equipada totalmente para el frío y a pesar de él, el alma de Archie se llenó de calidez.

—Di... —la joven sonrió ciertamente culpable al ver en su rostro la más nítida de las sorpresas.

—¿Es un error?

—No —Archie apagó el cigarrillo incorporándose—. Nunca lo sería —aturdido y a la vez feliz, deseó abrazarla con todas sus fuerzas. Los dioses sabían que lo deseaba más que nada, pero no podía dejarse llevar con tanta facilidad delante de sus amistades. Eso podría ser un problema para ambos. Sobre todo, para ella y no podía permitírselo.

—Guardemos el secreto, ¿de acuerdo? Vengo de incógnito —le guiñó un ojo, con diversión y alevosía.

—Oye, ¿esa no es Dina Pook? —escuchó a Daiki preguntar a Gary—. La profesora que da clases en la universidad.

—Eso parece —respondió el otro.

—No sé cómo piensas que vamos a pasar desapercibidos —susurró Archie para que nadie más, a parte de ella, pudiera escucharle—. Mis fabulosos amigos son terriblemente perspicaces.

—Tranquilo, he montado una buena historia —asintió la chica, satisfecha.

Dina alzó la mano hacia aquellos alumnos, entusiasmada, y estos se acercaron para ver qué ocurría. El resto pareció sorprenderse aún más cuando la vieron entrar a la sala de estar de la pequeña casita. Daiki y Rachel se dedicaron la mirada más significativa del mundo en cuanto Archie dejó de fijarse en sus reacciones.

Aquellos dos. Un día tan señalado para su amigo. No podía existir tanta casualidad.

—¿Ha pinchado? —Dina asintió a la pregunta de Nyrai recibiendo una taza de té caliente de la mano de Rachel. Esa noche, alrededor de la mesa, todos comenzaron a cenar como si estuviesen en familia. Porque lo eran.

—Menudo fastidio —chistó Gary cortando el trozo de estofado que le había tocado.

—Espero que mañana hayan arreglado el autobús a ver si puedo llegar a tiempo a la reunión del medio día. Es una pesadez trabajar un fin de semana, pero bueno... —Dina suspiró rendida soltando aquella excusa que todos parecían tragarse a la perfección. Al menos, en apariencia.

Archie dedujo, finalmente, que esa relación se les iba a escapar de las manos con más facilidad

de la que deseaban si seguían permitiendo que los demás pudiesen intuir la historia que compartían. Sin embargo, era maravilloso poder verla allí, en su ambiente, con sus amigos más íntimos, como una más. Hacía que pareciese más real la posibilidad de estar con ella sin problemas.

La posibilidad de abrir definitivamente su dichoso corazón.

—Menos mal que ha dado con la casa, entonces —dijo Rachel bebiendo un buen sorbo de su refresco.

—Iba buscando un hotel del pueblo que me ha indicado una familia que vive a unos cinco minutos de aquí, cuando caminando, vi al señor Green sentado en el porche y a vosotros dos pelearos con la leña —continuó entre risas—. Pero no quiero aguaros la fiesta así que cuando acabe de cenar, prometo marcharme y dejaros tranquilos para que hagáis las locuras que queráis como los adolescentes que sois sin ninguna supervisión.

—No diga tonterías. Quédese. Para llegar al pueblo todavía le queda un buen trecho andando y es de noche —insistió Rachel—. No haremos nada del otro mundo salvo comer tarta y beber un poquito.

—¿Ahora lo hemos reducido a un poquito? —inquirió Holly—. Pensaba que por fin vería al gran deportista Gary James Brown, borracho.

—Eso nunca pasará —Holly resopló ante la respuesta orgullosa del rubio y Nyrai se echó a reír.

—No les haga caso —intervino la de mechas rosadas—. En el dormitorio de las chicas hay dos literas y somos tres. Sobra un espacio así que no hay problema. Además, se ahorrará el dinero del hotel —le sonrió para después llevarse a la boca un trozo de pan untado con mantequilla.

—Me encantaría quedarme. Aunque no quiero ser un muermo para vuestra fantástica noche, chicos —Dina insistió bajo la divertida mirada de Green sentado frente a ella, que estaba convencido de que sus amigos no la dejarían irse en ninguna circunstancia.

Era increíble la capacidad constante que tenía aquella mujer de dejarle boquiabierto.

—No se preocupe —Daiki sonrió—. Hoy es el cumpleaños de Archie y no hay chicas desconocidas a las que pueda atraer como un lobo hambriento, así que la fiesta será tranquila —Shinto le dio un golpecito en la espalda, pero al escucharle, Archie abrió sus ojos verdes de par en par dedicándole una molesta mirada. Dina negó como si no tuviese más remedio—. No me mires así —bromeó su amigo—, es la verdad.

—Ya os vale —en ese momento todos se echaron a reír, incluso, la propia Dina.

Y entonces...

—Quédese señorita Pook —advirtió Archie clavando sus ojos en ella. La joven le mantuvo la mirada unos segundos, totalmente embriaga por su tono de voz. Sonrió sin dudarlo—. Me encantaría pasar mi cumpleaños con usted —el corazón de Dina aleteó de felicidad.

Su plan, su sorpresa, había funcionado. Respiró hondo sintiéndose orgullosa de ello. Le había costado muchísimo resistirse a decirle algo la noche anterior.

—¿Lo ve? —Holly lo señaló. Todos se habían dado cuenta de cómo el chico la había mirado—. ¡No tiene filtros! —Y de nuevo, la mesa se llenó de carcajadas.

La copiosa cena dio paso a una espléndida tarta que se zamparon con gusto después de que Archie soprase las velas pidiendo un deseo que no confesó a pesar de la insistencia de su público. A continuación, vinieron los regalos, las copas y, por último, los juegos de mesa a los que Dina se negó a participar. Prefería leer aquel estupendo libro que se había llevado junto al calor de la chimenea y la manta en el sillón, mientras ellos discutían por ver quién se llevaba el punto de la respuesta correcta.

Aquel grupo de amigos era animado, divertido y sin duda, estaba repleto de grandes jóvenes que algún día serían profesionales maravillosos.

Con el paso de las horas y el cansancio, de madrugada, poco a poco todos se fueron yendo a la cama. Todos menos él...

—¿Un chocolate? —Archie le ofreció la taza humeante que ella aceptó encantada. En ese instante, dejó el libro a un lado y siguió con la mirada cada uno de sus movimientos cuando se sentó frente al hogar sobre la alfombra de tonos rojizos y marrones, apoyando la espalda en el sofá. Suspiró sin apartar su bonita línea curva de los labios mientras perdía sus ojos verdes en el fuego.

—¿No te vas a la cama? —inquirió Pook levantándose del sillón y ofreciéndole la manta.

—Todavía es..., temprano —susurró—. Estos se jactan de lo mucho que beben y apenas aguantan tres copas, además de trasnochar. Son unos abuelos —Archie la observó ir hacia su abrigo, buscar algo y volver para sentarse a su lado tapándose con la manta. Ambos se acurrucaron frente al fuego aquel dos de diciembre, con los latidos del corazón fluyendo a toda prisa.

—Bueno, son casi las tres de la madrugada, no está mal. Es un buen aguante —Dina sopló su bebida caliente antes de llevarse un sorbito a los labios—. Esto está riquísimo —se le

encendieron las mejillas de la ilusión.

Y en ese instante, Archie se acercó un poco más a ella en su asiento y, bajo la manta, agarró su mano libre entrelazando sus dedos.

—Gracias por haber venido —murmuró muy bajito para que nadie tuviese la oportunidad de oírle ni de lejos.

—¿Sorprendido?

—¿Por qué no me dijiste nada ayer? —él siguió a su sonrisa rozándole ligeramente la nariz vigilando, de reojo, que ninguno de los que aún podían vagar despiertos por la casa, los descubriesen.

—No habría podido disfrutar de la cara de tonto que se te ha quedado —ella se echó a reír regresando a su chocolate. Debajo de la manta, Dina se regocijó en el contacto de los dedos de Archie rozando sus nudillos.

—Eres malvada —Green arrugó el ceño y Pook sopló para quitarle de la frente aquellos rizos de su flequillo. El moreno encogió la nariz cerrando los ojos con un mohín de disgusto y ella se echó a reír una vez más.

—¡Nos subimos chicos! —de repente, Nyrai se asomó por encima del respaldo del sofá, sobresaltándoles interiormente.

—Estupendo —Archie sonrió retirándose de ella todo lo que pudo. Dina aprisionó la taza de chocolate con ambas manos asintiendo.

—No os acostéis muy tarde —les aconsejó Daiki.

—Cierto, mañana tenemos ruta después de desayunar —apuntó Gary subiendo las escaleras.

—Suerte en su reunión señorita Pook, aunque la esperamos para el desayuno, ¿no?

—Si no es un inconveniente... —respondió la peli blanca a la pregunta de Nyrai.

—En absoluto, hasta mañana.

Daiki y la peli rosa se perdieron escaleras arriba y, en cuanto se quedaron completamente a solas, Archie y Dina se miraron de esa forma que solo podía significar una cosa: las ganas que tenían de compartir un buen beso.

Sentían que el corazón se les iba a salir en cualquier momento de su sitio. La tensión era estremecedora. Dina se mordió el labio conteniendo el aliento y él se relamió reprimiéndose como buenamente pudo.

—Vas a volverme loco si sigues mirándome así... —musitó el chico con la boca seca.

Complacida por ver resultados en su provocación, Dina amplió la línea curva de sus labios tentándole aún más.

Así que, en cuanto Archie dejó escuchar ruido en la planta superior, se acercó a ella enloquecido y perdiendo sus dedos en su mejilla sonrosada, se hundió por completo en su boca. Dina recibió aquel enérgico beso extasiada y enardecida. Había deseado olvidarse en sus labios desde que le había visto sentado en el porche esa tarde.

Hasta que la falta de aire les obligó a separarse. Intentando controlarse por si alguien bajaba, Archie respiró hondo antes de cometer la locura que su mente estaba ideando. Si hubiese sido por él, le habría hecho el amor delante de aquel fuego sobre la alfombra o en el sofá, hasta el amanecer.

—Ni te imaginas cuánto te necesitaba hoy... —expresó contra sus labios.

—Eres un adulator nato —rio la joven sintiéndose increíblemente alagada y él contuvo el aliento separándose definitivamente de ella—. No podía perderme por nada en el mundo tus veinticuatro. Al final solo nos llevamos cinco años. No es tan terrible —él soltó una pequeña carcajada.

—Nunca lo fue —Archie pasó una mano por encima del sofá para poder tocarle sutilmente, el pelo. No quería alejarse tanto de ella. Se sentía más pegajoso que nunca. Si aquello era amor de verdad, se trataba de una experiencia terrible.

—Me habría encantado pasar el día contigo en cualquier parte del mundo —desde arriba, Archie la observó, la acurrucó contra él y rozó su mejilla con los dedos como si fuese la pieza de cristal más fina y bonita del mundo.

—Estoy aquí. Eso ya es todo un logro —cuchicheó simpática acercándose a sus labios para besarlos con más lentitud—. Te quiero...

Green sonrió jugando con su nariz antes de volver a sus labios con más energía. Parecía que ese día su autocontrol no estaba por la labor, hasta que ella le frenó cuando se dio cuenta de que no estaban en el lugar más indicado para llegar hasta el final.

—Para, no es una buena idea... —Dina soltó una exhalación repentina. Sentía su corazón latir a toda velocidad—. Me encantaría comerte entero, pero no sabemos quién puede rondar despierto por ahí arriba.

—Tienes razón, aunque podemos probar a escondernos en alguna parte. He visto un escomero en la cocina, ¿qué te parece? O tal vez, un armario... —Dina se echó a reír cuando le vio analizar la habitación en busca de algún recoveco convincente.

—No pienso hacer nada en ningún hueco estrecho y oscuro así que deja de buscar porque no vas a convencerme —le siguió el juego sonriente, él suspiró fingiendo resignación.

—Está bien.

—Además, tengo una sorpresa para ti.

En ese instante, Dina se incorporó un tanto, sacando una cajita de debajo de las mantas.

—Feliz cumpleaños, Archie —él abrió sus esferas, sorprendido.

—¿Un regalo? —Dina asintió feliz—. ¡Oh vamos! No tenías que haberte molestado —el chico cogió el diminuto paquete y lo desenvolvió.

—Quería hacerlo así que acéptalo y ya está —la joven se llevó un mechón de su cabello tras la oreja con gracia, mirándole con cierto nerviosismo. Era la primera vez que le hacía un regalo a un chico desde Daniel y le había resultado extremadamente extraño pensar siquiera en esa posibilidad. No obstante, la reacción de Archie amedrentó todas sus dudas.

Nada más abrirlo, aquel pequeño aro plateado con una fina cadena, le deslumbró. Impresionado por la sencillez del colgante, desvió sus pupilas hacia ella, desarmado.

—Es genial —sonrió.

—¿Te gusta? —Archie afirmó con el rostro, encantado—. Estupendo, porque tiene su historia —Dina lo sacó y rozó el suave y elegante metal entre sus dedos evadiéndose hacia esos años de su vida en los que las cosas eran muy distintas para ella—. Fue un regalo de mi madre cuando era una niña. Antes de venir a Londres con Hona. Ellos se quedaron en Japón. Mis padres.

Al oírla, Archie arqueó las cejas con mucha curiosidad.

—¿Y por qué vinisteis tan jóvenes a Londres? —era cierto que aún se estaban conociendo y que ninguno, en el fondo, se había implicado lo suficiente como para preguntar demasiado la historia familiar del otro. Ambos eran conscientes de que tenían bastantes cosas que preferían olvidar por lo que habían obviado un poco aquellos temas hasta que Dina pensó que sería buena idea abrir esa parte de sí misma tan compleja. Él se había convertido en alguien lo suficientemente importante como para hacerlo.

—Mi padre no tenía un trabajo muy legal que digamos, así que mi madre pensó en sacarnos de ese mundo en el que él estaba metido para que estuviésemos a salvo. Durante muchos años vivimos con nuestra tía abuela Lanne. Cuando ella murió, afortunadamente ya estábamos metidas de lleno en el mundo laboral así que no fue difícil empezar a vivir solas. Hona tenía pareja por aquel entonces, de manera que cada una siguió su propio camino.

Archie escuchaba atentamente cada detalle de aquella historia. Dina tenía rasgos asiáticos,

pero nunca habría imaginado que había un pasado en un país como Japón.

Al observar detenidamente la mirada de Archie puesta en ella, Dina supo que había muchas preguntas rondando por su cabeza. Así que ahondó en los detalles un poco más.

—Mi madre y su familia eran ingleses. Mi padre era asiático. Por eso tengo esta cara —rio y Green le desvió la mirada un tanto avergonzado.

—Perdona.

—Tu curiosidad es adorable —Archie sonrió a medias—. Verás, cuando mi madre nos dejó en el aeropuerto, me regaló ese colgante porque decía que estaba bendecido con la suerte de sus antepasados. Decía que me protegería de cualquier mal allá donde fuese. En Japón, los amuletos de la buena fortuna son muy típicos —Dina sonrió nostálgica al recordar las palabras de su progenitora—. Fue la única que, en cierto modo, nos salvó de esa vida tan complicada que llevábamos. Consiguió apartarnos de mi padre, de ese desestructurado hogar. Por eso mi apellido es suyo. No conservo nada de él. Hizo cosas terribles —confesó clavando sus esferas celestes en el fuego crepitante de la chimenea.

—¿Y tienes contacto con ellos? —murmuró el chico. Ella negó.

—No. Mi madre decidió que lo mejor era no volver a hablar, imagínate vernos... Así que ni siquiera sé qué habrá sido de ninguno —contuvo el aliento, inquieta. Toda esa información solo la sabían Melissa y Sam, sus amigos más íntimos, por lo que confesárselo a él suponía dar un paso gigantesco para ella—. Tenía diez años cuando llegué a Londres y ha sido más duro de lo que temía. Sobre todo, proteger a Hona del mundo. Y al final...

Le miró sintiendo que esas lágrimas se deshacían en sus mejillas. Él respiró hondo apenado.

—Gracias por intentar ayudarla ese día, de verdad. Por estar con ella cuando yo no pude. Significa muchísimo para mí —sollozó—. Ojalá hubiese sido más precavida, más sobreprotectora para que...

—Por desgracia, hay ciertas circunstancias que son inevitables —susurró Archie apartándole aquellas tristes lágrimas con sus dedos libres sin conseguirlo del todo—. Por mucho que deseemos tener bajo nuestra ala a nuestros seres más queridos, no podemos evitar que salgan a explorar el mundo, que vivan su propia vida o que creen sus propios recuerdos.

Dina suspiró rendida entre lágrimas.

—Cuando ocurren accidentes tan terribles, solo podemos intentar ser mejores de lo que éramos para que se sientan orgullosos de nosotros y, sobre todo, para que no tengan que preocuparse por nada —la joven apoyó el rostro en su hombro apenada mientras le oía hablar. Era

descorazonador ver como todos sus seres queridos, todos a los que había amado, desaparecían sin que ella pudiese hacer nada.

Por un segundo, pensó en Daniel y en las ganas que tenía de contarle a Archie, también, aquella parte de su historia. Sin embargo, prefería dejar esa conversación para otro momento. Mejor poco a poco que todo de golpe o no se recuperaría con tanta facilidad.

—La echo de menos. Cada día, cada hora, cada minuto... —Archie entrelazó los dedos de su mano con los de Dina—. Le habría horrorizado esta relación. Me habría tachado de irresponsable. Habría hecho cualquier cosa por alejarme de ti —rio entre lágrimas.

—¿Por qué? Soy muy simpático, ¿sabes? —bromeó dándole un beso sobre todo aquel cabello blanco para quitarle hierro al asunto. Ella sonrió comenzando a relajarse, dejando, definitivamente, de llorar—. Habría encontrado cualquier artimaña para convencerla.

—No me cabe duda —Dina se limpió cada rastro de su tristeza con un pañuelo que había encontrado en un bolsillo—. Te imagino acosándola como a mí —se mofó—. Insistiendo hasta que accediese.

Archie sonrió.

—¿Crees que algún día podremos dejar de ocultarnos? —Dina se encogió de hombros.

—Creo que aún tienen que pasar algunos años más para eso. Y no sé si duraremos tanto —le miró.

—¿Por qué no?

—Porque no somos tan discretos como pensaba —Dina se acercó a él, rozó su nariz con la suya y le dio un ligero beso en los labios.

Y en ese momento, sabiendo la historia de la joya y la suya propia, Archie sintió que el regalo era demasiado grande e importante para alguien como él.

—Dina —ella le miró cobijada entre la manta y sus brazos—, creo que no deberías de regalarme un recuerdo tan valioso.

—No. Nada me gustaría más que lo tuvieras —sonrió sacando el presente de su caja y abriendo el enganche para colocárselo en el cuello—. Te protegerá siempre de cualquier cosa y nada me tranquiliza más que eso. Además, es una parte muy importante de mí que necesito que conserves para que sepas que iré enserio contigo hasta el final, aunque ahora no podamos saltar al mundo, de momento y tú aún tengas ciertas dudas —su tono de voz se volvió vibrante y lento. Conteniendo una gran emoción—. Nunca había sentido nada así por nadie. No sé qué me has hecho, pero ha sido muy efectivo —dedujo, contagiándole a él una dulce carcajada.

—¿Sabes? Me parece que ya no las tengo.

—¿El qué?

—Las dudas.

Las mejillas de Dina se sonrojaron como nunca. Sus ojos brillaron en la penumbra de la sala de estar de aquella cabaña perdida en mitad del bosque.

—¿Quieres oírlo?

—Por favor —rio.

—Me he enamorado de ti. Sin duda lo he hecho. Y creo que el detonante fue pensar que te perdería para siempre en aquel coche colisionado. Hay demasiadas cosas entre nosotros que me cuesta controlar. —Dina se mordió el labio sintiendo que el corazón danzaba felizmente en su pecho—. Te quiero. Te quiero como nunca he querido a nadie. Y trabajaré duro para que esto funcione. Te lo prometo —poco a poco Archie volvió a acercarse a sus labios rojizos y jugosos para besarlos con amor.

Y se relamió solo de pensar que, si tenía suerte, serían suyos por mucho tiempo más.

Capítulo 18

Había viajado con ella, en aquellos días, por toda la ciudad.

No tenían excesivamente tiempo libre para estar juntos, sin embargo, cuando podían disfrutar de sus salidas, sin duda, era algo memorable. Habían ido a ese pub a beber cerveza escocesa entre las risas de aquel camarero al que Archie había tenido que «chantajear» para que no hiciese ningún comentario sobre aquellas citas a sus amigos.

Habían bailado en uno de los locales más famosos de todo Londres y se habían codeado con elegancia en demasiados restaurantes finos que a él, le encantaban. Para compensar habían hecho una ronda de pizza y patatas fritas con queso por Soho a petición de Dina. Algo que Archie había aceptado sin dudarlo.

Habían desayunado y almorzado juntos, y se habían hecho el amor apasionadamente durante días como si el mundo se pudiese acabar en cualquier momento.

Ellos.

Un estudiante y una profesora.

El negro y el blanco.

La noche y el día.

Todo en el más estricto de los secretos eso sí. Algo que a ninguno le importaba y que, a la vez, les hacía sentirse más libres de lo que imaginaron jamás.

Los besos entre telones, a escondidas, entre clases, desapercibidos.

Las miradas prohibidas, intensas, seductoras, repletas de tentación...

Una sonrisa del moreno en un simple cruce de pasillos bastaba para que ella, en cualquier cambio de clase, le avasallara en un aula vacía para besarle apasionadamente.

Y habían convertido el callejón de la cafetería donde trabajaba Archie en el mejor lugar para encontrarse sin ser descubiertos e incluso habían sido capaces de rozar la línea más fina de todas.

—¿Aquí? —ella asintió convencida atrapándole contra las taquillas del cuarto de empleados—. ¿No es un poco incómodo? Además, creo que mi jefe tiene cámaras de seguridad. No nos conviene algo así.

A pesar de su diatriba ella sonreía tentándole, seduciéndole.

—¿Y no te da morbo que puedan pillarnos? —con descaro, Dina le mordió el lóbulo de la

oreja.

—No es eso Di..., pero prefiero que sigan sin atosigarnos. ¿Nos vamos al baño?

—Humm... Esa idea ya me va gustando más.

La joven le agarró de la mano y le arrastró al baño exclusivo para el personal. Esa noche había cerrado Archie el local así que tenían vía libre para cualquier movimiento siempre que no tardasen más de lo necesario o las cámaras de seguridad acabarían revelando demasiados secretos.

Nada más encerrarse en el baño Dina se echó a reír.

—Eres un peligro para mi salud.

—Entonces hago muy bien mi trabajo, señor Green.

Sentir su tono aterciopelado en su oído lo calentó tanto que sintió que se ponía duro de inmediato. El chico le devolvió la intensa mirada que ella le dedicaba y Dina, sonrió con descaro.

—No tenemos mucho tiempo.

—Pues fólleme antes de que sea demasiado sospechoso, señor Green... —la peli blanca se subió al mueble del lavabo y se abrió completamente para él mientras le tocaba con descaro la dureza de su entrepierna. Complacido, Archie rozó su nariz con la suya en una tierna caricia y la besó ansioso al tiempo que se las apañaba para deshacerse de la ropa, parcialmente. Dina, deseosa de sus atenciones, se dejó hacer desabrochando los botones del dichoso pantalón que tanto le molestaba.

—A medida que pasa el tiempo, tengo más la sensación... —le susurró Archie con la voz ronca—, de que te encanta que nos observen de alguna manera... —sonrió divertido y, al sentirla mojada en cuanto introdujo un par de dedos en su sexo, Dina afirmó con el rostro sin dejar de mirarle de una forma que le enturbió los sentidos.

—Soy una descarada y una morbosa... —bromeó—. Me encanta jugar y follar en sitios complicados —aquel tono de voz ardiente le enloqueció.

—Hacer el amor —la corrigió Green—. Nosotros hacemos el amor.

Dina asintió. Sabía perfectamente cuál era la diferencia para el chico entre aquellos dos términos. Archie Green solo hacía el amor cuando estaba enamorado. Así que, si le aclaraba esa idea era porque él se acostaba con ella movido por la pasión, pero sobre todo por el amor que sentía, aunque no fuese muy dado a declararlo a los cuatro vientos normalmente. De hecho, solo le había oído decir las palabras claves una vez y casi, bajo amenaza.

Aun así, adoraba su exclusividad. Tenerle solo para ella.

Y sin poder resistirlo ni un solo segundo más, siendo consciente de las prisas que envolvían al momento y el descaro de la chica, Archie se introdujo en su interior con un fuerte impulso. Dina se escondió entre sus brazos acallando el grito de placer que había sentido con aquel encuentro esperado y a la vez repentino.

Deseosa de sentirle todo lo posible, con su enorme y caliente erección dentro de ella, empezó a mover las caderas sinuosamente sobre las suyas y él satisfecho, se dejó hacer hasta que sus impulsos y por supuesto, la prisa, dado el lugar en el que estaban les aceleró.

Las acometidas de Archie eran rápidas, contundentes, profundas y ella, para ahogar todos esos jadeos y gritos de placer, le besó, se hundió en sus brazos y se sostuvo de su camisa con todas sus ganas mientras se encogía sobre sí misma llegando al orgasmo por primera vez.

Pero él aún no había acabado.

El aguante de Green era desorbitado. En muchas ocasiones habían seguido haciéndolo hasta que ella, exhausta, le había implorado que se dejase ir antes de que no pudiese moverse nunca más. Siempre acababa con un hormigueo en su entrepierna y el cuerpo temblando. Hacer el amor con él era simplemente maravilloso.

Aquel tipo de guasa hacía reír al muchacho que divertido, entre besos, siempre le rogaba un poco más.

Disfrutando del momento, Archie la agarró de la cintura y el trasero y viajó con ella en brazos hasta empotrarla contra la pared. Allí, en aquella postura tan terriblemente erótica y en aquel lugar prohibido, ambos se movieron acompasados por el ritmo de sus caderas y de sus miradas devoradoras, soltando placenteros suspiros ahogados de excitación.

Y él sonrió satisfecho.

—Tú rostro jadeante es todo un espectáculo, Di... —le murmuró el chico al oído derritiéndola por dentro. Ese maldito tono de voz susurrante no podía ser normal.

—Ojalá pudiese gritar sin contenerme, como anoche... —respondió ella afianzando el agarre a su espalda.

—¿Quieres ver hasta dónde llega tu contención? —Archie arqueó las cejas curioso y atrevido, sin dejar de moverse, le propuso algo—. Si gano, luego jugaremos a mí juego —su pícara mirada unida a su amplia sonrisa la volvieron completamente loca. De repente, las embestidas fueron más rápidas, más fuertes y Dina sintió en cada delirio cómo su erección se clavaba en su feminidad hasta un punto que no conocía. Ella estaba en clara desventaja dada la postura en la

que se encontraba así que, completamente entregada a todo lo que el de ojos verdes le hacía y asumiendo que él ya había ganado, Pook hizo todo lo que pudo para contenerse hasta que al final, en un último arranque donde sintió que Archie llegaba al clímax, soltó un suspiro sin poder evitarlo.

Satisfecho por haber vencido, Green la besó.

—Prepara el cuerpo para esta noche.

El chico esbozó una sonrisa traviesa vistiéndose y ella, colocando de nuevo los pies sobre la tierra, le miró intrigada.

—Miedo me das —confesó.

—No haremos nada que tú no desees. Solo iremos y si lo que ves no te convence me cobraré mi ventaja de otra manera —le guiñó un ojo divertido recolocándose los pantalones—. Te lo prometo —Dina asintió convencida. Estaba claro que una parte de ella deseaba dejarse llevar...

Esa tarde, consciente de lo que pasaría esa noche y escuchando *Señorita* de *Shawn Mendes* y *Camila Cabello*, Dina se puso la mejor lencería que tenía en el armario y por supuesto, un arrebatador vestido acorde con ella. Que soliese vestir de colores, con ropa cómoda o no demasiado elegante, no implicaba que no fuese coqueta en todo momento y que, por supuesto, de vez en cuando, le gustase resaltar ciertos atributos.

Calzándose un buen tacón negro sobre las medias de ligas, se colocó su abrigo rojo oscuro, su bolso, un poco de perfume y bajó a toda prisa. Archie era tan puntual que posiblemente llevase allí los diez minutos de más que ella se había retrasado y..., efectivamente así era.

—Llegas tarde —le advirtió, apoyado sobre un coche y ataviado más elegante y guapo que nunca. Dina adoraba que, a pesar de ello, su pelo rizado que parecía tener vida propia seguía otro registro más informal.

Ante su regañina, sonrió.

—Lo sé. Lo sé. Pero quería estar guapa —se excusó guiñándole y, sin tener que alzarse mucho porque estaba él estaba ligeramente inclinado, le dio un beso en los labios—. ¿Lo he conseguido? —la joven giró sobre sus pies con su maravillosa naturalidad. Estaba radiante y arrebatadora. —. ¿Qué te parece? —alzó el dedo pulgar divertida haciéndole reír.

—Espectacular —sonrió—. Aunque estarías preciosa con cualquier cosa que te pusieses —Dina se ruborizó. Y, convencido de ello, tomó aire sabiendo que esa forma de vestir, de mirar o de sonrojarse podían arrancarle el aliento a cualquier hombre que no fuese él esa noche, por lo

que debía de tranquilizarse—. Iremos a cenar primero a *Rules*.

—¿A *Rules*? —Dina se sorprendió. Aquel lugar repleto de historia era caro y elegante—. ¿Estás seguro?

—Por supuesto.

Anduvieron por las calles de Londres hasta pisar Covent Garden donde, en Maiden Lane, llegaron a aquel magnífico restaurante en el que Pook no había estado nunca. El simple hecho de conseguir allí una reserva era prácticamente una locura así que después de mucho insistir, había dejado de intentarlo. Y si ya hablaba de sus precios...

Pero él, con aquella edad, obtenía extrañamente todo lo que se proponía. Y lo peor es que parecía no estar para nada impresionado por lo que acababa de conseguir.

—Señor Green —el chico saludó a uno de los metros de sala, entrado en edad—. ¿Su mesa para dos de siempre? —el hombre canoso les sonrió y los acompañó hacia una espléndida mesa un poco reservada, que disponía de un enorme ventanal por el que disfrutar de la avenida. El señor y él parecían tener cierta complicidad por lo que oía hablar. Lo cual le indicó a Dina que Archie iba asiduamente a *Rules*.

Pero ¿cómo lo conseguía? Vio que Archie estaba, desde luego, en su salsa.

Una vez sentados y habiendo pedido un buen vino blanco, Dina le miró totalmente descolocada y fuera de lugar. Estaba claro que, a pesar de que una vez al año se permitía ciertos lugares más sofisticados para cenar, ella no era de tanta finura. Cosa que Archie, muy de vez en cuando, sí.

—¿Eres un hombre de cuarenta años en el cuerpo de un chico de veinticuatro? —él se echó a reír despreocupado. Le encantaba impresionarla y dejarla boquiabierta.

—Dios, nadie querría ese desastre —bromeó y Pook, recelosa, sin saber qué estaba pasando realmente, cogió la carta que había al lado de sus cubiertos y nada más desplegarla y mirar los precios, sus esferas celestes se abrieron de par en par, aturdidas.

—Archie... —susurró intentando ser lo más discreta posible—. ¡Esto es carísimo! —su murmullo escandalizado fue adorable. Sabiendo cuál sería su reacción, el nombrado la observó con una sonrisa risueña en sus comisuras.

—No te preocupes por nada, yo pagaré. Me hacen precio —sonrió seduciéndola sin lugar a dudas y Dina tuvo que contener el aliento para no lanzarse hacia él con la idea de apresar sus labios por encima de la mesa, como pudo.

Así que, obviando esa necesidad de contacto, regresó a la realidad.

—¿Qué te «hacen precio»? —arqueó las cejas, anonadada. Archie asintió—. ¿En Rules? —cada vez más divertido por sus preguntas, pero sobre todo por el tono de voz sorprendente y desconcertado que usaba, Green supo que tendría que aclarar ciertas cosas antes de que colapsase.

Sin embargo, en cuanto abrió la boca para hacerlo, ella volvió a la carga.

—Nunca he conseguido una reserva en este restaurante y tú parece que vienes por aquí como si fueras a comprar cacahuetes o algo así —Él la miró sonriente—. Habla de una vez. ¿Quién eres? Revela tu maldita identidad oculta, atractivo *James Bon*.

—Tengo el perfil desde luego —bromeó bebiendo un sorbo de su copa de vino.

—Archie... —ella se cruzó de brazos dejando la carta sobre la mesa, con cara de pocos amigos.

—De acuerdo —el de ojos verdes se inclinó hacia delante apoyando los codos sobre el mantel y Dina, al ver que parecía algo importante y secreto, lo imitó—. Tengo contactos, así que normalmente los viernes suelo tener esta mesa reservada, aunque no siempre la disfruto.

—¿Qué clases de contactos? No será algo turbulento como mi dichoso padre ¿no?, porque como sea así te aseguro que me largaré de inmediato —Dina encogió los ojos amenazándole y rezando al mismo tiempo para que Archie no perteneciese a ninguna organización criminal. Pero él pareció tomárselo a guasa antes de ponerse serio.

—No me dedico a las ilegalidades. Voy a ser médico. Y tengo sueldo de camarero de cafetería. ¿Cómo puedes pensar algo así?

—Perdona —ella se cruzó de brazos reclinándose sobre su asiento. Aún llevaba la mirada repleta de sospecha, puesta—. Por eso precisamente no comprendo cómo puedes permitirte cenar cada dos viernes en *Rules*.

—Deja que sea misterioso de momento y confía en mí —Dina torció la expresión y él, viendo que no la convencería tan fácilmente, soltó un largo suspiro—. A ver soy socio de un local que hay por aquí cerca al que voy a menudo y que está afiliado a *Rules*. Digamos que es como un pack. Como cuando te compras una camiseta y viene otra a mitad de precio con ella —la peli blanca asintió a ese sencillo ejemplo, pero por supuesto, tenía más preguntas.

—¿Y qué local es?

—El *Loft* —nada más oírlo, Dina abrió sus ojos estupefacta. Una parte de sí misma aseguró que, incluso, se le había detenido el corazón. ¿Acaso había oído bien?

—¿El *Loft*?! —Green afirmó con el rostro sin dejar de sonreír divertido. Definitivamente,

desconcertarla se estaba convirtiendo en una pasión para él—. ¿Te van esas cosas?

—Sí —la atrevida mirada de Archie atravesó su alma y calentó su entrepierna al segundo. Dina, nerviosa, y sintiendo que se ponía a cien solo con notar sus ojos fijos y arrebatadores sobre ella, se mordió el labio. Esa reacción encantó a su descarado acompañante.

—Pero... —susurró acalorada intentando por todos los medios contenerse—, se supone..., que todavía eres muy joven para...

—El sitio pertenece al hermano de Sally Dean —y de repente, Dina enlazando sus propios hilos, lo comprendió todo.

—¿Por eso dijiste que ella era tu compañera de salidas nocturnas? —inquirió más sorprendida que nunca y colorada como un tomate.

En ese momento, el camarero llegó para tomarles nota. Acalorada, Pook contuvo el aliento regresando a la carta de inmediato bajo los ojos atentos del chico que, simpático, no podía dejar de mirarla ni por un segundo. Cada una de sus expresiones, de sus requiebros o de sus rostros plagados de vergüenza le dejaban completamente prendado.

Ella era excepcional.

—¿Qué desean tomar?

Archie pidió una buena sopa caliente que Dina imitó y de segundo él pescado y ella carne. Ya se vería que pasaría con el postre después.

—Creo que no te ha oído —susurró divertido intentando tranquilizarla.

—Ni lo menciones —él se echó a reír y ella, negando, se recompuso. Todo era demasiado extraño, precipitado y singular incluso para Dina Pook que solía atreverse con todo—. Y ahora continua —Archie asintió.

—Empecé a ir con Sally entre otras cosas porque su hermano nos dejaba entrar sin que nadie preguntase. Aparentamos más años de lo que parecemos —Dina asintió, en eso tenía razón. Ninguno tenía cara de niño—. Ella me propuso experimentar algo divertido y diferente en la cama y yo acepté por puro entretenimiento y curiosidad. Disfrutábamos de una noche libre y sin ataduras repleta de sexo, cosas nuevas que probar y morbo. ¿Para qué queríamos más? —Archie se encogió de hombros mirándola de nuevo como si pudiera devorarla desde la distancia.

Dina, nerviosa, respiró hondo.

—¿Pero a qué os dedicáis los jóvenes de hoy en día? —la peli blanca dijo aquello como si el chico fuese el mayor depravado del mundo—. ¿Qué demonios harás cuando cumplas los treinta? Me llevas siglos de ventaja —él soltó una melodiosa carcajada antes de acercar su mano a la de

ella quién entrelazó sus dedos con cariño deshaciendo el nudo de sus brazos. A Dina le encantó aquel contacto tan íntimo. Amaba todos los detalles que tenía con ella sin que se diese cuenta de ello.

—Lo disfrutaré de otra manera —respondió—. Escucha, puede parecerte muy fuerte, pero desde que lo descubrí me encantó. Es un mundo fascinante lleno de posibilidades. Un juego genial para divertirme haciendo algo muy placentero.

—Ahora entiendo por qué saludabas con tanto ahínco a mis vecinos —pensó Dina en voz alta y distraída haciéndole reír.

—Además, puedes conocer a gente que te sorprendería —la chica analizó aquella oración con curiosidad.

—¿Cómo quién?

—Como a cierto profesor...

—¡No! —él asintió divertido.

—¡Sí! Pero no te lo puedo decir, es confidencial —se hizo el interesante. Pook se sintió aún más intrigada si es que eso era posible.

—No puedes ser así de cruel. Ya sabes lo curiosa que soy —replicó. En ese instante, Archie aprovechó para acercar la mano de Dina a sus labios besándola con cariño y amor.

—Lo siento. Son las reglas. Imagínate si alguien contase en la universidad que me muevo por esos mundos.

—Te dirían que eres un mujeriego pervertido y que tienes un problema importante en la cabeza, pero ya lo piensan así que estás extrañamente libre de juicios de valor —Dina se encogió de hombros y en ese instante, preguntó la duda más importante que tenía en mente—. ¿Entonces estamos aquí porque quieres ir conmigo al *Loft*?

—Solo si tú quieres.

—¿Y quiero? —Dina arqueó las cejas, expectante, por si soltaba sus verdaderas, oscuras y misteriosas intenciones. Jamás había estado en uno de esos cuartos oscuros tan expuesta, con tanta libertad. Él volvió a sonreír.

—Si te gusta que te miren, no encontrarás un lugar mejor y se pueden hacer infinidad de cosas divertidas. Pero podemos ir, tomarnos una copa y ver qué ocurre. Si te desagrada, ya me cobraré mi premio de otra forma, de verdad. Te lo prometí esta tarde y lo mantengo. No te sientas presionada bajo ningún concepto, todo se hará según lo que decidas, Di. Y si no te apetece, nos podemos subir a mi apartamento. Nunca has estado en él —Archie le guiñó un ojo simpático.

Pero meditándolo a conciencia, Dina también cayó en la cuenta de algo bastante importante.

—Así que..., traes aquí a Sally Dean antes de irte con ella a ese lugar —Green asintió, no iba a obviar una verdad tan evidente—. Y estamos sentados en la misma mesa que siempre utilizas con ella, ¿no te parece de mal gusto? —Arrugó la nariz con cierta decepción. No era muy celosa, pero conocía a Archie y sabía que esa chica no era cualquier mujer para él.

—Lo sé y siento eso, pero es el sitio más discreto del local —en eso Green sí tenía razón—. Además, ya no importa Sally —le dijo—. De aquí en adelante tú eres mi centro de atención.

—¿Y si nos la encontramos allí? O a ese profesor... —titubeó—. Si es Sam me mataría y sorprendería a la vez. Pensaba que Melissa y él estaban liados —Archie arqueó las cejas atónito ante esa información.

—¿Alguien puede liarse con ese dinosaurio frío e impecable?

—¡Archie! —Dina le regañó con la mirada, Melissa era muy buena amiga suya.

—Lo siento, lo siento —sonrió resuelto antes de ponerse serio—. Escucha, no te preocupes por nada. Me he informado bien y no aparecerá hoy nadie que desvele nuestro secreto —Dina no sabía si esa respuesta la tranquilizaba o no. No obstante, repleta de curiosidad e intriga por las cosas que Green le contaba acerca de sus gustos en la cama, se aventuró. Tenía ganas de conocer su mundo. Ese tan misterioso y fascinante.

—Pues vayamos —asintió decidida.

—¿Seguro?

—Quiero ver en qué líos eres capaz de meterte —ambos se echaron a reír.

Una hora y media después tras una conversación maravillosa, algo que a ambos nunca les faltaba, y una cena de un lujo avasallador para Dina, los dos caminaron hacia el *Loft*.

Por fuera, parecía más un simple bar de copas de paredes blancas y letrero llamativo, que lo que probablemente encontraría en su interior. Lo cierto es que había cola en la entrada, pero Archie se la saltó como si fuese el famoso de turno que no pide permiso y, simplemente, se adentra en cualquier parte por su cara bonita.

Aun así, antes de entrar, Dina contuvo el aire un par de veces, con nerviosismo mientras se frotaba los dedos inquieta. Al verla, Archie sonrió.

—Podemos quedarnos aquí, si quieres.

—Ni hablar —le contradijo totalmente segura de sí misma. Él asintió y agarrándola de la mano

con cierta posesión, se adentró tras las puertas. Allí, saludó a otro hombre de seguridad con una sonrisa y este pareció alegrarse bastante al verle de nuevo por allí.

Dina, que lo analizaba todo ciertamente intrigada, en cuanto se alejaron de otro grupo más que se había parado a saludar al moreno, preguntó:

—¿Desde cuándo vienes aquí?

—Desde hace unos cuatro años —Pook alzó sus esferas sorprendidas hacia aquel estudiante y él, sonrió divertido—. ¿A qué viene esa cara...? Era mayor de edad. Venga vamos a por algo de beber —indicó caminando con ella hacia la barra y, tras saludar a otros tantos conocidos y al camarero con efusividad, pidió un par de copas de vino blanco.

Todo el mundo allí parecía saber quién era el de al lado en menor o mayor medida, pensó Dina, quién no paraba de fijarse en cómo ese extraño lugar no aparentaba ser lo que Archie sostenía. Había música moderna lo suficientemente alta como para molestar en una conversación, pero baja para poder bailar. Todos parecían disfrutar de un coctel o cualquier otra bebida mientras charlaban amigablemente. Como si no existiese nada raro.

Sin embargo...

—Bien, ¿quieres que te explique cómo va? —Dina asintió y cogiendo sus copas, ambos se acercaron hacia una enorme mesa donde había un montón de anillos de colores chillones—. Si te fijas bien, todo el mundo aquí lleva uno puesto —señaló el chico acercándose a su oído e invitándola a mirar a su alrededor. Al darse cuenta de ese detalle, Dina asintió—. Los verdes son para los novatos que vienen por primera vez. Los azules para los solteros y solteras, claro —ella le escuchó con atención—. Los amarillos se utilizan para aquellas parejas que quieran algo *light*, como mirar y tocar, pero sin ningún tipo de penetración. Los rojos son para las parejas que quieran probar cualquier cosa con la penetración incluida y los negros para el sado.

—¿El sado? —Archie asintió sonriente—. ¿Has probado eso alguna vez?

—Un par de veces —confesó dejándola atónita.

—Es una caja de sorpresas señor Green. Me ocultaste muchas cosas cuando te pregunté qué era lo más extraño que habías hecho en la cama —Archie le dedicó una pícara mirada.

—Habrías salido corriendo.

—Probablemente —él sonrió divertido.

—De todas formas, no te asustes. Aquí hay normas. Todo el mundo es educado, correcto y limpio. La libertad de uno termina cuando empieza la del otro. No es no. Nadie hará nada que tú no quieras o con lo que no te sientas a gusto y en función del color de anillo que escojas estás

decidiendo y diciéndole a los demás hasta donde estarías dispuesta a llegar en caso de que quisieras lanzarte —Dina volvió a afirmar con el rostro. Confiaba en Archie con toda su alma—. El respeto es lo primero, no somos salvajes. Además, como somos pareja, ambos cogeremos el mismo.

—Comprendo —Dina se recogió un mechón de cabello blanquecino tras la oreja.

—Y sabiendo todo eso, ¿quieres seguir? —la chica asintió. Su lado más salvaje le decía que sería una experiencia divertida y digna de probar. Esperaba no tener que arrepentirse después—. En ese caso y con total libertad, ¿qué color crees que deberíamos coger?

—Creo que el amarillo... —pensó para sí en voz alta. Pero luego, se dio cuenta de que estaba con Archie y de que él habría probado infinidad de cosas con Sally Dean en ese lugar. Así que, aventurándose todo lo lanzada que sus nervios le permitieron, cambió de idea al segundo—. El rojo mejor —Archie descendió sus ojos hacía ella, tras beber, desconcertado y sorprendido por su decisión.

—¿Estás segura?

—Sí —su determinación no tenía límites.

—No quiero que te arrepientas, Di.

—¿No dices que todo el mundo respeta a los demás? Decidiré qué quiero o deseo sobre la marcha, ¿te parece? Puede que este relajada o pasándomelo bien y quiera..., más. Si tengo el anillo amarillo me quedaría con las ganas —la forma en la que dijo aquello último aceleró el corazón de Green. El hecho de pensar en compartirla con otro hombre por entero, de repente, le tensó más de lo que creía. Esperaba que el amarillo fuese su elección y no el rojo por eso, en un principio, iba bastante tranquilo.

Sin embargo, si eso era lo que ella quería, claudicaría sin dudar. Después de todo, él la había llevado hasta allí.

Los dos se colocaron los anillos y caminaron de nuevo hacia la barra. A medida que andaba de su mano, conociendo esta vez las reglas, Dina iba descubriendo con la mirada los gustos de cada uno de los presentes y eso la divertía. Imaginarse a gente tan fina dedicándose al sado era terriblemente gracioso para ella.

Hasta que, de repente, una voz femenina interrumpió sus pensamientos.

—¡¡Archie Green!!

—Katherine —él le dio dos besos en las mejillas—. ¿Cómo estás?

—Encantada de volver a verte. ¿Vienes a jugar? Hacía tiempo que no veíamos por aquí a

nuestro *yogurin*. Por cierto, felicidades por tu cumpleaños sabemos que fue hace poco —él sonrió con una gracia demasiado natural. Parecía estar realmente a gusto en aquel ambiente tan extraño.

La mujer, que seguramente tendría algunos años más que ella, empezó a mirar a Archie con cierto aire de seducción. Dina estuvo convencida de que aquellos dos habían compartido algo más que palabras e iba a decir algo al respecto, cuando Green se adelantó.

—Ella es Dina, Dina Jones —ese cambio de apellido llamó la atención de la joven. Tal vez, el seudónimo fuese común en ese tipo de lugares. Aun así, le tendió la mano y ambas la estrecharon.

—Encantada de conocerte querida, Katherine Walkman.

—¿Walkman? —Dina abrió sus esferas de par en par, atónita—. ¿La hija del ministro de exterior? —la mujer alta, morena y con unos impresionantes ojos oscuros, asintió encantada y enaltecida porque la reconociesen. Anonadada, miró a Archie que sonrió. Lo de la gente importante era cierto.

—Eso es. Aunque aquí prefiero obviarlo —le dedicó la mirada más lasciva y descarada del mundo a Archie sin pensárselo. Estaba claro que esa noche solo le interesaba él—. ¿Pareja o amiga? —preguntó de repente, con cierto aire dramático sin cortarse ni un poco.

—Pareja —intervino Archie sin dudar y ella sintió un vuelco en el corazón.

—¿De verdad? —Walkman parecía terriblemente descontenta—. ¿Esta mujer es tu pareja? Pensaba que nunca serían capaces de atarte y mucho menos tan joven. No sabes la pena que me da Archie, siempre es un placer jugar contigo —él sonrió atrevido y en cuanto ella se despidió, los ojos de Dina le observaron estupefactos.

—Eres un descarado, ¿lo sabías? —Green afirmó con el gesto divertido—. Ahora ya sé dónde practicas tu infame sonrisa.

—¿Infame?

—¿Y qué ha sido lo del apellido? —desconcertada, la joven quiso entenderle.

—Es mejor que guardes el anonimato, Di. Sobre todo, si eliges no regresar.

Ella soltó un largo suspiro.

—Todo esto es surrealista. ¿Cómo puedes hacerlo?

—Si no vivo al máximo, podría esfumarme y perderme cientos de cosas —Dina le miró intrigada—. Suelo viajar mucho en vacaciones y cuando estoy en Londres este es mi foco de

distracción de vez en cuando. Experimentar, conocer gente, mundo, ponerme en situaciones que jamás hubiese imaginado... —bebió un sorbo de su vino, acabándolo—. Es lo que me hace explotar de emoción. Ser real —la joven respiró hondo. Ojalá supiera cuál era ese pasado que le atormentaba. Ese por el que le había llamado poderosamente la atención el día de la tarta de chocolate.

—¿Me lo contarás? —Archie atisbó en su mirada un rastro de melancolía. De preocupación. Supo de inmediato, a qué se refería la mujer que tenía justo frente a él —Algún día.

—Sí —se sonrieron. Sinceros. Confiados.

—Gracias por lo del apellido.

—A veces, yo también puedo protegerte de los macarras —Archie le guiñó un ojo y ella soltó una bonita carcajada regresando al buen ambiente con el que llevaban disfrutando desde el principio de la noche—. Bueno, ¿empezamos?

La planta superior del local, nada tenía que ver con un bar de copas. Aquello era sexo, morbo y descontrol. La gente se paseaba desnuda o con sus mejores lencerías en busca de su siguiente movimiento y ver, entre las puertas medio abiertas a grupos o parejas haciendo de todo e invitando al resto atrevidamente a pasar, fue una experiencia verdaderamente impactante. A Dina le impresionó más de lo que hubiese imaginado jamás. Inquieta y siendo consciente del anillo que había elegido por cabezota, apretó la mano de Archie conteniendo el aliento.

Su corazón iba a salirle disparado por la boca en cualquier momento.

—¿Estás bien? —sus miradas se cruzaron.

Siendo sincera con él, como siempre lo era, admitió:

—Estoy nerviosa.

—Tranquila —Green le dedicó una mirada pausada cuando, por fin, llegaron a su reservado—. Tómalo con calma. Ya veremos qué ocurre. Será en todo momento, únicamente, lo que a ti te apetezca —ambos entraron en una habitación vacía y Pook, bajo los devoradores ojos de Archie, se dejó llevar—. Primero empezaremos nosotros, con calma —quitándose el abrigo, se apartó el chaleco que llevaba debajo. A toda prisa Dina le siguió.

Y él, acercándose a ella con descaro sin poder aguantar más las ganas que tenía de tocarla y acariciarla desde que estuvieron cenando, la cogió de la cintura con energía y bajó las manos hacia su trasero subiéndole la falda mientras la besaba con pasión y excitación. Dina se dejó llevar por él y, con rapidez, le pegó un tirón a la camisa azul que tenía puesta el chico

arrancándole un par de botones.

—Entramos muy bien en calor. Ha sido bueno practicar —murmuró Archie con una sonrisa de ensueño al ver cómo se las gastaba la joven con su pobre camisa. Sin pensarlo, el de ojos verdes le quitó la suya y le desabrochó la falda entre besos y mordiscos mientras Dina enredaba sus dedos en el pelo rizado de su nuca y él, excitado, se dejaba hacer.

Cuando retiró la tela, sus ojos viajaron por su ropa interior hacia aquellos sugerentes ligeros. No pudo evitar sonreír y sentir como su erección se hacía más evidente debajo de sus pantalones. Al parecer, ella se había preparado a conciencia para la ocasión aun sin saber exactamente hacia donde iba.

—Hueles bien... —murmuró descendiendo los besos por su cuello, por su escote, hundiéndose en sus pechos bajo el sujetador del que se deshizo—, sabes bien..., eres ardiente, natural y descarada..., no hay nada más que pueda pedir... —Dina, sonriendo con diversión entre besos y siendo consciente de a qué se refería con aquello último, le quitó la camisa definitivamente y por supuesto él se retiró el pantalón.

En ese momento, Archie la invitó a tumbarse sobre la cama y, desnudo, se deshizo de los tacones mientras la devoraba con la mirada y aquella atractiva sonrisa que la derretía por dentro.

Aun así, seguía sintiéndose terriblemente nerviosa. Y él, que pareció captar su propia inseguridad, quiso tranquilizarla todavía más.

—Ey, estás conmigo —le susurró acomodándose de rodillas entre sus piernas—. Nunca dejaría que te hiciesen daño, jamás —Dina sintió los vellos de punta. Aquel maldito tono de voz...

—Crees que... —parecía que tenía la garganta seca—, ¿todo irá bien?

—Todo lo bien que desees. Todo lo que te dejes llevar...

La joven sintió como su sexo irradiaba humedad y, cuando vio que el moreno le quitaba lentamente las medias mordisqueando, lamiendo, la cara interna de sus muslos advirtió todos esos fluidos que emergían de su interior, impacientes.

Se miraron. Se desearon.

Y luego, él hundió la lengua entre sus piernas sin compasión.

Ella quería más de él. Mucho más. Archie lo sabía, pero le encantaba hacerla sufrir. Agobiada por su lentitud, la peli blanca se aferró con energía a las sábanas presionándose el labio inferior.

Otra mirada retadora...

Otro mordisco placentero...

Dina no pudo evitar soltar un gemido de placer y fue a decir algo ante tanta tortura cuando, de repente, llamaron a la puerta.

Ambos miraron en aquella dirección antes de que Archie le preguntase con sus ojos verdes qué quería hacer. Ella asintió.

—Adelante —tras las maderas, apareció un hombre rubio, muy atractivo y alto, que sonrió. Aun llevaba la ropa puesta y tenía un anillo rojo en el dedo anular de la mano izquierda.

—Will —dijo el chico.

—Archie y Dina —respondió Green entre las piernas de la joven quién miró a ese hombre que la devoraba con los ojos, con una preciosa y seductora sonrisa—. Ponte cómodo —el rubio empezó a quitarse la ropa y, de repente, mientras Dina le observaba, inmersa por completa en aquel juego tan extraño y morboso, la lengua de Archie sobre su sexo le arrebató el aliento una vez más. Sin piedad, el moreno le succionó el clítoris endurecido y ella, volviéndose completamente loca, le agarró del pelo exigiendo más.

Embrutecido por la efusividad de ella, Archie se incorporó con la intención de besarla en los labios. Estaba deseando hacerla suya, pero, sabiendo que no estaban solos, sonrió atrevido.

—Siempre que vengo aquí he pensado cómo me sentiría algún día, si la chica a la que quiero estuviese en manos de otros —la miró y luego bajó de nuevo para deleitarse con su vientre y seguir así descendiendo hacia su humedad.

—¿Celoso? —Dina exhaló.

—No lo sé...

—Puede ser un buen día para averiguarlo —Pook sonrió sintiéndose increíblemente excitada, metida de lleno en el intenso momento que estaba viviendo—. Will —miró al chico que esperaba a que ellos decidieran qué hacer—, ven aquí, vamos a jugar.

Completamente extasiada, Dina había entrado en aquel mundo con una soltura apabullante. El rubio se acercó, se subió a la cama y empezó a manosearle y a besarle los pechos mientras, Archie, sin querer quedarse atrás, regresó a su feminidad para volverla completamente loca de placer.

Complacida, Dina gemía y jadeaba con todas esas atenciones que recibía de ambos. Se sentía la dueña y señora de aquella cama. Como si ellos estuviesen allí solo para hacerla disfrutar y satisfacerla, para darle todo lo que necesitase, sexualmente hablando. Le gustaba sentirse poseída y poderosa.

—Will, cambiemos —ronroneó Archie, de pronto, sorprendiéndola—. Mastúrbala —él otro asintió y, cuando Archie le abrió las piernas ofreciéndola, hundiendo dos dedos en su sexo, su lengua hizo el resto. Green la miró con una lujuria y una pasión desbordante. La besó efusivamente y se perdió en su cuello como nunca—. No cierres las piernas, resiste...

Abandonada en su voz ronca y deliciosa, Dina obedeció sin dudar.

—Creo que no me siento celoso —le dio un bocado en el labio cuando ella soltó un placentero suspiro al llegar al clímax por primera vez con las manos y la lengua de aquel extraño—. Me encanta ver como disfrutas de mi mundo —sonrió ávido—. ¿Te está gustando? —le preguntó cuando vio que Will aceleraba el contacto de nuevo, con los dedos, tras el orgasmo—. ¿Quieres más? —Dina, extasiada, con la respiración entrecortada, asintió.

—Sí, sí..., quiero más..., más...

—Eres maravillosa y verte completamente entregada, es un placer para los sentidos... —en ese momento, Dina le miró y ambos, desearon más que nunca entre los gemidos de ella y sus respiraciones agitadas.

—Ven aquí... —le ordenó la joven sin dudar y Archie, sabiendo a qué se refería, se colocó de rodillas frente a ella y elevando su prominente erección, la joven rodeó aquel deseo con sus labios y empezó a agitar su rostro para complacerle.

Completamente embelesado por aquel goce, Archie cerró los ojos disfrutando de las cosas que aquella mujer era capaz de hacerle sentir mientras otro se deleitaba con su feminidad, hasta que no pudo aguantar más...

—Will —el rubio alzó sus ojos—, avancemos.

Él asintió tan embriagado como ellos y agarrando a Dina de la mano, la levantó de la cama. Archie se tumbó y Will la ayudó a subirse sobre él. La joven, decidida a aceptar ese deseo, se introdujo contundente sumida en aquel manjar. Desde arriba, gritó sintiendo cada parte de él.

—Voy a follarte como nunca te lo han hecho —expresó altiva—. Eres mío. Mío y de nadie más, Archie Green —movió las caderas sinuosamente sobre su masculinidad y Archie soltó un suspiro ronco cuando Dina empezó a montarle como una fiera salvaje mientras Will regresaba a sus pechos.

Nunca a su boca. Esos labios solo le pertenecían a él, como su pareja.

Una norma más.

Archie, henchido de satisfacción se dejó hacer el amor tal y como ella le había dicho. Le encantaba disfrutar de su cuerpo, pero, sobre todo, de su capacidad para romperle los esquemas.

Siempre solía ser él quién tomaba la iniciativa y se acostaba con las mujeres y no al revés. Adoraba que ella tomase el control de la situación. Le encantaba sentirse poseído, arrastrado por su cuerpo, atrapado por su húmedo sexo. La feminidad de Dina apresaba con fuerza su endurecida erección cada vez que llegaba al orgasmo. Toda aquella locura era..., maravillosa.

Y entonces, justo en ese instante, haciendo más peligroso lo que aquellos tres tenían en el reservado entre manos, Green agarró a Dina del trasero acercándola a él ofreciendo esa otra parte de ella a aquel hombre que acababa de llegar. Aceptando la invitación, el rubio se colocó un preservativo y lubricante.

Sin embargo, antes de ir más lejos, Archie la miró y ella contuvo el aliento para asentir con sus preciosos ojos celestes, sobre lo que iba a pasar.

—Una palabra para parar si algo no va bien —le pidió en un susurró al oído.

—Melocotón —dijo ella sin pensarlo y él, sonrió divertido. Nunca había oído a una mujer decirle algo así. Era esporádica incluso para aquello.

—Pues vamos allá.

Cuando Will se introdujo analmente en ella con tacto y poco a poco, Dina sintió una oleada de placer recorrerle el cuerpo de punta a punta. Tenía a Archie delante y a un desconocido tras ella que se movían acompasadamente a un ritmo frenético. Como si lo hubiesen estado practicando coordinadamente, toda la vida. La peli blanca gemía y jadeaba, suspiraba sudando y ardiendo mientras Green le dedicaba dulces y excitantes palabras al oído.

—Me encantas..., eres espectacular..., única..., te adoro...

Dina sonrió entre besos notando que la fricción la hacía correrse de nuevo. Y otra vez..., y otra más...

Todo ese hormigueo, esas sensaciones tan placenteras... ¿dónde habían estado toda su vida?

—Estoy aquí —le susurró Archie al oído—. Lo eres todo para mí, ¿lo sabías? —Dina sonrió pícara y, con respiración entrecortada, musitó:

—¿También le dices eso a las demás...? —inquirió con la boca seca por la falta de aire. Green, aceptando ese juego, la besó apasionadamente.

—No sería capaz de imaginar decirle una cosa así a nadie más —musitó mordiéndole el labio al escucharla gritar de placer. Dina sonrió como pudo, satisfecha con su respuesta. No había nada que le gustase más en el mundo que escucharle decir esa frase—. Todo esto es para ti. Todo lo que hago es por ti. Todo. Soy tuyo Di..., tuyo y de nadie más... —la peli blanca sintió que su corazón se agitaba con fuerza.

Las manos de Archie que la agarraban del trasero la movían contundentemente hacia delante y hacia atrás. Y en ese instante de delirio, de pronto, una pelirroja despampanante se asomó a la puerta y entró. La nueva inquilina, se fijó en el juego que llevaban esos tres y en cómo se divertían. Completamente desnuda y con un anillo rojo en el dedo, se subió a la cama y sonrió lascivamente.

—Archie... —murmuró con un tono meloso al ver al chico disfrutando del improvisado trío. Él dibujó una seductora sonrisa.

—Lidia...

—No me has dicho que venías hoy. He tenido que enterarme por otras... —la chica jugó con su nariz entre sonrisas mientras Pook observaba todo aquello entre suspiros. Le faltaba el aliento para decir algo más.

—Tengo compañía —expresó cogiendo aire—. Ella es Dina —la presentó, pero la de ojos celestes no estaba para presentaciones.

—Y yo soy Will —aquel rubio fuerte, llamó la atención de la pelirroja, sin embargo, antes de lanzarse a sus brazos, se subió sobre Archie colocando su sexo sobre su boca. Este se perdió en él y ella empezó a gemir como si la vida le fuese en ello. Las cosas que Green era capaz de hacer con la lengua siempre fascinaron a Lidia.

Al ver ese espectáculo, Dina le pidió a Will con la mirada un breve descanso y él, accedió acercándose a la recién llegada a quién sí besó por petición propia. Nada más sentirse más libre de movimiento, Pook cogió las manos de Archie, las llevó hacia sus pechos y empezó a saltar sobre él con más vehemencia.

En ese instante, ansioso, Will se cambió el preservativo, agarró a Lidia y, tumbándola al otro lado de la cama, empezó a hacerla suya con energía entre suspiros.

Libres, Archie y Dina se detuvieron momentáneamente cuando él, se sentó sobre las sábanas para observarla con detenimiento. La miró a los ojos desde abajo y fijándose en sus pómulos enrojecidos, sonrió tranquilo al asegurarse de que estaba bien. Con delicadeza le acarició la espalda desnuda por donde su larga melena de ondas blancas se perdía. Era preciosa. Preciosa y perfecta.

De repente, el tiempo pareció detenerse en aquel lugar, en aquella mirada.

—Te quiero, Di —era la tercera vez que Archie le decía aquello y ella amplió la línea curva de sus labios, feliz.

—Te quiero.

—Quédate conmigo siempre, Dina.

—Siempre es mucho tiempo... —respondió ella acalorada y embelesada, sin perder la sonrisa—. Aunque no imagino nada mejor, Archie Eiden Green.

—¿Cómo sabes mi segundo nombre? —sorprendido por algo que solo él, y nadie más sabía, la miró. No había registrado o mencionado jamás ese segundo nombre en ninguna parte y tampoco lo había usado para absolutamente nada. Él siempre se había presentado únicamente como Archie.

Había excluido a Eiden de su vida, porque su hermana le había llamado así en su infancia y era..., doloroso volver a esos días tan lejanos y tristes.

—¿Recuerdas que soy muy curiosa? —musitó Dina en su oído poniéndole los vellos de punta. Él asintió sonriendo—. Pues lo he adivinado —rio—. Eres escoces y por estos lares es habitual. Estaba segura de que lo tendrías. Pero no te preocupes, te guardaré el secreto para siempre, te lo prometo —Archie suspiró.

—Gracias Di...

La joven le besó y esta vez, los dos solos, se hicieron el amor apasionada y lentamente. Disfrutando de la magia del momento, del contacto, de las caricias y los besos. Las miradas, los mimos. Las sonrisas. Totalmente enganchados el uno del otro, pasaron la noche en aquel lugar divirtiéndose entre ellos y entre más de uno y una, hasta que el cansancio les venció.

En cuanto salieron de allí, amanecía.

—Dioses..., casi no puedo caminar —él soltó una importante carcajada.

—Desde luego para ser tu primera vez en *Loft* has estado fantástica. ¿O ha sido demasiado para ti?

—En absoluto —sonrió satisfecha agarrándose de su brazo al andar—. Me encantaría volver el viernes que viene si te parece bien —soltó convencida—. ¿No dices que siempre tienes mesa reservada y que no la disfrutas todas las semanas? Pues iremos. Adoro ir a *Rules*. Es mi segundo lugar favorito después de la pizzería de Fabriccio —ese acento italiano hizo sonreír al de ojos verdes.

—Así que te has enganchado... —Archie la miró como si estuviese diciendo algo totalmente increíble. Ella asintió.

—Quiero probar el sado —bromeó, pero, por la cara que puso Green, ella supo que se había creído su broma sin lugar a dudas así que se echó a reír al segundo—. No te preocupes. Puedo esperar un par de viernes, para ir conociendo al personal antes —le guiñó un ojo y él, siendo más

consciente de que era una chanza, suspiró—. ¿Puedo hacerte una pregunta? —Archie asintió—. Esa chica... ¿Lidia?

—Sí.

—¿También es alguien importante? —en aquel momento, Archie la miró divertido—. Es Lidia Clowner, una de las periodistas más famosas del país.

—¿Clowner? ¿Enserio? Publicó un artículo tremendamente contundente sobre inmigración hace un par de días. Es una mujer fabulosa —Green asintió—. ¿Te has acostado con ella?

—Sí —confesó—. Muchas veces. Considero que soy de sus favoritos. Por eso ha aparecido esta noche por allí. Seguro que quería comprobar eso de que tengo pareja de verdad. La profesión la lleva a rajatabla—negó haciéndola reír—. Aunque como pudiste ver, ahora las cosas son distintas —la miró encantado—. Tú y yo estamos juntos. Nadie cambiará eso y, por lo tanto, tienen que respetar nuestra relación —Dina asintió complacida—. Sé que compartir este tipo de experiencias es difícil. Entiendo y respeto que no a todo el mundo le guste, pero a mí me fascina. Me da la sensación de que nos afianza como pareja y hace que confiemos más el uno en el otro, ¿no? Además, nos divertimos —se fijó en su gesto, con expectación.

—Sin secretos —Archie asintió.

—De todas formas, ¿quién iba a decir que te gustaban los intercambios de esa manera? Que sorprendente eres. Me has dejado patidifuso —comentó asombrado.

—¿Verdad que sí? —espontánea, Dina se sorprendió de sí misma y abanicándose con una mano—. Yo con dos hombres en la misma cama. Acostándome con ambos a la vez —se puso roja como un tomate—. ¡Qué vergüenza! —Y ambos se echaron a reír...

Capítulo 19

Hona solía decir que la clave del éxito para cualquier relación sana se basa en compaginar a todas y cada una de ellas. Dividir el tiempo libre era la mejor forma de mantener las amistades, las parejas, la familia. Dina siempre había puesto todo de su parte para que fuese así.

Sin embargo, cuando estaba enamorada ese tiempo se escapaba de su propio control y orden. Si fuese por ella, se pasaría las horas y los días pegada a Archie sin dudarlo ni un segundo. Era inevitable extrañarle cuando cada uno hacía su vida y a la vez, sabían lo necesario que era seguir con ella incluso siendo algo más que amigos.

Aun así, aquella época de exámenes junto con el aumento de las horas de trabajo de Archie en la cafetería debido a la proximidad de las fiestas, habían eclipsado el poco tiempo libre en el que podían encontrarse. El secreto en sí, lo dificultaba todavía más.

—¿Mucho trabajo? —le preguntó hablando con él por teléfono mientras caminaba hacia su apartamento. Esa tarde había tenido muchas reuniones y le había sido imposible llamarle antes.

—*Es como ensayar para Navidad* —respondió Archie repasando unos apuntes para su examen del día siguiente mientras se tomaba un descanso de diez minutos. El callejón olía a humo de tabaco y eso, le relajaba.

—¿Y cómo tienes el fin de semana?

—*Me temo que turno doble, Di. Jorch se ha partido un brazo y está de baja. Maravilloso, ¿verdad?* —él suspiró y ella, al otro lado, cambió el gesto a otro más ligado al desencanto. Esperaba verle ese sábado después de casi diez días en los que apenas habían compartido algunos minutos hablando por teléfono—. *Lo siento. Prometo compensártelo cuando todo esto acabe. Te lo prometo.*

Dina sonrió.

—No te preocupes. Lo importante es que apruebes todos los exámenes y que no estés muy agobiado con el trabajo. Yo puedo esperar —bromeó.

—*Iremos a Fabriccio en cuanto tenga un día libre, ¿de acuerdo?*

—De acuerdo.

—*Y pásalo muy bien esta noche* —acabó el cigarrillo y enrolló los apuntes, listo para volver a entrar en la cafetería a seguir trabajando.

—Espero que esos dos no se pongan demasiado intensos —escuchó reír a Archie a través del

auricular cuando ella resopló sin remedio.

—Y, aun así. *Disfruta. Después te llamo.*

—Bien. Mucho ánimo.

Él colgó antes de que pudiese decirle algo más. Había sido una despedida escueta y desangelada, pero era lo que había. No podía estar exigiéndole más atención en una época tan complicada para él. No era una niña caprichosa. Solo debía ser paciente, aunque diez días pareciesen mucho tiempo, no era tanto. Claro, si no contaba que desde que habían empezado a tontear no había ni un solo día en el que no hubiesen pasado unos minutos juntos. Se había acostumbrado demasiado a eso.

Suspiró subiendo casa a la vez que pensaba en lo que se iba a poner para la salida nocturna de esa noche.

No le apetecía en absoluto, no obstante, a pesar de que había rehusado, la insistencia de Sam había sido tan abrumadora que no pudo hacer otra cosa salvo ir a aquella cena para cuatro improvisada en *Fishers*. Odiaba las citas a ciegas, pero sabía que Sam estaba intentando liar a Melissa para algo más que una comida con amigos así que, sin poder negarse, aceptó cuando su amigo se lo dijo por sexta vez esa mañana. Se preguntó, por un momento, por qué no le había dicho nada a Archie del asunto. Tal vez era mejor no generarle más preocupaciones de las que ya tenía, aunque en realidad no tendría por qué inquietarse por nada. Ella tenía clara su prioridad después de todo...

Cuando llegó al bonito local de paredes de colores y toldos rayados en rojo y blanco, contuvo el aliento y observó a su alrededor mientras esperaba a la pareja y al supuesto desconocido. Estaba nerviosa. Era la primera vez que hacía ese tipo de cosas con un hombre desde que había empezado a estar con Archie y se preguntó si a Green le molestaría que estuviese allí.

No le había comentado nada porque carecía de importancia realmente. Ella no tenía la intención de llegar a ninguna parte, solo hablaría con él, la cena sería amena, Sam lograría entrarle a Melissa y ella podría irse a casa a descansar después de un duro día de trabajo.

Una distracción y una excusa. Eso era aquel desconocido.

—¡¡Dina!! —de repente, la voz de Sam se alzó a su espalda y, nada más girarse, los tres la saludaron—. ¿Llevas mucho tiempo esperando? —ella negó con una preciosa sonrisa—. Memos mal. Bien, te presento a mi amigo Michael Cromwell —señaló al pelirrojo alto de mirada encantadora de ojos miel y pequitas de ensueño, que los acompañaba. Sin duda, Sam había ido también a «matar» con ella. Ese chico era digno de una buena revista de gimnasio—. Ella es Dina Pook, Mike.

—Encantada —ambos se dieron un par de besos analizándose por pura inercia.

—Muy bien ya nos conocemos todos, ¿cenamos? Creo que literalmente voy a desfallecer — Melissa con su natural rectitud se adentró en el restaurante seguida de Sam quién, encantado, disfrutaría sin duda de la noche.

Una vez sentados y con unos buenos vinos por delante, la conversación no se hizo esperar. Su amigo iba a por todas con la rubia mientras ella le hablaba de los diferentes puntos para que la carne estuviese exquisita en función del tipo que fuese. Dina sonrió pensando en Archie al escuchar aquella atípica conversación. En ese aspecto, el escocés era igual de tiquismiquis que ella.

—Es como si fuésemos invisibles... —oyó, de repente, a su lado. Dina alzó la mirada hacia su propio «acompañante», con diversión.

—Hacemos bien de sujeta-velas —bromeó haciéndole reír. En ese instante, a Dina le apeteció saber de dónde había salido ese hombre tan guapo. Adoraba saciar a su curiosidad—. ¿Eres amigo de Sam? —el pelirrojo asintió.

—Nos conocimos en el instituto, aunque él se dedicó a la enseñanza —bebió un poquito de vino—, y yo a construir edificios.

—No tienes pinta de albañil, Michael —comentó la joven entre risas.

—Soy arquitecto —respondió él, sorprendiéndola—. Y puedes llamarme Mike. Solo mi madre me llama Michael cuando intenta liarme con alguna de las esbeltas hijas de sus amigas o cuando está molesta de verdad —esa idea la hizo sonreír.

—Tienes el perfil del perfecto soltero codiciado. Es normal que tu madre se preocupe por ti y porque tengas relaciones sanas —ambos se echaron a reír y Dina se sintió, de pronto, terriblemente a gusto con aquel chico que parecía tener buena conversación.

—Me ha dicho Sam que antes tenías una consulta propia, ¿no? —Dina asintió.

—Aunque cerré porque no terminaba de llenarme esa área de la psicología. Es frustrante ver, en muchas ocasiones, cómo todo tu esfuerzo se esfuma en un par de minutos después de una amplia terapia, cuando el paciente recae o no es capaz de continuar por su cuenta con las herramientas trabajadas —comentó con naturalidad llevándose un mechón de cabello suelto tras la oreja. De reojo, se dio cuenta de que Mike la analizaba con cierto interés—. Así que pensé en enseñar y me encantó. Puedo ayudar más a esos alumnos gracias a la experiencia que tengo, eso sí.

—Debe de ser apasionante enseñar todo lo que sabes a futuros psicólogos para que sean

capaces de proteger, cuidar y salvar las mentes humanas algún día. Es una gran responsabilidad —admitió haciéndola sonreír aún más— Y dime una cosa, ¿cuál es tu cualidad más importante en tu profesión, aparte de ser preciosa?

Al oír su pregunta, la joven se tensó inconscientemente. Desde el principio se había dado cuenta de que Michael parecía intentar algún giro importante con ella de una forma u otra.

—Gracias por el piropo inesperado.

—Eres una mujer preciosa, perdona si ha sido muy descabellado por mi parte decírtelo, pero tenía que hacerlo —la peli blanca sintió un vuelco en el corazón. A pesar de que no iba con la intención de tontear, tampoco la incomodaba que de vez en cuando un tipo como aquel le soltase alguna frase bonita.

—Gracias, tú tampoco estás mal —admitió en compensación—. Creo que es la capacidad de empatizar. Ponernos en el lugar del otro nos hace más humanos, más sociables. Me parece que es esencial en un mundo tan agitado, veloz y estresante como en el que vivimos hoy en día —Mike la escuchaba totalmente embelesado—. ¿Y la tuya?

—Comer sin engordar —respondió resuelto haciéndola reír.

—¿Enserio? —intentaba no creerle, pero lo había dicho bastante serio. Tal vez tuviese algún tipo de problema alimenticio por el que...

—No, no que va —sonrió evaporando sus pensamientos—. Era una broma... En mi caso, creo que la mejor cualidad que debe de tener alguien que se dedique a la arquitectura es la capacidad de trabajar en equipo. Hago una parte muy importante de cada proyecto, pero al final, la mano de todos los que trabajamos juntos es lo que hace posible que el edificio se eleve sin problemas —admitió llamando la atención de Dina. Parecía alguien muy comprometido con su trabajo.

—Es una buena respuesta. Dice mucho de ti.

—Gracias —Mike sonrió como si fuese un sueño hecho realidad. Si Archie no estuviese en su vida, quizás él...

De repente, en medio de aquella entretenida conversación, su móvil empezó a vibrar. Sintió un vuelco en el corazón. ¿Qué era lo que estaba pensando?

—Perdona —se disculpó a toda prisa sacando el teléfono de su bolso. Al ver que se trataba de Archie, Dina sintió una punzada en la boca del estómago y pidiendo permiso, se levantó de la mesa saliendo del restaurante.

Nada más estar en la calle, descolgó sonriente con las pulsaciones agitadas.

—Hola guapo.

—*Hola preciosidad* —respondió él, feliz de escucharla. Al otro lado, oía el ruido de la calle—. *¿Cómo va esa cena?*

—No lo tengo claro, son muy cabezones —Green rio.

—*Espero que no por mucho tiempo.*

—Ojalá —Dina se revolvió de frío. No había cogido el abrigo al salir—. ¿Y tú ya estás en casa?

—*Todavía me quedan un par de horas por aquí* —exhaló, exhausto—. *Al menos el examen de mañana no es hasta las diez.*

Dina miró el reloj de su muñeca. Las nueve de la noche. Qué locura de trabajo.

—*Oye, me alegra que hayas decidido salir. Te estoy acaparando últimamente más de la cuenta, así que creo que ha sido una buena idea que vayas, a pesar de tus ganas* —murmuró haciéndola sonreír.

—Me encanta que me acapares lo sabes, ¿verdad? —Archie asintió.

—*Es importante para mí, poder protegerte* —su respuesta la hizo reír.

—¿De qué? Tú eres lo más peligroso con lo que me he topado jamás —esta vez fue Archie quién soltó una simpática carcajada.

—*De acuerdo, me lo he ganado* —admitió—. *¿Y te lo estás pasando bien sujetando la vela de esos dos?* —en aquel instante la sonrisa de Mike se cruzó por su mente y contuvo el aliento.

Si le hablaba de esa cita doble inesperada y de la encerrona que Sam le había preparado estaba convencida de que se torcerían las cosas. Archie no tenía la cabeza como para pensar en que otro podría estar haciendo «su papel» así que, por primera vez, hizo algo que iba en contra de su completa naturaleza; se guardó aquel pequeñito detalle. De todas formas, sabía que no iba a volver a ver a ese chico.

—Bueno, es divertido ver como Sam lo da todo mientras Melissa pasa completamente de él —Archie rio y ella, respiró hondo sintiendo cómo se afianzaba con fuerza ese pellizco en la boca del estómago.

—*Tienes que contarme cómo acaba esa historia tan extraña* —Dina asintió y, desviando ligeramente la conversación sobre la cita, dijo:

—No te acuestes muy tarde, ¿quieres?

—*No te preocupes. Al menos no me tocará cerrar. Mi jefe suele ser más compasivo conmigo en época de exámenes. Qué pena que Josh no haya pensado en mí al caerse por las escaleras* —

Dina soltó una preciosa carcajada al oírle.

—No lo ha hecho queriendo, no digas esas cosas.

Archie iba a decir algo más cuando su jefe, Klent, salió del local para advertirle sobre la cantidad de clientes que estaban esperando mesa fuera. Le necesitaban.

—*Oye Di, tengo que dejarte o Klent me mirará con odio el resto de mi vida.*

—De acuerdo. Mucho ánimo, señor Green —sonrió la joven.

—*Lo necesitaré. ¿Me avisarás cuando llegues a casa, cielo? Con un mensaje seré feliz* —que le dijese *cielo*, de esa manera tan cercana y cariñosa le aceleró el corazón.

—Sí, claro...

Tras otro par de frases melosas más, ambos colgaron el teléfono. Nada más hacerlo, Dina contuvo el aliento pensando con quién estaba pasando la noche y de nuevo, la culpabilidad se aferró a su garganta. Ella nunca había sido así. Jamás había ocultado cosas como aquellas que, después de todo, eran inocentes. Sin embargo, el miedo a perder a Archie era devastador. Por primera vez, tuvo que reconocerlo.

Respiró hondo y nada más entrar en el restaurante, los tres la observaron y ella, comentando que la había llamado una amiga que hacía tiempo que no veía, disipó cualquier duda o preocupación en los presentes. Tras sentarse, comenzaron a charlar amigablemente hasta que llegó la comida.

Sin duda, estaba siendo una noche atípica, pero tremendamente agradable y divertida. Mike era un tipo interesante, simpático y encantador y, sobre todo, tenía una forma de hacerle «ojitos» muy sutil. Estaba claro que aquel chico no estaba acostumbrado a ir tras una mujer así que no le dio pie a ello por si acaso. Cada uno por su lado estaba bien. Después de todo, ella solo tenía ojos para Archie.

Y entonces, empezaron con las copas y el ambiente se relajó en exceso.

En ese instante, Melissa y Sam empezaron a tontear con mucha más cercanía para sorpresa de Dina, que los observaba totalmente anonadada. Estaba claro que el alcohol, algunas veces, era capaz de hacer milagros. Los dos, muy íntimos y cariñosos, se sonreían, se susurraban al oído y conversaban con menos tirantez que nunca. En un par ocasiones, Sam la miró fascinado y ella había aplaudido sus gestos con una sonrisa brillante. Le encantaba que su amigo por fin estuviese teniendo el éxito que esperaba.

—Es la mujer de mis sueños —les comentó en un momento en el que Melissa fue al baño.

—¿Y eso existe? —inquirió Mike arqueando las cejas, curioso y con cierto aire bromista.

—Claro que sí —le replicó Sam arrugando la nariz—. Lo que pasa es que tú eres un escéptico y lo seguirás siendo hasta que de repente, llegue esa chica en la que no puedas dejar de pensar —indicó golpeado con el dedo la mesa varias veces. Tenía las mejillas rojas por el alcohol. Dina se echó a reír entre dientes al ver cómo se le trababa la lengua a su amigo—, y toda esa perspectiva reticente que tienes, cambiará sin que puedas hacer nada por evitarlo.

—Eso no pasará —advirtió el otro con una socarrona expresión. Estaba claro que se burlaba de lo sentimental que se estaba poniendo Sam.

Dina seguía su conversación entretenida, hasta que se atrevió a meter baza.

—¿Nunca te has enamorado? —miró a Mike con interés.

—No —confesó apoyando los brazos cruzados sobre la mesa—. Creo que el amor no es para mí. Yo prefiero ir por libre.

—Hasta que llegue —le aseguró Sam que, un poco borracho, insistía en el tema como nunca mirándole con una intensidad desmedida para aquella oración.

Por algún extraño motivo, Dina y Mike se miraron y se dedicaron una bonita sonrisa. Aquel amigo en común era un auténtico pesado en todos los aspectos. Así que, cuando Melissa regresó y volvió a centrarse en ella, ambos suspiraron aliviados por dejar de ser el centro de su atención.

—Parece que a ti te ha insistido lo mismo que a mí —susurró el pelirrojo volviéndose hacia Dina cuando la vio resoplar.

—Me lo ha sugerido por lo menos seis veces y ya no sabía cómo decirle que no —Pook se mordió el labio admitiendo aquello con cierta culpabilidad—. No era por ti ni mucho menos, es que he estado de reuniones hasta última hora y estoy agotada —reveló.

—Ya decía yo que parecías quedarte dormida cuando Melissa se ha puesto a hablar sobre sus cafés favoritos —bromeó por lo bajito haciéndola reír. Aquellos cuchicheos se le estaban yendo de las manos, pero le encantaba sentirse tan a gusto con alguien que, por fin, fuese de su edad. Estar rodeada de adolescentes le hacía sentir que se alejaba del mundo de los adultos en ocasiones.

—No tenía ni idea de que había más de tres tipos —le siguió entre risas.

—Ni yo. Lo bebo solo y con eso me conformo —expresó Mike, complacido—. Oye no te preocupes por lo que has dicho sobre mí, entiendo que quisieras dormir como un lirón tras un duro día de trabajo. Yo también soy reticente a estas encerronas. Odio que las haga mi madre, imagínate, mi mejor amigo —confesó soltando un largo suspiro.

—¿Tu madre?

—¿Verdad? —la sorpresa de ambos se convirtió en otra sonora carcajada.

—Gracias a los dioses, yo no tengo a nadie que me haga ninguna. Creo que esta es la primera vez.

—Me alegra ser tu primera cita desastrosa —Dina negó.

—No ha estado mal —le miró sin dejar de sonreír.

—Aún así, huye de ellas, seguro que así serás más feliz —el chico le guiñó un ojo simpático antes de acabarse lo que le quedaba en la copa de un trago—. En fin —se levantó de su asiento—, creo que voy a marcharme.

—¡¿Ya?! —Sam le miró como si estuviese diciendo la mayor locura del mundo, pero Mike asintió sin contemplaciones.

—Mañana tengo dos reuniones y una empieza a las nueve. Tengo que dormir si quiero verbalizar decentemente mi presentación después de la cantidad indiscriminada de vino que he bebido hoy —cuando vio cómo se colocaba el abrigo, Dina aprovechó la ocasión para levantarse igualmente. Era el momento de dejar que aquellos dos tortolitos acabasen el día juntos. Revueltos o no.

—Yo también me voy. Tengo dos exámenes que vigilar.

—¿Tan pronto? —Dina asintió a la pregunta de Melissa, convencida.

—Quedan solo un par de semanas para las vacaciones y tengo que ponerme las pilas para dejarlo todo cerrado antes de relajarme por fin —soltó animada—. Mañana nos vemos chicos, tened cuidado y portaros bien —la joven se colocó su abrigo y salió tras Mike quién, en la barra, se dispuso a pagar la cena ahora que nadie le veía—. ¡Oye! ¿Pensabas que no te pillaría?

—No te preocupes —sonrió metiendo el número de la tarjeta en el datáfono—. Quería invitar esta noche.

—No hacía falta en absoluto —expresó la peli blanca observando cómo el pelirrojo se guardaba la cartera en el interior del abrigo.

—Lo sé, pero me apetecía hacerlo —le dedicó una estupenda mirada afable—. ¿Vienes? —Dina contuvo el aliento cuando el chico salió del restaurante sin que le diese lugar a decir nada más.

En cuanto estuvieron fuera, Pook sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo de punta a punta. Habían bajado las temperaturas muchísimo. Ambos comenzaron a caminar por la acera en completo silencio hasta que el de ojos miel, habló.

Sin quererlo, Dina sintió que aquél le llamaba la atención más de lo que jamás habría esperado.

—¿Vienes andando? —le preguntó el pecoso.

—Sí —Dina se frotó las manos acordándose de sus guantes a buen recaudo en un cajón de su cómoda. Chistó resignada con ese pensamiento.

—En ese caso, deja que te acerque —Mike sacó las llaves abriendo un coche que estaba aparcado un par más atrás del que tenían enfrente.

—¡Ah, no! No te preocupes. Me gusta caminar —Dina se negó. Ella con él, en el mismo coche, podía entenderse de una forma equivocada y no quería darle falsas expectativas en ninguna circunstancia, así que rehusó.

—No digas tonterías, vas a quedarte helada. Deja que te acerque a casa —insistió—. Prometo portarme bien —sonrió con cierta picardía y ella sintió un escalofrío.

—No es por eso. Es que... —intentó rehusar de nuevo, no obstante, estaba claro que él no se lo permitiría.

—Escucha, si no subes, te aseguro que, aunque seas la mujer más fuerte del mundo, te cogeré, te echaré sobre mi hombro y te arrastraré hasta ese maldito coche, aunque sea lo último que haga en esta vida —señaló haciéndola reír—. No dejes que vuelva a casa con el remordimiento de haberte dejado sola, de noche, en la calle —Dina suspiró. Últimamente se dejaba convencer de cualquier cosa con demasiada facilidad.

—De acuerdo, de acuerdo —acabó claudicando en son de paz.

Nada más subirse a aquel elegante y carísimo vehículo, se colocó el cinturón de seguridad y soltó una larga bocanada de aire. Sin saber por qué, no dejaba de estar más nerviosa de lo habitual. Su corazón retumbaba en su pecho como si estuviese a punto de cometer un delito. Se reprendió por ello. No era más que un simple paseo en coche hasta su casa, con alguien que acababa de conocer prácticamente, ¿qué podía pasar? Contuvo el aliento.

—Ve guiándome, ¿vale? —Dina asintió más rígida de lo normal y Mike, que se había percatado, sonrió divertido poniendo el coche en marcha. En cuanto arrancó, en la radio estaba sonando *Perfect* de *Ed Sheeran* y Pook se tensó aún más.

Durante unos minutos, Dina fue indicándole el camino y no hablaron de nada más hasta que él, viéndola tan callada, intervino definitivamente. Lo último que deseaba era que su pequeño encuentro acabase así de tirante.

—Estás muy tensa de repente, ¿no? —la miró de reojo sin dejar de sonreír y sin perder de vista

la carretera. Ella sintió un vuelco en el pecho. Estaba claro que se notaría a kilómetros la rigidez de su expresión.

—Bueno, no suelo montarme en el coche de ningún desconocido normalmente.

—Piensa que soy algo así como un chófer particular —le anunció con cierta simpatía—. Además, Sam es mi mejor amigo, ¿cómo iba a hacerle daño a alguien que lo aprecia tanto? —Pook contuvo el aliento y respiró hondo intentando relajarse. Tenía razón. No podía juzgar a la gente con tanta facilidad.

—Perdona. Es verdad —admitió negando con el rostro—. Lo siento. No se me dan bien las situaciones incómodas.

—Siento haberla generado en ese caso.

—No, tú no has hecho nada, que va. La tonta soy yo que hago que todo sea terriblemente complicado.

Se miraron.

Se sonrieron.

Y por un segundo, Mike sintió que algo se activaba en su interior.

—No es malo ser precavida —dijo el pelirrojo sacándole un vuelco al corazón. Por un instante entrecerró los labios sin dejar de mirarle. Él había regresado la vista hacia la carretera.

Había oído a Archie decirle algo así en una ocasión en la que se sentía igual de dubitativa con él.

—Supongo que no —respondió todo lo rápido que pudo para no generar más tensiones.

De nuevo, el silencio amenazó con acoplarse al viaje, pero él no estaba dispuesto en esa ocasión.

—¿Cuál es tu canción favorita? —preguntó cuando en la radio saltaron a otro tema.

Al oírle, sus recuerdos se perdieron en Daniel y sus canciones. Había tenido una en particular. Una que había adorado desde que le escuchó cantarla. Sin embargo, cuando la música desapareció de su vida para después regresar, decidió que prefería otros temas, aunque no significasen tanto para ella.

—¿Mi canción favorita? —él asintió atento a la carretera—. *Falling* de Harry Styles.

—¿Enserio? —el pecoso pareció sorprenderse—. Es un poco triste, ¿no?

—Puede ser —susurró Dina recordando cada una de las palabras de aquella canción—. Sin

embargo, estuvo conmigo cuando mi mundo empezó a resquebrajarse. La primera vez que la escuché me llegó al alma —confesó—. Estaba sola, perdida y muy triste. Digamos que me acompañó en un largo proceso de luto y de alguna manera..., me reconfortaba saber que no era solamente yo la que se sentía como cayendo en un abismo sin retorno, aunque suene un poco tonto —de repente, la peli blanca pareció perderse en sus recuerdos y él, consciente de que quizás estaba abriendo una brecha demasiado sentimental y personal, intentó apoyarla de alguna forma.

—Cuando estamos nostálgicos o nos ocurre algo horrible, nos gusta comernos la cabeza y escuchar canciones tristes —comentó—. A mí también me pasa muy a menudo —Dina asintió con una pequeña sonrisa.

—Es como una forma de acompañar a nuestras emociones —murmuró la peli blanca—. Aunque no sea cierto, te hacen sentir que no estás tan solo en un momento complicado —por inercia, Dina arrugó la nariz apenada.

Y en ese instante, Mike dio con la calle donde estaba su edificio y aparcó justo frente a él. El chico apagó el motor y las luces, contuvo el aliento y la miró bajo el brillo de las farolas, de la noche. Ella estaba deslumbrante con su abrigo negro, su cabello blanco suelto y sus labios teñidos de rojo.

Dina Pook era, sin lugar a duda, la mujer más bonita con la que se había cruzado jamás. Así que, respirando hondo, hizo la pregunta.

—Dina —ella alzó sus esferas hacia él. Todavía parecía perdida en su propio mundo con sus dedos entrelazados sobre su regazo. Ni siquiera parecía haberse dado cuenta de que habían llegado a su destino—. ¿Te has enamorado alguna vez?

Los ojos verdes de Archie observándola de cerca, con atrevimiento y descaro se cruzaron por su mente y su alma, haciéndola sonreír como una niña.

—Sí —afirmó reconociéndose a sí misma, la verdad sobre su mayor debilidad.

—¿Y por eso *Falling* es tu canción favorita? —Dina se mordió el labio. No, no era por amor. Era porque le recordaba a Daniel y su ausencia. A lo sola que se sentía en decenas de ocasiones sin él.

—En parte —confesó—. La otra mitad es por alguien muy importante a quién perdí cuando era más joven —Mike le dedicó una entristecida expresión. Era mejor quedarse ahí y no insistir que traer terribles recuerdos a su cabeza.

—¿Puedo preguntarte algo muy personal? —de pronto, el ambiente relajado la embriagó aun sabiendo que estaba dirigiéndose hacia una tónica que en realidad no debería de tomar.

—Sí —sin embargo, era consciente de lo que hacía. Sabía cuál era la realidad y en ella, su situación y sus sentimientos estaban más que claros, pero...

—¿Estás saliendo con alguien?

...no podía decirlos. Esa versión de sí misma estaba, por desgracia, oculta. Escondida. Un secreto que se ahogaba en el fondo de su garganta, asfixiándola.

—No —negó sintiendo un pellizco en el alma. Esa negativa era como traicionar a Archie incondicionalmente. No estaba saliendo con él, era cierto. Pero tenía una especie de relación sin definir del todo, que adoraba. Entonces, ¿qué estaba haciendo? ¿Por qué no podía enfrentarse a algo así? Si le quería..., ¿por qué debía guardárselo?

«Ah sí, la universidad...» pensó.

En ese instante, mientras estaba eclipsada por sus propios pensamientos, Mike respiró hondo y se aproximó lentamente hacia ella en aquel cercano ambiente que habían generado hasta que rozó, sutilmente, sus labios.

Al notar el beso, Dina se quedó estática por completo unos segundos en los que su mente trataba de describir lo que estaba pasando. Su pulso se aceleró y, al sentir la boca de aquel hombre desconocido sobre la suya, un enorme halo de frustración se aferró en su pecho.

Mike tuvo la intención de profundizar el beso y, entonces...

—No... —en cuanto supo cómo reaccionar, se retiró—. No puedo. Lo siento mucho Mike, pero..., no es el mejor momento —el pelirrojo suspiró.

—Lo siento —Dina negó a toda prisa dedicándole una última sonrisa, se quitó el cinturón y de inmediato salió del coche.

Se despidió de Mike que puso el vehículo en marcha yéndose y caminó temblando como una hoja de papel hacia su portal sacando las llaves. ¿Qué era exactamente lo que había pasado? ¿Cómo había llegado a ese punto con aquel hombre, sin más?

Las preguntas se amontonaban en su cabeza cuando, de pronto, todo se complicó.

—¿Te ha gustado?

Esa voz.

En ese instante, empezó a nevar y ella se estremeció aún más si eso era posible. Poco a poco y con el corazón latiendo en su pecho a toda prisa, Dina Pook se fue girado lentamente hacia el propietario de aquel tono que parecía, más dolido que nunca.

Y sus ojos celestes se encontraron con los verdes de él. De repente, se quedó casi sin habla.

—Archie...

Capítulo 20

Nada más doblar la esquina y verla a ella hablando con aquel tipo desconocido en su coche con más intimidad de lo normal, sintió un pellizco en el pecho. Su mundo se paralizó por completo, de repente. No podía creer lo que estaba presenciando.

Tal vez, no fuese ella, pensó.

Aun así, cuando se aproximó un poco más, no tuvo ninguna duda. La mujer que hablaba con aquel hombre con una cercanía fuera de lo normal en sus gestos era Dina.

Contuvo el aliento y tuvo la intención de tocar el cristal para llamar su atención, pero en cuanto empezó a caminar hacia el coche, se detuvo en seco al ver cómo aquel chico, en medio de la conversación, se había acercado a ella hasta robarle un beso.

Su cuerpo se estremeció de arriba abajo. Sintió la boca seca y un fuerte y agudo dolor se aferró en su maltrecho corazón...

A pesar de eso, no se movió. Y cuando Dina bajó del coche, toda su confianza, se derrumbó. Tenía un nudo en la boca del estómago. No podía creerlo. Nunca imaginó que ella fuese capaz de hacerle algo así.

Dina, nerviosa, se despidió de aquel pelirrojo del coche con una sonrisa quién se marchó dejándola sola en la acera. En ese momento, avanzó hacia su portal con las llaves en la mano y él aprovechó para acercarse hacia su persona, lentamente.

—¿Te ha gustado? —preguntó sobresaltándola.

Nunca se había sentido tan decepcionado, jamás.

En ese instante, la joven, poco a poco se volvió hacia él y le miró completamente sorprendida. Estaba claro que no esperaba encontrárselo allí de ninguna manera.

—Archie... —le nombró con un hilo de voz—. ¿Qué..., qué haces aquí...? —preguntó con la boca seca y una desagradable punzada en el pecho.

Él la miraba serio, distante, desencantado. Esa mirada era destructiva.

—Ahora..., no lo sé —sentenció metiéndose las manos en los bolsillos de su abrigo verde militar. La observó fijamente sin saber muy bien qué debía hacer. Una parte de él quería exigirle

una explicación, pero otra, deseaba que ella fuese sincera por su propia cuenta.

Dina contuvo el aliento sintiendo unas ganas tremendas de echarse a llorar.

—Escucha, no es lo que parece —intentó justificarse con la voz temblorosa.

—¿Ah no? —Archie arqueó las cejas sorprendido con su excusa. Sabía perfectamente lo que había visto nada más cruzar la esquina de su calle; una conversación íntima y un beso. ¿Para qué quería más? —. ¿Y qué es entonces? —al sentir que aquello se alargaría y sabiéndose en plena calle nevada, Dina se mordió el labio antes de hacer una sugerencia.

—Sube y hablamos con tranquilidad, ¿quieres? —le pidió inquieta.

—No pienso subir —respondió el moreno más frío que nunca. Dina sintió que se le rompía el corazón.

—Archie por favor... —se acercó a él con la mirada suplicante—. Estamos en medio de la calle y son más de la una, por favor... —la joven sostuvo con sus dedos las solapas de su abrigo, pero él ni siquiera se inmutó. La miraba desde su altura, decepcionado.

—Puedes hablar aquí. No voy a montar ningún espectáculo por muy desagradable que sea el asunto —Dina soltó un pequeño suspiro viendo en sus ojos verdes la más firme de las desilusiones. Así que, respirando hondo, habló sin más.

—He salido a cenar con esos dos, pero Sam me ha hecho una encerrona para que conociese a un íntimo amigo y...

—Y lo has conocido —afirmó el moreno desviándole la mirada. Se sentía engañado y dolido —. Bastante bien, además.

—No, no es así —ella contuvo el aliento—. Él ha confundido las cosas y lo ha intentado sin más, pero..., le he dicho que no era el momento.

—Desde luego —él parecía más ausente que nunca—. Hoy no, pero tal vez mañana sí.

—Archie... —Dina le miró agobiada—. Créeme, de verdad. No ha sido nada, solo una tontería —Green respiró hondo y pensó unos segundos en la conversación que habían mantenido esa noche por teléfono, hasta que regresó a sus ojos.

—Y si no tiene importancia..., ¿por qué no lo mencionaste cuando hablamos?

En ese instante, Dina sintió un pellizco en el pecho. Él tenía razón, se lo había ocultado sin ningún motivo aparente. En completo silencio, la joven agachó el rostro sin más. Su explicación no era, en absoluto, suficientemente creíble.

—Nunca imaginé, que eras de esas mujeres que podían jugar a ese tipo de cosas —siguió y de

repente, ella se echó a llorar desconsolada—. Yo nunca te habría hecho algo así —verla derramar aquellas tristes lágrimas le partió el alma a Archie, aun así, su enfado podía más—. Descanse señorita Pook.

El chico se dio la vuelta e iba a marcharse cuando ella se abalanzó hacia él abrazándolo con todas sus fuerzas por la espalda.

—Estabas tan ocupado..., creí que sería una preocupación innecesaria.

—¿Por qué? Confío en ti.

—No lo sé. Tal vez, pensaba que te enfadarías —se aferró a él con más fuerza—. Perdóname. Perdóname por favor... —le temblaba la voz.

—¿Cómo voy a enfadarme? Es absurdo. Confío en ti —repitió y Dina se aferró aún más a él. Tenía razón. Toda la del mundo—. Si me lo hubieses contado con toda la sinceridad del mundo —musitó el moreno observando los copos de nieve caer sobre la acera—, las cosas ahora no serían así. Cuando ocultamos algo es porque sí tiene cierta importancia. Me da la sensación de que, en realidad, aún no nos conocemos nada. Yo nunca me habría enfadado por algo que no ha salido de ti. Confiaba plenamente en esta especie de relación —murmuró el chico, ausente—. Está bien si te gusta —Archie se deshizo de su agarre—. Estoy seguro de que tiene la edad que deseabas y que, por supuesto, no tienes que esconderte de nadie —Dina negó—. No te preocupes, estaré bien.

Green comenzó a caminar alejándose de ella y del dolor que le hacía sentir ese instante. ¿Qué era lo que había ocurrido? ¿Acaso acababa de perderla? Nada más doblar la esquina, Archie se sostuvo en la pared llevándose una mano al pecho. El nudo en la garganta parecía asfixiarle. Sentía un enorme vacío en su interior. Cogió aire entrecortadamente sintiéndose fatal...

Sobre la acera, Dina intentaba comprender lo que había pasado. Sin dejar de llorar, se llevó una mano al corazón sintiéndose más infeliz que nunca. Se había comportado como una niña y ahora tenía que pensar cómo iba a solucionar aquel embrollo.

Esa relación no podía esfumarse o irse al traste sin más. Él era todo lo que siempre había soñado, le había costado mucho entender hasta qué punto le quería y perderle no estaba en absoluto en sus planes así que esa noche, dejaría de llorar y cogería fuerzas para intentar hablar con él con más tranquilidad al día siguiente.

A pesar de eso, en cuanto se metió entre las mantas calentitas antes de intentar dormir un poco, buscó su número en el móvil y le envió un mensaje.

«Te amo con todo mi corazón, no te olvides de eso...»

Dina esperó una respuesta durante más de media hora, pero finalmente, entre lágrimas, se quedó plácidamente dormida rendida por el cansancio.

Nada más llegar a su apartamento, Archie se dio una buena ducha para entrar en calor. Por algún motivo, a pesar del abrigo que había llevado puesto, temblaba de frío.

En cuanto notó el agua caliente correr por su definida espalda, contuvo el aliento soltando un largo suspiro y de repente, su mente dibujó el recuerdo de ese beso que el chico del coche le había dado a Dina y se preguntó, por primera vez, qué era lo que estaba haciendo.

¿Cómo podía esperar que ella se conformase con un niño pudiendo tener a su lado a un auténtico hombre? Él ni siquiera tenía carné de conducir todavía, entre otras cosas.

Enfadado consigo mismo, Archie golpeó la pared de la ducha soltando un bufido. Era un completo idiota por pensar que tendría una exclusividad como aquella. Además, para colmo tenían que esconderse, no podían compartir amigos, conversaciones sobre lo que hacían o donde iban, ni siquiera una leve mirada más cercana de lo normal en cualquier lugar rodeado de gente, estaba permitida. Todo era un secreto constante. Así que... ¿quién querría tener una relación seria así?

Por un segundo, Archie suspiró abatido. En el fondo, comprendía que Dina estudiase más posibilidades, pero le dolía más de lo que habría imaginado jamás. Y a pesar de ello, estaba enfadado. Se sentía engañado en cierto modo. ¿Por qué le había ocultado algo tan simple como una encerrona inocente? Él confiaba en ella más que en nadie, pero a la vista estaba que al revés no parecía ser de la misma forma.

Estaba pensando encarecidamente en aquello, cuando escuchó que alguien le llamaba al móvil.

Rápidamente, apagó la ducha, se envolvió una toalla en la cintura y lo descolgó casi sin pensar.

—¿Sí? —se llevó un par de dedos al puente de la nariz para masajearse. Estaba agotado de tanto pensar.

—*Dime que estás en casa* —esa voz le sonaba muchísimo, pero en aquel momento no la reconoció.

—¿Cómo? —arrugó la nariz, desconcertado.

—*Archie soy Sally, necesito tu ayuda* —aclaró la chica que parecía excesivamente agobiada y él se dio cuenta de que algo no iba bien.

—Sally —de repente reaccionó, acelerado—. ¿Qué ocurre? Dime qué pasa —respondió cuando

la oyó hablar con la respiración entrecortada.

—*Resulta que he salido con unas amigas, he dejado el coche aquí al lado de tu apartamento porque sabía que había sitio, pero resulta que no traigo calzado adecuado para no resbalarme con la nieve. Tengo el tobillo torcido y no puedo levantarme* —chistó—. *Me encantaría llegar hasta el coche, pero sé que no podré conducir con total seguridad* —contuvo el aliento y por supuesto, el dolor—. *Además, hace mucho frío... ¿puedes echarme una mano?*

—Claro, dime dónde estás.

Media hora después, rozando las dos de la mañana, en cuanto sentó a Sally en el sofá de su apartamento con el tobillo enrojecido, Archie contuvo el aliento analizando la situación. Tenía un moratón desagradable, pero no parecía que estuviese roto. Green lo movió con cuidado y, a pesar de las quejas de Sally, pudo hacerlo sin problema. El pie tampoco estaba hinchado. Era una fisura.

—Te llevaré al baño para limpiarte bien la zona, te vendaré y desinfectaré la magulladura de la rodilla. ¿Cómo demonios has aterrizado?

—Mal, por supuesto —Sally se incorporó un tanto, agarrándose al moreno en cuanto la levantó de nuevo entre sus brazos.

En la ducha, Archie se deshizo de sus medias rotas y la ayudó a lavarse con agua tibia. Ella se aferró a su espalda para no resbalar y no pudo evitar sonreír divertida cuando vio que Green, se mojaba al igual que ella, con el agua que salía de la pared.

—Vas a empaparte —murmuró simpática, notando un alivio enorme en la pierna.

—No me importa —expresó el chico con ese tono de voz pausado y vibrante que siempre la había vuelto loca. Sally se mordió el labio sin pensárselo ni un solo segundo.

Cuando estuvo limpia, la ayudó a llegar a su cama donde la morena se sentó. Allí, cogió una toalla y le secó despacio la pierna, agachado frente a ella. A continuación, le dio suaves toquecitos con alcohol antes de vendarle el tobillo con mimo y cuidado.

La joven contuvo el aliento solo de sentir sus dedos rozar su piel. Con cada toque, Sally se sentía más y más relajada y a la vez, con más ganas de sentirle más cerca. Le echaba de menos.

—Tienes las mejores manos de Londres —el de cabellos rizados exhaló—. Gracias, Green... —le dijo con una sonrisa complacida en los labios. Archie la miró desde abajo de la misma forma.

—¿No crees que era un poco tarde para recogerse? Mañana tenemos un examen.

—No pienso presentarme —sentenció mientras Archie pasaba una fina gasa por la herida de su

rodilla con alcohol para desinfectar—. La dejaré para el final. Tengo otras pendientes que prefiero intentar sacar poco a poco.

—Yo debería de hacer lo mismo, creo. —Sally arqueó las cejas, atónita por lo que acababa de oír.

—¿Archie Green obviando un examen? —él se incorporó observando su cuidadosa labor sobre el vendaje y la rodilla.

—He trabajado como nunca —resopló revolviéndose el cabello rizado y desordenado—. Tengo un compañero de baja y los turnos han sido dobles. Lo llevo realmente justo.

—Pues haz como yo y piensa en el próximo. Lo sacarás con mejores resultados —Él asintió dedicándole una sonrisa amable.

—Tal vez te haga caso.

En ese instante, Archie cogió su móvil de la cómoda descubriendo un mensaje de Dina.

«Te amo con todo mi corazón, no te olvides de eso...»

Nada más leerlo respiró hondo sintiendo que se le aceleraba el pulso e iba a responder cuando la voz de Sally le sacó de su idea.

—Archie, ¿puedo pedirte un favor enorme? —la joven, con cara de inocente, unió sus manos para implorarle su ayuda. Él arqueó las cejas, expectante—. ¿Puedo quedarme a dormir? —su petición no le extrañó en absoluto.

Sally y él tenían una historia demasiado larga. Se habían visto en contadas ocasiones en el *Loft*, pero también habían acabado más de una noche de sábado en su apartamento y, sobre todo, en su cama. Así que tenerla allí no era tan descabellado como parecía en un primer momento. Pero esta vez, era diferente. Ahora estaba con Dina, al menos de momento, y no haría nada que pudiese hacerle daño bajo ningún concepto.

—Solo dormir —le advirtió y ella se echó a reír.

—Qué serio te has vuelto desde que tienes pareja —comentó divertida.

—¿Quién te ha dicho nada? —Archie arqueó las cejas pasándole una camiseta suya a la mujer que, seguramente, deseaba ponerse algo un poco más cómodo que aquel ajustado top. Sin contemplaciones, Sally se cambió de ropa delante de él y tras quitarse el sujetador, se colocó su camiseta sin un atisbo de apuro por desnudarse frente a su persona.

El chico contuvo el aliento en aquel movimiento y siendo consciente de que no era de piedra notó que su entrepierna podía no comportarse como esperaba. Bufó.

—Bueno, he ido al *Loft* hace un par de días y se rumoreaba que habías ido con una chica muy bonita y mayor —le picó—. Nunca imaginé que te gustasen las maduritas —Archie frunció el ceño nada más oír aquella broma y Sally dejó de jactarse—. Es cierto que estás con ella ¿o era una tapadera para que la trataran bien? —Sally sonrió achispada, tumbándose sobre su cama.

—No, no era una tapadera —resolvió, sentándose a su lado y revolviéndose el pelo rizado, todavía húmedo de la ducha. Si no se resfriaba sería un auténtico milagro.

—¿Y por qué no estás contento? Por fin has encontrado a alguien que nos ha superado a todas las demás. Tu cara debería de ser otra —susurró Sally tirando de su sudadera para que se tumbase a su lado. Archie la acompañó sin dudar.

—Hemos discutido —en ese instante, la chica se volvió hacia Green sobre el colchón.

—Es lo que tiene una relación, a veces se discute —sonrió restándole importancia a ese rostro preocupado y cabizbajo de Archie—. Por eso es mejor ser libre y disfrutar de la vida —bromeó de nuevo, pero él ni siquiera sonrió.

—El caso es que no sé siquiera si tenemos una relación realmente —confesó respirando hondo, clavando sus ojos verdes en la lámpara que colgaba del techo—. Parecía que habíamos empezado a salir, a tomarnos realmente en serio lo nuestro y de repente, me doy cuenta de que no es así —Sally torció la expresión.

—No a todas las mujeres nos gustan que nos pongan una etiqueta. Quizás ella sea de ese estilo. Creo que te lo estás tomando demasiado en serio.

—Yo fui el primero que le dije eso de dejar las etiquetas a un lado si la agobiaban, pero fue ella la que me pidió algo un poco más estable.

—¿Y cuál es el problema? —Sally no llegaba a comprender el quid de la cuestión.

—Se ha visto con otro —confesó Archie soltando un largo suspiro. En ese instante, Dean se incorporó sobre su codo derecho para mirarle desde arriba, estupefacta.

—¿En serio ha sido capaz estar con otro teniéndote a ti en su cama día y noche, y estando loco por ella? —abrió los ojos atónita y esa vez, él sí esbozó una pequeña sonrisa—. ¿Cómo puede ser tan estúpida?

—Siempre me ha dicho que soy demasiado joven para ella.

—Pues quédate conmigo —Sally se subió sobre él a horcajadas con una sonrisa atrevida y Archie rio.

—No me atrevería siquiera a pensarlo. Eres un peligro para la humanidad —sonrió divertido—. ¿Y te importaría bajarte? Soy un hombre decente y —Archie arqueó las cejas simpático—, te

acabo de vendar una herida importante —ella resopló echándose de nuevo sobre el colchón.

—¿Tanto te molesta que se haya visto con otro? —su compañera de clase regresó a la conversación—. Siempre has sido muy liberal con todas tus relaciones. No irías al *Loft* a jugar si no fueses así —Archie asintió. Ella tenía razón, nunca se había encaprichado de una mujer hasta el punto de querer ese privilegio. Jamás le había importado que otras chicas estuviesen con otros hombres al mismo tiempo, pero sabía que esta vez no era así.

Esta vez, él se había enamorado de ella.

—Lo que me enfada más, es que no me lo contase. Se supone que una relación se basa en la confianza y la sinceridad. No me habría enfadado si me hubiese hablado de una encerrona inesperada por parte de sus amigos —la expresión de Sally le hizo saber que debía de aclarar lo que acababa de decir así que, le contó lo ocurrido esa noche con las llamadas, la cena y la conversación que había tenido con ella después.

Hasta que la joven sacó sus propias conclusiones.

—Si salió de ese coche corriendo no creo que ella quisiera continuar con ese beso. Además, no seas crío, él se aventuró primero. Tú mismo lo acabas de decir: le robó un beso. Por lo tanto, ella no tuvo la iniciativa y creo que eso es importante. Le pilló desprevenida. Está claro que tu chica no pretendía llegar a ninguna parte. Le hizo el favor a ese amigo para cenar con ellos y listo —a pesar de que sabía que esa versión podía ser cierta, Archie chistó desencantado.

—¿Y por qué no me lo contó? ¿No confía en mí, de verdad? Sabes cómo soy. Nunca dejaría que nadie se ahogase en una relación conmigo, pero necesito franqueza, seguridad. No me he comprometido nunca con nadie precisamente por eso —Green no terminaba de comprenderla y Sally exhaló. Parecía estar más enfadado de lo que imaginaba en un principio.

—Quizás pensaba que te pondrías celoso —Sally le dedicó una mirada que intentaba empatizar con su frustración al tiempo que enredaba los dedos en los cordones de la sudadera que el chico llevaba puesta.

—¿Celoso? —Archie arqueó las cejas, sorprendido y contrariado—. Claro que no, nunca he sido celoso. Confío en mí mismo, pero, sobre todo, en ella.

—¿Seguro? —la joven se mordió el labio sugerente—. ¿Y qué pensaría tu chica si nos viera a los dos aquí en tu cama, charlando a las tres de la madrugada, con más intimidad de lo normal? —en ese instante, Green sonrió.

—No tenemos más intimidad de lo normal —le rectificó.

—¿Cómo te sentirías si esto —les señaló—, fuese al revés? Es inocente, pero al mismo tiempo

puede sentirse terriblemente ofendida. No estás coqueteando, pero yo estoy aprovechando al máximo. Te estoy robando la noche.

En ese instante, Archie contuvo el aliento pensando en lo que Sally decía. Comprendiendo la posición de Dina un poco mejor.

—Evidentemente no le gustaría.

—¿Y crees que ella no confía en ti? —Green soltó un largo suspiro cuando Sally le apartó un poco el flequillo revuelto de la frente—. No creo que haya sido para tanto. Un beso puede significarlo todo, pero solo si es correspondido. Robarlos, no te hace amar —Archie contuvo el aliento—. Qué pena que te hayas enamorado de ella. No poder acostarme contigo será un sufrimiento para mi libido a partir de ahora —ante esa broma el chico sonrió un poco más relajado.

—Gracias Sally.

—No hay de qué —murmuró la joven con ganas de intentarlo—. Y ahora que todo está solucionado y que mañana no vamos a ir a la universidad, compénsame... —la chica fue acercándose a él para darle un beso al tiempo que su mano le rozaba la entrepierna sin dudarlo. En cuanto se dio cuenta de ese descarado movimiento, Archie en un acto reflejo, la acorraló contra el colchón agarrándola de las muñecas.

—Ni se te ocurra.

—Oh vamos..., hazlo como despedida. Te has puesto duro y todo... —Sally se mordió el labio sugerente y él supo que sus instintos a veces no entendían a razones. Estaba claro que si seguía en esa habitación con ella sus impulsos más básicos despertarían con demasiada energía y no estaba dispuesto a hacer nada más allá de charlar.

—Solo dormir —Archie se levantó sonriente.

—¡Eres un aguafiestas Green! —Sally, ofuscada, le tiró un cojín que él esquivó con facilidad.

—¡¡A dormir!! ¡Buenas noches! —el chico sintió otro cojinazo en cuanto cerró la puerta de su dormitorio. Contuvo el aliento sin dejar de esbozar una preciosa línea curva con sus labios. Sally siempre había sido un torbellino, enérgico, divertido, apasionante.

Sin embargo, esa noche o lo que quedaba de ella, el sofá sería su mejor aliado para templarse.

Capítulo 21

A pesar de que su plan era intentar quedar con él tras acabar las clases, esa mañana, Archie no se presentó en la universidad según le había comentado Melissa.

No había hecho el examen. Uno de los importantes. La sola idea de haberle fastidiado esa asignatura, la horrorizaba. Desconcertada ante la simple idea de que tirase por tierra una materia tan importante por su discusión, Dina le había buscado siendo consciente de que no había aparecido por su aula antes del almuerzo y mucho menos, después.

Desconcertada y agobiada, entre clases, miraba su móvil por si había recibido algún mensaje suyo, pero nada. El último que le había enviado antes de dormir aparecía leído, pero sin respuesta. Así que, le tocaba interceder. Necesitaba saber dónde estaba, pero, sobre todo, necesitaba hablar con él y aclararle algunas cosas que la noche anterior quizás no había sido capaz.

Así que, siendo consciente de las posibles preguntas, no dudó ni un segundo en caminar hacia su grupo de amigos a la hora del almuerzo, quiénes charlaban más animados que nunca. Por sus caras parecía no haber ocurrido nada grave, aun así, eso no dejaba de preocuparla.

—Chicos —todos la miraron en cuanto apareció. Se sentía terriblemente incómoda, pero la necesidad de información pudo más—. Siento interrumpiros el almuerzo.

—¡Ah, señorita Pook! No se preocupe —le sonrió Nyrai bebiendo de su refresco con una cañita. La preciosa muchacha de mechones rosados siempre vestía de colores muy vivos.

—¿Sabéis qué le ha ocurrido al señor Green? La señorita Hanlin me ha comentado que ha sido uno de los que no se han presentado al examen de su asignatura.

—Creo que está lo suficientemente enfermo como para no salir de la cama. Al menos hoy —comentó Shinto dándole un mordisco a su apetitoso sándwich.

—Sí, ha mencionado en un mensaje esta mañana que no se encontraba bien —expresó Gary encogiéndose de hombros, despreocupado.

—Quizás ayer cogió frío con la nevada al volver a casa del trabajo —apuntó Holly bostezando.

Toda esa información no la ayudaba en absoluto. Estaba claro que lo de estar enfermo solo había sido una excusa. Suspiró agotada y todavía, sintiendo un desagradable pellizco en el pecho. Al final, tendría que optar por la última medida que se le ocurría: presentarse en su apartamento

sin avisar.

Estaba claro que no le contestaría a otro mensaje si no lo había hecho ya a su específica declaración de intenciones.

—De acuerdo. Decidle que espero que se recupere pronto —Dina sonrió y disimulando lo mejor que pudo, apuntó algo en la carpeta abierta que llevaba entre los dedos.

—Se lo diremos esta tarde. Vamos a ir a su casa para llevarle algunos trabajos que tiene que hacer —afirmó Daiki con una sonrisa. A su lado, Rachel asintió.

Y Dina exhaló de nuevo interiormente. Al parecer tampoco podría llevar a cabo su plan B. Todo era un desastre.

—Gracias, chicos.

Nada más alejarse se mordió el labio, inquieta. Quizás si le llamaba..., pero al sexto tono, le saltó directamente el contestador. Lo intentó una vez más y de nuevo, no obtuvo respuesta.

Agotada de pensar, Dina se sentó a almorzar en la cafetería ese medio día, revolviéndose el cabello, histérica.

—¿Tú también tienes resaca? —inquirió Sam sentándose justo frente a ella con una espléndida sonrisa en los labios y una bandeja con comida caliente.

—Ojalá fuera resaca —resopló y su amigo se echó a reír.

—¿Es por Mike? —al oír ese nombre Dina se notó terriblemente tensa—. Me ha dicho que te acercó a casa anoche.

—Le dije que no hacía falta, pero insistió —Sam sonrió complacido al oír esa respuesta.

—¿Estuviste cómoda con él? —siguió con su particular interrogatorio y en ese instante, Pook se dio cuenta de hacia dónde quería llegar el chico con la conversación.

—¿Cómo se te ocurre hacerme una encerrona así? —le regañó alzando el rostro con la nariz arrugada—. Sabes perfectamente que no me gusta que me lleen con nadie.

—Ya lo sé. Lo sé —intentó excusarse alzando sus manos en son de paz antes de regresar a las albóndigas. Dina apenas había dado un par de bocados a las suyas y ya se sentía fatigada—. Pero Melissa no habría venido jamás si hubiésemos ido solo nosotros dos.

—Dioses, voy a matarte un día de estos —gruñó molesta. Sin embargo, Sam volvió a reír al ver el gesto de Dina estrangulando a su futuro «yo» invisible.

—Lo siento. Lo siento de verdad —se disculpó sonsacándole un nuevo resoplido—. Pero tengo que decirte que a Mike le gustaste.

—¿Sí? Pues no puedo decir lo mismo —Sam arrugó el ceño confuso cuando ella no parecía para nada contenta con la idea de seguir hablando de él.

—¿Se pasó de la raya? —esa pregunta le sacó un vuelco al corazón solo de recordar el beso que le había robado y los problemas que había traído consigo.

—No, es un encanto, lo que pasa es que...

De repente, contuvo el aliento guardando silencio. No podía decir que estaba conociendo a nadie o la avasallaría a preguntas y mucho menos, podía decir que se trataba de un alumno. Todo se estaba volviendo complicado más rápido de lo que había esperado.

—¿Qué? —Sam arqueó las cejas expectante y Dina soltó un largo suspiro pensando qué decir.

Pero no había nada que pudiese ocultar el amor que sentía por Archie. Así que..., se envalentonó con todas las consecuencias.

—Estoy conociendo a alguien —nada más decirlo, un nudo de su pecho se desató.

Y en ese instante, Melissa apareció tras Sam tan sorprendida como él mismo. Dejó su bandeja a su lado y se sentó junto a él. El chico la miraba boquiabierto con una albóndiga a medio camino de su paladar.

—¿Estás conociendo a un hombre? —Dina asintió como pudo siendo consciente de que no se trataba exactamente de alguien a quién ellos pudiesen considerar un hombre.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Podría haber venido anoche a cenar con nosotros —siguió Sam saliendo de su ensimismamiento. Se comió la albóndiga y sonrió feliz de oír aquella noticia. Desde que Dina había perdido a su hermana, ambos deseaban con todas sus fuerzas que le ocurriese algo bueno que la animase, para que volviese a ser ella misma otra vez.

—Es que todavía es muy pronto —intentó evadir más preguntas, a pesar de que Melissa la miraba ciertamente reticente. Algo le decía que su amiga ya sabía de quién se trataba el supuesto chico—. Prefiero, avanzar despacio. Conocernos mejor. Ver qué pasa —aun así, sus dos amigos asintieron sabiendo lo reservada que era Pook para sus amores.

—De todas formas, si es un cielo contigo, nos encantará sea quién sea —admitió Sam—. Lo importante es que te haga feliz.

Dina sonrió pensando en Archie y sus latidos se aceleraron al segundo. Podía ser un cielo, pero ninguno de aquellos dos sabía la realidad. Estaba segura de que, si se enteraban, harían todo lo posible para disuadirla de aquella relación, a toda costa.

—¿Y desde cuándo le conoces? —nada más oír la pregunta de Sam, Melissa le dio un codazo en el brazo sin pensárselo—. ¡Aich! —él se palpó el golpe.

—No la incomodes con preguntas —le regañó Melissa—. Cuando esté preparada nos lo contará, ¿verdad?

Dina asintió con una sonrisa agradeciendo el apoyo de su amiga del alma a pesar de que parecía esconder cierta mirada recelosa. Si alguno de los dos podía intuir de quién se trataba, sin duda, sería ella.

De todas formas y a pesar de que deseaba gritar toda la verdad a los cuatro vientos, por esa vez, debía de morderse la lengua. Quizás algún día las cosas fuesen diferentes.

Esa tarde, al salir del trabajo, le envió a Archie un mensaje que, por supuesto, no respondió. Ante tal capacidad para ignorarla, suspiró rendida observando a su grupo de amigos marcharse a casa junto con los demás. Al pasar por su lado, todos se despidieron de ella. Dina les regaló una preciosa sonrisa y una buena palabra de ánimo.

Y entonces, en cuanto doblaron la esquina, se le ocurrió una idea.

Capítulo 22

Archie se despidió de Sally bajo su atenta y preocupada mirada, envuelto en mantas y con el pelo oscuro revuelto.

—¿De verdad no quieres que me quede? —el chico negó.

—Tendrás mucho que estudiar para el examen de la semana que viene y yo me voy a acostar otra vez, a ver si soy capaz de dejar de tener escalofríos.

La bonita morena le dedicó una mirada disgustada.

—Lo siento —expresó culpable—, si no te hubiese pedido el favor...

—Déjate de tonterías —le dedicó una preciosa y brillante sonrisa—. Habría ido a buscarte, aunque no me hubieses llamado.

—Tú siempre tan galante, Green.

—Cuídate el tobillo y ve al médico para asegurarte de que todo vaya bien —Sally afirmó con una bonita sonrisa, se acercó, se alzó de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Te devolveré tu ropa en cuanto la lave —él asintió y ambos se dijeron hasta luego.

Nada más entrar de nuevo en su apartamento sintió otro escalofrío recorrerle la espalda de punta a punta. La fiebre lo tenía mareado así que, con tiento, avanzó hacia la cocina para tomarse otra pastilla antes de regresar a la cama.

Con suerte esa noche la pasaría mejor que en el sofá.

A media tarde, sintió las llaves de la puerta y, llevándose una mano al rostro para espabilarse, se levantó.

—¿Ya son las cinco? —preguntó en cuanto salió de su habitación, extrañado, al verlos llegar tan pronto. Rachel le dedicó esa mirada empática que solo una madre preocupada podía tener, dejando sobre la encimera de la cocina una bolsa con comida.

—Y las seis —comentó Daiki quitándose el abrigo—. ¿Cómo te encuentras?

—Débil... —expresó sentándose en uno de los taburetes frente a la isla de la cocina que daba a su pequeña sala de estar. Pagar un apartamento en Londres que no fuese un estudio era demasiado incluso para él. Así que sus espacios eran reducidos—. Creo que moriré pronto, joven y guapo... —aquel comentario hizo reír a sus amigos.

—Mejor, así no tendremos que pagar a nadie para que te maquille —dijo Shinto riendo.

—De todas formas, parece que alguien te ha cuidado muy bien —murmuró Rachel observando la cocina patas arriba mientras empezaba a recoger—. ¿No habrá sido Sally Dean?

—¿Tampoco ha ido a clase? —preguntó Archie con curiosidad haciéndose el tonto.

—Estás obsesionada con Sally, Reich —Daiki empezó a ayudarla.

—No se puede ser tan perfecta —ambos chicos se miraron y sonrieron con aire bromista.

—Y no lo es. Está sobrevalorada. ¿Verdad Archie? —el moreno se encogió de hombros.

—A mí me gusta.

—Te gusta todo lo que se mueva, que tenga bonitas piernas y una delantera considerable —apuntó la castaña. Daiki asintió a los detalles que describía su amiga y él exhaló. No tenía ganas de rebatir ningún comentario hiriente.

Y entonces, Rachel miró de reojo a Shinto con una complicidad desbordante. Ambos volvieron a sonreírse y Archie les siguió al ver la buena química que tenían aquellos dos sin dejar de preguntarse, por qué no estaban saliendo juntos todavía.

—¿Dónde están los demás? —preguntó llevándose una mano a la frente entre los rizos. Parecía que la fiebre le volvía a subir.

—Están en *Blue's*. Iremos en cuanto nos aseguremos de que te dejamos bien —Rachel le tendió a Daiki un plato que secó después de guardar la verdura en la nevera—. Te preparo la sopa, ¿ya?

—No —Archie se negó en rotundo—, necesito darme primero una ducha. A ver si me enfrío. Después la haré. Tengo que moverme y levantarme de la cama —la chica, al ver los coloretes de su amigo, lo dudó.

—Ten cuidado, parece que estás caliente otra vez.

—Él siempre está caliente —rio Daiki y al segundo, sintió un codazo de la castaña en el brazo. Le miraba con las mejillas sonrosadas—. ¡Oh vamos, es cierto!

—Tiene razón —admitió Green divertido a pesar de lo mal que se encontraba.

—Es increíble que solo penséis con la entrepierna a veces —refunfuñó Rachel.

—¿Has llamado al trabajo? —Daiki obvió los gruñidos de la chica haciendo reír a Archie interiormente.

—Sí. Tengo libre hasta el domingo por la tarde. Klent me ha dicho que se las apañarán.

—Perfecto. Entonces concéntrate solo en descansar.

—¿Y entonces, esa chica misteriosa? —preguntó Shinto regresando al tema que le interesaba—. La que ha puesto patas arriba tu cocina.

Rachel le miró con cierto interés. Él había tenido la intención de guardarse aquella información. Lo que le faltaba era que se pusiesen entre ellos a especular. Sabía que sospechaban desde el día de su cumpleaños de la misteriosa mujer.

—No ha venido ninguna chica —sentenció.

—¿Cómo es posible?

—Es porque estoy conociendo a alguien —dijo sin más, posiblemente producto de la fiebre. Al segundo, nada más darse cuenta de lo que había soltado por la boca, alzó sus esferas hacia aquellos dos amigos que le miraban con la boca abierta, sorprendidos. Él sintió un vuelco en el corazón.

¿Cómo se le había podido escapar?

—La chica de tu cumpleaños... —los dos recordaban ese mensaje a primera hora de la mañana—, ¿existe? —la castaña de cabello cortito no daba crédito a lo que oía.

—Bueno, bueno, solo estoy probando a ver cómo va. Me gusta más que las demás así que quiero saber qué es eso, solamente —intentó restarle importancia, pero Daiki le miró de una manera que enseguida le dijo que sabía más de lo que hablaba. Sin embargo, teniendo en cuenta cómo era el moreno con respecto a aquellos asuntos, lo mejor era dejarlo estar delante de Rachel. Ya tendría ocasión de preguntarle en otro instante cuando estuviesen solos y por supuesto con él lúcido, principalmente.

—Ya claro... —con sospechas, Rachel, evidentemente, no se lo tragó. Archie nunca había hablado de relaciones serias con nadie y jamás se lo había siquiera planteado.

—¡Oh vamos Reich! No me tortures... —se echó sobre sus brazos en la encimera blanca de la de la cocina abierta de tonos oscuros—. Estoy muy enfermo... —Se quejó y ella suspiró rendida pensando que ya tendría tiempo de insistir. Sobre todo, a Daiki que, a pesar de que se había quedado atónito con la noticia tanto como ella, no preguntó absolutamente nada. Por lo tanto, dedujo que estaba ocultando algo que tarde o temprano le sonsacaría.

Media hora después, Archie se despidió de sus amigos que le habían dejado comida y las tareas de la universidad pendientes que debía de hacer para ponerse al día.

Cuando el pecoso de ojos azulados cerró la puerta tras de sí, soltó un largo suspiro llevándose ambas manos al rostro. Todavía le faltaban un par de horas para la siguiente pastilla así que pensó en bajarse la fiebre con un paño húmedo.

—Tendré que volver a la cama y olvidarme de estudiar hoy también —susurró sacándose el termómetro de la axila en cuanto empezó a pitar.

37,6.

En ese instante, con un cuenco de cristal lleno de agua, avanzó lentamente por el pasillo cuando, de repente, llamaron al timbre de la puerta.

Archie arrugó la nariz, confuso. Era evidente que a sus amigos se les había olvidado algo porque acababan prácticamente de marcharse. Entonces, ¿por qué no abrían aquellos dos la puerta con las llaves?

Soltando el bol en el recibidor de la entrada, caminó sintiendo un frío intenso recorrerle el cuerpo de punta a punta hasta que, sin pensarlo, abrió.

Y nada más hacerlo, sintió un vuelco en el corazón.

Sus ojos se encontraron de frente con los de ella. Preocupados. Inquietos. E incluso, asustados. Una parte de sí mismo se sintió terriblemente culpable. Sin embargo, otra aún se sentía dolida por aquel estúpido beso.

Y entonces, suspiró. ¿Cómo había llegado hasta allí? Ella nunca había pisado su apartamento. Consternado, arrugó la nariz sin entender nada y entonces, Dina al ver su desconcertado gesto, aclaró lo que posiblemente estaba pensando.

—Les he seguido hasta aquí —comentó con un susurrante tono de voz repleto de remordimientos—. Y me he colado cuando la puerta de abajo se estaba cerrando. Con lo elegante que es el edificio, da la impresión de que soy una criminal —intentó bromear mordiéndose el labio. Pero él, a pesar de que en otro momento tal vez le hubiese seguido la chanza, en aquella ocasión no le apetecía en absoluto. Así que, sin ganas de preguntar, Archie la dejó pasar y ella entró en el recibidor cerrando la puerta tras de sí.

En completo silencio, el moreno cogió su cuenco de agua y fue hacia su habitación al fondo del pasillo. Allí, entró al cuarto de baño a por una toalla y la mojó con la intención de llevar a cabo su plan inicial.

Mientras tanto, la peli blanca analizaba aquel apartamento tan suyo sin saber muy bien qué hacer. Viéndose un poco sola, esperando a que él volviese, se quitó el abrigo, el gorro y los guantes y colgó el bolso en el bonito perchero de hierro negro de la entrada.

—¿Archie? —le llamó caminando lentamente por el pasillo de parquet antiguo y bien pulido, hacia esa habitación en la que él se había ocultado.

Pero nada más entrar, el ambiente viciado y cerrado, los pañuelos por todas partes, la cama

revuelta, la ropa enredada sobre un sillón orejero y él acosado por unas mantas demasiado gordas, la inquietaron. Sobre todo, cuando el chico intentó llevarse un paño mojado a la frente, pero con un pequeño mareo no tuvo el resultado esperado.

—Archie... —se acercó a toda prisa a él que, sentado al borde de la cama, intentaba un poco atontado coordinar algo con la vista que no fuese borroso—. Archie, ¿qué te pasa? —la joven, sin pensárselo, le tocó la frente. Estaba ardiendo—. Túmbate, vamos... —Dina le ayudó a recostarse abriendo aún más las mantas, sacudiéndolas a la vez.

Nada más echarse, Green contuvo el aliento soltando un quejido de dolor. En ese instante, Pook se llevó un mechón de cabello blanco tras la oreja antes de estrujar la pequeña toalla que le puso en la frente.

—¿Te has tomado algo para la fiebre? —le preguntó subiéndose sobre la cama para apartarle el cabello. Le vio asentir agotado con las mejillas enrojecidas. Respiraba entrecortadamente y a pesar de las mantas, todavía parecía temblar repentinamente de vez en cuando—. Bien —sonrió—, me quedaré para cambiarte la toalla, ¿de acuerdo? —Archie afirmó de nuevo en aquel duermevela que le dejaba la fiebre—. Estoy aquí..., descansa.

La peli blanca respiró hondo cuando Green cerró los ojos y se relajó. Después de todo, era cierto eso de que estaba enfermo. En ese instante, el móvil del chico se iluminó sobre la mesita de noche y Dina se dio cuenta de que no había visto ninguno de sus mensajes o llamadas en todo el día. Ahora tenía claro el por qué.

—Lo siento —susurró rozándole con ternura el rostro, mordiéndose el labio.

Tras cambiarle la toalla de nuevo después de un buen rato, Dina echó un vistazo por aquel dormitorio mientras él dormitaba apaciblemente. Estaba repleto de elegancia y orden. Tenía algunas fotos de sus amigos, algún que otro disco de música y muchos libros por todas partes, pero estaba segura de que guardaban un sistema muy preciso de medición y orden.

Con una sonrisa, Pook caminó hacia un baño tan limpio y organizado, que ni siquiera parecía el de un hombre. Todo estaba en su sitio. Los botes de champús, sus ¿cremas?, aquello la hizo reír interiormente. Y luego apreció su colonia sobre la encimera del lavabo. Dina se la llevó a la nariz aspirando por completo su olor. Era maravilloso. El aroma de Archie embriagó sus fosas nasales y cada poro de su piel haciéndola temblar. Era un sabor tan seductor y masculino que solo con aspirarlo era capaz de hacerle perder el sentido.

Por un segundo, permaneció en aquel refugio absorta y embriaga hasta saciedad imaginando cómo sería la rutina del chico cada mañana en aquel baño. Desde la ducha en la que el agua caliente bailarían por su cuerpo bien definido, hasta el instante en el que, con una simple toalla

anudada a la cintura se lavaba los dientes con todo su oscuro pelo rizado y revuelto, mojado. Sin remediarlo se mordió el labio, excitada, hasta que siendo consciente de lo que había ocurrido entre ellos la noche anterior, apartó aquellos pensamientos de un plumazo.

No estaba allí para acostarse con él precisamente, aunque lo deseara como nunca.

Un poco más centrada, Dina salió del baño cerrando la puerta tras ella y, comprobando que él seguía dormido, anduvo hacia el pasillo en busca de la cocina. Allí todo estaba perfectamente recogido como en el resto de las habitaciones.

Siguió investigando un poquito más. Esa idea de descubrirlo todo de él le apasionaba. Más aún cuando dio con un pequeño estudio atravesando la puerta acristalada del salón, que era completamente diferente al resto del apartamento.

Allí había posters de series y películas, videojuegos, más libros, figuras, mangas, un pequeño sofá con una televisión demasiado grande rodeada de consolas, un equipo de música y un ordenador de mesa que tenía pinta de ser muy potente. Ese lugar sí que le representaba en todo su esplendor. Archie era elegante y ordenado, como un tipo de cuarenta años, pero también tenía un lado muy juvenil. Entre esas cuatro paredes se encontraba su parte más adolescente.

¡Por fin le pareció un chico normal!

Soltó una pequeña carcajada deleitándose con todo lo que había en ese lugar. Analizando, leyendo y observando curiosa cada recoveco. Sintió que, poco a poco, empezaba a conocerle mucho mejor. Al fin era ella la que podía estar *dentro* de él...

—No está muy ordenada —de pronto, sintió su voz aterciopelada a su espalda y al segundo, un pellizco en el estómago.

Era la primera vez que le oía hablar desde la madrugada anterior y, aunque estaba enfermo, su tono de voz grave y meloso aún le hacía temblar de arriba abajo. Lo que más le gustaba de él era la profundidad y presencia de sus cuerdas vocales.

—No te preocupes. He sido yo la que se ha invitado sin permiso —Dina se giró hacia sus ojos que la miraban un tanto entristecidos. Estaba claro que aún estaba dolido con ella—. Deberías volver a la cama, todavía tienes un poco de fiebre.

—Creo que me prepararé algo de comer. Rachel ha traído verduras y tengo hambre —susurró el chico arropándose aún más en esa manta que parecía vivir con él.

—Deja que te lo prepare yo. Estoy aquí y no me importa —asintió y, a pesar de su insistencia, Archie no dudó en acompañarla mientras cocinaba esa sopa que él necesitaba para su gripe—. Vas a marearte ahí sentado, ¿sabes? —le regañó, aunque su rostro no era precisamente de enfado

—. Te llevaré la comida a la cama. Soy un desastre en la cocina, pero prometo no prenderle fuego a nada —alzó el pulgar, victoriosa, haciéndole sonreír.

Ese gesto la entusiasmó. No todo estaba perdido.

—Quiero hacerte compañía. Me siento un poquito mejor —Dina le miró a conciencia fijándose en que ya no tenía las mejillas tan encendidas como antes. Además, el simple hecho de verle sonreír o hablar con ella con la naturalidad de siempre, le reconfortaba más allá de la discusión que habían tenido.

—De acuerdo, pero si no te sientes bien te irás a la cama de inmediato —el chico afirmó con el rostro y amplió la línea curva de sus labios cuando la joven colocó frente a él una buena taza de té caliente para asentar el estómago.

Archie se sintió casi revitalizado solo con el olor a hierbas.

—Gracias.

Durante unos minutos, Green se dedicó a observarla en completo silencio dando pequeños sorbitos al líquido de su taza mientras pensaba en lo que había ocurrido la noche anterior y en lo que Sally le había dicho acerca de lo que había ocurrido, así como de sus ideas. Suspiró interiormente siendo consciente de que quizás se había pasado un poco con ella. Dina había intentado quitarle presión, pero seguía siendo una estupidez por su parte haberle ocultado esa cita inesperada.

Y luego, estaba ese mensaje que nunca llegó a contestar.

—Dina... —sus esferas azules se clavaron en él tras echar en el agua hirviendo las zanahorias bien cortadas—. Te amo con todo mi corazón —pronunció de pronto, sorprendiéndola—, no te olvides de eso.

Era imposible no enamorarse de él.

Dina contuvo la respiración, notando un vuelco en el alma. Sus ojos se enrojecieron por unas lágrimas cargadas de emoción que fueron incapaces de salir. Se fijó por entero en él.

En su mirada sincera. Su sonrisa apacible.

Su voz pronunciando cada una de aquellas sílabas.

Pausada. Firme. Romántica.

—Siento no haber respondido anoche —se disculpó—. A pesar de todo, debí contestarte.

—No pasa nada —se encogió de hombros terminando de cortar el puerro que vertió igualmente en el cazo, a pesar de su propia emoción—. Lo entiendo. Las cosas no estaban bien...

—Sí, pero no es excusa —la joven se encogió de hombros—. Además —Archie contuvo el aliento unos segundos siendo consciente de lo que iba a decir—, tuve a Sally aquí después de un accidente relacionado con la nieve —fue sincero. Siempre lo era. Aunque hiciese daño. Aunque al resto no le gustase a veces escuchar ciertas cosas. Siempre había intentado tener tacto, pero nunca había ocultado u obviado la verdad si pensaba que era importante sacarla a relucir en cualquier situación. Además, no iba a enfadarse por algo si él hacía lo mismo y no le contaba cierta información.

A Dina, sin embargo, se le descompuso el rostro. De inmediato, agachó la mirada. Dejó de cortar verdura. Sus manos le temblaban demasiado. Quiso llorar como una niña, pero se contuvo.

—No fue premeditado —se explicó. Su reacción había sido horrible—. Resulta que salió con sus amigas y de vuelta al coche, se resbaló con esos zapatos imposibles de manejar que siempre se ha empeñado en ponerse. Se dobló el tobillo y apenas podía andar. Así que me llamó —ella le oía atentamente con el corazón en un puño. No era capaz de mirarle a la cara. Sabía que se echaría a llorar si lo hacía—. Había aparcado cerca. Subimos, le eché una mano con la fisura y tuve que dormir en el sofá. Me quedé helado y así me he despertado hoy —señaló su frente y la rojez de sus mejillas.

Y aun así, el silencio se adueñó de la cocina. Dina regresó a las verduras con más lentitud. Se sentía débil por algún motivo que no comprendía. ¿Desde cuándo era tan desconfiada? Él le había dicho la verdad sin tapujos desde el principio cuando ella le había ocultado a Mike por un miedo absurdo. Sin embargo, la casualidad de que Sally hubiese pasado la noche en la que discutieron allí...

—Dina, solo fue eso —le oyó decir—. Te lo prometo.

Ella asintió lentamente, pero no mencionó palabra alguna. Notaba un nudo en el pecho ahogándola, mientras removía la sopa. Estaba claro que Archie era todo lo sincero y confiado que debía de ser con ella. Pero pensar siquiera en la posibilidad de perderle la estremecía.

—Di...

—Cuando era un poco más joven que tú e iba a la universidad, me enamoré locamente de un músico —susurró sintiendo que su corazón se bamboleaba frágil, desconsolado, solo de pensar en Daniel—. Supongo que era lo típico en una adolescente de diecinueve años.

Sonrió nostálgica removiendo la sopa en su pequeño cazo, parsimoniosamente.

—Le conocí en diciembre. Una época parecida a esta un día en el que salí con unas amigas. Dio la casualidad de que él tocaba con su guitarra en directo en el local donde fuimos de copas. Tenía una voz maravillosa y era guapísimo —los recuerdos de su sonrisa, de su mirada

embriagadora mientras encandilaba al público, llenaron el alma de Dina de una calidez que hacía años que no volvía a sentir. Nunca hablaba de Daniel. Era demasiado difícil de recordar. Sin embargo, en ese momento, sus labios se movían solos, por inercia. Deseaba soltar sus pensamientos de una buena vez—. Me invitó a tomar algo cuando me acerqué a darle la enhorabuena tras el directo y..., desde entonces, fui incapaz de soltarle.

Archie la oía atentamente. Sabía que estaba revelándole el dolor por el que hacía meses, en la cafetería, él había decidido invitarla a una tarta de chocolate.

—Cuando tenía veintidós años, en verano me fui de vacaciones durante un mes con Hona por Europa. Él insistió. Decía que sería una buena idea pasar tiempo juntas, en familia —Dina se inclinó sobre la encimera. Dejó a un lado el fuego pausado de las verduras, entrelazó sus manos y en ese instante, le miró—. Estaba enfermo. Yo no lo sabía. Pasó por un par de operaciones rodeado de su familia, pero en mi ausencia. Cuando volví finalmente, un mes y medio más tarde, una noche fuimos cenar. Sabía que algo le pasaba. Su aspecto físico era ligeramente distinto. Su melena castaña había desaparecido y estaba más delgado, pero pensé que, en vez de preguntar como una loca, lo mejor era esperar a que él decidiese decirme qué estaba pasando. Sin embargo, tras la cena, Daniel —al decir su nombre en voz alta después de mucho tiempo, contuvo la respiración un instante y Dina tuvo que tomar impulso antes de continuar—, decidió coger el coche para acercarme a casa y en ese momento, le dio un ataque repentino de esa enfermedad contra la que luchaba. Por desgracia, el accidente fue mortal para él, al contrario que para mí. Y ese verano, se fue. Daniel tenía apenas un año más que yo. Era joven. Estaba lleno de vitalidad. De ilusiones. De sueños. De esperanza. Era maravilloso..., y yo, le quería como a nadie —tembló.

Y las lágrimas, definitivamente, se deslizaron por sus mejillas. De inmediato, Archie se levantó de su asiento, atravesó la isla y la abrazó con todas sus fuerzas. Estrechándola como si quisiera arrancarle cada pedacito de dolor y sufrimiento.

Sentir su calor la reconfortó como nunca hubiese imaginado. Hundirse en él, en su seguridad, en su calma...

—Lo siento. Mucho. Muchísimo —ella sollozó negando entre los pliegues de su ropa.

—Los dioses saben que no es la misma circunstancia, pero perderle fue devastador. En todos los sentidos. Primero porque yo era joven y no sabía gestionar del todo o afrontar cosas así. Nadie espera perder a una pareja a esa edad —se sorbió la nariz, se retiró de él para mirarle a los ojos con los pómulos sonrosados repletos de lágrimas—. Y segundo, porque desde aquel instante, creí que no sería capaz de tener otra relación tan intensa, maravillosa e increíble con nadie. Que nunca sería capaz de volver a sentirme tan querida como entonces.

Archie agachó el rostro, culpable. Había sido tan desconsiderado, tan estúpido...

—Confío en ti más que en nadie, Archie. Y he conseguido volver a sentir cosas que jamás pensé que regresarían a mí. Pero tengo tanto miedo de perderte de cualquier forma que... —su voz, rota—. Lo siento. Lo siento muchísimo.

—No, no digas eso —Green negó—. No lo sientas. Fui yo quien se comportó como un crío. Debí de creerte, de confiar verdaderamente en ti. Yo..., lo siento. Pero me importas muchísimo y... pensé que no era suficiente para ti y... —el chico se aturullaba, agobiado, por segundos hasta que ella le frenó.

—No importa, después de todo cada uno tenemos nuestra vida, ¿no? —apuntó Dina interrumpiendo su discurso—. Ni siquiera sé si..., esto es real —les señaló.

—Tienes razón —esa idea parecía fría y distante.

—Y, aun así, Mike no significó nada en ningún momento —le aclaró alejándose de él para atender de nuevo a la comida un segundo—. Fue muy amable y divertido durante el tiempo que duró la cena e insistió en traerme a casa cuando le dije que no era necesario. Nada más llegar, hablamos de canciones y de relaciones. Me preguntó si había alguien en mi vida así que estaba claro que tenía ganas de ligar —comentó, notando la mirada de Archie analizar cada uno de sus gestos y expresiones. Escuchaba atento y en silencio, aferrándose a cada parte de la historia—. Estaba deseando decirle que sí, que había alguien muy especial en mi vida, pero recordé que era el mejor amigo de Sam y, como la cobarde que soy, no pude admitir nada —se mordió el labio, frustrada. Al parecer ella también deseaba como él, gritarle al mundo con quién estaba—. Así que supongo que por eso Mike pensó que estaba libre y que sería buena idea besarme e intentarlo —resopló apartándose definitivamente las lágrimas—. Le solté una excusa estúpida porque sabía que no podía decir nada de nosotros muy a mi pesar.

—Puedes hablar con tranquilidad de lo que quieras, Di. No tiene que haber un nosotros si no quieres —esa afirmación la sorprendió y la dejó desconcertada a partes iguales.

—Claro que quiero. Te lo dije en mi apartamento. Quiero que salgamos. Que seamos una pareja normal. Me ha costado muchísimo más de lo que imaginas volver a sentirme como cuando Daniel estaba vivo. Tú has superado con creces cada experiencia —respiró hondo conteniendo la amalgama de lágrimas, por fin—. Yo nunca..., a pesar de lo que te pudo parecer anoche, haría nada que pudiese hacerte daño. Eres todo para mí. Todo —Dina se mordió el labio mirándole dubitativa—. Yo pensaba que por tu parte era igual.

—Es igual —reconoció Archie revolviéndose el cabello rizado, apoyándose sobre la encimera. Dina apagó el fuego, tapó la sopa y le miró expectante—. Pero también sé, desde el principio,

que no soy lo que seguramente estabas buscando. No soy un tipo con un trabajo excelente o con un par de años más que tú. No tengo un coche bonito y todavía juego a videojuegos hasta altas horas de la madrugada. No tengo... —suspiró pensativo—, no puedo ofrecerte lo que quizás, deseabas de una pareja.

—¿Y qué? —Dina le miró a conciencia—. Estoy dejando a un lado todas esas estúpidas ideas, mi trabajo, mi seguridad porque sé que no hay nadie mejor que tú para mí. Lo sé —asintió—. Estoy convencida y por eso me la jugaré en todos los aspectos hasta el final. Solo que..., a veces, es difícil no poder compartirlo con las personas que nos importan —exhaló—. Pero eso no significa que no lo desee —Archie contuvo el aliento. La entendía a la perfección. A él también le encantaría poder decirles a todos que estaba saliendo con ella y con nadie más—. Yo quiero estar contigo, Archie.

—Y yo contigo —afirmó destensando poco a poco el ambiente—. Hemos hablado de sentimientos o de sexo en multitud de ocasiones. Hemos compartido nuestros secretos, nuestra intimidad aceptando cada parte del otro. Ambos sabemos qué queremos y me pregunto si deberíamos hacer de nuestra relación, algo más formal que simplemente salir por ahí o liarnos.

—¿De verdad piensas que soy la apropiada? —Dina preguntó aquello dubitativa—. Eres muy joven y puedes tener a cualquier mujer del mundo. Eres guapo, tienes buena conversación, unos valores fabulosos... Así que, ¿crees que puede un tipo como tú, renunciar a esas maravillosas chicas jóvenes y bonitas solo por una mujer bajita, mayor y con poca gracia? —Dina sonrió y Archie respiró hondo sin dejar de clavar sus esferas verdes, brillantes, como la hierba clara, en ella.

Sabía que hasta ese momento el chico había adorado su vida tal y como era y que nunca se había planteado cambiar de perspectiva tan pronto, pero también era capaz de admitir que Dina era la mujer más interesante y diferente con la que se había topado.

A aquella joven no le daba miedo equivocarse, fallar. Se reponía de cualquier bache o complicación con energía. No le importaba llorar o reír delante de nadie. Era alegre, natural y sincera a pesar de todo por lo que había pasado en la vida. Tenía una conversación fantástica y agradable. Era fresca y divertida. No le atosigaba, no era insistente o controladora. Era curiosa, fuerte y atrevida. Tenía un lado muy sexy que le encantaba. Era lanzada y más morbosa de lo que jamás habría imaginado. Y admitiría, solo para él, que odiaba sentirse celoso cuando pensaba que otro podía tocarla o mirarla como él.

—¿Archie...?

Al oír su nombre, el moreno salió de sus pensamientos.

—Sí —asintió convencido.

—¿Sí...? —ella arqueó las cejas, expectante.

—¿Quieres salir conmigo Dina? —preguntó observándola con una amplia sonrisa en el rostro —. Tú, yo y nadie más. —la joven contuvo la respiración sintiendo que su corazón rebosaba de emoción.

—Sí —afirmó siguiendo a su preciosa sonrisa.

—En ese caso, si en algún momento necesitas decirle al mundo que estás conmigo..., hazlo —ella le observó espantada.

—¿Contarlo? ¿Todo? —Archie asintió convencido—. Pero...

—No hace falta decir nombres. Solo que estamos saliendo con alguien y que cuando estemos listos, nos conoceremos todos —el chico parecía más convencido que nunca y ella, contuvo el aliento. Confiaba en él y si eso era lo mejor para que ambos estuviesen más tranquilos le parecería bien—. Haré que se extienda el rumor... —verle sonreír divertido a pesar de la gripe, la animó un poquito. Estaba claro que las cosas irían mejor a partir de ese momento. No solo tenían claro sentimientos o emociones sino también qué querían o deseaban el uno del otro.

—Haré lo mismo —afirmó la joven—. Se acabarán los mal entendidos.

Archie amplió la bonita curva de sus labios, pero entonces, sintiendo una fuerte punzada en la sien, cerró los ojos llevándose una mano a la frente.

—¿Qué pasa? —Dina le dedicó una mirada inquieta cuando él negó.

—Nada...

—Archie vuelve a la cama por favor no quiero tener que arrastrarte si te desmayas —rio—, te llevaré la comida en cuanto esté —suspirando, exhausto, Green obedeció. Después de todo, tampoco quería empeorar más de lo necesario.

Los ojos de Dina divagaron por sus pasos hasta que se esfumó la cocina y en ese instante, exhaló rendida. Se alegraba de haber manejado la discusión con un poco más de cabeza y mente fría que la noche anterior.

Pero entonces, justo en ese instante, sintió que su teléfono vibraba. En cuanto lo cogió, vio una llamada perdida de un número que desconocía y a continuación un par de mensajes. Nada más abrirlas, se dio cuenta de que era Mike quién se los había enviado.

Arrugando la nariz y consciente de lo que iba a decirle escribió:

«Sam es un auténtico cotilla. Siento mucho si pensaste que podía ocurrir algo entre nosotros

Mike. Verás, en realidad...», Dina alzó sus ojos hacia la puerta por la que Archie se había esfumado, sonrió. «En realidad sí que estoy con alguien».

«En ese caso siento haberme aventurado. Tuviste que sentirte muy incómoda, Dina».

Leer su respuesta la tranquilizó. Después de todo, aquel pelirrojo no era un mal tipo así que no iba a ser desagradable con él. Comprendía que quizás le había dado las señales erróneas y además le había dicho que no estaba con nadie así que entendía su acercamiento, ella habría hecho exactamente lo mismo si la otra parte le interesaba.

«Para nada. Solo me sorprendió. Gracias por entenderlo. Espero que Sam no siga con las encerronas», bromeó. «Y espero que nos volvamos a ver algún día por ahí. ¡Un beso!»

La respuesta amable y respetuosa de Mike a lo que le había contestado le alivió el corazón. Tampoco era una mujer a la que le gustase estar enemistada con el mundo.

Cuando vio que la sopa estaba lista, la sirvió, rebuscó por la cocina sin contemplaciones los cubiertos, platos, bandeja y todo lo necesario y caminó hacia la habitación donde Archie por fin, sentado sobre el colchón, revisaba su móvil.

Nada más dejar la bandeja sobre la mesilla de noche, Dina se subió sobre la cama y sin preguntar, colocó la mano sobre la frente de Archie posándose una propia sobre la suya. El chico la observó curioso.

—Parece que solo tienes unas décimas. Eso es buena señal —ante aquella maravillosa cercanía y con unas ganas tremendas de sentir un poco más de contacto, Green la agarró de la cintura volviéndola sobre la cama en un rápido movimiento, colocándose ligeramente sobre ella—. Ni se te ocurra... —Pook soltó una preciosa carcajada. Sabía perfectamente lo que Archie estaba pensando.

—Solo quiero un beso —pidió el de ojos verdes con una sonrisa arrebatadora en los labios—. Un beso y te liberaré.

—¿Piensas que me estas atrapando? Practico yoga —Dina arqueó las cejas curiosa y sorprendida. Archie sonrió. En realidad, ni siquiera hacía fuerza para retenerla.

—En realidad sé que no podría contigo porque estoy débil y moribundo. Puede que no lo cuente, así que exijo un beso antes de irme al otro barrio —esa idea la hizo reír con creces aún más.

—No pienso permitir que tus virus me dejen en cama una semana, tengo muchas cosas que hacer —ella se negó, pero ante su resistencia, él no dudó en insistir. Le hacía mucha gracia cuando Dina se ponía difícil con sus peticiones.

Así que siendo consciente de lo que deseaba conseguir, Archie pegó su boca a su oído y susurró:

—Un roce. Solo eso...

Aquel tono grave, meloso y seductor la hizo temblar como a una hoja de papel. ¿Por qué tenía que usar esas artimañas con ella sabiendo lo que le hacían sentir?

—Eres malvado —sonrió conteniendo el aliento. Su olor se coló por sus fosas nasales y por un segundo, pensó en lo que había imaginado cuando había entrado en su baño. Estaba segura de que el chico se había perfumado esa mañana, aunque tuviese cuarenta de fiebre.

—Ni siquiera abriré los labios. No aventuraré mi lengua por mucho que lo desee, lo prometo —sabiendo el efecto que estaba causando en ella, Green continuó hasta que, por pura inercia, pero sobre todo por las ganas y el deseo que sentía hacia Dina, jugó con cariño con su nariz entre sonrisas.

—Entonces, ¿a qué estás esperando?

Archie sonrió complacido siendo consciente de que había conseguido su propósito y, cumpliendo con lo pactado, se aproximó delicadamente y rozó con suavidad y finura sus labios sin ninguna intención más allá de probarlos, de deleitarse con su textura y sabor.

Nada más hacerlo, ambos abrieron los ojos mirándose intensamente con las pulsaciones a mil. Los dos tenían ganas de más.

Deseaban desnudarse.

Deseaban besarse con conocimiento de causa.

Deseaban devorarse, entregarse al amor y a la pasión que sentían el uno por el otro...

—Llevo semanas sin probarte... —Archie ronroneó en su oído y, sin contemplaciones, empezó a besar su cuello con cariño y devoción. La peli blanca cerró los ojos y se mordió el labio disfrutando del contacto.

Él era una maldita tentación y su voz, un desastre para su razón...

—Lo sé, pero no estás en condiciones de hacer nada —le advirtió a pesar de que lo deseaba entre sus piernas con todas sus ganas.

—Pero es la primera vez que te tengo en mi cama —él siguió con las provocaciones bajando aún más el tono, susurrando. Todo era tan íntimo que a Dina la sobrepasaba—, ¿cómo me quito la idea de hacerte el amor de la cabeza?

Pook jadeó al notar sus dientes bajar por su piel.

—Empaparé bien la toalla de agua fría —comentó riendo y en ese instante, Archie se alzó para mirarla a los ojos con diversión.

—¿Vas enserio?

—Quiero que se recupere, señor Green. Y no puede ser tan sexual. Debe controlarse.

—Me cobraré este rechazo, señorita Pook —le advirtió ciertamente indignado. Ella amplió su carcajada y su sonrisa, incorporándose un tanto para besarle en los labios con un poco más de energía. Él aceptó el beso encantado sabiendo que no iría a más. Mejor eso que nada, se dijo.

Cuando la dejó escapar, Archie la miró encantado sentándose sobre el colchón y en ese instante, Dina contuvo el aliento con la intención de decir una barbaridad:

—¿Puedo quedarme contigo? —inquirió levantándose de la cama para ponerle la bandeja de la sopa sobre el regazo. Archie la aceptó feliz. Olía reconfortantemente bien.

—¿Quedarte? —se llevó una cucharada a la boca degustando el delicioso sabor a verdura recién hecha.

—Hasta que te recuperes —Dina enredó los dedos de sus manos, expectante, y él sonrió. Ninguna idea le gustaba más que aquella.

—No me preguntes eso, quédate todo el tiempo que quieras —una cucharada más.

—Estupendo. Me da miedo dejarte solo. Es posible que tu vida esté pendiendo de un hilo después de todo —esa broma le hizo reír.

—Pensaré en ti en mis últimos segundos.

—Iré a por algo de ropa a casa y estaré aquí antes de que te des cuenta de que te he abandonado —Archie continuó comiendo, satisfecho. Se le había abierto el apetito como hacía días que no lo hacía.

—No hace falta que vayas, usa la mía —Dina sonrió cruzándose de brazos.

—No pienso ponerme tu ropa interior —él alzó sus ojos hacia ella entusiasmado con esa posibilidad. Verla en esa tesitura tendría que ser más sexy de lo que imaginaba—. Ni siquiera pienso hacerlo jamás para complacer tus turbios deseos —comentó la chica en cuanto se dio cuenta de cómo la miraba.

—Pero tienes que ponerte una de mis camisas —sugirió en contraposición señalándola con la cuchara—. Cuando no tenga fiebre, tienes que hacerlo —solo de imaginarla sin nada debajo y con una de sus camisas amplias puesta, se calentaba.

—Como sigas pensando en el sexo no se te bajará la fiebre jamás.

Tras convencerle de que lo mejor era ir a por sus cosas, Dina salió del apartamento echándose las llaves en el bolsillo del abrigo. Con una amplia sonrisa se dio cuenta de que anocheecía así que aligeraría el paso antes de que empezase a nevar de nuevo.

Pero justo en ese momento, una voz familiar la sobresaltó.

—¡Señorita Pook! —nada más girarse, los ojos de la jefa de estudios de la universidad se cruzaron con los suyos.

Y Dina sintió un fuerte vuelco en el corazón. No podía creer que se estuviese cruzando con la mano derecha del decano precisamente en aquel lugar.

—Lucy... —sonrió como pudo en cuanto la mujer de cabello oscuro y bastante canoso, se acercó para darle dos besos.

—¿Cómo estás? Has salido muy pronto de la universidad hoy —la peli blanca asintió nerviosa conteniendo el aliento. Esperaba por todos los medios que no se hubiese dado cuenta del edificio que acababa de abandonar. Estaba claro que esa mujer no era conocida por todos por guardar, precisamente, secretos. Así que nunca había sido de su confianza.

Tenía la fama de tener al director bien informado de todo lo que se cocía entre el profesorado de las distintas especialidades. Era la peor persona con la que podía haberse encontrado.

—Tenía algunos asuntos que resolver —asintió despreocupada intentando restarle importancia y en ese instante, al ver que Lucy parecía tener la intención de seguir inmiscuyéndose, la cortó —. ¿Y tú por aquí?

—Vivo un par de edificios más allá —señaló y directa al grano, hizo la pregunta que se esperaba.

—¿Y qué haces tú tan alejada de tu querido barrio? —Lucy sabía que ya no tenía familiares en Londres y que ahora residía en el apartamento de su hermana, así que solo podía ser...

—He venido a visitar a una vieja amiga —se excusó como pudo intentando que no se le notase en absoluto su inquietud, a pesar de sus ojos sospechosos. Aquella mujer sabionda la ponía de los nervios. ¿Por qué tenía que preguntar tanto?

—¡Vaya, qué sorpresa! —fingió perfectamente estar entusiasmada con la idea, pero Dina la tenía calada así que asintió sin más. Mientras menos le contase, menos preguntas haría, pensó.

—Bueno, tengo algo de prisa Lucy, nos vemos en...

—Qué casualidad que vive en el mismo edificio que uno de los mejores alumnos de medicina, Archie Green —una sonrisa cínica apareció en su rostro nada más interrumpir su despedida apresurada y Dina contuvo la respiración sintiendo que el corazón le iba a toda velocidad.

—¿Quién es? No lo conozco —pretendió disimular—. Como no sea de psicología, es imposible que me acuerde de otro alumno. Tengo cientos de caras en mente.

—Ya... —Lucy le dedicó una afilada sonrisa.

—Seguro que en cada manzana hay al menos, cinco alumnos que van a nuestra universidad. No lo veo tan extraño —intentó hacerse la tonta, pero por desgracia siempre se le había dado fatal mentir tan descaradamente. Aun así, Lucy regresó a su simpático rostro repleto de falsedad.

—Tienes razón.

—En fin, Lucy, tengo que irme. Se está haciendo de noche y todavía tengo muchas cosas que hacer —la jefa de estudios, alta y espigada la dejó marchar, sin hacer ningún otro tipo de comentario suspicaz e incómodo.

Sin embargo, de inmediato, Dina supo que, para la mujer de casi sesenta años, ella estaba ocultando algo. Era la primera vez que la había visto por el barrio y también era mucha casualidad que saliese del edificio del único estudiante que vivía por allí, que ella supiera.

Aunque sus desplantes con ella siempre habían sido por el mismo motivo: la envidia. Lucy había acabado en su puesto porque Dina lo había rechazado cuando se lo habían ofrecido hacía un año. Siempre pensó que era demasiada responsabilidad teniendo en cuenta todo lo que debía de manejar alguien así. Lucy había cogido el relevo y se jactaba de haberla dejado sin él. «Pobre ilusa», pensó. Solo esperaba que aquel encuentro se quedase en una simple casualidad.

Capítulo 23

Una hora más tarde, cuando Archie hablaba con Daiki por teléfono, sintió que las llaves abrían la puerta del apartamento. Entusiasmado al saber que Dina había regresado y oliendo estupendamente bien, el moreno se despidió de su amigo y salió a su encuentro.

—¡Traes cena!

—Claro que sí —sonrió la peli blanca quitándose el abrigo y colgando el bolso en la percha de la entrada—. Sabía que con una sopa no estarías satisfecho y he encontrado una oferta fabulosa en *Fabriccio* —Archie cogió las pizzas con gusto soltando una preciosa carcajada al oír su típico y malogrado acento italiano. En realidad, tenía muchísima hambre y necesitaba algo contundente para empezar a recuperar energías. La fiebre lo había dejado agotado.

—Voy a cambiarme, ¿puedo? —Dina le mostró su bolsa de viaje y él sonrió feliz. Tenerla allí unos días conviviendo y solo para él, sería maravilloso.

—Claro —asintió dejándola pasar hacia el dormitorio.

Dina se cambió a toda prisa colocándose el pijama más calentito que tenía, se puso una sudadera encima y, haciéndose una coleta alta, volvió a la sala de estar donde Archie había preparado la mesa y buscaba algo que ver en la televisión.

—¿No prefieres quedarte en la cama?

—Creo que ya no tengo fiebre —Dina lo comprobó de todas formas, aunque el chico tuviese razón.

Cuando encontró un canal adecuado, Green encendió la estufa y cubiertos por una manta, abrieron las pizzas y empezaron a cenar sentados en el sofá frente aquella mesa baja con su alfombra. Y en ese momento, Dina se sinceró de nuevo con él.

—Me he encontrado a Lucy Vanlend al salir de tu edificio —Archie arrugó la nariz, confuso.

—¿Vanlend? ¿La jefa de estudios? —Pook afirmó bebiendo un sorbo de refresco.

—Eso me temo. Y para colmo me ha hecho un interrogatorio bastante completo —suspiró rendida. Odiaba a la gente que se metía donde no la llamaban.

—¿Enserio? —Green arqueó las cejas. Podía imaginarse qué tipo de preguntas le habría hecho

esa mujer.

—Sí. Me he tenido que asegurar, al volver, de que no estaba alrededor de la manzana antes de subir —expresó inquieta—. No me fío nada de ella. Por lo visto sabe, perfectamente, que vives aquí —le dio un nuevo mordisco a un trozo de pizza.

—¿Qué?! ¿Y cómo sabe eso? —Archie sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo de punta a punta—. ¿No me estará espiando?, ¿no? Sería aterrador.

—Siempre ha tenido fama de meterse en todo así que quizás está colada por ti, te persigue y por eso lo sabe —el rostro de Archie se descompuso. No podía creer lo que la joven de ojos celestes le estaba diciendo.

—Eso da muy mal rollo —al ver su expresión de pánico, Dina se echó a reír.

—¡Oh vamos! Te encanta llamar la atención, que te adulen y que las mujeres vayan detrás de ti. No me digas que te escandaliza que Lucy pueda hacerlo.

—Es una señora. Podría ser mi madre y si me pongo pesimista, mi abuela —Dina volvió a reír—. A mi edad, desear a una mujer tiene un límite. Además, lo que me asusta es su capacidad para saber que vivo en este edificio, precisamente, sin que yo lo sepa. Hay montones de alumnos en la universidad, ¿y tiene que saber mi domicilio concretamente?

—Supongo que es porque ninguno es tan excelente y guapo como tú —Pook le bailaba el agua con gusto, de vez en cuando. Aun así, él parecía tomarse esa situación más en serio de lo necesario.

—¿Y si quiere propasarse conmigo? ¿y si está obsesionada?

—¡Madre mía! ¿Cómo puedes decir algo tan tremendo y quedarte tan tranquilo? —Green la miró agobiado.

—No sería la primera vez que alguien lo intenta.

—¡Archie! —el chico sonrió al fin. Parecía haber estado de broma desde el principio. Dina resopló.

—De todas formas, no la conozco muy bien. ¿Debería de preocuparme? —Dina supo de inmediato que se refería a la relación que estaban manteniendo ambos.

—Yo diría que no, pero tampoco quiero jugármela. Así que mañana me iré al campus más temprano para no cruzármela. Por lo visto vive cerca de aquí —Archie sintió un nuevo repelús. A pesar de que la información le causaba escalofríos, sabía que Dina era capaz de manejar con soltura la situación.

—Bien —sonrió—. Yo me quedaré descansando e intentaré estudiar.

—Es lo mejor, por lo menos un par de días más —ambos se miraron antes de continuar con su cena hasta que la mente de Archie regresó a esa historia que le había contado esa tarde acerca de su pasado.

De reojo, la miró mientras se llevaba un trozo de pizza a los labios sintiendo un nudo en el pecho. Ojalá lo hubiese sabido antes para tener un tacto diferente con respecto a ciertos temas.

—Oye, Di —la nombrada se volvió hacia él, curiosa—, ¿estás bien?

—¿Por qué lo preguntas? —estaba preocupado. Había perdido a demasiadas personas en muy poco tiempo y, ese dolor... Odiaría que lo camuflase con él.

—Porque después de lo que me has contado esta tarde, me pregunto cómo puedes tener fuerzas para seguir sonriendo, después de todo.

Ella le desvió la mirada. Exhaló entristecida y al mismo tiempo, esbozó un pequeño gesto enternecido.

—Porque ellos querrían que lo hiciera —regresó a sus ojos—. Aunque eso no significa que no me acuerde muy de vez en cuando de Daniel o de Hona. Eran los pilares de mi vida y ahora que tengo que volver a reconstruirla, me alegra haber encontrado uno que pueda empezar a pulir —sonrió contagiándole.

—Yo..., prometértelo podría ser imposible, y, aun así, te prometo que nunca me alejaré de ti. Te ayudaré, te apoyaré, seré todo con lo que siempre habías soñado —Dina pegó su frente a la de él, rozó su nariz con amor.

—Te quiero —él la besó.

—Oye Di, ¿qué tienes que hacer el viernes de la semana que viene? —susurró contra sus labios, de pronto, regresando al ambiente distendido de siempre.

—¿Quieres volver al *Loft*? —su respuesta almidonó las ganas que tenía de comérsela con algo más que los ojos.

—¿Quiero? —arqueó las cejas intrigado haciéndola reír.

—Nunca pierdes el tiempo —murmuró y él sonrió.

—Quiero ir a Escocia.

Esa idea la dejó pasmada.

—Te prometí que te llevaría y he organizado un poco, un viaje para el próximo fin de semana si no tienes ningún plan, ¿qué me dices?

Incapaz de despegar sus ojos de él y de su sonrisa, Dina se mordió el labio con el corazón acelerado.

—¿Cuánto es un poco? —musitó muy cerca de sus labios.

—Ya he comprado los billetes de avión y he reservado el hotel —sin poder dar crédito a lo que estaba oyendo, la chica abrió sus ojos de par en par totalmente boquiabierta.

—¡No tengo escapatoria!

—Me temo que no —el chico rio—. Venga, hagamos un viaje juntos ahora que somos una pareja oficial —insistió entusiasmado mirándola de una forma bastante complicada de rechazar.

—Qué cara tan dura tienes...

—¿Por qué? Además, estaré en forma y habrán acabado los exámenes de diciembre —asintió—. Estarás más relajada que nunca —desde luego, lo había preparado a conciencia, pensó Dina.

—Bueno..., ya veremos. Supongo que, si es contigo, ¿qué puede salir mal? —Archie sonrió entusiasmado.

Se avecinaba una bonita aventura. Era hora de implicarse también con su pasado...

Capítulo 24

La Navidad es la época del año perfecta pasarla en familia. Sin embargo, cuando esas personas que deberían adornar un árbol, preparar una copiosa cena o beber y cantar villancicos a viva voz, desaparecía, la festividad apenas tenía cierto sentido.

¿Con quién compartirla cuando no hay nadie esperando en casa?

Archie siempre había pasado la Navidad en Inverness. Llevaba años haciéndolo incluso cuando ya no quedaba nada de él en aquel trágico lugar. Sin embargo, era una forma de recordarles. De homenajear a aquellos que un día le amaron por encima de todas las cosas.

Iba solo. Cada año. Desde hacía demasiados. Pero ese, era maravillosamente diferente.

Solo con mirar hacia un lado, podía verla a ella compartir una tradición que ni la propia mujer conocía. Sonrió. Debía explicárselo. Era el momento de revelarle el motivo de su mirada ausente. De esa nostalgia que le embriagaba con demasiada frecuencia. Ella le había abierto las puertas de su corazón, de su alma.

Y él sabía, desde hacía tiempo, que debía de hacer lo mismo. Pero antes, disfrutaría un poco más...

Edimburgo sería su primera parada.

Nada más salir del hotel a primera hora de la mañana siguiente, justo la víspera de la Navidad, visitaron la *Old Town*, uno de los lugares más emblemáticos e históricos de la ciudad, cuya avenida principal, *Royal Mile*, fascinó a Dina quién, impresionada, paseó por ella con Archie de la mano deteniéndose a investigar sus tiendas, museos y pubs. Las calles estaban gloriosamente adornadas. Los pascueros y los olores del invierno dominaban los alféizares de las ventanas y las farolas. Olía a almendras garrapiñadas, a humedad.

Había puestos de galletas recién horneadas y chocolate caliente en algunas esquinas. Y por supuesto, el mercado navideño que nunca podía faltar. La calle estaba rebotante de gente, de alegría. Edimburgo sabía a hogar.

Hicieron un alto para desayunar y tras él, anduvieron hasta llegar a las puertas del castillo. A medida que caminaban, Green iba contándole cada detalle, cada historia y leyenda de aquellos lares. A la joven le fascinó. Había estado en la ciudad siendo más joven, pero nunca de turismo.

Los ojos de Dina viajaron hacia la mano enguantada que Archie le sujetaba con cariño. Si era a su lado, cualquier cosa estaría bien. Le quería como a nadie. Había encontrado en él, la horma de su zapato. Su mayor debilidad. El chico tenía un talento único y diferente para hacerla sentir terriblemente especial a cada momento sin que fuese capaz siquiera de darse cuenta de ello.

Y ese talento que parecía innato para quererla, mimarla y adorarla, hacía de todos aquellos instantes, algo mágico.

—Archie —interrumpió su historia sobre el castillo mientras las vistas de la ciudad les sobrecogían desde allí arriba. Él la miró sonriente—, ¿te gustaría volver a vivir en Edimburgo? —el chico dudó.

—No he vivido en este lugar mucho tiempo realmente y, aunque se vive muy bien —le soltó la mano y se apoyó sobre la piedra del mirador—, prefiero otro tipo de ciudades más..., auténticas —ese adjetivo despertó la curiosidad de Dina al segundo.

—¿Auténticas? —Green asintió.

—Escocia está repleta de cuentos y leyendas. A veces, no sabes si todo esto es real o forma parte de una historia mística e increíble —contuvo el aliento siendo consciente de que estaba dando extrañas vueltas—. No me explico nada bien —se revolvió el pelo sonriente.

—No estoy de acuerdo, entiendo perfectamente lo que dices. Sin embargo —ella clavó sus esferas azuladas en el paisaje cubierto por espesas nubes que traerían nieve con total probabilidad—, yo creo que la realidad, en muchos casos, supera a la ficción. Este lugar por muy mágico que te parezca tuvo una historia increíble con hombres y mujeres tremendamente fuertes al frente de todo. Ellos fueron reales. Su guerra y lo que sucedió después, también. Cómo se construyó cada rincón de esta ciudad, sus calles, sus gentes —susurró Dina al pensar en la historia de los reyes y las reinas escocesas que él mismo le había relatado—. Si me pongo al pie del cañón —le miró ocurrente—, por ejemplo, nunca imaginé que acabaría enamorándome. Y mucho menos de un estudiante que se ha convertido en mi mejor amigo —Archie sonrió feliz con aquella premisa—. Creo que Japón te fascinaría —expresó recordando ese hogar del que había huido apenas siendo una niña—. Algún día, iremos.

—Me encantaría conocer esa parte del mundo de la que procedes, mejor amiga —murmuró él con aquella voz grave y melosa, divertido. Dina sintió un vuelco en el corazón.

De repente, se miraron. Se desearon. Se anhelaron...

Aquel lenguaje propio de ellos dos, se había convertido en algo tan íntimo que con solo una mirada ambos podían ser capaces de saber qué estaba pensando exactamente el otro.

Y en ese momento, querían besarse. Besarse como si el tiempo fuese capaz de detenerse para

siempre en aquel lugar del mundo. Así que la joven se acercó a sus labios y se hundió en ellos saboreándolos con cariño y amor. Él la correspondió sin dudarlo, deleitándose con aquellos suyos, teñidos de carmín. Le encantaba el sabor de su boca y siempre estaba dispuesto a disfrutarla cuanto más, mejor.

Nada más separarse de ella, Archie le apartó del rostro un par de mechones revueltos por el viento y sonrió.

—Soy muy feliz, Dina. Mucho. Gracias por venir conmigo hasta aquí —ella se mordió el labio y avanzando un par de pasos, le abrazó enérgica, entregándose a él en cuerpo y alma. Sin pensarlo la correspondió.

Le dio un beso en su cabello blanquecino. Olió su maravilloso aroma. Sintió el calor de su cuerpo pegado al de él y se dijo que, por fin, estaba en paz consigo mismo.

—Te quiero —la escuchó decir. Green apretó el abrazo un poco más.

—Los amigos no se dicen esas cosas —bromeó.

—¿No éramos pareja? Ahora todas esas lagartas piensan que sales con alguien —al escucharla, Archie se echó a reír.

—Solo lo hago para protegerte.

—Es usted un idiota señor Green —el de ojos verdes soltó una carcajada más cuando la oyó bufar como una niña.

—Venga..., no te enfades —la alejó un poco para darle un tierno beso en la frente y fue descendiendo por su nariz hasta llegar a sus labios para atraparlos. Al principio estuvo un tanto reticente, pero al final, Dina se dejó llevar. Le parecía bien que la convenciese de esa manera tan arrebatadora—. Ahora bajaremos de aquí, pasaremos por Victoria Street —le susurró al oído en cuanto se alejó de ella—, veremos el lugar donde Rowling se inspiró para escribir escenas de Harry Potter y luego, llegaremos al Grassmarket y comeremos por allí. Nos tomaremos una buena cerveza escocesa y llorarás de la emoción —al escuchar aquella referencia, Dina se echó a reír.

Pero cuando ese medio día Pook se llevó a los labios aquella cerveza más espesa y menos rubia, sus ojos le observaron fascinados.

—¡Es increíble! —Archie la miró entusiasmado dándole un buen mordisco a su hamburguesa.

—¿Verdad que sí? —inquirió sonriente—. Te dije que es alucinante —bebió un trago de la suya—. En Edimburgo es imposible beberte una cerveza mala —Dina asintió.

—¿Cuál es el plan de mañana?

—Subiremos a Inverness y veremos el Lago Ness.

—Inverness es tu ciudad, ¿verdad? Donde creciste —Archie afirmó con el rostro mientras comía.

—Mi hermana y yo nacimos allí. Es todavía más de fantasía que Edimburgo si es que eso es posible. Te encantará su melodramatismo y sus calles de cuento medieval —bromeó sonriendo de oreja a oreja.

—Seguro que sí —esbozó alegre y entonces, al pensar en que por fin iba a conocer una parte muy íntima de él, susurró algo que no dejaba de rondarle la mente—. Oye, ¿puedo hacerte una pregunta un poco indiscreta?

—Adelante.

—¿Cómo se llamaba tu hermana? —al escuchar su cuestión, Archie dejó de comer momentáneamente.

Por un segundo, sus esferas verdes como la hierba se aferraron a la nostalgia y a la tristeza. A los recuerdos. Un gesto que Dina conocía realmente bien. Había sido el quid de todas sus preguntas e incógnitas con respecto a ese chico que tenía sentado delante de ella.

Pensó que tal vez no habría sido buena pregunta, pero él, haciendo acopio de su fortaleza interior, respiró hondo antes de mirarla a los ojos para hablar de ello. Sabía que ella tenía muchas dudas acerca de su vida, algo de lo que no habían hablado todavía y, después de que ella le confesase ciertas cosas sobre la suya, lo justo era que él hiciese lo mismo.

—Se llamaba Laren. Laren Green —A Dina le fascinó aquel nombre tan extraño.

—Me encanta su sonoridad. Es un nombre precioso —Archie sonrió asintiendo. Recordar a su hermana era como poco doloroso, no obstante, había aprendido a adaptarse al mundo sin ella con el tiempo. Por desgracia, no le quedaba otra.

—Yo se lo puse —especificó sorprendiendo a Dina—. Mi madre se dedicaba a trabajar cada día y noche en un local de mala muerte vendiendo su cuerpo a cualquiera que le diese un estúpido penique, así que cuando ella nació, simplemente la dejó en su cuna y se largó sin más para seguir acostándose con todos. No es que no tuviese más remedio, lo hacía con gusto. Estaba bastante enganchada a ciertos antidepresivos y al alcohol, así que de alguna manera tenía que pagarse esos «placeres». Era como si te tocase la lotería vaya... —musitó con sarcasmo bajo el asombro de Dina ante esa nueva información.

Archie nunca le había hablado de su madre y tampoco imaginaba cómo alguien tan educado, capaz y respetuoso con las mujeres había podido tener una progenitora así. Debía de ser

terriblemente complicado con ese ejemplo, asumir tantas responsabilidades siendo un niño.

—Como se gastaba todo el dinero en lo que fuese, nosotros no importábamos lo más mínimo, así que mis abuelos se encargaron de cuidarnos el tiempo que duraron en este mundo. Esa mujer ni siquiera se preocupó por darle un nombre a mi hermana, pero yo sí. Así que le puse Laren porque nació un diez de agosto. Religiosamente hablando, el día de San Lorenzo y mi abuela era muy creyente así que quise hacerla feliz de algún modo a pesar de que ya no vivía en aquella época. Murió algunos meses antes de que mi hermana naciera —sonrió al recordar a su *abu*, la madre de su madre—. Laren y yo nos llevábamos cinco años, sin embargo, yo era un niño muy espabilado.

Dina sonrió enternecida siendo consciente de la vida tan dura y de la infancia tan solitaria y terrible que habría tenido Archie.

—No me sorprende nada.

Su vida había estado totalmente ausente de figuras paternas o tutores, todo era muy ambiguo en ese aspecto, así que siempre había sabido que Archie se las había apañado solo desde muy pequeño, por desgracia.

—Green tampoco es un apellido real —confesó el chico siguiendo con aquella triste historia—. Nunca supimos quiénes fueron nuestros padres, lo único que tuvimos claro es que ni el suyo ni el mío eran el mismo. Laren tenía el pelo claro como el sol y fíjate en mis rizos oscuros —sonrió ligeramente al recordarla—. Creo que ni mi propia madre era a veces consciente de con quién se acostaba —suspiró rendido—. Esos hombres se desentendieron de nosotros en cuanto supieron que ella estaba embarazada así que..., simplemente, esa figura paterna nunca existió. Para colmo, la mujer que nos dio la vida nos llamaba *Hindrance* que en gaélico significaba *estorbo*. Así que, decidí que Green podía ser un buen nombre para nosotros. Después de todo, mi hermana y yo teníamos el mismo color de ojos y no me pareció del todo mala idea darnos a conocer al mundo de esa forma.

Archie iba a seguir hablando cuando alzó sus esferas hacia una Dina que se moría de pena, así que decidió optar por no decir ni una palabra más. Había pisado el acelerador, pero el momento de frenar. Durante aquel viaje deseaba disfrutar con ella más allá de los recuerdos de su desastrosa familia.

—Fue una época dura y compleja, pero ahora estoy mejor —saltó directamente al final del relato obviando la parte en la que había perdido a su preciosa hermana.

Su historia era algo terriblemente difícil de tratar, pero Dina tenía una pregunta más. Tan solo una. El resto dejaría que él lo contase cuando se sintiese mejor con aquel tipo de conversaciones.

—¿Y Eiden? —Archie la miró. Cuando alguien le llamaba así, le recordaba implícitamente a esa parte de la familia que sí adoraba por encima de todas las cosas.

—Mi abuelo se llamaba así —confesó—. Mi abuela me lo puso como segundo nombre. Es costumbre hacerlo en Inverness y en Escocia en general, para preservar, de alguna manera, el legado familiar. Laren me llamaba así de vez en cuando también. No sé si era más fácil de vocalizar para una niña de tres años que Archie, pero a ella le encantaba —sonrió nostálgico, embelesado por completo en sus recuerdos—. Lo he evitado siempre porque me dolía pensar cómo lo pronunciaba. El tono de voz que usaba. La sonrisa que esbozaba al hacerlo... —Archie soltó un largo suspiro—. Le encantaba llamarme así.

—Pues adoro a Eiden tanto como lo adoraba Laren —el de ojos verdes le dedicó una preciosa sonrisa a la joven cuando vio que le agarraba con amor la mano que tenía apoyada sobre la mesa—. La familia puede ser muy complicada y la historia de cada uno de nosotros puede ser más difícil aún, cielo. Sin embargo, lo importante es que seas capaz de quedarte con lo bueno que te aportó. Aunque fuese un poquito. Seguro que esas tres personitas están ahí fuera observándote, sintiéndose muy orgullosas de ti y de lo que has conseguido —Dina amplió la línea curva de las comisuras de sus labios y Archie comprendió por qué lo decía. Sabía que su historia familiar tampoco había sido un camino de rosas.

—Te doy la razón —Green besó sus nudillos y ella se dejó hacer al tiempo que cambiaba radicalmente de tema, intentado volver a la animada conversación de hacía unos minutos.

—¿Dónde iremos después? —preguntó intrigada—. Tengo una propuesta que hacerte.

Archie arqueó las cejas sintiendo un vuelco en el corazón. Esa forma de mirarle le intrigó a más no poder.

—¿Cuál?

Dina sonrió atrevida.

Y esa noche, antes de pasar la nochebuena juntos por primera vez, le engañó para llegar hasta un lugar que él se había prometido en cualquier circunstancia no pisar de ninguna de las maneras. Esperando en una pequeña salita, Archie escuchaba intranquilo el motor de aquella aguja punzante que dibujaba barbaridades sobre la piel de otro.

—¿Por qué estamos exactamente aquí? —Green la observó nervioso y agobiado.

—Vamos a tatuarnos algo, juntos —le sonrió la joven a sabiendas de la aversión que el chico no solo le tenía a los tatuajes sino también, a las agujas. No comprendía cómo estaba estudiando medicina con aquel hándicap.

—No pienso ponerme en manos de ningún macarra sin licencia para controlar un instrumento que podría ser quirúrgico —sudaba angustiado y ella se echó a reír al oírlo.

—Pero si no duele nada. Eres un blandengue —Archie se había fijado en el par de tatuajes que llevaba Dina sobre la piel. En la espalda tenía uno, escrito en *kanjis* japoneses que decía: *abrazo tan fuerte que rompa los miedos*. Y otro en el tobillo derecho, una especie de triángulo que representaba la unión entre su hermana y ella. Pero él no tenía ninguno y nunca quiso mancillar de esa forma su piel.

—Me da igual lo que duela, Di. Es cuestión de integridad. Cuesta mucho mantenerse así de bien. Mi cuerpo es un templo. ¿Qué haré con una marca de por vida? —ella sonrió irónica.

—Que engreído eres —Archie chistó con un pequeño tic en la pierna izquierda, de los propios nervios.

—Te lo digo en serio, vámonos —parecía firme en su decisión, no obstante, Dina aseguró que le convencería—. ¿Y si lo aborrezco?

—¡Oh venga ya! —le miró espantada—. No puedes aborrecer algo tuyo y mío. Algo que solo tú y yo entenderemos y que nos convertirá en inolvidables incluso si las cosas no marchan bien. Nuestro símbolo de que, pase lo que pase, siempre estaremos juntos, unidos.

Archie contuvo el aliento pensando a conciencia en su propuesta. Sería terriblemente difícil odiar algo que era singular para los dos y, a decir verdad, Dina había accedido a todos sus juegos sexuales, porque ella así lo había querido claro, pero después de todo, no había dejado de ser un esfuerzo por conocer su mundo así que...

—¿En qué estás pensando? —arqueó las cejas, expectante y a la vez, resignado en cierto modo—. Te juro que como sea enorme, tenga colorines, sea muy visible o haya que venir mañana antes de subir a Inverness para acabarlo, huiré.

Dina sonrió feliz al comprobar que él parecía, poco a poco, claudicar así que soltó su idea sin pensarlo mucho más.

—¿Una galleta? —el tatuador los miró a ambos sorprendido, divertido. Ella asintió entusiasmada y él suspiró encogiéndose de hombros.

—De jengibre. Como las que se hacen por Navidad. La silueta del muñequito —especificó Di.

—Pero tiene que ser minúscula —comentó Archie asintiendo serio y firme, sin dejar de temblar interiormente.

El hombre que observaba curioso a aquella pareja tan singular, al segundo se echó a reír. No

era el tatuaje más raro que había hecho, pero sí creativo y diferente.

—Muy bien, marchando una buena horneada —bromeó y, a pesar de que Dina se echó a reír, a Archie no le hizo ninguna gracia.

—Estoy segura de que te quedará genial —Pook le guiñó un ojo y él exhaló de nuevo, rendido. Aunque cuando vio aquel aparato con el que su piel quedaría impregnada de tinta para siempre, volvió a temblar. Sintió un sudor frío recorrerle el cuerpo solo de pensar en aquella aguja saliendo y entrando a toda velocidad irradiando tinta. Era como vivir una auténtica película de terror.

—¿Quién será el primero?

—Será él —intervino Dina antes de que Archie pudiese poner objeción—. Sino saldrá corriendo y no seremos capaces de alcanzarle —sonrió dándole un beso en la mejilla—. Todo irá bien, ya lo verás —sin embargo, Green no estaba muy de acuerdo.

—Esto es horrible, creo que voy a desmayarme. ¿Tenéis un caramelo? Noto como se me baja la tensión... Lo haremos sentados, ¿no? —el tatuador se echó a reír ante tanto dramatismo y Dina le siguió guiñándole un ojo al atractivo estudiante de ojos verdes.

—Yo no me meto en lo que te vaya, pero si te gusta hacerlo sentado, por mi maravilloso —bromeó el tatuador atrevido y sin contemplaciones. Parecía un experto en el arte de seducir a los hombres y el moreno sintió que debía especificar su preocupación.

—Hablo del tatuaje por supuesto —eso les sacó una carcajada más a ambos mientras Archie fruncía el ceño intentando controlar su particular mareo—. Me siento regular.

—Espero que no piense dedicarse a la medicina en ese caso, señor Green. ¿Qué pensaba hacer en el quirófano? —Dina rio divertida por lo bajo, pero Archie encogió la nariz, disgustado, aún más.

El tipo, tatuado hasta las cejas, preparó todos los artilugios e hizo la peor pregunta de todas.

—¿Dónde se lo pondrá el señor *tiquismiquis*? —Archie encogió los ojos, molesto con ese mote y, aun así, para no seguir dando el espectáculo, calló.

—Donde no duela mucho y donde no pueda vérmelo —especificó serio y contundente.

Sin embargo, la mirada de Dina ante su respuesta le sacó un vuelco al corazón. Sus ojos se desviaron de los suyos con cierta culpabilidad y entonces, él respiró hondo haciendo de tripas corazón. Si lo pensaba bien, aquello era lo único que la joven le había pedido desde que se conocieron. Algo especial que hacer por y con ella así que tenía que cambiar la cara o sería una experiencia desastrosa y no como Dina se la habría imaginado.

—Aunque quizás —susurró agarrando a la peliblanca de la mano—, prefiero que esté cerca del corazón —las esferas celestes de la chica se alzaron hacia las suyas, sorprendidas.

Archie señaló con los dedos una zona debajo de la clavícula y encima del corazón.

—Aquí —Dina adoró de inmediato ese lugar tan especial, sin embargo, consciente de cómo era, sonrió con ternura antes de excusarle.

—Sabes que no tienes que hacértelo ahí si no quieres —se llevó un mechón de cabello blanquecino tras la oreja.

—Quiero hacerlo. Lo que sea. Por ti.

En ese instante, se miraron intensamente. Se emocionaron. Se sintieron imprescindibles y únicos para el otro... Había algo mágico entre los dos que era imposible expresar con las palabras apropiadas. Cada adjetivo se quedaba corto e insignificante.

Y cuando Archie se quitó la ropa, dispuesto a tatuarse a pesar del sudor frío que le recorría la piel, el tatuador abrió los ojos de par en par atónito.

—¡Qué barbaridad! —se le escapó aquella expresión que a ambos les hizo reír—. Sabía que sentados tendríamos mejores vistas —Dina se mordió el labio, con diversión, al verle tontear con Archie sin dudar—. Esos brazos son impresionantes. Ponte más derecho, a ver... —el tatuador analizó el cuerpo de Green sin disimulo y al ver cómo le comía con los ojos, incómodo de alguna manera, no sabía si por sus miradas o por el inminente pinchazo, intentó obviar ese tenso momento. Había estado con hombres que también jugaban con las mujeres con las que compartía cama, pero nunca se sintió objeto de deseo de aquella manera por ningún otro.

—Quizás, me he arrepentido de...

—¡Ni hablar! —se negó el tatuador.

—¡Pues corre! —le apremió Dina sin dejar de reír ante las expresiones que Archie puso durante los diez minutos que duró su pequeña tortura.

Casi una hora más tarde y anocheciendo, Archie y Dina salieron del local. Una orgullosa de lo que había conseguido y el otro evitando por todos los medios rascarse en el lugar donde se había hecho el tatuaje. Al final, no había dolido tanto como pensaba.

—¿Quieres que vayamos a cenar fuera? Es nochebuena —él asintió—. Te queda maravillosamente bien —la sonrisa de Dina le fascino y, cuando la joven le agarró de la mano premeditadamente, él la correspondió sintiéndose terriblemente feliz. No había nadie en el mundo a quién quisiera más. Jamás se había enamorado así de ninguna chica. Ella era todo con

lo que siempre soñó sin quiera saberlo.

Estaba totalmente rendido a sus pies.

Tras vestirse de punta en blanco y una cena navideña amena y distendida en la que no faltó conversación, ambos subieron al dormitorio con una botella de champán entre los dedos y un par de copas. Con la emoción y la diversión contenida delante de la gente, se miraban con ganas de devorarse. Así que, en cuanto entraron en el ascensor y comprobaron que estaban a solas, empezaron a besarse desenfrenadamente. Sin control.

Archie la acorraló contra la pared del elevador y ella, soltó un jadeo de la impresión, sobre todo, al sentir que sus dientes se apoderaban de su sedoso y fino cuello. Exaltada, notando la erección del moreno por encima del pantalón, llevó sus manos hacia los botones de la camisa del chico empezando a desabrochársela.

—Me calientas con mucha facilidad —sonrió ávido y seductor, entre besos.

—Yo ya estoy muy mojada —soltó ella atrevida y más excitada que nunca. Archie, con la botella en la mano y ansioso por ese comentario, le desató el lazo del cuello que abrochaba su vestido burdeos e iba a bajarlo para perderse en sus pechos desnudos cuando la puerta del ascensor se abrió.

Los dos, desviaron los ojos hacia ese lugar recolocándose un tanto la ropa bajo la atenta mirada de otra pareja que, curiosos, los siguieron con la vista mientras ellos corrían pasillo arriba perdiéndose en él, con el alcohol en mano, entre risas.

Una vez que llegaron a la habitación, sin perder tiempo, Archie dejó la botella y ella las copas quitándose los tacones. En todo aquel movimiento acelerado y apasionado de pies, manos y besos, Pook le desabrochó el pantalón quitándole el cinturón y él, atrapado por la excitación y en busca de placer inmediato, la sujetó de las piernas y la alzó cogiéndola entre sus brazos a horcajadas a la vez que se besaban una y otra vez con una rapidez abrumadora.

Devorándose. Calentándose. Deseándose...

Atraídos como un imán por sus miradas encendidas y sus lenguas en bocas ajenas, Dina soltó un gemido cuando él la apretó contra la pared subiéndole el vestido. Archie le dio un bocado en el labio inferior y acercándose a su oído susurró:

—Quiero empotrarte contra la pared... ¿te parecería bien? —preguntó con la sonrisa más atractiva y lasciva del mundo descendiendo una mano por la parte interna de sus muslos comprobando que la peliblanca estaba tan mojada que todos aquellos fluidos resbalaban por sus piernas, sin control. Le encantó que estuviese así de estimulada solo por él.

—¿A qué esperas? —en ese instante se dio cuenta de que Archie no tenía un preservativo puesto o a mano y que, si se alejaba de ella, rompería aquel momento tan caliente y pasional—. Por mí bien...

—¿Segura? —con la respiración a toda velocidad, Dina volvió a asentir regresando a su boca.

El deseo les encontró en aquel rincón del dormitorio que, de repente, empezó a caldearse. Sabiendo que ella estaba de acuerdo, Archie agitó las caderas cuando apuntó hacia el lugar exacto y, haciendo acopio de la fuerza de sus brazos la atrajo hacia sí clavándose en su sexo con energía. Dina cerró los ojos soltando un grito de placer y se agarró fuertemente a la espalda del chico, cuando aquellas embestidas se volvieron rápidas, contundentes y rítmicas.

Él entró y salió, dos..., cinco, diez veces... La enloquecía.

—Más..., quiero más —le pidió agarrando entre sus dedos todo aquel pelo negro como la noche, rizado. Sudaban—. Quiero más Eiden... —le susurró al oído siendo consciente de lo que decía—. Más...

Totalmente fuera de control al escuchar cómo pronunciaba ese nombre que había olvidado, Archie afianzó el vaivén introduciéndose con más energía en su interior. Lo hacía con tanta ansiedad que llegó un momento en el que ambos empezaron a jadear perdidos entre el movimiento, el calor, la respiración agitada y el corazón a toda velocidad.

Hasta que él llegó al clímax y ella, lo hizo con él. Durante unos segundos permanecieron quietos en aquella postura, tranquilizándose, y una vez vencidos, Green la bajó al suelo y él, apoyándose aún sobre la pared, intentó recuperar el ritmo normal de sus sentidos.

—Ha sido brutal —Dina se alzó de puntillas para besarle pensando en lo mismo.

—¿Champán? —Archie sonrió asintiendo antes de fugarse unos segundos al baño. En ese instante, Pook aprovechó para retirarse el vestido quedándose con su fina lencería rosada.

Cuando Green salió del baño y la vio sobre la cama con su cabello cubriendo, a medias, sus pechos desnudos y ofreciéndole una copa de suave champán supo que la noche sería intensa y divertida.

—Vamos a jugar al juego de las burbujas —le indicó al chico que se subió sobre el colchón en ropa interior, arrebatándole su cristal.

—¿Y a eso cómo se juega? —A Archie le encantaba ese tipo de atrevimientos por parte de la chica que, desinhibida, había empezado a disfrutar del sexo con él mucho más de lo que nunca habría imaginado.

—Tenemos que ver quién se resiste más a la seducción del otro mientras bebe. No vale tocar

ni besar, solo mirar —puntualizó resuelta y divertida. Esa idea indignó a Archie un tanto.

—No es justo. Juegas con ventaja. Te has quitado el vestido —ella soltó una melodiosa carcajada.

—Y tú estás en ropa interior también. ¿Crees que no eres apetecible? —Dina le guiñó un ojo y él sonrió—. Venga empieza tú —Green, que no estaba muy seguro de qué hacer dado que él nunca había intentado seducir de aquella manera tan intencionadamente, se limitó a beber mientras sonreía y la miraba como si quisiera arrancarle las bragas de un bocado. Dina sintió que se le aceleraba el corazón y en ese instante, ella, para seguirle el ritmo, le miró fijamente con un brillo lujurioso mientras bebía y, tras hacerlo, se relamía los labios. Archie sintió que volvía a endurecerse solo de imaginarse pegado a aquellos labios carmín, suaves y sedosos. De pronto se sentía horriblemente acalorado.

Con coqueteo, el chico se revolvió aquellos rizos y enseñando su blanca dentadura, volvió a beber sin dejar de mirarla con lascivia.

—Eres bueno —reconoció Dina completamente perdida en su mirada.

—Lo sé —en ese instante, haciendo acopio de su misma forma de seducir, la joven se echó hacia atrás la mitad de su cabello y al segundo, los ojos de Archie se perdieron en aquella parte de su piel completamente desnuda. Su pezón endurecido le dijo que estaba terriblemente excitada y eso, vigorizó aún más su masculinidad. Dina bebió cerrando los ojos con una sensualidad tremenda y a él se le secó la garganta cuando vio como algo de champán resbalaba por la comisura de sus labios perdiéndose en su escote—. Tengo ganas de chuparte —confesó y ella supo que había dado resultado—. Y... —se acercó—, deseo tocarte, besarte... Deseo comerme cada centímetro de tu piel, quiero metértela hasta el fondo mientras gritas de placer..., deseo hacerte el amor Di...

—Resiste —Archie se aproximó muchísimo a ella mientras le susurraba todo aquello con su voz ronca y melosa. Prácticamente les separaba un aliento y, observándola con el mayor deseo del mundo, dibujó una caricia por su cuello que no llegó a rozar su piel, antes de beber. Dina tembló. Esa cercanía. El calor que desprendía. Esa carantoña a punto de caramelo. Su corazón iba a mil por hora y sus esferas azuladas descendieron hacia su masculinidad. Lo deseaba con todas sus fuerzas, pero, no perdería—. ¿Quieres hablar de hacer cosas...?

—No me has prohibido decir nada... —volvió a beber sin dejar de sonreírle y ella notó que se humedecía mucho más si es que eso era posible.

Y en ese instante Dina, ávida, observó en el torso de Archie el tatuaje que se había hecho aquella tarde. Sin plástico, aunque con la crema y aún enrojecido, supo de su significado y su

motivación.

Sonrió por un segundo obviando la seducción, sintiéndose radiante.

—Te amo —sus esferas se elevaron hacia las de él, que la observaba totalmente sorprendido. Eso era una confesión importante—. Cada día, cada momento, cada segundo, me enamoro más y más y más..., de ti —ese tono de voz le puso a Archie los vellos de punta—. Eres todo lo que siempre he deseado. Tu cuerpo, tus vivencias, tu forma de ser... Me vuelves loca —Archie empezó a perder la compostura entre la cercanía y aquellas palabras tan terriblemente románticas que nunca, nadie, le había dedicado—. Daría mi vida por ti, por un futuro nuestro. Daría cualquier cosa por verte despertar cada mañana de mal humor y ver cómo me preparas un buen café con toda esa maravillosa melena revuelta mientras yo intento que sonrías de alguna forma poniendo *The Middle* de *Jimmy Eat*, a todo volumen —rio divertida haciendo que Green temblase de la propia emoción por todo lo que esa mujer le estaba diciendo convencida y sin dudar ni un ápice. Y entonces...—. Vive conmigo, Archie Eiden Green —le propuso dejándolo totalmente desarmado—. No quiero separarme o dormir sola ni una madrugada más. Quiero regresar a casa y que estés allí con una buena pizza y unas cervezas, preparado para hacer el amor una y otra vez, noche tras noche... —de repente, Dina alzó una de sus manos mostrándole una llave.

Archie la observó sorprendido, anonadado, sin entender nada de lo que estaba sucediendo. ¿Acaso le estaba pidiendo que vivieran juntos? Su corazón se sobresaltó. No sabía qué debía decir. Todo estaba pasando muy rápido y por algún extraño motivo, no le daba miedo avanzar de aquella forma si era..., con ella.

—¿Quieres?

—Di —la peliblanca se posó un dedo en los labios y bebió.

Entonces, justo en ese instante, totalmente impregnado y volcado en aquella propuesta tan arrebatadora e infalible, Archie se lanzó a sus labios para besarlos con amor, mimo y ternura. La quería. La amaba con toda su alma.

Sin embargo, al separarse de ella iba a decir algo cuando...

—Has perdido —susurró divertida dejándole totalmente a cuadros. El rostro de Green, desencajado, la miró sin entender absolutamente nada y Dina, al comprobar que podría colapsar mentalmente de un momento a otro, mencionó—: Has perdido el juego, pero —le cogió de la mano colocándole la llave sobre ella—, lo de vivir juntos es verdad —le cerró el puño para que sintiese el acero tan real como él mismo—. Cuando regresemos a Londres, si estás de acuerdo, me encantaría que vinieras a casa y te quedarás conmigo. ¿Qué me dices? ¿Es una locura verdad?

Los ojos de Archie viajaron hacia esa llave unos segundos y, al subirlos, sonrió feliz de oreja a oreja.

—Una extraña y atractiva locura —Dina se mordió el labio, entusiasmada con su afirmación.

—¿Pesabas que la sorpresa solo era el tatuaje? —ambos se echaron a reír mientras, dejando el juego a un lado, se besaban románticos y ardientes—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad —Archie sonrió encantado.

—Una familia puede ser algo muy complicado, pero si te encuentras con la persona adecuada tal vez sea...

—Muy sencillo —acabó él siendo consciente de cómo debía de hacerlo.

Dejando las copas y la llave a un lado, se envolvieron entre las sábanas, quitándose lo poco de ropa que llevaban encima. Allí, Archie se subió sobre Dina quién abrió las piernas para entregarse a él al instante. Le deseaba. Lo quería dentro de ella para siempre.

Los ojos de la joven viajaron desde sus brazos y subieron hasta el tatuaje. En su cuello llevaba el colgante que ella misma le había regalado por su cumpleaños. Sin duda, se había vuelto completamente loca. Acababa de invitar a un estudiante a vivir con ella sin que le temblase el pulso. Ya no le importaba nada. Solo deseaba estar con él.

Entregarse sin límites.

Vivir sin límites.

Como Daniel y Hona le habían enseñado.

Green se hundió en su cuerpo sonsacándole un gemido arrebatador. Desde arriba, la miró como si fuera su tesoro más preciado. Poco a poco, con una lentitud, una pasión y un amor sin igual que distaban mucho del momento en el que la había hecho suya contra la pared, Archie fue moviéndose sobre ella.

Fue haciéndole el amor con mimo mientras Dina se entregaba en cuerpo y alma a él sin dejar de mirarse o de besarse... Y la experiencia fue inolvidable.

Capítulo 25

Cuando Archie amaneció esa mañana y la vio encogida sobre sí misma mientras se dejaba abrazar por él, no dudó ni un segundo en acercarse a su nuca para saborear su olor y besar su piel desnuda.

Por primera vez en mucho tiempo se levantaba de buen humor el día de Navidad.

Dejándola dormir, después de aquella noche tan intensa y apasionada que habían disfrutado, se levantó para darse una buena ducha caliente. Necesitaba destensar los músculos. Tras hacerlo, salió del baño percatándose de que Dina había ocupado toda la cama en su ausencia. Sonrió divertido secándose el pelo con una toalla y en ese instante, se fijó en la llave que había sobre la mesita de noche. Caminó hasta cogerla acariciando entre sus dedos el metal, ampliando aún más la línea curva de sus labios. Su corazón latía con fuerza, feliz.

Parecía que nada ni nadie podía enturbiar aquella paz.

Así que, aprovechando esa noticia que Dina le había dado, tuvo una gran idea sabiendo que ese día pisaría de nuevo Inverness. Quizá fuese algo terriblemente descabellado, pero tal y como estaban las cosas, no se imaginaba vivir en un mundo sin ella. Debía de preparar el plan a la perfección.

Confiado, se sentó en la cama y apartándole el cabello del rostro, le dio un tierno beso en la frente. Nada más hacerlo, Dina abrió los ojos topándose con los suyos.

—Buenos días, señor Green —susurró divertida.

—Buenos días, señorita Pook —ese buen humor por su parte la hizo sonreír y acercándose a sus labios, los besó ligeramente.

—Tienes que esperar a que me lave los dientes y a que me dé una ducha si quieres seguir —rió la joven enrollada en aquellas sábanas blancas.

—Esperaré ansioso —Pook se levantó airoso y fue corriendo al baño para cumplir con sus misiones a toda prisa. No quería perderse el acercamiento mañanero.

Y mientras aguardaba, Archie cogió por fin su móvil para ver qué se cocía entre sus amigos a los que llevaba sin ver desde el jueves. Vio que, aparte de las bromas de siempre, en los dos últimos días no tenía nada más salvo un mensaje privado de Daiki. Sin pensarlo lo abrió. Sabía que su amigo llevaba semanas preocupándose por él al no verle tan a menudo como antes y supo

que tenía que darle una buena explicación en cuanto llegase a Londres, sobre su ausencia. Eran tan íntimos que ambos se lo contaban todo, se lo decían y confesaban todo, por lo que debía de hacerlo. Daiki siempre había sido como un hermano para él.

Por lo tanto, tarde o temprano tendría que contarle su historia con Dina de principio a fin y lo que pensaba hacer en poco tiempo. En el fondo, quería que también disfrutase de su propia felicidad.

«¿Dónde te has metido? Te estuvimos esperando anoche, ¡Feliz Navidad!»

Leer aquello último le hizo sonreír. Daiki siempre estaba muy pendiente de él desde que le conocía. Había sido un gran apoyo en sus momentos más complicados.

«Estoy en Edimburgo». Respondió. «Como todos los años en realidad».

«Cierto, se me había olvidado». Contestó su amigo al momento.

«Aunque este año es distinto. He venido con ella». Le dio a enviar y al ver a Shinto en línea, esperó su respuesta con el chat abierto.

«¿Con ella? ¿Cuándo piensas presentármela? Tendrás que hacerlo tarde o temprano, encubrirte con el grupo ya no está siendo tan sencillo como antes...»

Su último emoticono de resignación le hizo reír. Se imaginaba a aquella panda de cotillas asaltando a Daiki sin contenerse.

«Quedemos el lunes después de las clases. Te contaré lo que pueda. Además, necesito que me ayudes con la mudanza. Me voy a vivir con ella en cuanto volvamos».

En Londres, Shinto abrió sus esferas azuladas de par en par al leer ese último mensaje. ¿Acaso su amigo se había vuelto completamente loco?

«¿Estás seguro de que quieres dejar ir a todas las chicas que te quedan por explorar de la ciudad?» Archie volvió a reír.

«Ella es un soplo de vida».

«Eso es muy grande amigo. Espero que sepas lo que haces y que no sea algo complicado.» Leyó.

—Sí que es terriblemente complicado —susurró enviándole un emoticono de carcajadas sin responderle realmente lo que pensaba sobre eso.

«Tranquilo. Hablamos. Divertíos en Camden hoy».

Nada más enviar ese último mensaje, Dina salió del baño soltando un delicioso suspiro plagado de satisfacción. Archie sonrió atrevido. Aquella diminuta toalla que cubría su cuerpo no

dejaba nada a la imaginación y, sediento de deseo, gateando por la cama, llegó hasta ella y la sujetó del trasero, acercándola a él. Pook, con una espléndida sonrisa, envolvió sus dedos en su cabello rizado y húmedo y él, dándole un tirón a aquella toalla, desnudándola, perdió su boca en su sexo, excitado.

Dina gimió sosteniendo con más energía su melena oscura. La lengua de Archie jugaba con su clítoris sin contemplaciones y sus manos se perdían entre sus labios hundiéndose en su interior. Dina se mordió la boca caliente, mojada y con ganas de más.

—¿No había que coger un tren? —preguntó sintiendo cómo le temblaban las piernas ante aquel placer tan intenso.

—Puede esperar media hora más —Archie la agarró para que se sentase a horcajadas sobre su erección dura y caliente y, con una sonrisa cómplice entre besos chispeantes, se hicieron el amor una vez más...

Cuando ambos salieron del tren en Inverness rozaba la hora del almuerzo. Así que pasearon por sus bonitas calles de cuento yendo directamente al centro para picar algo.

—¡Me moría de hambre! —apuntó Dina llevándose un trozo de pizza a la boca. Estaba encantada con aquel manjar.

—Ha sido una lástima perdernos el desayuno —expresó Archie.

—¿Seguro? —ella, con su preciosa sonrisa, le miró pensando en las veces que había compartido cama con él esa mañana antes de llegar allí.

—En realidad no —negó el moreno divertido recordando exactamente lo mismo.

—¿Qué plan tienes?

—Bueno, siempre paso por mi casa el día de Navidad así que iremos allí antes de subir al castillo —dijo con la mayor normalidad del mundo sorprendiendo, no obstante, a la muchacha.

—¿Por tu casa? —él asintió bebiendo un poco de cola.

—Evidentemente no vive nadie allí, pero cuando vengo todos los años, suelo dar una vuelta —comentó bajo la atenta y curiosa mirada de Dina, quién parecía estar descubriendo muchísimas cosas nuevas sobre él.

Al acabar de almorzar, pasearon por las avenidas de Inverness alrededor del río Ness mientras Archie iba explicándole las historias y leyendas de la ciudad. A medida que caminaban, ella se interesaba más por su mundo y los misterios de las Highlands y él, por el contrario, iba

poniéndose más y más nervioso.

Regresar a esa casa, donde había vivido con su hermana y sus abuelos era algo terriblemente doloroso y, aunque pasasen los años, era incapaz de obviar esa desazón. Aun así, debía de hacer de tripas corazón. Necesitaba encontrar algo entre todas las cosas de su abuela. Algo que quería darle a Dina en algún momento más pronto que tarde y tenía que ser de ella y de nadie más.

—Es aquí —Archie detuvo sus pasos frente a una verja con un descuidado jardín. Los ojos de Pook recorrieron aquella casa de arriba abajo siendo consciente de lo bonita y acogedora que parecía desde fuera a pesar de que estaba totalmente abandonada.

Green abrió la verja con unas llaves que sacó de su abrigo y ambos atravesaron la hierba verde y deshilachada. A medida que avanzaba, Archie sentía que el pellizco de su garganta crecía y crecía sin parar hasta que, sin poder remediarlo, tuvo que detenerse unos segundos para respirar hondo e intentar calmarse.

Dina se volvió hacia él al ver que no le seguía. Le observó inquieta.

—¿Estás bien? —él contuvo el aliento una vez más antes de asentir.

Caminando hasta llegar a la puerta, el chico metió otra de las llaves en la cerradura tragando saliva pesadamente. Le temblaba todo el cuerpo, pero esta vez, ni siquiera Pook se dio cuenta de ello.

En cuanto abrió, el olor a cerrado, a humedad y a antigüedad les envolvió. La preciosa escalera frente al vestíbulo daba sensación de amplitud y lujo. Los muebles estaban tapados con sábanas. El suelo había perdido su brillo debido al polvo. Las telarañas iban y venían y, a pesar de que entraba la luz del sol por algunas zonas, la naturaleza había seguido su propio curso a través de los cristales rotos. Sin saber por qué, ese extraño lugar, le dio a Dina una sensación repleta de calidez.

—Parece que todo sigue igual —escuchó decir al chico que se adentró en el salón abriendo una puerta que había al fondo.

—Es una preciosidad. ¿Por qué no la vendiste? —preguntó la peli blanca observando curiosa y embelesada, el ambiente—. Parece que en otra época era un bonito lugar para vivir.

—Demasiado papeleo —dijo Archie de fondo descolgando un cuadro de la pared de uno de los saloncitos. Parecía que en otro tiempo había sido un reconfortante despacho. Esa respuesta hizo reír a la joven.

—Habrías sacado una fortuna.

—Ya tengo una fortuna —confesó abriendo la caja fuerte. Tras ella, revisó las pocas joyas que

quedaban hasta que dio con la caja que quería. Sonrió entusiasmado cuando vio, por fin, el magnífico anillo de su abuela.

—¿Qué clase de fortuna? —la voz de Pook se alzó lo suficientemente cerca como para saber que había entrado en la habitación. Rápidamente Archie se guardó el anillo y siguió analizando la caja fuerte, disimulando.

—Mis abuelos tenían una herencia muy bien guardada para nosotros. Evidentemente iba a ser para los dos, pero como me quedé solo pues... —en ese instante, Dina observó su espalda con cierta tristeza. Aún tenían un tema que tratar.

—¿Qué ocurrió? —la joven se aproximó a él aún más—. Con tu hermana...

En ese instante, Archie dejó de remover cosas y, deteniéndose sin ser capaz de girarse hacia ella, soltó un largo y denso suspiro.

—Cáncer —soltó sin más. De una sola sentada. Y sintió una punzada retorcerse en su pecho y a la vez, un enorme halo de paz, envolver cada parte de su ser. Jamás lo había mencionado así, en voz alta. Enfrentándose a esa dolorosa enfermedad que se lo había arrebatado todo—. Galopante. Rápido y brutal.

El olor a anestesia, analgésicos, morfina..., la visión de aquella niña pequeña en una cama de hospital rodeada de cables. Delgada. Consumida. Sin vida.

Archie cerró los ojos notando un ligero mareo mientras trataba de volver a respirar. Arrugó la nariz buscando una forma rápida de apartar todas aquellas horripilantes emociones.

—Lo siento. Lo siento muchísimo... —él contuvo la angustia como pudo dejándola a un lado, vencida, y exhaló rendido.

La sonrisa de Laren recorriendo aquellos pasillos, su voz resonando entre aquellos muros... Las esperanzas, las ilusiones de un futuro diferente a esa infancia tan complicada que les había tocado vivir, resonaron en ecos pasados que nunca volvería a sentir.

—Ha pasado mucho tiempo. Me he adaptado, aunque no lo he olvidado. Así que, no debes preocuparte.

—De todas formas, es un momento cruel, despiadado e injustificable para un niño. El destino no debería de implicarles nunca en acontecimientos que escapan a su comprensión.

—El destino nos ha arrebatado cada parte de nuestro todo —Archie acarició la caja del anillo de su abuela, pensando, nostálgico, en su infancia, en el duro camino que había recorrido para ser mejor que sus predecesores—. Nos ha quitado vida para darle luz al cielo. No puedo creer en él.

Dina se acercó hasta colocar una mano sobre su hombro. En ese instante, el chico se guardó la

cajita en el bolsillo del abrigo.

—Cree en nosotros que nos hemos encontrado para superarlo. Juntos —Green asintió. Sus palabras tenían la capacidad de reconfortarle mucho más de lo que hubiese imaginado.

—Gracias —Dina se echó a sus brazos aferrándose a él como si deseara arrancarle el dolor tal y como él lo había hecho el día que le confesó lo de su antigua pareja.

Ambos sonrieron.

Todo parecía efímero. Volátil. Étereo. Todo salvo aquella casa plagada de recuerdos. Aquel lugar impregnado de soledad. Una que se asemejaba con todo a cómo se había sentido su corazón todas las Navidades desde que perdió a Laren aquel mismo día hacía diecinueve años.

Aquello le había borrado la sonrisa. Había hecho que tuviese ese lado triste y melancólico. Había fomentado la idea de ser médico algún día. Alguien que pudiese salvar a una niña indefensa de un destino terrible. Alguien de quién Laren pudiese estar muy orgullosa

Capítulo 26

Al salir de su casa, durante toda la tarde, Archie viajó con ella por cada rincón de la ciudad e incluso cogieron un barco que les dio un paseo al atardecer por el Lago Ness. En ese ambiente distendido, mientras los dos permanecían sentados en un banco en la proa del barco con el viento de frente y el olor a agua dulce, a Archie se le ocurrió empezar a encaminar cierto tema que tenía pensado abordar la próxima semana en Londres.

Sentía que debía recomponerse. No podían marcharse de la ciudad con ese sabor agridulce que su historia familiar les había dejado en los labios.

Así que debía de buscar un momento único y especial pero antes, deseaba saber qué pensaba ella acerca de un compromiso así.

—Oye Di... —susurró observando de reojo a la joven tomarse con gusto aquel chocolate caliente mientras el Lago se extendía ante sus ojos—. ¿Puedo preguntarte algo un poco extraño? —ella alzó sus esferas azules hacia él, intrigada. Archie sonrió.

—¿Es sexual? Si tu idea es jugar en este barco, no creo que vaya a estar por la labor, ya se mueve demasiado—. Al escuchar su respuesta, el chico se echó a reír sin dudarlo ni un solo segundo. Estaba claro que Dina tenía una percepción muy atrevida de él.

—No es sexual —expresó aplacando sus carcajadas—. Pero me alegra haber dejado esa huella tan morbosa en ti —sonrió de medio lado con cierta picardía. La joven le dio un golpecito en el brazo con el puño y las mejillas encendidas.

—¿Qué es entonces? —le miró a los ojos. Archie había dejado las bromas a un lado y estaba dispuesto llegar hasta el final con aquel tema de conversación.

—Dina, ¿serías capaz de casarte conmigo algún día?

Aquella repentina pregunta, sincera y abrumadora sobresaltó el corazón de la peli blanca que, durante unos minutos, entrecerró los labios completamente anonadada. ¿Había oído bien? ¿Archie le había preguntado por...?

—¿Casarnos? —inquirió al fin, intentando volver a la tierra. Green asintió decidido—. ¿Hablas de matrimonio?

—Supongo que cuando la gente se casa, contrae por extensión, matrimonio —dijo divertido intentando relajar el ambiente. Ella se había tensado en exceso según su opinión—. No pienses

en ello como una petición formal porque no he hincado la rodilla con un anillo repipi en la mano. Más bien, imagínate la respuesta —Dina, que le había desviado la mirada unos segundos, confusa, volvió a él.

—Bueno pues... —tanteó el terreno—, no sabría qué decir.

—¿Por qué? —él iba directo al grano, sin filtros, y a pesar de que no se lo estaba pidiendo realmente, eso hizo pensar a Dina que estaba tramando algo.

—Pues primero porque apenas nos conocemos de hace unos meses, en realidad. Segundo porque mi trabajo no sé si me permitiría algo así y tercero... —Dina se mordió el labio dudando si decir lo que pensaba o no, pero al final, lo soltó sin más—, eres muy joven para pensar en casarte. Tienes toda la vida por delante para experimentar y...

—Puedo ser muy joven, pero ya he experimentado bastante —la interrumpió Archie sin dejar de mirarla confiado—. He decidido que solo deseo estar contigo, ¿tan malo sería? —arqueó las cejas, expectante.

—Pues... —se llevó un mechón de cabello tras la oreja, respiró hondo, inquieta. Esa conversación tan repentina la estaba poniendo nerviosa—, no es que sea malo, pero...

—¿Me quieres? —Green insistió.

—Claro que sí.

—¿Y piensas que esto puede acabar algún día? —preguntó el chico arrugando el ceño.

—Si fuera por mí, ya sabes que no. Sin embargo, somos de mundos distintos y tarde o temprano descubrirán lo hay entre nosotros y entonces... —susurró la joven aturullada, esa era una de sus mayores preocupaciones. Algo sobre lo que él nunca había estado de acuerdo.

—¿Y qué más da si se enteran? Tenemos derecho a ser felices y estoy dispuesto a dejarlo todo por ti de ser necesario. No quiero nada más. Haría cualquier cosa por quedarme contigo —esa afirmación asustó a Dina más de lo que pensaba. Por un segundo, negó y pareció centrarse en lo realmente importante. Por desgracia, le tocaba ser la adulta responsable otra vez.

—No puedo sacrificar tu futuro por una relación, Archie. No me lo perdonaría ni como mujer, ni como docente, ni como alguien que te quiere y te aprecia muchísimo en todos los aspectos —en aquel instante, él soltó un resoplido agotado, apartando sus ojos de ella.

Al frente, el Lago Ness se alzaba en todo su esplendor y el vientecillo del barco le revolvía cabello rizado con gracia. Dina observó el perfil del chico, inquieta. Sabía que poner cordura en Archie podía significar controversia.

—En ese caso... —murmuró tras un rato de silencio—, ¿hacia dónde vamos? —Pook contuvo

el aliento, pensativa, ideando una respuesta a su pregunta. Dejó a un lado el chocolate.

—Supongo que hacia delante. Vivimos el día a día —le agarró de la mano entrelazando sus dedos con los de él. El moreno observó aquel gesto entristecido.

—No quiero que vivamos juntos cuando volvamos a Londres si la opción es romper en algún momento —Dina respiró hondo. En ese sentido, Archie tenía razón.

—No quiero romper contigo, pero casarse es un compromiso muy serio. ¿Por qué no vemos primero qué ocurre si el resto del mundo se entera de esta relación y luego vemos qué pasa? —sugirió la joven acercándose a él un poco buscando sus ojos verdes. Deseaba tomar contacto visual a toda costa. Solo así, era capaz de saber qué podía estar pasando por la mente del chico. No obstante, él se esforzaba en evitar mirarla—. Eiden...

—No me llames así, por favor —Archie le soltó la mano levantándose de su asiento. En ese instante, al ver cómo se alejaba de ella, Dina soltó un largo y resignado suspiro. Sabía que llegaría el momento en el que las cosas con él se complicarían un poco. Hablar de aquellos temas siempre había sido motivo de desacuerdo o controversia entre ambos.

—Me dijiste que era mejor para ambos no ponernos etiquetas —al oírla, Archie frenó sus pasos. Se volvió hacia ella.

—Lo dije cuando pensaba que no sería capaz de poner en orden mis ideas, a mí mismo. Pero ahora..., nunca he tenido tan claro nada como esto —se refería a ellos, Dina lo sabía—. Tu quisiste que fuésemos exclusivos. Me tienes a tus pies. No puedo dejar de pensar en ti. En lo que sería compartir el mundo contigo. En lo que curaría que fueses mi Navidad cada año. ¿Querías amor? Pues, de pronto, lo tengo a raudales. Pero —Dina le miró con los ojos enrojecidos por unas lágrimas que se negaban a salir—, no quiero dar otro paso si no hay algo más. Ahora soy yo quién necesita sujetarse con seguridad, Di. ¿Lo entiendes?

Dina asintió y, aun así, nunca imaginó que Archie, precisamente, quisiera tanto de ella.

El silencio hacia Edimburgo esa noche fue peor que una buena discusión. A pesar de que Dina quiso entablar algún tipo de diálogo con él, Archie no estaba por la labor. Era escueto en sus respuestas y parecía no tener ganas de pensar.

Durante el camino en tren, incluso, se quedó dormido sin siquiera probar bocado del sándwich que le había comprado en la cafetería. De repente, Dina le sentía como un completo desconocido. Nunca había visto al moreno comportarse así con ella. Con él todo eran sonrisas, bromas, cariño y amor. Verle actuar de esa forma la desconcertaba y no sabía qué hacer para que dejara a un lado su hermetismo. Dijera lo que dijera, Archie parecía no querer hablar de nada.

Cuando se bajaron del tren, insistió en ir a cenar algo, pero él seguía sin tener hambre, de

manera que caminaron en silencio y distanciados por las calles de la bonita ciudad hasta llegar al hotel. Una vez allí, Archie se metió en la ducha y Dina se echó en la cama desesperada. El tiempo que el moreno estuvo bajo el agua, ella se cambió y aprovechó para beberse una copa de champán que había quedado del día anterior mientras revisaba su móvil.

Hasta que se le ocurrió otra estrategia. Si no quería hablar, quizás interviniendo físicamente lograra conseguir algo.

—Archie —llamó a la puerta del baño, lanzada—, ¿puedo entrar? —él no contestó y, aun así, abrió sin pensárselo. Sus ojos se fijaron en su cuerpo desnudo de espaldas mientras el agua caía por su piel. Se mordió el labio excitándose por inercia y quitándose la ropa, se adentró en la ducha.

Deseaba abrazarle. Deseaba tocarle, mirarle, besarle, estar a su lado piel con piel.

Quería disculparse, sentirle de alguna manera. Deseaba, en el fondo, ser tan despreocupada como él. Como si ese futuro complejo y probablemente cercano, nunca fuese a llegar.

Aunque por desgracia, no sería así.

—Archie... —le nombró rodeando con sus brazos su cuerpo. Sus manos se fundieron con aquellos duros pectorales, pegó la frente en su espalda sintiendo el agua cálida empaparle el cabello y él, pareció reaccionar a ese contacto por fin—, lo siento —susurró notando la tensión de los músculos del chico—. No es que no quiera casarme contigo —empezó a hablar del tema en cuestión rezando para que no la dejase allí sola con la palabra en la boca—. Lo único que deseo es hacerlo bien —explicó—. Quiero esperar a que termines de estudiar, quiero que mis amigos lo sepan con tranquilidad, quiero que primero vivamos juntos para ver qué tal nos va. Quiero casarme contigo cuando toda esta locura no exista, cuando seamos una pareja normal sin tener que estar escondiéndonos de nadie. No me ha importado la edad, nunca, a pesar de lo que siempre he dicho —Dina sintió que ese nudo en su pecho se deshacía en lágrimas—. Cuando hablo de mundos diferentes es una simple excusa porque en realidad, me da miedo lanzarme de una forma tan directa y segura como tú. Yo no tengo tu arrojo en ese sentido. Siempre me he pensado las cosas demasiado —la joven esperó una respuesta que no llegó, así que continuó hablando—. Al igual que tú..., también tengo miedo de crear vínculos —confesó—. Cuando perdí a Daniel creí que sería incapaz de volver a estar con ningún hombre, pero luego apareciste, esa tarde, derribando cada muro y..., pensé que todavía había cierta esperanza. Eres mi mejor versión y —Pook fue descendiendo sus manos por su cuerpo, tras ella, Archie que la escuchaba atentamente respiró hondo relajándose—, ...te quiero —Green sintió un vuelco en el pecho—. Te amo con todo mi corazón. Haría lo que fuera por ti. Incluso si por eso, debo esperar y sobrepasar cientos de obstáculos para tenerte por entero conmigo algún día, para siempre.

Dina se sorbió la nariz acongojada. Ella no era romántica, pero a veces, necesitaba soltar todas aquellas bonitas palabras de amor solo por buscar su comprensión.

—Te amo —repitió—. Te amo. Te amo...

En aquel instante, Archie se volvió hacia ella y, con ímpetu, la pegó contra la pared mirándola a los ojos, intimidante. Dina, se mordió el labio y sintió que su corazón comenzaba a bombear intensamente cuando el chico dibujó en sus labios la sonrisa más bonita y esplendida que había visto jamás.

Sin decir nada, Archie sumergió las manos en su cuello y la besó enérgicamente. Hundió su lengua en su boca profundizando todo lo posible el contacto. Deseaba devorarla, hacerla suya solo con aquel simple beso.

Y lo consiguió.

Entregada por completo, Dina le agarró del trasero mientras le quitaba el aire de los labios y jadeó al sentir su dura erección contra su vientre.

—Te quiero dentro —susurró contra su boca encendida, excitada y él, obedeciendo sin chistar, se alejó y la giró colocándose tras ella.

—Aquí... —musitó el moreno rozándole el clítoris endurecido a la vez que le mordía el hombro.

—Sí... —Dina inclinó el cuerpo hacia delante sintiendo que el agua de la ducha precipitaba contra su piel con más incidencia. Apoyó las manos en la pared. Archie apuntó hacia su sexo y se clavó en ella con una enérgica embestida. Dina gritó de placer sintiendo que sus fluidos se deslizaban entre sus muslos mezclándose con el agua de la ducha.

La joven había llegado al orgasmo solo con aquel primer empuje y Archie que lo había notado, sonrió complacido.

—¿Quieres que me mueva o prefieres follarme? —agarrándola de la cintura el chico susurró aquello en su oído con el tono de voz ronco y meloso.

En ese instante, perdida por completo en aquel ambiente terriblemente erótico, Dina empezó a mover las caderas sin pudor. Archie cerró los ojos, embriagado de placer. Adoraba tener sexo en la ducha y si era con ella, le gustaba aún más.

—¿Así está bien...? —preguntó Dina sin dejar de moverse hacia delante y hacia atrás —. ¿Te gusta?

—Me encanta —Green se mordió el labio extasiado con el movimiento de la joven sobre su endurecida masculinidad hasta que llegó un punto en el que su impulso le pidió tomar cierta

iniciativa.

Perdido por el momento y saliendo de ella, apagó el grifo y, besándola fogosamente abandonaron la ducha completamente mojados. Él la arrastró hasta la cama y allí, se subió sobre su cuerpo sin dudarle. Dina abrió las piernas dejándole entrar.

Las embestidas se sucedieron con más ímpetu que antes.

Una..., dos..., cinco..., doce..., veinte...

El placer era inexplicable, sobrecogedor. Entre besos, mordiscos y gemidos, se hicieron el amor hasta que Archie llegó al clímax y ella sintió como se dejaba llegar a su lado.

Cuando Green pudo recomponerse, aun mojados por esa ducha a medias, ambos se tumbaron en la cama intentando recuperar la respiración. Había sido alucinante.

Y entonces, él la miró a ella, enloquecido de amor.

—Dina —las esferas azuladas de la chica se clavaron en él—. Te quiero.

Al segundo, Pook sonrió feliz y entusiasmada.

—¿Me esperarás? —se incorporó echándose sobre él, un poco. Aún respiraba entrecortadamente, pero enamorada como nunca lo había estado de nadie, le apartó algunos de aquellos rizos empapados de la frente esperando expectante su respuesta.

—¿Y tú a mí? —sin dudarle, Dina asintió acercándose a sus labios para besarlos con devoción y ternura—. Siento cómo me he comportado contigo al regresar.

—Ya hablaremos de una buena compensación—susurró guiñándole un ojo y riendo y contagiándole al instante.

—Acabemos con esa ducha, sequémonos para no resfriarnos. Luego te prometo que no te dejaré dormir en toda la noche —Archie rozó la mejilla sonrosada de la mujer de su vida—. ¿Ves cómo yo también puedo ser el adulto de la relación? No dejo de preocuparme por tu salud y por tu bienestar sexual —bromeó haciéndola reír de nuevo.

Ahí estaba el Archie de siempre y esa simple idea, la relajó.

—Escucha —musitó antes de apartarse de su lado—, no sé qué dirección tendremos que tomar, cuántos obstáculos tendremos que saltar o cuántas veces nos desviaremos del camino adecuado para conseguir llegar a esa boda, pero te aseguro que llegaremos y será alucinante. Porque somos...

—Nosotros —Archie sonrió pidiendo con todas sus fuerzas que el tiempo se detuviese en aquel momento y lugar. Nunca había sido tan feliz.

Dina le daba la vida y así se sintió el día que llegó a su casa la semana siguiente con un par de cajas y una maleta.

—Bueno, como tenemos que hacerlo poco a poco, lo mejor es que traiga las cosas con tranquilidad —apostilló tendiéndole a Dina una de las cajas mientras ambos avanzaban hacia el interior de las habitaciones.

—¿No es en realidad que no tienes coche para traerlo todo? —bromeó la joven haciéndole sonreír. Estaba clara su intención de meterse con él.

—¡Claro que no! Le tengo cariño a mi apartamento y quiero despedirme de él en condiciones —esa excusa dibujó una preciosa carcajada en ella.

—Me lo imagino —soltó la caja sobre el tocador—. Mira te he despejado esta parte del armario —Dina abrió una de las puertas del enorme vestidor—. ¡Chan! Y... —avanzó entusiasmada hacia la cómoda—, te he dejado dos cajones —asintió orgullosa de sí misma. No obstante Archie, al ver aquellos huecos diminutos, esbozó una expresión de circunstancia.

—Qué generosa —ironizó bromista.

—¡Por supuesto! Vamos, guardemos tus cosas, voy a preparar pasta para cenar —de repente, aquel acento italiano que encandilaba a Green le pareció un sueño hecho realidad.

Entre los dos colocaron la ropa y las cosas que Archie había llevado a la vez escuchaban y bailaban a su manera, entre risas, *Shake it Off* de Taylor Swift.

Y mientras lo hacían, el chico sacó de su neceser la caja con el anillo de su abuela sonriendo, con las pulsaciones del corazón a toda velocidad. Siendo consciente de lo que iba a pasar, sin pensarlo dos veces, respiró hondo y abriendo la cajita se volvió hacia Dina que hablaba y hablaba sobre la universidad hasta que lo vio...

Nada más fijarse en lo que Archie tenía entre las manos, sintió que se le cortaba la respiración. Su alma había dado un vuelco. Abrió los ojos de par en par totalmente anonadada. Se llevó los dedos a los labios de la impresión.

—Eiden...

—Algún día —murmuró acercándose a ella para mostrarle más de cerca el anillo—, quiero que te cases conmigo. Me da igual que pasen meses, años o siglos mientras sea en esta maldita vida. Quiero que seas mi mujer. Lo supe desde el momento en el que te vi en la cafetería por primera vez. Así que... —bajo el asombro de la peli blanca, Green le agarró la mano izquierda y sacando el anillo de la caja, se lo colocó en el dedo anular con delicadeza sin dejar de sonreír—,

espero que en ese momento también me digas que sí.

Dina lo observó temblando, notando cómo unas pequeñas lágrimas de la propia emoción se perdían por sus mejillas.

—Era el anillo de compromiso de mi abuela —le explicó sujetándole la mano—. Cuando fuimos a mi casa en Inverness..., iba a por él entre otras cosas —confesó su fechoría.

—¿Y quieres que te diga que *no* después de haberme colocado en la mano el anillo de tu abuela? Eso es trampa —Dina se apartó las lágrimas haciendo reír al de ojos verdes como la hierba en primavera.

—Por eso lo he hecho. Para que no pudieses negarte —la abrazó y ella, con una espléndida sonrisa se alzó de puntillas, le besó y se dejó abrazar.

—No hay nada mejor en el mundo que pasar el tiempo en brazos de mi futuro y joven marido —Dina soltó un largo suspiro repleto de satisfacción—. Quiero quedarme para siempre así, ¿puede ser? —él la apretó entre sus brazos.

—No me moveré ni un ápice, aunque quiera con todas mis ganas cenar esa fabulosa pasta que piensas hacer. Así que, deseo concedido —sonrió y ella rio.

—Mi respuesta es sí. Siempre será, sí...

Capítulo 27

La amistad.

Ese cúmulo de confianza, de caminos que se encuentran entrecruzados, conectando inefablemente.

Ese mundo cargado de emociones y sueños compartidos, de alegría, de sonrisas y carcajadas sin control. Repleta de viajes inesperados, copas a medias y largos paseos caminando. Custodiada por las horas intempestivas intentando resolver todos los problemas del mundo, por un café que evita la soledad. Un consejo bien guardado. Un abrazo reconfortante bajo el sol resplandeciente o en un día gris y penumbroso.

Amistad. Esa conexión inexplicable, sincera y en algunos casos, eterna.

—Por todos los dioses, Archie —Daiki abrió sus ojos de par en par, estupefacto, aturdido. Sin dar crédito a sus afirmaciones—. ¿Es que te has vuelto completamente loco?

Su amigo, entrelazó los dedos de sus manos, observándole sin amedrentarse lo más mínimo.

—No. Es lo que hay —sentenció.

—¿Lo que hay? ¿Te has parado a pensar siquiera en lo que significa lo que estás haciendo? —Archie resopló. Odiaba que él, precisamente, le diera una visión demasiado objetiva de su propia realidad. Pero era Daiki. Podía permitirle muchas cosas.

—¿Y qué estoy haciendo? No lo provoqué. Simplemente pasó. Que sea mayor que yo, no significa que...

—No es la edad —le cortó Shinto sentado en ese sillón justo al lado del sofá, en el apartamento de Archie. Todavía le quedaba mucho que empaquetar para poder mudarse del todo con ella—. Es su trabajo. Su profesión. Va en contra de la ética de cualquier institución educativa.

—Eso es absurdo, no le estamos haciendo daño a nadie.

Daiki chistó revolviéndose su melena castaña, azorado. Convencerle de que hiciese lo correcto sería imposible si el moreno había tomado una decisión de aquel calibre. Sin embargo, lo intentaría todo lo que pudiera.

—Archie, ella se está jugando su profesión y tú, tu futuro.

—Hay miles de universidades.

—¿Y para ella? Si la echan por algo así, si se enteran..., ¿crees que la contrataran en otra parte? ¿Te has detenido, por un momento, a analizar las consecuencias reales de esta historia? —al oírlo, Archie contuvo el aliento sin apartar la mirada de sus ojos. Esa idea la había pensado en más de una ocasión, no obstante, también creía que vivía en una sociedad moderna donde ciertas prácticas no eran tan cuestionables.

O tal vez...

—Estás en un país donde la apariencia, el deber y acatar las consecuencias de incumplir cualquier norma, son la base de toda su cultura y tradición, prácticamente —siguió el de ojos azulados—. No niego que la quieras. Que sea la única mujer de la que te has enamorado hasta ahora. Pero..., ¿has pensado en ella a lo largo de ese proceso? ¿En lo que supondría tenerla enganchada?

Archie le apartó la mirada, esta vez, lanzando un largo suspiro de entre sus labios. No. No lo había pensado con claridad o al menos, no con la suficiente frialdad. Estar con Dina, nublaba del todo su razonamiento la mayoría de las veces.

—Solo tenemos que esperar a que acabe con los estudios. Después, podremos hacer lo que queramos.

—¿Y estaréis más de dos años a escondidas? Eso es imposible Archie. Incluso para tus habilidades. Tienes demasiada fama como para ir por ahí pasando meses desapercibido. Tarde o temprano, alguien os verá —Daiki resopló echándose sobre el respaldo del sillón como si estuviese librando una batalla abrumadora.

Archie contuvo el aliento.

—En el *Loft* ya sabe todo el mundo que estás con alguien y el aspecto que tiene. ¿Crees que Dina no destaca por su color de pelo por ejemplo? Sally lo sabrá en cuanto vaya. La reconocerá. No hay muchas mujeres como Dina.

—Eso es cierto —Archie sonrió pensando en ella—. No las hay.

Daiki lanzó un largo suspiro y le miró más frustrado que nunca.

—Ojalá pudiese apoyarte incondicionalmente, de verdad —claudicó relajando el enervado tono de voz que había usado hasta ese momento—. En realidad, me alegra que por fin hayas encontrado a alguien a quién querer, proteger y mimar, pero...

—Pero soy un egoísta —su amigo alzó la mirada hacia él—. Un egoísta que solo ha pensado en sí mismo y no en ella —resopló—. Sin embargo, alejarme de Dina sería devastador.

—No lleva unos meses muy buenos... —Archie negó.

—No puedo partirle el corazón de esa manera. No puedo mentirle o fingir que no siento nada después de lo que hemos vivido. Sería incapaz. Así que puedo razonar, puedo intentar hablarlo, pero..., lo que siento es real. No puedo engañarla diciendo que no la deseo cuando no pasa ni un solo día en el que no quiera estar con ella —Daiki sonrió un tanto. Oír a Archie hablar así, en realidad, le reconfortaba el corazón. Desde que había perdido a su hermana y su familia, parecía no haber levantado cabeza y últimamente era una persona completamente nueva y renovada gracias a Dina. ¿Cómo podía obligarle a abandonar esa felicidad?

—Sé que no quieres escuchar las cosas que te digo. Sé que te duele siquiera pensar en ellas y comprendo hasta qué punto la quieres. Sin embargo, piensa en todo lo que supondría si las cosas se tuercen. Cómo se pueden tergiversar las palabras y los hechos.

Archie se incorporó sobre el sofá para encenderse un cigarrillo. Acercó el cenicero de cristal y dio una larga y suave calada antes de echar las cenizas en él.

—¿Y qué sugieres? —las manecillas del reloj colgado en una de las paredes marcaron las ocho de la tarde.

—No lo sé —susurró Daiki—. Plantearle este problema. A ver cómo lo ve ella. Qué piensa —se encogió de hombros—. Y si está dispuesta a seguir adelante, aun así, pase lo que pase, no tendrás el remordimiento de no haberlo intentado.

—¿Y si lo está? —Archie exhaló—. Decidí hace tiempo que dejaría los estudios para que pueda estar tranquila.

—¿Los dejarás? Querías ser médico por Laren...

—¿Y de qué me sirve tener una profesión tan importante si estoy solo buscándola a ella en cada relación que tenga para aliviar esa soledad? Soy feliz trabajando en la cafetería y siempre me he conformado con todo, más allá de lo que muchos piensen —le sonrió. No obstante, Daiki no estaba del todo de acuerdo.

—¿Y si te trasladas?

—¿No es lo mismo que dejarla? No es crea demasiado en las relaciones a distancia. Confío en Dina, no soy celoso, pero no tener contacto físico..., es complicado. Me parece que no podría soportarlo con tanta facilidad —Shinto respiró hondo resignado. Olvidaba aquella faceta tan sexual que tenía su amigo—. Sería incapaz de concentrarme en nada —el castaño rio entre dientes.

—¿Y estarías dispuesto a sacrificarlo todo por una mujer? Puedes arrepentirte.

—Prefiero arrepentirme, a dejarla ir y no haberlo intentado todo, hasta el final. Algún día, quizás, pueda volver a la universidad. No hay un límite de edad para eso —sonrió.

Y Daiki le siguió un tanto. Ver a su amigo tan entregado, tan sincero y con unas ideas tan claras, fue algo digno de recordar.

—Eres el tipo más valiente e insensato que he conocido jamás —Archie soltó el humo del cigarrillo lentamente imitando aquella sonrisa relajada.

—Puedo enseñarte —Daiki se echó a reír.

—Y, no obstante, no puedo creer que tengas esas intenciones tan fijas siendo como eres y teniendo en cuenta tu historial —Green rio.

—Es que no es solo una simple atracción por su cuerpo, es..., un interés constante por su alma. Hace que desee estar a su lado, aprendiendo, caminando, cogidos de la mano. Sin miedo. Sin dolor —apagó el cigarrillo cuando lo hubo consumido—. Sabe consolarme. Es la primera persona a la que le cuento mis desgracias y no piensa en la pena que doy —Daiki lo escuchaba atentamente—. Me acelera el corazón. Irradia seguridad. Es espontánea, dramática y libre. Es color. Vida —sonrió—. ¿Cómo no iba a enamorarme de ella?

—Ojalá no te duela ni un ápice —Daiki se relajó en el sillón. Era la primera vez, desde que le conocía, que le oía hablar así de cualquiera—. Pero si tiene que ser así, recuerda que yo siempre estaré aquí. Aunque te diga cosas que no quieres escuchar, te apoyaré.

Él era pura amistad.

Capítulo 28

No era sencillo dar un paso atrás en una relación como la suya. Dudar un segundo podía ser un completo desastre. Su fortaleza residía en sus propios secretos. En la capacidad de esconderse del mundo.

Sin embargo, ¿qué pasaría si todo saliese a la luz? Si se desmoronaba. ¿Cómo solventaría ella un desastre de aquel calibre? ¿Qué diría?

Probablemente, hubiese un silencio tenso. Confirmador. Absorbente. Capaz de dar la razón a unas acusaciones que, por supuesto, eran ciertas. No se arrepentía, pero... ¿sería capaz de afrontar algo así?

—Pensé que tendría más cabeza, señorita Pook.

Dina contuvo el aliento. Había pasado una semana exacta desde que habían vuelto a las clases tras las vacaciones de Navidad. Había hablado mucho últimamente de ese preciso tema con Archie y ninguno había sido capaz de dar con una solución coherente. Ella no iba a permitir que dejase sus estudios y él, era incapaz de aceptar que dejase de enseñar por su culpa. Además, era imposible fingir que no sentían nada el uno por el otro.

Pero, por desgracia, y a pesar de todas esas discusiones, el tiempo se había agotado. Lucy había cumplido con su misión y en una de esas idas y venidas a su apartamento, recogiendo cosas para la mudanza, les había echado una foto terriblemente comprometida. Un beso, un arrumaco. Era imposible negar que fuese cierto.

—Hay menores en esta institución. ¿Sabe que hay padres que podrían denunciarla? O mucho peor, lanzar calumnias en su contra para acabar definitivamente con su reputación y por extensión con su carrera. No la aceptarán en otro lado si esta noticia se divulga. Así que dé las gracias porque de momento solo haya caído en mis manos esta información —el director la reprendía con razón y, aun así, Dina sentía que la injusticia se cernía sobre ella.

—No le hemos hecho daño a nadie. A pesar de esas fotografías, hemos sido muy discretos y...

—Es un alumno y usted una profesora de esta universidad —le advirtió arqueando las cejas confundido, al parecer, porque tratase de defenderse siquiera—. ¿Entiende lo que firmó en su momento cuando la contratamos?

El enorme despacho olía a madera antigua y libros que hacía años que no se desempolvaban. El tic tac del reloj interrumpía el tenso silencio. Aquel lugar siempre le había parecido una buena

forma de retroceder en el tiempo.

—Lo sé.

—Y está prohibido ese tipo de acercamiento, de relación o como quiera llamarlo. Somos una universidad seria y no un programa de cotilleos —ella asintió, suspirando a la vez.

—Mi relación es tan seria como esta universidad, señor. No es un juego. No es un capricho. Hay más que intención. Hay...

—Creo que no está en sus cabales, Dina —el director dio un golpe sobre la mesa con la palma de la mano. Parecía perder la paciencia por momentos y, aun así, sus siguientes palabras adoptaron cierto aire de calma—. No puede salir con un niño de veinticuatro años, aunque le haya prometido la maldita Luna. No sea tonta. Es un adolescente. Se cansará de usted y se buscará a alguien de su edad.

—Archie no es así. No le conoce —le contradijo—. No tiene ningún derecho a pensar o decir esas cosas de él.

—Querida, llevo trabajando con esos chicos desde hace más de treinta años y Archie Green es el estudiante más mujeriego y ególatra que he conocido jamás. Incluso a mí me sorprende su don para las palabras. Así que, entiendo que la haya engatusado de esa manera, pero...

—No me ha engatusado —Dina se sobrepuso de inmediato. Cada palabra que salía por la boca de aquel individuo era detestable—. Archie es sincero, respetuoso y muy consecuente. Sabe lo que dice y también lo que implica. No es más niño que muchos adultos con ideas absurdas —el director frunció el ceño de inmediato. Estaba claro que no solían contradecirle con tanta contundencia y facilidad.

—Escuche, sé que ha pasado por unos meses terribles y puede creer que él es su salvación, pero solo la condenará todavía más. Si insiste en seguir con su relación, tendré que llevar el caso a Junta —la informó—. Puede que le expulsemos a él y que la destituyamos a usted con la consiguiente mancha en su expediente.

Dina tembló de arriba abajo como una hoja de papel al oír el desastre que se avecinaba. Resignada, pensando en lo que supondría para Archie antes que, para ella misma, incluso, contuvo el aliento. Tenía que llegar a algún razonamiento. Alguna manera de claudicar.

—¿Qué puedo hacer para que él se quede?

—¿Está segura de que no prefiere pensar en su puesto de trabajo? —Dina asintió.

—Volver a una clínica no debería de ser tan complicado.

—Yo no lo tendría tan claro señorita Pook. Como psicóloga dejará mucho que desear a sus

pacientes después de esto.

—Eso es algo que ellos decidirán y yo trabajaré por mi cuenta —respondió la peliblanca arrugando la nariz consternada una vez más. Parecía imposible conciliar la situación con aquel hombre de ideas fijas y retrógradas—. Le presentaré mi renuncia con calma y sin armar ningún alboroto si él se queda.

—Creo que no está en disposición de negociar —le indicó echándose hacia atrás en su sillón orejero.

—Pues tendrá que aceptarlo o buscaré a un abogado y veremos qué ocurre. Diga lo que diga, Archie no es menor y somos libres de hacer con nuestra vida privada lo que nos plazca. Le parezca bien o mal a usted —le amenazó y el director, respirando hondo, aceptó las condiciones.

—Tiene tres días, Dina.

Esa tarde, Archie analizó firmemente la propuesta de Dina. Le parecía una rotunda absurdez. Él podía estudiar su carrera en cualquier lugar del mundo, sin embargo, encontrar un trabajo como el que ella tenía en otra universidad, era casi imposible en los últimos tiempos.

—No voy a acceder a que dejes tu puesto de trabajo —la miró decidido—. No hay discusión sobre eso. No renunciarás. No voy a permitirlo.

—No importa lo que quieras, lo haré de todos modos —ella se cruzó de brazos tras detenerse frente a él. Había dado vueltas y más vueltas por la sala de estar mientras trataba de explicarle con calma, o con menos agobio, lo que había ocurrido esa mañana.

—En ese caso, me niego a quedarme en esa universidad. No pienso permanecer en un lugar en el que me impiden buscar mi propia felicidad. No le hemos hecho ningún mal a esa gente —señaló con el ceño fruncido—. Y mira lo que nos obligan a hacer.

—Lo sé. Sé tan bien como tú lo estúpida que suena la idea de la apariencia institucional, pero —Dina le miró firme—, es tu futuro. No puedes deshacerlo sin más y menos por alguien como yo. Harás que me sienta culpable, hipócrita. ¿Cómo vamos a estar juntos si sé que soy parte del complot para arruinar tus sueños? No podría hacerlo ni, aunque fuese la última alternativa de todas —sentenció.

—Y, sin embargo, nada de eso importa porque quieren que uno de los dos, el que sea, se sacrifique por el otro. Creo que lo han planteado así porque quizás, de esa forma, puedan forzar algo peor —ella era consciente de lo que él decía. Sin embargo, no tenían demasiadas alternativas. Había muchos cargos importantes por encima de ellos como para poder decir nada.

Eran el último eslabón de una larga cadena de montaje.

—Probablemente, pero no voy a luchar contra ese tipo de institución sabiendo que me estoy jugando tu futura profesión.

—Que le den a esa profesión. En la cafetería...

—No te daría para vivir ni de broma y lo sabes. Es un complemento a tus estudios —Archie gruñó cuando se sintió tratado como un niño.

—Tengo la herencia de mis abuelos.

—¿Y crees que ellos querrían que te la gastases en algo así? —Dina soltó un largo suspiro al tiempo que negaba—. Sé razonable.

—Eso intento, pero no soy capaz —Archie se levantó de su asiento exasperado, desordenándose el cabello oscuro aún más—. No logro comprender por qué tenemos que conformarnos con que uno de los dos pierda su vida porque simplemente, queremos estar juntos. Si yo estudiase en otra parte...

—¿Y qué harás entonces? ¿Me dejarás? —él la miró desde arriba, serio, firme. Se acercó a ella y sostuvo sus hombros con cariño, respirando hondo—. Sé lo que piensas de las relaciones a distancia y estoy de acuerdo. Ya fue complicado cuando estuvimos sin vernos semanas. ¿Y si son meses o puede que años?

—Sé que puedo estudiar en otro sitio sin que afecte a tu puesto de trabajo —intercedió Archie. La idea era terriblemente injusta, pero pensando fríamente en lo que había ocurrido, sabía que no tenía muchas más opciones aparte de claudicar.

—Y yo puedo cambiar de trabajo igualmente, sin que afecte a tus estudios.

—¿Y si no eres capaz de encontrar algo tan apasionante como lo que tienes ahora? Sé que adoras enseñar. Eres feliz haciéndolo, Di. ¿Y si las cosas se complican? No nos daría para vivir con la cafetería y a mí me quedan al menos un par de años más estudiando como mínimo. Eres consciente de eso —Dina le apartó la mirada unos instantes, molesta con su propio discurso. Sabía que Archie tenía razón. No obstante, su corazón le gritaba algo completamente distinto y aun así...—. Un trabajo estable como el tuyo, es un tesoro, Di. La situación es compleja para ciertas profesiones y este año pasado, ha sido lo suficientemente complicado como para enredar este otro, también.

—No quiero dejarte. No quiero alejarme de ti.

—Solo será —el moreno la abrazó reposando su barbilla sobre todo aquel cabello revuelto—, por un tiempo.

Archie había prometido luchar por ella con uñas y dientes si las cosas se torcían. Había convencido a Daiki de ello, pero cuando la realidad topó con sus ideas, sintió que para hacer lo correcto tenía cambiar su forma de hacer las cosas.

La quería, no deseaba dejarla bajo ningún concepto, no obstante, seguir siendo egoísta con respecto a aquel tema, estaba siendo demasiado incluso para él mismo. Y en ese instante, decidió que, por desgracia, tendría que ceder.

—No. No lo será. Apenas son un par de años o probablemente mucho más —Dina intentó reprimir unas lágrimas que definitivamente vieron la luz, aunque fuesen ocultas sobre su sudadera—. No quiero renunciar a ti. Sería más doloroso que perder el dichoso trabajo.

Archie sonrió conteniendo su propia pena.

—Pero si no podemos luchar contra ellos, entonces, ¿qué nos queda?

El silencio se alzó por encima de aquellas cuatro paredes cargadas de recuerdos. De momentos únicos, maravillosos, inolvidables. Los dos se abrazaron como nunca, como si pudiesen quitarse el dolor fácilmente arrastrando el del otro consigo. Sintiendo que necesitaban apoyarse, aferrarse el uno al otro para no dejarse ir. Sabiendo que la realidad les había torcido los planes por completo. Y aunque se habían preparado para ello de un modo u otro, nunca pensaron que acabaría definitivamente así.

Era imposible ocultarse tan bien como para que no los descubriesen, pero lo que había hecho Lucy con aquellas fotografías era terrible. Si antes hubiese ido a ellos para advertirles, ahora no tendrían que estar contra la espada y la pared. Aquella dichosa mujer y su envidia había acabado pasándoles una factura demasiado alta como para, tal vez, poder pagarla.

—Pensémoslo —murmuró Dina, al fin—. Tenemos tres días —alzó sus ojos empañados y enrojecidos hacia él—. Por favor.

Archie contuvo el aliento antes de besarla con dulzura sosteniendo sus mejillas entre sus dedos. A veces, en muchas ocasiones, el amor es imparable. Supera cualquier realidad, todos los obstáculos que se presenten por delante. Es imperturbable, sólido. Sincero, confiado. Sin embargo, otras tantas, decide que el mundo es demasiado fuerte incluso para él mismo. Se vuelve voluble, indeciso. Sugiere que las prioridades cambian, que al final, no hay nada eterno. O tal vez, esa solo sea la versión que busca la excusa perfecta para creer que debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para que el otro sea feliz.

Aunque esa misma razón nos lleve a nosotros mismos hacia el desastre.

—Si es así, si debes irte de la universidad, tengamos una relación a distancia —sugirió Dina rozando su nariz con la propia—. Sé que odias esa idea y yo tampoco la adoro, pero creo que es

la mejor alternativa o al menos la única que se me ocurre. Tú no quieres que deje mi trabajo, yo no deseo que abandones tus sueños —Archie analizó seriamente su petición—. Es lo más plausible que puedo imaginar.

Él acarició con cariño sus pómulos sonrosados, sonrió.

—Lo pensaremos. Lo haremos. De verdad.

Capítulo 29

«El amor es irremediable, hijo. Arrebatador. Y algún día te avasallará como a nadie. Tal vez tarde un poco en llegar, pero te prometo que cuando lo haga, sentirás que no hay una emoción igual. Sentirás que rozas el cielo con los dedos en una sutil caricia. Que te perderás sin remedio en una sonrisa sincera. Y comprobarás que una simple mirada, nunca tuvo tanto significado...»

Las palabras de su abuela retumbaron inquietas en su mente.

Ella había sido el pilar de su vida. Una mujer fiel, cuidadosa y bondadosa con una hija demasiado terrible, que nunca la mereció. Le había enseñado cosas como aquellas. Y había aprendido la necesidad y el sacrificio que algunas veces requería cualquier amor.

No iba a marcharse por placer, por gusto o por querer hacerlo. Ni siquiera se había planteado, jamás, regresar a sus raíces, pero ¿qué podía hacer? Su abuela le había dicho que el amor no era egoísta. Así que retenerla, mantenerla en una relación a distancia por un tiempo que no estaba en absoluto claro, era de todo menos generoso.

De manera que muy a su pesar, había tomado una decisión. La más dolosa y al mismo tiempo, la única capaz de hacer que volviese a enamorarse algún día.

Había sido muy difícil imaginar que pudiese llegar un momento como aquel.

Su subconsciente tuvo claro desde el principio que sería imposible mantenerlo en secreto, pero había sido más sencillo tapar aquella parte de raciocinio con un velo tupido que afrontar aquel posible futuro. Ahora la verdadera cara del mundo les daba de lleno.

Era imparable, aterradora y dolía como nada. Algo parecido a cuando había perdido a Laren. Sin embargo, Archie también comprendía que aquella horrible decisión era su única alternativa.

—Quiero que sepa que, a pesar de que voy marcharme, haré todo lo posible por desprestigiarle —Archie ni siquiera había tomado asiento en aquel despacho anticuado. El director suspiró iracundo ante su mirada inquisitiva.

—¿Crees que puedes amenazarme, chico?

—Por ser terriblemente obtuso, seguro que sí —el director gruñó—. Además, me temo que no comprende la gravedad de lo que ha hecho. Ha coartado las acciones de dos adultos en su máxima expresión. Nos ha quitado la libertad de poder elegir por una idea estúpida de guardar

las apariencias. ¿Cree que su personal o sus alumnos no hacen cosas peores?

—Mañana tendrá el expediente aprobado en Edimburgo, señor Green. Después podrá trasladarlo a donde quiera —el hombre calvo, de mediana edad y con demasiados kilos de más, aparte de aquel bigote ridículo, ignoró por completo su comentario. Firmó sin dilación los papeles de su expediente y le pidió con un gesto que se marchara.

Archie sostuvo los folios, asintió y cuando estuvo fuera de aquel circo, soltó una larga exhalación en medio del pasillo.

Miró el reloj que llevaba en la muñeca. Las nueve y cuarto de la mañana. Aún tenía tiempo antes de coger el avión esa tarde.

Sin pensárselo más, teniendo en cuenta sus tareas pendientes, empezó por la más importante de todas. Sus amigos.

—¿Qué te marchas? —Rachel arrugó la nariz confusa sentada en las escaleras que subían a los edificios de facultad de periodismo—. ¿Cómo es eso?

—Veréis, en estos últimos meses ha ocurrido algo importante —Archie miró a Daiki quién contuvo el aliento antes de asentir. Estaba serio y su mirada le aseguraba que no quería en ninguna circunstancia que se fuera, pero al mismo tiempo, le decía que estaba haciendo lo correcto.

Habían hablado largo y tendido sobre el tema y, a pesar de la iniciativa de Archie sobre no romperle el corazón a Dina de ninguna manera, comprendía que hubiese decidido todo lo contrario al darse cuenta de lo que implicaría una relación a distancia.

Y así, Archie les contó todo sobre su historia con Dina antes de aquel «hasta pronto», repleto de abrazos, cariño y demasiadas lágrimas. Estaba convencido de que aquella pequeña familia suya no le dejaría ir con tanta facilidad, no obstante, aceptaron y entendieron cada uno de los motivos de su marcha, lo que implicaba y que quería de ellos si Dina iba a preguntarles por él.

Deseaba desaparecer el tiempo suficiente como para que ella lograra recomponerse. Era la única forma de que encontrase a alguien que pudiera hacerla realmente feliz. Intentaba no ser egoísta en el amor. Aunque no dejaba de imaginar todas las consecuencias que tendrían sus nefastas acciones.

Más tarde, reuniendo el valor que pudo, fue a ver a aquellos amigos del alma de la peli blanca. Cuando se sentó en el despacho de Melissa con el corazón encogido y atronando ansiosamente en su pecho, supo que su marcha sería más dolorosa de lo que habría imaginado jamás.

—¿Cómo se le ocurrió enredarla, Green? —aquella pregunta, esa mirada inquisitiva, se le clavó en el pecho con más profundidad de lo que hubiese deseado.

—Mel... —Sam le puso una mano en el hombro, conciliador—. Archie, ¿estás seguro de esto? —el moreno asintió.

—¿Cómo se le ocurre atraparla y luego ser capaz de hacerle ese daño? ¿Sabe por lo que pasó hace unos meses? —Melissa seguía tan furiosa que era incapaz de controlar sus palabras.

—Su hermana murió en mis brazos señorita Hand —Archie la miró fijamente y ella contuvo el aliento. De inmediato, se le perlaron sus bonitos ojos oscuros—. Por desgracia, sé perfectamente lo que le ha ocurrido y por ese mismo motivo, esto es peor.

—¿Pero el director no os ha dejado alternativa? —Archie negó al comentario de Sam—. No lo comprendo.

—¿De verdad no lo entiendes? —Melissa le miró escandalizada desde su asiento tras la ordenada mesa de su despacho. Sam, apoyado en el respaldo de su silla, se encogió de hombros despreocupado—. Es un alumno. Un niño.

—Soy mayor de edad.

—¿Y qué? Es una irresponsabilidad por vuestra parte teniendo en cuenta todo lo que os rodea —la joven se subió las gafas, dando golpecitos acelerados con un dedo sobre la mesa.

—¿Gente demasiado cuadrículada y chapada a la antigua?

—¡Sam! —gruñó cruzándose de brazos ante la pregunta de él.

—Es cierto Mel. Se quieren. Son felices juntos. ¿Qué derecho tiene nadie a impedir que hagan lo que quieran?

—Es inmoral —insistió ella, espantada.

—Sería así si el chico fuese menor, Melissa, pero no lo es —Sam señaló a Archie—. La quiere. Dina es terriblemente feliz. Ya la has visto. Después de lo de Daniel, de lo de Hona... —Sam suspiró—, esto le romperá el corazón, Green —el profesor regresó al muchacho ignorando las miradas asesinas de la rubia.

—Lo sé —Archie afirmó sintiendo una desagradable punzada en la boca del estómago—. Pero quiero que siga trabajando en lo que le gusta, quiero que tenga la vida que desee tener sin impedimentos. Sin que yo suponga una preocupación constante. Los dioses saben que probablemente este será el peor error de mi vida, pero...

—Lo será. Aunque comprendo por qué lo haces —Sam asintió.

—¿Y nos dejará que recompongamos el puzle y listo? —inquirió Melissa en voz baja. Se había relajado un poco al oír la pequeña conversación de aquellos dos.

—No encuentro otra manera. No puedo mantener una relación a distancia por años indefinidos si es que resulta así, finalmente. Sé todo lo que implica estudiar medicina. No es algo rápido de acabar y no podría atarla a mí sin poder estar físicamente con ella. Los mensajes o las llamadas no son suficiente. La distancia nos destruiría. Yo..., lo último que deseo es dejarla ir. La quiero con toda mi alma, pero sería terriblemente injusto para ella si la mantengo a mi lado de esa forma. Sería como retenerla cuando puede salir con quién desee, ir a bailar cuando quiera o cenar y dormir acompañada cuando su cuerpo lo necesite —respiró hondo al decir aquello último.

Sí, iba a sentirse muy celoso de cualquiera que le pusiera las manos encima, pero Dina seguiría siendo libre. Tan libre como cuando había empezado a conocerla.

—Deberías intentar hablar con ella, darle la oportunidad de elegir si quiere eso que propones —advirtió Sam.

—Se negaría en rotundo. Y no quiero que me siga y que pierda definitivamente el trabajo y esta vida que tiene, por mi causa —Archie ya había decidido por los dos. Seguramente no era lo más apropiado, pero no veía otra manera de hacerlo.

—Todavía no puedo comprender cómo pudo enamorarse de usted —soltó Melissa en un susurro analizando aquella discusión. A pesar de lo que acababa de decir, no usó un tono agresivo o molesto. Totalmente, al contrario. Cosa que sorprendió a Sam.

—Nos unió nuestro triste pasado, sin siquiera saberlo. La idea de reconfortar al otro fue más fuerte que todo lo demás. Ojalá hubiese sido ese chico que habrías deseado para ella, sin embargo, te prometo que no ha pasado ni un solo día en el que no la haya querido, cuidado o mimado más que ninguno —Melissa exhaló rindiéndose por segundos.

—No deberías de marcharte en ese caso, Archie —susurró Sam.

—Pero debo hacerlo. Sé que es lo que tengo que hacer, aunque me haya negado en rotundo una y otra vez —Green los miró a uno y a otro entrelazando los dedos sus manos. La tristeza empezaba a amedrentar su mente—. Solo os pido que la cuidéis. Que no dejéis que se caiga demasiado. Sé que será un terrible abismo, pero no la dejéis sola, por favor...

—Hace años que ya hacemos eso, señor Green. No es el primero que ha hecho que Dina vuelva a sonreír tras una terrible tragedia —le dijo Melissa seria, compungida y en cierto modo, preocupada por lo que iba a pasar—. Espero que encuentre lo que busca.

—Cuidaremos de ella. Es nuestro pequeño tesoro. Puedes irte con toda la tranquilidad que te permita esta situación —susurró Sam.

Archie asintió y sin más, se despidió de aquella pareja y se marchó. Aún tenía algo muy importante que hacer antes de evaporarse.

Las personas son el alma de nuestra existencia, pero nadie dijo nada del corazón que guarda el hogar.

Ese lugar en el que cobijarnos cuando hace frío, cuando la tempestad acecha o cuando deseamos buscar el refugio más acogedor. El remanso de paz y tranquilidad, y a la vez, el sitio más ruidoso y alegre del mundo.

El hogar. Una vida entera entre cuatro paredes. Y la idea de dejarlo atrás.

Cuando Archie entró a medio día en el apartamento de Dina, sintió que acabaría derrumbándose definitivamente en cualquier instante. Había recogido todas sus cosas y la simple idea de dejar sobre el aparador de la entrada, las llaves de aquel apartamento, le dolía a horrores.

Antes de marcharse, recorrió cada resquicio sintiendo, deseando, que esa angustia que le asfixiaba no fuese demasiado duradera. Aunque era incapaz de mentirse a sí mismo. Perderla iba a ser devastador.

Tras un pequeño y último repaso plagado de recuerdos inolvidables de aquellos últimos meses, contuvo el aliento y haciendo acopio de una fuerza que creía no tener, dejó la nota que había escrito, las llaves y la cajita con el anillo de su abuela. Tal vez no llegase a casarse con ella nunca, pero le gustaba la idea de que lo tuviese en sus manos. Si es que no lo tiraba de la propia rabia y frustración.

Suspiró afligido.

Archie pensó en lo que suponía aquella decisión durante unos segundos. No sabía si hacía bien o no. Todo estaba yendo demasiado deprisa y, aun así, era consciente de que era lo que debía hacer. Una despedida ausente y un enfado irrefrenable.

Así, tal vez, sería más fácil para Dina Pook olvidarse de él.

Capítulo 30

Las promesas no valían nada para él.

Lo había comprobado cuatro meses atrás cuando había llegado a su apartamento y no había encontrado absolutamente nada suyo.

De pronto, todo lo que se hubieron confesado, carecía de sentido en un abrir y cerrar de ojos. Desde entonces, no había terminado de levantar cabeza. Dina había llorado como si Daniel hubiese perdido la vida, otra vez. Y, a pesar de ello, había intentado buscar a Archie hasta la saciedad en aquellas terribles semanas.

Su escapada a Edimburgo no había obtenido el resultado esperado. Nadie le había visto en Inverness. Su casa seguía vacía. Era como si nunca hubiese existido por aquellos lares. Sus amigos decían no saber nada. El director se había negado en rotundo aludiendo al pacto que había hecho con el propio Archie, ante la idea de no sacar a la luz aquella relación. Él había cambiado, incluso, el número de su teléfono móvil.

Nada había funcionado. Él había desaparecido de pronto y sin más.

Y esa noche, como tantas otras, se dedicó a beber más de la cuenta. Una simple nota como la que le había dejado no era nada para compensar el dolor de ver ese anillo guardado cuidadosamente en una cajita a su lado.

«El tiempo lo curará todo, Di», le había dicho Melissa. Pero ella no quería curarse. Quería encontrarle. Quería saber por qué había decidido unilateralmente dejarla ir. Pensaba que había algo importante entre ellos. Que su relación no era tan fácil de malograr.

Se sentía terriblemente sola. Y pensaba que cada vez le merecía menos la pena haber conservado ese maldito trabajo.

De repente, tras darle un sorbo a su copa de vino blanco, escuchó el timbre de la puerta. Soltando un largo suspiro descorazonador, Dina avanzó hasta abrirla. No tenía demasiadas ganas de visitas, pero ya iba siendo hora de salir del hoyo en el que había vuelto a caerse.

Nada más girar el pomo de la puerta, alguien a quién no esperaba esa noche, la saludó con una

preciosa sonrisa.

—Así que es cierto eso de que has tocado fondo... —su voz susurrante y aquel pelo rojizo la hicieron sonreír por pura inercia.

—Ni se te ocurra burlarte —le dejó pasar.

—Nada más lejos de mis intenciones —se disculpó alzando las manos en son de paz.

—Claro que sí —respondió Dina, irónica, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Has cenado? He pasado por el tailandés y he pensado en ti.

—Es un gran detalle —reconoció la peli blanca. Debía de ser menos sarcástica y más amable. Después de todo, él se pasaba por allí muy poco de vez en cuando desde que se había enterado de lo sucedido, pero cuando lo hacía, siempre intentaba dar lo mejor de él para animarla.

—Ha sonado poco sincero —Mike sonrió sacando las cajas de cartón cuadradas de la bolsa. De repente, el aroma a especias y salsa invadió cada resquicio de la sala de estar.

—Es sincero, de verdad. Siento si parece lo contrario —Dina fue a la cocina a por los utensilios necesarios y se sentó en la alfombra al lado de la mesa baja. Mike, acomodándose en el sofá, abrió su refresco y el de ella antes de tendérselo. Dina le dedicó una mirada de auténtica gratitud.

—No te preocupes —el pelirrojo empezó a cenar y Dina lo imitó al segundo—. ¿Cómo has estado hoy?

—Sobreviviendo. A veces me pregunto por qué tuve que quedarme en la dichosa universidad.

—¿Sin señal de vida? —Dina negó en rotundo contrayendo el gesto a uno cargado de tristeza. Michael suspiró preocupado—. Tal vez, te apetezca salir un poco la próxima vez, despejarte.

La peli blanca le miró llevándose aquellos tallarines a la boca. Sonrió.

—¿No es suficiente con que haya vuelto a comer con normalidad? —Mike resopló negando entre sonrisas.

—Deja que te invite a cenar fuera en ese caso.

—Intentas tener una cita conmigo.

—Siempre que puedo —le guiñó un ojo haciéndola reír.

—Es muy pronto. Yo... —Dina agachó el rostro, afligida—, siento que no voy a recuperarme de esto tan fácilmente. Él era el chico más cautivador y asombroso del mundo. Creo que nunca, nadie, me ha marcado tanto como él —Dina se llevó los dedos al tatuaje de la galletita de

jengibre que tenía en el antebrazo, oculto bajo la manga de su camisa.

—Nadie pide que vuelvas a enamorarte Di. Solo que salgas un poco más —la peli blanca salió de sus recuerdos alzando la mirada hacia Mike.

—¿Y cómo se pasea por las calles de Londres sin pensar en cada rincón en el que compartí una caricia, un beso o una sonrisa con él? —se había hecho esa pregunta durante muchos años después de perder a Daniel y había llegado a la conclusión de que lo mejor era apartar cada uno de esos recuerdos. Dejarlos arrinconados en el fondo de sí misma o nunca sería capaz de avanzar.

Sin embargo, esa idea cambió cuando Archie apareció en su vida. ¿Cómo iba a recomponerla una vez más? Él había sido el punto de inflexión entre el amor más fuerte que había sentido y el dolor más profundo que le habían causado nunca.

—Con decisión —dijo el pelirrojo sacándola de sus ideas—. Comprendiendo que fue una parte esencial y muy intensa de tu vida, pero que ahora, necesitas empezar a dejar atrás poco a poco.

—No puedo dejarla atrás. Aún le quiero, Mike.

Era imposible no pensar en el anillo que le había dejado. En la nota. Aquellas letras que le daban esperanzas en cierto modo ante tanto desengaño.

Recordaba a la perfección la noche en la que las había leído. Y lo hacía por costumbre desde entonces. Una y otra vez. Cada día. Era como volver a escuchar su voz y la sola idea, la reconfortaba como nada más.

«Te quiero. Te quiero con toda mi alma, Di.

Pero no puedo arrebatarte tu libertad con una relación que apenas será nuestra. Ojalá hubiese podido cumplir todas esas promesas que te hice. No me arrepiento de nada salvo de haberme marchado, aunque pensé que dadas las circunstancias que nos impusieron, no tenía otra alternativa.

Tú estarás siempre por delante de mis necesidades. Por encima de mis deseos egoístas. Quiero que seas feliz y espero, de corazón, que algún día puedas perdonarme.

Archie E. Green».

Capítulo 31

Había pasado mucho tiempo desde aquella carta. Demasiado.

E incluso en ese entonces, cada vez que tenía a una mujer en su cama, su mente incontrolable la dibujaba a ella. Cerrar los ojos y pensar en su piel, en sus besos y caricias, se había convertido en una terrible costumbre.

Esa mañana no iba a ser distinta y, cuando llegó al clímax rozando los labios de esa otra chica con la que llevaba compartiendo más que palabras un tiempo, sus cabellos blancos y sus propios gemidos se abrieron paso en su imaginación extenuando cada palmo de su cuerpo. Arrebatándole el aliento como la primera vez que se acostó con ella.

Nada más acabar, abrió los ojos encontrándose con esa mujer que no era Dina Pook y una parte de sí mismo se sintió completamente absurda por no dejar de pensar en ella una y otra vez, después de todos aquellos años.

Era irreal que su recuerdo, lo que había sentido hacia la chica de ojos claros, todavía no se hubiese esfumado de su mente inquieta.

—Ha sido increíble —suspiró la joven rubia a su lado. Archie se tumbó sobre la cama, exhausto, y al segundo la tenía pegada a su cuerpo. Sonrió. Nya siempre le había hecho sonreír desde que la conocía.

—¿Sí? —ella asintió cobijando el rostro sobre su pecho, relajando poco a poco la respiración. Y él se sintió más culpable que nunca solo de pensar que no había sido Nya quién había estado en su mente justo en el mejor momento de todos—. Eso es genial.

—Eiden...

—¿Mmm?

—¿Te quedarás hoy? Un poco más.

—Puedo tomarme un café —le susurró al oído y Nya, contenta, se aferró aún más a él. Aquella relación se parecía muchísimo a la que había mantenido en otra época con Sally Dean. Solo que Nya era más dulce y tierna de lo que Sally fue jamás. Había un lado inocente y divertido que adoraba y últimamente, hacía que su corazón quisiera pasar más tiempo con ella.

Así que, por una vez, se lo permitiría.

—Estará enseguida —la preciosa rubia de cabello rizado se levantó de la cama colocándose

algo de ropa encima.

—Puedo ayudarte —Archie se incorporó sobre sus codos.

—No creo que sea necesario para hacer un café —sonrió risueña—. Date una ducha si quieres mientras tanto.

La joven se esfumó del dormitorio y al sentirse a solas, Archie volvió a tumbarse lanzando un largo y denso suspiro. Se llevó la mano a la frente y concentró la mirada en el techo y las bonitas molduras blancas, al tiempo que se fundía con sus recuerdos.

El primer café que había preparado con Dina había estado cargado de tensión y a la vez, de unas emociones que no había comprendido hasta ese preciso instante. Fue el día en el que quiso pedirle disculpas por no haber podido salvar a Hona. Ahora comprendía, sin embargo, que no habría podido hacer nada por ella de todas formas. No tenía la experiencia, la formación y mucho menos los recursos para poder ayudarla.

Archie cerró los ojos. Respiró hondo. Dibujó el perfil de la peli blanca sacando el azucarero de un mueble. La luz del atardecer se colaba por los visillos de su pequeña sala de estar. Llevaba aquella ropa de andar por casa y tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

Por un segundo, sintió el calor de su abrazo. Sus dedos aferrados a su ropa pidiéndole consuelo como la niña que pierde su juguete favorito. Percibió, como si fuera real, su perfume, su esencia, todo...

—Eiden, ¿te vienen bien las tostadas con mermelada? —de pronto, la voz de Nya le sacó de su ensoñación. La miró. Se asomaba sonriente por el marco de la puerta abierta de par en par.

—Es perfecto —sus palabras iluminaron su rostro antes de evaporarse. De inmediato, el chico sintió un vuelco en el pecho. Archie conocía aquel gesto, esa mirada, su forma de ampliar su sonrisa... Nya se estaba enamorando de él.

Y por desgracia, no podía permitirlo. Hacerle daño sería, demasiado para su corazón.

Se incorporó de inmediato, finalmente se dio esa ducha rápida y se vistió con la misma ropa de la cena de la noche anterior. Revolviéndose el cabello húmedo recién peinado, caminó hasta la cocina donde ella había desplegado toda su artillería pesada en aquel desayuno.

—Vaya... —el asombro al entrar fue tal, que se sintió abrumado ante la idea de tener una conversación seria, rodeado de todo tipo de dulces, y condimentos con los que sazonar las tostadas recién calentadas. El café olía de maravilla.

—¿Es mucho? —Nya se quitó el mandil y él se sentó.

—Bueno, nunca he asistido a un bufé sin pernoctar en un hotel —bromeó haciéndola reír. Era

la primera vez que se había permitido desayunar con ella y de inmediato, se dio cuenta de hasta dónde había llegado su relación.

—No sabía qué preferías así que he puesto un poco de todo. Come solo lo que quieras —Nya sopló el humo de su café con leche sin dejar de mirarle con su preciosa sonrisa.

—Gracias —Archie empezó a desayunar sin saber muy bien qué decir. Aquello parecía una completa locura. Era como si estuviese sentado a la mesa de un antiguo rey cargado de caprichos.

—¿Te ha sentado bien la ducha?

—Sí —le dio un bocado a un crujiente pan de cereales al que había untado mantequilla y mermelada de frutos rojos.

—¿Y vas a volver a Inverness hoy? —el chico asintió.

—El tren sale a la una del mediodía —acabó la primera tostada y empezó con la segunda—. Espero llegar antes que el contratista, este fin de semana.

—Tiene que estar quedando maravillosamente bien esa casa —Nya mojó una galleta de chocolate y nata en el café.

—Tardando más de lo que desearía, pero no puedo hacer otra cosa. Espero que en un par de semanas esté todo listo más o menos —se encogió de hombros.

—¿Cuándo vas a mudarte? —esa pregunta lo tensó. Contarle sus planes ya no parecía algo que quisiera hacer del todo después de cómo se había tomado un simple café. Le asustaba, en cierto modo, su intensidad. El..., compromiso...

—No lo sé. Al final tengo que venir al hospital Aberdeen tres días a la semana. Es difícil planificar qué va a ocurrir.

Nya asintió conforme con su respuesta y él exhaló relajándose, interiormente. Bien. Después de aquella conversación trivial era el momento poner las cartas sobre la mesa.

—Nya —ella le miró intrigada—, ¿sabes que cuando regrese a Inverness intentaré que Aberdeen sea mi ciudad de paso, cierto? —la rubia asintió poco conforme, pero aceptando esa futura realidad—. Siento no haber podido darte, quizás, todo lo que esperabas de mí.

—Lo hablamos aquella noche después de esos tres tequilas, ¿no? —se encogió de hombros con una sonrisa nostálgica—. Ha sido bonito mientras duró, supongo... —Archie contuvo el aliento.

—Habrá alguien, algún día, que te haga muy feliz.

—Y no serás tú, ¿verdad? —él negó en cierto modo apenado. Había disfrutado con ella y con su compañía más de lo que hubiese ideado cuando la conoció.

—Me lo he pasado en grande contigo, conocerte ha sido increíble, pero el amor... —la sonrisa de Dina se desdibujó en sus pensamientos—, no está hecho para mí, ahora.

Nya exhaló largo y tendido aceptando cada parte de aquel discurso. Ella sabía cómo era él antes de, incluso, enredarse entre sus sábanas.

—Pues espero que algún día puedas volver a encontrarlo y si hay una opción, por muy remota que sea, llámame.

Archie sonrió.

Habían cambiado muchas cosas desde que leyó una noche de enero, la carta de Archie.

Hacía un par de años que Dina había empezado a salir con Mike y parecía que todo marchaba bien. El chico era amable, tierno y cariñoso y la hacía reír con mucha facilidad. Había pasado el duelo con ella. La había reconfortado, animado y finalmente, había conseguido sacarla de casa. Estaba tan pendiente de ella, que en ocasiones se sentía un poco atosigada, pero lo compensaba con todo tipo de gestos para hacerla feliz. Era un hombre excepcional. Probablemente lo que Hona y el resto hubiesen deseado para ella desde el principio.

Melissa y Sam habían tenido una hija; Marie, en un arrebato pasional una noche de primavera tras una cena y su posterior fiesta con los profesores de la universidad. Vivían juntos y tenían una relación lo suficientemente sincera como para envidiarla. Siempre fueron la pareja perfecta y nunca había visto a Sam tan feliz como cuando le confió, en secreto, que iba a ser papá.

Los años habían pasado. Cinco para ser más exactos desde que Archie se había evaporado del mapa. El tiempo, efectivamente, fue desplazando, que no curando, la herida abierta. Guardándola en el fondo de sí misma. Utilizándola como una manera de envolverse en sus recuerdos sin que fuese demasiado doloroso como para poder convivir con ellos.

Y esa noche no iba a ser diferente, esperaba.

Dina sopló las velas del bonito pastel de crema de fresa acompañada de los aplausos de sus mejores amistades.

—Felicidades por tus treinta y cinco, Di, es un número precioso —Sam se carcajeó sin dudarle dándole golpecitos fanfarrones en la espalda—. Solo faltabas tú para pasar al siguiente nivel, así que bienvenida.

—Qué simpático eres —Dina le miró con cierta inquina.

—¿Y si dejáis el sarcasmo y nos hacemos la foto de una vez? —Melissa esperaba a que aquellos dos dejaran a un lado sus ironías sin sentido, móvil en mano.

Dina recolocó a la pequeña Marie sobre sus rodillas, sonrió con su gorrito de cumpleaños puesto y aceptó de buen grado la mano de Mike cuando se la sostuvo. La foto fue maravillosa.

—Bueno, ha llegado la hora de la tarta, ¿quién quiere un poco?

Dina sonrió divertida cuando Sam levantó la mano enérgico y Mel comenzó a repartir el pastel.

Esa noche habían ido a celebrar su cumpleaños a *Rules*. Mike había conseguido reservar tras varias semanas insistiendo. Él sabía lo mucho le gustaba aquel restaurante y le agradecía enormemente que lo hubiese logrado en un día tan señalado para ella.

Sin embargo, a pesar de ello, y de que debía de estar encantada por el lugar, había algo en Dina que no encajaba del todo. Desde que había llegado, sus ojos se perdían con demasiada frecuencia en cierta mesa apartada al lado de uno de los bonitos ventanales que daban a la calle.

Había cenado con Archie allí, muchos viernes. Y sin querer, al fijar la mirada en aquel lugar, los veía a ambos comer y cotillear sobre los personajes que pasaban por el elegante restaurante. Reían. Bebían vino. Soñaban con pasar una noche inolvidable. Aunque no tenían porqué soñar. Todo, siempre, había sido inolvidable con él.

Rules. Siempre tan especial. Tan suyo.

Sonrió.

—Di, ¿qué pasa? ¿no te gusta la tarta? —Mike la sacó de sus pensamientos con aquel tono de voz grave y susurrante. Le miró con ternura.

—Sí que me gusta, pero me he quedado obnubilada con mis pensamientos. Perdona —rio tratando de restarle importancia al asunto, mientras su corazón danzaba a toda prisa en su pecho. Hacía mucho tiempo que no ideaba a Archie tan nítidamente como aquella noche.

No había podido dejar de pensar en él, pero ese recuerdo parecía mucho más real que el resto. La última vez que había ido a ese restaurante, había sido con él después de todo.

—Cuando acabemos de cenar ¿quieres ir a tomar algo o prefieres que nos vayamos a casa? —inquirió Mike. Melissa cogió a Marie en brazos para que ella tuviese las manos libres para comerse su trozo de pastel.

—¿Qué prefieres tú? Algo me dice que ya lo tienes decidido —Dina se acercó a Mike rozó su nariz con cariño contra la suya y le besó.

—Prefiero que vayamos a casa —el pelirrojo le guiñó un ojo, pícaro.

—Me lo imaginaba —Dina volvió a reír.

Y horas más tarde, nada más entrar en su apartamento, Mike la acorraló contra la puerta besándola sin control. Ella, sintiéndose excitada, deseada, se dejó llevar por cada caricia rápida y desinhibida entre sonoros suspiros.

El chico comenzó a quitarse la ropa; el chaleco, la camisa, los zapatos. Dina le imitó deshaciéndose de los tacones y de la chaqueta de cuero que llevaba puesta sobre el vestido ajustado.

Sonrieron entre dientes sin dejar de devorarse una y otra vez. Aquella locura tan maravillosa le encantaba, la fascinaba.

Mike la agarró de la cintura cogiéndola en brazos a horcajadas y, sin dejar de besarla, la tumbó sobre el sofá entre risas. Se deshizo del vestido de Dina y de sus propios pantalones. Acelerados. Intensos. Sin perder ni un solo segundo. Con la respiración moviéndose en sus pechos a toda velocidad.

—Parecemos animales en celo —bromeó la chica, con las mejillas sonrosadas, sin perderse ni un ápice de cómo Mike se desnudaba hasta quedarse en ropa interior.

—¿Lo parecemos o lo somos? —rio subiéndose sobre ella.

—Habrá que investigarlo, ¿no...?

Dina gimió echando el rostro hacia atrás al tiempo que cerraba los ojos al sentir los dedos de Mike hundirse en su sexo. Sus exhalaciones se elevaron cuando el movimiento frenético de sus manos dentro de ella, empezaron a volverla completamente loca.

—Dios... —susurró encogiendo la nariz, regodeándose en aquel placer puro y vibrante—. Dios..., sigue..., sigue... Me encanta... —aferró entre sus dedos los cojines del sofá a su espalda.

Y entonces...

Su voz.

—¿Y si jugamos un poco esta noche?

De repente, Dina sintió un vuelco en el corazón y contuvo el aliento al oír el tono de Archie meloso, seductor, murmurar sutilmente en su oído. Se mordió el labio y subió las manos lentamente por la espalda del chico que estaba masturbándola, uno que ya no era Mike.

—Implica..., que exija lo que quiero de ti... —musitó contra sus labios, besándole,

hundiéndose en su boca. El sabor de Archie recorrió cada resquicio de sí misma. Le había anhelado tanto..., durante tanto tiempo...

El movimiento de sus dedos dentro de ella se ralentizó, profundizándose a cada empuje. Su pulgar se perdió en su clítoris haciéndola temblar de arriba abajo.

Dina abrió los ojos, ansiosa, y la sonrisa de Green la recibió haciendo mella en cada palmo de su excitada piel. Los vellos se le pusieron de punta. Aquellos ojos verdes, claros, profundos. Ese cabello, ondulado, oscuro como la noche revuelto, ordenado. Tanta contradicción. Tanto deseo...

—Te quiero —el moreno amplió la línea curva de sus labios—. Y te necesito dentro de mí. Deja de ponérmelo difícil.

Archie se inclinó sobre su cuerpo, besándola, mordiéndola, jugando con su nariz en un mimo tierno y repleto de amor antes de regresar unos segundos a sus labios.

—Si no te lo pongo difícil..., no tendría sentido jugar, cielo.

Dina rio sutilmente, notando aquellos dedos, llevarla al clímax con una intensidad y una fuerza tan abrumadora que pensó que perdería el sentido en cualquier instante.

Él. Era él.

Eran sus manos. Sus besos. Su voz.

Había vuelto. O tal vez, nunca se había marchado. Y solo de pensar, de imaginarle allí, entre sus piernas era...

De pronto, frenó el contacto en seco saliendo de su ensoñación. Y se dio cuenta de que Archie no estaba en aquella habitación. En su lugar, Mike la miró desconcertado.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? —Dina se sintió culpable. Más que nunca. Agobiada, se retiró de Mike quién la observó preocupado desde su asiento en el sofá—. Di...

La peliblanca se llevó la mano a la frente levantándose el flequillo. Sudaba. Su corazón iba a mil por hora. Esa recreación había sido tan real... Los sentimientos, aquellos escondidos en el fondo de sí misma, le gritaron con fuerza, desearon regresar. Y por alguna razón, Dina no impidió que lo hicieran. Sabía que llevaba reprimiéndolos demasiado tiempo.

—Dina, ¿qué pasa? —la joven salió de sus cavilaciones y se volvió hacia Mike, azorada. Respiró hondo.

—Yo... —lo pensó a conciencia. Quiso decirle al instante que había imaginado a Archie mientras era él quién la tocaba, que había sentido su calor, su aliento, el tacto de su piel..., sin embargo...—, creo que no me encuentro bien. Puede que me haya sentado mal algo de la cena.

La chica, en ropa interior, le dio la espalda resoplando, ofuscada consigo misma. ¿Qué le estaba pasando? Quiso gritar, llorar de impotencia, pero se contuvo.

Aquello iba a ser un maldito problema. Sobre todo, cuando Michael quiso ir más allá.

—Bueno, no importa —le escuchó decir—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Todo el tiempo del mundo... —susurró Dina en un pequeño tartamudeo en el que seguía intentado aclarar sus ideas—, ¿a qué..., a qué te refi...? —se dio la vuelta hacia él y sus ojos se abrieron de par en par repentinamente, al ver a Mike sentado sobre la mesa ratona, con una pequeña cajita abierta y un anillo dentro de ella.

De inmediato, la peli blanca notó un fuerte nudo en la boca del estómago.

—A que me encantaría compartir el resto de mi vida contigo, si deseas elegirme —Dina se llevó las manos a los labios, anonadada—. ¿Quieres casarte conmigo, Di?

Las palabras se ahogaron en su garganta.

Y un recuerdo asoló su mente. El de Archie, el anillo de su abuela y una promesa maravillosa salida de su propia voz.

«Algún día, quiero que te cases conmigo. Me da igual que pasen meses, años o siglos mientras sea en esta maldita vida. Quiero que seas mi mujer. Lo supe desde el momento en el que te vi en la cafetería por primera vez. Así que..., espero que en ese momento también me digas que sí.»

Dina, nerviosa, angustiada, desvió sus ojos unos segundos hacia el cajón del aparador de la sala de estar donde había guardado y todavía conservaba, el anillo que Archie le regaló.

Y entonces, con más decisión de la que pensaba que tendría...

—No puedo.

El gesto de Mike se descompuso. Su sonrisa se esfumó de un plumazo.

—¿Qué...? —apenas le había dado tiempo a reaccionar cuando ella había vuelto a vestirse a toda prisa—. Dina, ¿por qué dices que...? Yo... —Mike estaba tan colapsado por su inesperada respuesta que apenas hizo amago ninguno de detenerla.

—Lo siento —susurró la joven entre lágrimas, saliendo del apartamento tras calzarse las primeras zapatillas que encontró.

Nada más bajar las escaleras a toda prisa, salió a la calle, destrozada. La noche acogió su paseo acelerado y perdido entre las calles y callejuelas de su barrio londinense. Hacía frío y se hundió todo lo que pudo en su chaqueta mientras lloraba sin parar.

Había permitido que él volviese en un abrir y cerrar de ojos. Había hecho falta una petición de

aquel calibre para hacerlo, sí, pero había regresado de todos modos.

El recuerdo de Archie, de aquel instante en el que le había prometido casarse con él... ¿Cómo iba a engañar a Mike de esa forma? ¿Cómo iba a casarse con él cuando, al hacer el amor, había imaginado las manos de otro sobre su cuerpo?

Ella nunca había dejado de quererle. Nunca. Ni siquiera en aquellos cinco años de distanciamiento. Y ahora, justo ese día, tenía que, precisamente, aceptar y reconocer ese hecho.

Se detuvo en medio de la nada. Empezó a lloviznar.

Y allí, sola, sintiendo un dolor inmenso y una culpa infinita en su pecho, Dina se sentó sobre el escalón de una tienda cerrada, notando las gotas de agua fina, humedecer su cabello, ondulándolo. Se abrazó a sí misma y hundió el rostro entre sus brazos, llorando como aquellos días en los que todo se había torcido.

Perdida del todo. Perdida en un mundo donde reconocía, por fin, que no era feliz.

¿Qué había estado haciendo durante esos años si no había dejado de pensar inconscientemente en él?

Sollozó.

—¿Dónde estás..., Archie...?

Y en ese instante de inmensa tristeza y soledad, sintió que la lluvia dejaba de mojarla.

Desconcertada, alzó la mirada hacia aquel chico de cabellos castaños y ojos azulados que llevaba mucho tiempo sin ver, y sintió que su dolor se volvía más nítido y visceral que nunca.

—Hola señorita Pook...

Dina se sorbió la nariz sin dejar de llorar, observando con atención todos sus gestos. Jamás habría imaginado que esa noche se toparía con él.

Daiki Shinto, se sentó a su lado colocando el paraguas estratégicamente para que no se mojaran ninguno de los dos.

—Ha pasado mucho tiempo —la peliblanca le desvió la mirada. Se sentía terriblemente avergonzada por lo que estaba ocurriendo.

—Lo siento —se apartó los rastros de gotitas de agua de las mejillas como pudo—. Hoy no tengo un buen día, creo —intentó reír entre aquella amalgama de emociones que la ahogaban, sin conseguirlo.

—Me doy cuenta —Daiki sonrió enternecido.

El silencio se abrió paso entre ambos hasta que él, teniendo una intuición demasiado afilada, habló.

—Ha ocurrido algo complicado esta noche, ¿cierto? —Dina asintió aferrando la mirada hacia la acera mojada y sus manos, a sus rodillas encogidas—. Espero que después de tanto tiempo no se trate de él.

—Se trata precisamente de él —murmuró al fin—. No puedo casarme con Mike —reconoció como si Daiki fuese su mayor confidente—. Sigo enamorada de él. Soy una estúpida por pensar que lo había superado siquiera —Shinto la escuchó con atención intentando comprenderla, aunque no fuese muy conocedor de su actual vida sentimental—. Han pasado cinco malditos años. Todo ha cambiado. Soy diferente. Las cosas han mejorado. ¿Por qué no puedo, simplemente, dejarle ir?

—Fue abrumador —Dina asintió—. Inolvidable. Repentino. Intenso. Archie siempre ha sido así. Creo que tiene una capacidad innata para dejar una huella lo suficientemente profunda en los demás, con la idea de que seamos incapaces de olvidarle con cierta facilidad.

—¿Y qué voy a hacer? —la joven apoyó la frente contra sus brazos cruzados, agobiada—. No puedo seguir viviendo así. Pensaba que desde que salía con Mike todo era distinto y en el fondo, no ha variado nada ni un ápice. Últimamente, Archie me exige estar presente en ciertos momentos que... —se mordió el labio, temblorosa—. Y yo dejo que lo haga. Porque quiero que lo haga. Porque deseo estar con él —contuvo el aliento y un sollozo más—. Dioses... soy una persona horrible.

Daiki suspiró empatizando con cada una de aquellas emociones que Dina desprendía. Durante muchos años, había guardado el secreto de su amigo a buen recaudo. Había hecho todo lo posible por mantenerse fiel a su palabra. Pero en aquella ocasión, ver a Dina destrozada tras tanto tiempo sin él...

Si después de cinco años ella seguía enamorada, había una razón de peso por la que traicionar la confianza de su amigo.

Shinto sabía que aquella relación valía realmente la pena, después de todo. Ya no existía la universidad para interponerse entre ambos. Archie llevaba trabajando una buena temporada.

—Sé dónde está —nada más oírle, Dina le miró desorientada al principio, expectante después.

—¿Lo sabes? —Daiki asintió clavando, serio, la mirada en ella.

—Aunque es tu decisión querer conocer esa información. Piensa que, lo que hagas con ella, puede mejorar o empeorar vuestra situación —le advirtió.

—Me arriesgaré.

Capítulo 32

Había perdido la razón por ella el tiempo suficiente como para que fuera imposible olvidarla.

Había ciertos momentos del día, sobre todo al irse a la cama, que la imaginaba a su lado. Sonriendo. Bromeando. Y en esos pequeños instantes, sus dedos rozaban el tatuaje que dominaba la piel sobre su corazón. Galletas de jengibre. Era inútil no sentirse embriagado por todo lo que significaba aquel pequeño esbozo de tinta negra que tanto le había costado hacerse.

Esa noche, las estrellas se alzaban sobre el cielo oscuro de Inverness mientras la ideaba tumbada a su lado sobre aquel sofá del porche, con una manta encima y disfrutando de un buen chocolate caliente, mientras él leía en silencio. No le habría hecho falta nada más.

Suspiró. La brisa le revolvía el cabello.

Desvió los ojos hacia el lado izquierdo donde la soledad le hacía compañía más bien, esa noche.

—Me estoy volviendo loco definitivamente —regresó la mirada al libro que leía sin hacerle todo el caso que requería, por supuesto.

Era más sencillo pensar qué estaría haciendo ella. Y se preguntó si estaría observando el mismo cielo. Si se daría cuenta de las constelaciones que se apreciaban esa noche de finales de verano. O si había descrito el color exacto de aquella Luna nueva.

Cuando Dina regresó a casa esa misma madrugada, con el corazón encogido, recorrió la sala de estar completamente vacía.

—Estoy aquí —alzó la voz, pero no hubo respuesta.

Respirando hondo, tratando de serenarse, se deshizo del calzado y la chaqueta y recorrió el apartamento con todas las luces encendidas hasta que llegó a su dormitorio. Allí, sentado al borde de la cama, con la mirada perdida en un punto indefinido del parqué, Mike aun intentaba comprender lo que acababa de suceder mientras rozaba con tristeza la caja con el anillo que había comprado para ella.

Dina se sintió despreciable. Había sido mezquina y deshonesta después de todo lo que el pelirrojo había hecho por ella.

—He ido demasiado deprisa. Te he asustado —le escuchó murmurar—. Lo siento.

La peliblanca se acercó a él lo suficiente como para abrazarle. Mike hundió la frente en su pecho.

—No me has asustado —respondió con un hilo de voz. Sintió que las lágrimas amenazaban con ver de nuevo la luz—. Soy yo. El problema soy yo —Dina se retiró sentándose sobre la alfombra a los pies de la cama. Le miró afligida y rozó con ternura una de las manos que sostenían aquella cajita—. Eres un hombre maravillo. Bueno. Amable. Divertido. Eres todo lo que cualquier mujer podría desear, Mike.

Fue en ese preciso instante, cuando los ojos del chico se clavaron en los suyos.

—¿Y por qué no puedo ser yo? ¿Por qué? —le temblaba la voz—. Creía que..., estabas enamorada de mí. Que había conseguido ser lo de que deseabas. Yo...

—Es Archie.

—¿Archie? —Dina asintió apartándole la mirada. No se sentía lo suficientemente valiente como para enfrentarse a aquellos ojos dolidos, frustrados, repletos de desazón.

—Nunca he dejado de quererle —confesó. Mike abrió los párpados de par en par, sorprendido.

—¿Nunca? —Dina negó y las lágrimas amanecieron—. ¿Y qué demonios he sido yo? —Michael frunció el ceño alejando su mano de la de ella—. ¿Un estúpido entretenimiento?

—No. Claro que no —la joven intentó recuperar el contacto sin conseguirlo. Mike se levantó azorado, mirando a un lado y a otro, revolviéndose el pelo, sin entender nada de lo que estaba pasado tan repentinamente cuando hacia apenas unas horas todo parecía ir a las mil maravillas—. Has sido mi luz. Mi apoyo más firme. Has sido el motor de mi vida estos últimos dos años. Me gustas mucho Mike, muchísimo, en todos los sentidos. Cada instante contigo ha sido inolvidable. Pero..., me he dado cuenta, después de estar en *Rules* esta noche, que nunca podré dejar de pensar en él o de desear volver a aquellos días... No es justo para ti.

—No lo es —Michael resopló llevándose las manos a la cintura, con la tristeza aferrada a su intensa mirada oscura—. No debí llevarte a *Rules* hoy.

—Habría sido otra cosa. Da igual —Dina le miró al fin a los ojos sin abandonar sus propias lágrimas avergonzadas ni un instante—. Él es mi principio y mi fin, Mike. Es la primera vez después de cinco años que lo veo realmente claro. Y no puedo casarme contigo ni con nadie, sería una terrible mentira. Le quiero. Aún le quiero.

El pelirrojo chistó respirando profundamente. Dina le observaba apenada y al mismo, con toda la firmeza que le exigía el momento y su propio corazón. No se lo merecía. Mike nunca se lo mereció.

—Ojalá puedas perdonarme. No he sido sincera. Ni clara. Ni consecuente.

—Eres terriblemente egoísta, Dina —le reprochó el chico—. Pensaba que por fin había alcanzado a alguien diferente. Real. Sin un atisbo de mentiras, de fachadas.

—Ha sido real. Todo. Todo lo que hemos vivido estos años. Yo estaba contigo. Te sentía en cada poro de mi piel. Y te juro, te prometo que he intentado olvidarle. Sabes que lo he pretendido más que nada. Me hacía demasiado daño, tenía que apartarle de mi vida. Él no iba a volver. De hecho, no ha vuelto —Dina contuvo el aliento—. Pero en los últimos días yo..., no sé —se encogió de hombros abrazándose a sí misma—. Hoy era mi cumpleaños —Mike le había apartado la mirada—, y hemos ido a *Rules* —repitió—. Es mi restaurante favorito por él. Porque era nuestro pequeño tesoro, nuestro refugio y adoraba todo lo que ocurría los viernes que íbamos allí.

—Deja de hablar de él, Dina... Por favor —Mike se frotó el rostro con las manos, tratando de recomponerse sin conseguirlo. Los ojos llorosos. El corazón destrozado.

Ella, tembló. Odiaba hacerle daño. Que se sintiese de aquella forma. Pero no podía engañarle. A él no. Después de todo lo que había hecho por ella era lo justo.

—No puedo seguir con esto. No puedo mentirte así. No puedo seguir reprimiendo todo lo que siento. Puede que no vuelva a verle o que me quede completamente sola, pero no me importará si eso implica no hacerte más daño del que te estoy haciendo ahora, Mike —se sorbió la nariz—. Soy terriblemente feliz, pero no puedo avanzar más. Siento que no sería justo, ni auténtico. No sería nada de lo que querrías de mí o de cualquier otra.

Michael soltó un largo suspiro agotado, rendido. Ya no iba a insistir. Llevaba mucho tiempo haciéndolo.

—Pues está todo claro, ¿no? —el chico sacó una maleta de debajo de la cama y empezó a guardar toda su ropa. No tenía demasiada. Todavía no se habían mudado juntos.

Bajo un silencio desolador, Dina observó cómo uno de los hombres más importantes de su vida desaparecía para siempre entre lágrimas y sollozos.

E incluso en aquel momento, justo cuando iba a cerrar la puerta del piso tras de sí, Michael aún tenía algo más que decir.

—No eres una hipócrita.

Dina le miró entristecida. Los ojos enrojecidos, hinchados por las lágrimas. La respiración entrecortada.

—Sé que has sido muy auténtica todo este tiempo. Te he sentido muy mía, muy nuestra,

siempre —le susurró Mike y ella lloró todavía más—. Eres extraordinaria. Luchadora. Capaz. Has soportado y superado las peores pérdidas y un desengaño horrible y eso te convierte en la mujer más fuerte que he conocido nunca. Espero, de corazón, que ese imbécil sea capaz de verlo algún día.

—Lo siento. Muchísimo. De verdad —Dina se acercó a Mike lo suficiente como para poder abrazarle con todas sus fuerzas. Él la correspondió al segundo. Era reconfortante saber que aquel pelirrojo de bonita sonrisa siempre sería capaz de ponerse en su lugar. Incluso cuando le había hecho el peor daño de todos.

—Y yo siento haber ido a *Rules* hoy —sonrió afligido dándole un beso en la frente antes de arrastrar su maleta hacia el ascensor—. Sé feliz, Di. Ojalá encuentres lo que buscas.

El amor es como una montaña rusa.

A veces, en su recorrido, sentimos que la euforia más absoluta, desde el punto más álgido, puede caer en picado hasta el dolor más agudo e intenso. Y, aun así, cuando nos bajamos de ella, nos permite tener la fuerza, la energía y las ganas suficientes como para querer volver a subimos en sus tiras y aflojas, e intentarlo una vez más.

Capítulo 33

Hacía cinco años que no pisaba aquella ciudad de cuento.

Y, a pesar de ello, era como volver el tiempo atrás. Como si una parte de sí misma nunca se hubiera marchado. Solo que, en aquella ocasión, las cosas ya no eran como entonces y aquella casa, mucho menos.

Su césped estaba arreglado. Las hojas perennes de los árboles del jardín iban muriendo lentamente con la llegada invencible del otoño. Las flores y arbustos les seguían con cierta timidez. La verja, parecía recién pintada y el buzón tenía una etiqueta con su nombre.

Nada más leerlo, su corazón dio un vuelco. Exhaló.

Archie había arreglado su casa familiar. Las ventanas de madera tomada ocultaban cuidadosamente el interior con bonitos visillos blancos, la pared de ladrillo rojo estaba restaurada y el tejado negro e inclinado era nuevo sin duda alguna. Hasta la chimenea parecía funcionar.

Con una sonrisa, Dina abrió la cancela y entró en el recinto caminando con paso decidido hacia el porche y aquella puerta de tonos verde pino. Olía a pintura, a madera nueva y barniz. Por un segundo, no estaba segura si deseaba ver cómo había quedado la casa más que a él.

De inmediato negó, aferró su bolsa de viaje en su mano izquierda y tocó el timbre con la derecha. Si Daiki había acertado, Archie se había mudado apenas un par de semanas atrás.

La joven, inquieta, con el pulso atronando enérgico en su pecho, esperó imaginando la cara que pondría al verla allí.

Sin embargo, no fue Archie quién abrió.

—¡Hola! ¡Buenas tardes! —esa mujer de cabello claro y ojos oscuros podía tener su edad o tal vez, un poco más. Quizá, podría ser su nueva novia o algo por el estilo. Solo de pensarlo por un instante, Dina se replanteó salir de allí corriendo a toda prisa, pero se contuvo.

—Hola, venía a ver a Archie.

—¿Al señor Green? —ella asintió—. ¿Tiene cita?

—¿Cita? —su rostro de desconcierto hizo reír a la muchacha.

—Disculpe, pensaba que era una paciente, señorita...

—Pook.

Cada vez comprendía menos lo que estaba ocurriendo.

—Pase, pase —la apremió—. Entre al salón, señorita Pook, le avisaré —Dina la acompañó y, de inmediato, se sintió abrumada por aquel fabuloso y acogedor vestíbulo con suelos de madera noble y bonitos muebles blancos con algunos toques de color como el verde oscuro o el amarillo suave. Dudaba que alguien como Archie hubiese podido decorar así, pero nunca se sabía. Él siempre había sido una caja de sorpresas—. ¿Se ha quedado pasmada o qué, querida?

Dina reaccionó de inmediato y siguió a la chica hasta el bonito salón.

—Espere aquí, el señor Green está con el último paciente, enseguida la atenderá.

—Bien —la peliblanca se quitó el abrigo y soltó el bolso de viaje sobre la alfombra de pelo con tonos en gris muy claro que dormía bajo el enorme sofá blanco con cheslón.

—¿Su nombre señorita Pook?

—Ah, dígame que soy una amiga que viene de visita. No comente nada de mi apellido, por favor, quiero que sea sorpresa —sonrió entusiasmada por fuera y aterrada por dentro.

Ir a verle había sido una completa locura. De esas que ella no acostumbraba a hacer. Quién sabía si él había rehecho su vida con otra chica o si seguía sintiendo lo mismo por ella. Tal vez, ahora solo pensaba mantener un trato cordial o una bonita amistad. En cualquier caso, había dejado a Mike porque aún estaba loca por él así que, al menos, tenía que intentarlo.

Debía de hacerlo, aunque fuese por última vez.

Dina esperó más de diez minutos y en ese tiempo, su nerviosismo se acentuó. Quizás había llegado muy tarde, ya estaba anocheciendo.

Se acercó a la ventana y abrió ligeramente el visillo para contemplar la calle. El sol caía dejando atrás un precioso cielo anaranjado con nubes espigadas en el horizonte. Era tan bonito que parecía arrastrar consigo sus inquietudes y...

—Perdona que haya tardado tanto. El señor Dicklen habla por los codos.

De pronto, su voz.

Los dedos que sujetaban la cortina la abandonaron temblando, todo su cuerpo se estremeció de punta a punta. Ese vuelco...

—Dina...

Y su nombre, de sus labios... Tendría que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener la compostura y no echarse a llorar como una niña o correr a sus brazos de la propia emoción.

Se dio la vuelta encontrándose de frente con él.

Tan solo separados por la anchura del sofá. Emocionada, sonrió mientras sentía que sus esferas celestes se perlaban a pesar de todo. El corazón danzando frenético y feliz en su pecho.

Él estaba guapísimo con todo aquel pelo oscuro alborotado en su justa medida y sus ojos verdes custodiados, esa vez, por unas bonitas gafas de ver que le sentaban como un guante.

—No quería molestar —la sorpresa de Archie era tan evidente que la hizo reír un tanto.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

—Creo que Daiki te ha traicionado. Aunque guardó el secreto demasiado bien durante estos años, finalmente no se ha podido resistir —susurró acercándose a su persona. El chico contuvo el aliento sin poder despegar la mirada de ella y de su gesto al colocarse un mechón blanquecino rebelde tras la oreja.

Y respiró hondo, relajándose, cuando la tuvo frente a él.

—Sabía que tarde o temprano se iría de la lengua —suspiró resignado con su amigo y ella amplió la bonita línea curva de sus labios.

—Creo que, esta vez, le persuadí con mi mejor arma —sugirió.

—¿Ah sí? —Dina asintió deseando perderse entre sus brazos y al mismo tiempo, conteniéndose para no parecer tan apasionada o ansiosa. Había deseado verle tanto, que, al tenerle allí, era como si nunca se hubiesen dejado ir.

—Siento si eso te incomoda. Siento haber incumplido tu pretensión.

—No puedes disculparte, fui yo quien rompió todas las promesas, quién te dejó de la manera más horrible de todas —susurró Archie directo, culpable, serio.

—Y te he odiado por ello todos los días estos cinco años. He llorado demasiado por ese motivo. Sin embargo y a pesar de ello, aquí estoy, preguntándome si sería buena idea abrazarte —las lágrimas se desprendieron paulatinamente de sus ojos hasta toparse con sus mejillas sonrosadas. No era tristeza lo que sentía, sino una emoción tan clara y nítida de alegría, que era incapaz de aguantarse ese pequeño desliz, por mucho que se hubiese resistido a ello.

—Por todos los dioses, no me preguntes algo así.

Archie la sostuvo del brazo, tiró de ella y la arropó contra él con toda la fuerza que pudo. Un enorme alivio recorrió cada resquicio de sí mismo. El nudo de su garganta parecía deshacerse por segundos. El calor de Dina fue tan reconfortante que tuvo miedo de alejarla unos milímetros, siquiera, por si volvía a escapársele.

—Lo siento. Lo siento muchísimo Di —Archie hundió la nariz en su cabello, angustiado, y ella perdió sus manos en su espalda—. Tendría que haber hablado contigo, pero sabía que no sería capaz de salirme con la mía. ¿Cómo iba a dejar que tuviésemos una relación así? Quería que...

—Ya sé lo que querías —le interrumpió su discurso—. Y probé —a Archie se le encogió el corazón solo de oírla decir aquello—. Y no funcionó.

—Lo siento...

—No funcionó porque ha sido imposible olvidarte —el chico apretó el abrazo un poco más—. Y quería comprobar si era cierto lo que todavía siento o si me estaba volviendo realmente loca.

—¿Y? —la apartó de su abrazo un poquito, para mirarla a los ojos. Sus manos se aferraron a sus pómulos sonrosados, apartando las lágrimas, repleto de cariño.

—Tengo que pensármelo. Ahora pareces un anciano con esas gafas de ver —bromeó haciéndolo reír. Escucharla decir aquellas cosas tan suyas fue maravilloso. Un regalo para su propia alma atormentada.

—Puedo quitármelas —se deshizo de ellas—, ¿ves? Puedo hacerlo y todavía te veo bien. Las utilizo para el ordenador, sobre todo, de verdad.

Dina se echó a reír entre aquellas gotitas de agua salada que intentaba hacer desaparecer de su rostro de una vez por todas.

—Da igual, siempre estarás guapísimo hagas lo que hagas —la joven respiró hondo apaciguando su propia carcajada. Le miró—. En su momento no lo entendía, pero ahora con el tiempo, he llegado a comprender por qué lo hiciste. Por qué te apartaste. Te has convertido en un hombre increíble y en un médico fabuloso, estoy segura.

—Creí que estaba siendo egoísta —susurró Archie.

—Los dos lo fuimos a nuestra manera —él sonrió.

Un pequeño silencio se abrió paso en aquella conversación en la que ambos se miraban como si no existiese nada ni nadie más encima de la tierra.

—Pensé que no volvería a verte.

—Pues aquí estoy. Esta vez, he dejado la seguridad y mi zona de confort en Londres —murmuró con un hilo íntimo de voz.

—Nunca ha sido poco espontánea, señorita Pook.

—Será porque no quiero arrepentirme después, de no haberlo dado todo o de no haberlo

intentado al cien por cien.

El silencio regresó a sus miradas, y entonces...

—¡Señor Green! —la voz de la chica que le había abierto la puerta a Dina se alzó en medio de la ausencia de palabras del salón—. ¿Quiere que les haga un té o me marcho hasta el martes?

—No te preocupes Rose, puedes irte con tranquilidad —dijo él, tras un sobresalto que hizo sonreír a Dina, con diversión.

—Pues hasta el martes. Que pase un buen fin de semana —se despidió.

—Igualmente.

Nada más oír cómo se cerraba la puerta, Dina arqueó las cejas bajo una mirada terriblemente curiosa.

—¿Puedo preguntar?

—Es mi ayudante. Y también, hace algunas cosas de la casa cuando me consume el trabajo. Por cierto, mira, ven —Archie la sostuvo de la mano y Dina se dejó arrastrar por él a través de la casa hasta llegar a una habitación en aquella misma planta donde el chico tenía su propia pequeña consulta.

Dina, impresionada, admiró el lugar, boquiabierta y se sintió más orgullosa de él que nunca.

—¿Trabajas aquí?

—Soy médico de distrito tres días a la semana y los sábados por la mañana. Es algo que se estila mucho en Inverness —Dina recorrió el espacio, asombrada. No solo era precioso y tenía todo lo necesario para ser la consulta que debía ser, sino que, además, parecía reconfortante. Cualquiera con un buen resfriado querría ir a curarse allí.

Sonrió emocionada volviéndose hacia Archie que se había apoyado de brazos cruzados sobre su escritorio.

—Me encanta —expresó entusiasmada—. Todo es..., tan tú...

—En realidad Rose me echó una mano para decorar, en general. Si lo hubiese hecho solo no habría quedado ni la mitad de bien —Dina sintió muchísimo haberse perdido ese instante. Siendo con él, habría sido muy divertido y especial.

—Habría tenido que ser muy emocionante.

—Creo que a mis abuelos les habría hecho ilusión que gastase su herencia en nuestra casa familiar —murmuró el chico, nostálgico—. Y por Laren, pensé que sería buena idea instalarme aquí definitivamente. Adoro Escocia más allá de sus cuentos de hadas y duendes. Además, he

tenido la suerte de poder montar todo esto sin dificultades.

—Ha sido una gran idea. Estarán muy orgullosos de ti. Tanto o más que yo —Archie sonrió.

—¿Y tú? ¿Sigues en la universidad? —Dina afirmó con el rostro sin perder detalle de nada de lo que había a su alrededor.

—Todo va bien, hasta ahora. No más advertencias, ni encontronazos —la joven se subió a la camilla de sábanas blancas y perfumadas, sentándose en ella.

—Me alegra que ese estúpido director no te haya infravalorado —ella le sonrió—. Y, por cierto, ¿qué ha sido de tu larga melena?

—La corté —sentenció—. Estaba furiosa contigo y quería estar aún más guapa para el que viniese —respondió con cierto aire altivo y retintín—. Pero me acabó gustando que no bajara de los hombros. Y la dejé así.

—Estás preciosa. Te sienta genial ese corte de pelo.

—Gracias, señor Green —al oírla llamarle de aquella manera, el corazón de Archie danzó emocionado. No sabía cómo había podido idear, siquiera, un mundo sin ella.

—¿Y funcionó el corte de pelo, señorita Pook? Con los hombres, digo... —Dina soltó una larga exhalación sin dejar de mirarle a los ojos.

—He estado saliendo con Mike, ¿le recuerdas? —Archie apartó la sonrisa de los labios y de inmediato, incluso, alejó su mirada de la de Dina. Aun así, la chica continuó—. Él estuvo desde el principio muy atento, pero empezamos con algo serio hace un par de años.

—Eso es mucho tiempo... —Green arrugó la nariz, se sentía terriblemente celoso. Ese tipo les había hecho discutir seriamente por primera vez y, al final, se había terminado haciendo con ella. Había sido un completo idiota. Su subconsciente se lo había gritado desde que la dejó.

—Sí. Y hay más —la de esferas celestes se mordió el labio unos segundos antes de continuar—. Hace apenas unas semanas, me pidió matrimonio. El día de mi cumpleaños. Fuimos a *Rules*... Después, en casa..., tenía un anillo precioso preparado para mí —Archie alzó el rostro hacia el suyo, la miró expectante, con el alma en un puño. Agobiado. Esperando que acabase de contar esa historia con un resultado que no fuese lo que estaba pensando.

Al imaginar lo que él estaría ideando, Dina intentó relajar la situación.

—Ya te he dicho que probé y no funcionó.

—¿No vas a casarte? —ella negó.

—Esa noche lo dejamos cuando le dije que no podía hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque había sido un viernes de Archie y Dina —se encogió de hombros—. Sentarme allí, en el restaurante, e imaginarme una de nuestras citas... Recordar cada instante contigo. Y después, cuando hubo más que besos esa noche —le apartó ligeramente la mirada antes de regresar a él. Sus mejillas se enrojecieron un tanto—, verás..., hubo un instante en el que, mientras nos hacíamos el uno con el otro, no era él quién me tocaba —el chico le devolvió un gesto sorprendido—. Eras tú. Y tu voz y tus besos y tus manos... —Dina se abrazó a sí misma rememorando ese preciso instante—. Intenté reprimirte con todas mis ganas, los dioses saben que quería olvidarte, sin embargo, ha sido imposible hacerlo. Era imposible no comparar su petición de matrimonio con la tuya y el anillo de tu abuela —Dina sonrió. De repente, volvía a llorar—. Esa noche hui. Daiki me encontró por pura casualidad, mojándome bajo la lluvia, sentada en el escalón de una tienda cualquiera, y me dijo dónde podía buscarte —contuvo el aliento—. Me lo he pensado mucho antes de venir. Era consciente de lo que querías y de por qué te habías marchado y, además, tenía miedo. Mucho miedo.

—¿De qué?

—De que estuvieses con otra mujer —tartamudeó con un nudo en el pecho, sin dejar de llorar. Sin dejar de sentir—. De que fueses más feliz con ella de lo que fuiste conmigo. Tenía miedo de que no estuvieses tan enamorado de mí como yo lo sigo de ti.

Nada más oírlo, Archie se aproximó a ella encajándose entre sus piernas. Dina apoyó la frente sobre su chaleco azul oscuro y rodeó con sus pequeños dedos su cintura hasta entrelazarlos tras su espalda. Él la abrazó por igual.

—No me merezco estas lágrimas, Di. Ni siquiera tus abrazos. Soy un hombre horrible. Nunca me perdonaré todo por lo que te he hecho pasar.

—Y aun así... —alzó el rostro hacia él—. Yo te perdono igualmente. No había otra solución. La distancia nos habría destruido de todas formas si hubiese sido de otra manera —Archie contuvo el aliento fijando la mirada en sus ojos enrojecidos.

Y entonces...

—Te quiero —susurró haciéndola llorar aún más de pura emoción—. No he dejado, nunca, de quererte. Pensaba que el amor ya no era para mí y por eso, era imposible pensar en tener algo serio con otra mujer, sin embargo, sé que no era por esa razón. Sé que era por ti. Porque mi amor es tuyo. No puede ser de ninguna más.

—Archie...

Y él, atrayéndola hacia sí, la besó.

Dina se perdió en sus labios sintiéndose más completa que nunca. Percibiendo todos aquellos aromas que tanto había echado de menos. El olor embriagador de Archie. Su afectuosidad innata. Sus manos cálidas recorriendo su cuerpo.

Los segundos se convirtieron en minutos y el beso, pausado, se volvió terriblemente pasional. A él se le unieron mordiscos, arrumacos, insinuaciones de su lengua sobre su cuello. Suspiros deleitantes.

Hasta que, al final, dejándose respirar definitivamente, volvieron a los ojos del otro tratando de recuperar la calma. No obstante, tampoco deseaban alejarse demasiado así que Dina aferró sus dedos a los pliegues de su chaleco y él, no retiró las manos sobre su cintura.

—Creo que el hecho de que lleves gafas ha mejorado sustancialmente tus besos —bromeó haciéndole reír.

—Entonces las usaré más a menudo —le siguió. Dina lanzó un largo suspiro mientras se perdía en los hilos azules de aquel jersey.

—¿De verdad no hay nadie? No quiero que eches una bonita relación a perder por mi culpa — Archie sonrió sosteniéndola de la barbilla para que alzase la mirada hacia él.

—Tú eres esa bonita relación —Dina sonrió.

—¿Y crees que podríamos mejorar nuestra situación? —susurró pausadamente desviando la mirada desde los labios del chico hasta sus esferas verdes una y otra vez, al tiempo que se relamía sin contemplaciones. Archie notó ese calor corporal que ascendía por su cuerpo indomablemente.

—¿Te refieres a subir al dormitorio? —Dina asintió con cierto aire inocente. Al segundo, Green sonrió atrevido.

—Entre otras cosas.

—¿Y cuáles son esas otras cosas?

—Voy a intentar, por todos los medios, trasladar el trabajo para estar aquí, contigo. Si te parece bien —Archie la observó anonadado—. Si quieres que tú y yo...

—Quiero —la interrumpió directo, decidido—. No quiero imaginarte observado otro cielo, quiero que veas el mismo que yo.

Esa vez, fue Dina quién le besó.

—Es increíble que hayan pasado cinco años y siga deseándote como el primer día en que me di cuenta de lo enamorada que estaba de ti —susurró contra sus labios.

Archie volvió a besarla furiosamente, respondiendo a su propia declaración.

Y agarrándola de la cintura, cogiéndola en brazos, salió de la consulta, subió las escaleras a toda prisa y encendió la luz de su dormitorio en cuanto la soltó sobre el suelo y tuvo que alejarse de sus caricias sin remedio.

Dina rodeó la cama subiéndose sobre ella, después de deshacerse de las zapatillas y su chaleco negro. Archie se quitó cada palmo de ropa que le pudiese cubrir el torso, a toda velocidad.

—¿Qué tienes que hacer el fin de semana? —le preguntó acercándose para robarle uno, dos, tres y más besos.

—Creo que cancelar la reserva del hotel —susurró la joven entre suspiros cuando Archie bajó, ansioso, su boca por su escote.

—¿Por qué reservaste un hotel? —Dina gimió ante el último bocado.

—¿Y si salía mal? —Archie tiró de su muñeca para tumbarla sobre la cama, le quitó el vaquero, los calcetines, sonrió. Y en ese momento, se detuvo para observarla desde arriba. Estaba tan guapa o más incluso a como la recordaba.

Entrelazó los dedos con los de su mano a un lado de su rostro sobre la almohada.

—No estoy tan loco, cielo. No hay nadie como tú —Dina respiró hondo perdiéndose en aquellos ojos verdes como la hierba en primavera. Amplió la línea curva de sus labios.

—Pues si tú tampoco tienes planes... —musitó atrevida, dándole toquecitos al colchón—, esta cama tiene pinta de ser muy cómoda —se echó a reír y él la siguió, antes de volver a besarla...

Epílogo

Aquel café era un dulce recuerdo para los sentidos.

Había sido el inicio de la mayor aventura de mi vida. Y cada vez que daba un pequeño sorbo y notaba su sabor intenso entre mis labios, la idea de dos personas que se encontraban por casualidad en medio de una gran ciudad, conectadas por una tristeza oculta, colmaba mi mente. Ella siempre había dicho que aquello se llamaba «destino».

Tenía razón. Me había vuelto loco. Y qué maravillosa locura.

Nunca imaginé que un cruce de miradas pudiese significar el principio de un «quiero más, contigo. A todas horas». Ni se me había pasado por la cabeza que alguien como yo, pudiese abandonar cada resquicio de sus propias motivaciones hasta el punto de desear dedicarme a ella, solamente, en cuerpo y alma.

Me había conquistado devolviéndome la ilusión de aquel niño que adoraba y amaba a sus abuelos y a su hermana por encima de todo lo terrible que le rodeaba. Dina había sido mi esperanza, mi luz.

Había pasado un año desde que había vuelto a mi vida y ahora, ella era parte de mi familia.

Una que estaba a punto de crecer.

Esa tarde había llovido, aunque al caer la noche, la Luna estaba resplandeciente.

Estaba leyendo un libro en el porche acurrucado en la manta más gruesa que tenía. Olía a chocolate caliente, a galletas de jengibre y a hojas de pino. Hacía frío, pero no el suficiente como para sentirme incómodo en aquel lugar.

Al fondo, había otro jardín, otra casa con las luces tenues brillando en su salón. Parecía que los niños se divertían dentro haciendo trastadas. Su madre intentaba detenerlos a toda costa.

Y por un segundo, dejé las letras entre mis dedos y me impregné del recuerdo de Laren jugando con la nieve mientras reía justo en aquel lugar. Mi abuela procuraba que entrase en casa, no obstante, el abuelo y yo mismo, nos unimos a la batalla improvisada de bolas de nieve.

Sonreí nostálgico, embriagado por el aroma de aquellos días, de aquellos trocitos de felicidad guardados a buen recaudo en el corazón. De esos que calentaban el invierno más crudo del mundo.

Las risas se perdieron con el viento, esfumándose con mis reconfortantes pensamientos. Habían sido unas Navidades magníficas las de aquel año a pesar de todo.

Respiré hondo, clavando la mirada sobre el cielo estrellado. Les echaba muchísimo de menos y, aun así, me sentía feliz solo de pensar que, probablemente, los tres seguían corriendo y divirtiéndose jugando con bolas de nieve allá donde estuvieran.

El tiempo no había hecho desaparecer esa herida, pero la había atenuado gracias a ella y a la vida que ahora compartíamos.

Sin restricciones. Sin secretos. Habíamos perdido la magia de la intimidad, la excitación de lo prohibido, pero habíamos ganado amigos, cenas, viajes y conversaciones. La posibilidad de ser ordinarios, aunque de vez en cuando jugásemos a escondernos solo por diversión, solo por recordar.

Cuánto habíamos cambiado.

Me volví sobre mi asiento girando el rostro hacia la izquierda y amplí la línea curva de mis labios. Dina había decidido sentarse con los pies en alto mientras escuchaba *Falling*, su canción favorita, y observaba el mismo cielo con una fabulosa sonrisa.

La música había regresado a su vida para quedarse. Había sido un placer animarla a ello. Daniel habría querido, de corazón, que fuese así.

«Lo haré lo mejor que pueda», pensé.

—Diría que es blanca como una perla —susurró de pronto, quitándose los auriculares.

—¿El qué?

—La Luna. ¿No te parece que tiene ese color? —sopló su chocolate humeante antes de llevarse la taza a los labios con sus manos enguantadas.

Y al ver su gesto, tuve un déjà vu de inmediato. Había pensado en aquello mismo hacía meses cuando me pasaba las noches imaginándola a ella y ese cielo.

—Sí que lo parece —me quité las gafas para admirar los tonos de la Luna que Dina me señalaba con el dedo. Y entonces, meditando e inundándome de aquel fantástico ambiente, se me ocurrió una gran idea—. Oye...

—¿Mmm?

—¿Qué te parece si la llamamos Hona? —Dina me miró, curiosa y al mismo tiempo, entusiasmada.

—¿Hona?

—A nuestra hija —la peliblanca rozó su vientre. Ya podía sentir a la pequeña en su interior desde hacía algunas semanas. Sonrió feliz.

—¿De verdad? —asentí alzando el dedo índice hacia una de las estrellas más deslumbrantes del cielo. Dina guio sus ojos hacia ese mismo lugar divisándola al segundo. El punto se distinguía del resto por su fuerza y su resplandor. Era la más bonita de todas.

Como su querida hermana.

—Es mi luz favorita.

—Y vosotras dos, seréis mi cielo más brillante.

Fin de Nuestro Cielo más Brillante.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mis padres y a mi hermano por su apoyo incondicional y su amor hacia mis letras e historias.

A todas y todos los que apoyan cada uno de mis proyectos con la misma ilusión con la que yo escribo cada una de sus oraciones.

A mis queridas amigas, mis “amebas”, que hacen de mi vida un sueño hecho realidad repleto de risas, llantos y confesiones sin medias tintas.

Y al amor de mi vida, que, sin su hombro en el que apoyarme en cada paso de estos últimos diez años, habría sido incapaz de superar mis miedos, inseguridades y dudas.

Y por supuesto, gracias a mi bebé, que sepa que con esfuerzo y tesón, los sueños pueden hacerse realidad.